OBRAS ESTELARES

DE LA

CIENCIA FICCION

ROBERT HEINLEIN

PRESENTA

PUERTA AL VERANO

EDISAN, S.A.

Título original: *The Door Into Sutnrner*, publicado por Ne~

America

Traducción de F. Hernández

© 1957 by Robert A. Heinlein

© 1986, Ediciones Martínez Roca S.A.

© Por la presente edición Editorial EDISAN, S.A.

Capitán Hava 21, 28020 Madrid.

Telfs: 4597562 - 4597751

Télex: 49416. Pubí. E Avisar Edisan

ISBN: del Tomo: 84-86472-74-1

ISBN: obra completa: 84-86472-72-5

Depósito Legal: M. 13.163-1987

Impreso en España/Printed in Spain

por Grafur, S.A.

C~/ Igarsa, Naves E-F

Paracuellos del Jarama - Madrid

Encuadernación: Huertas, S.L.

Fuenlabrada (Madód)

Impreso en abril de 1987

Edición para América: agosto de 1987

Para

A. P. y Phyllis, Mick y A rnette,

A elurophiles todos.

PUERTA AL VERANO

1

Un invierno, poco antes de la Guerra de Seis Semanas, mi gato - Petronio el Arbitro- y yo vivimos en una vieja granja de Connecticut. Dudo de que la granja siga allí, ya que se hallaba situada cerca del área de tiro cercana a Manhattan, y esas construcciones de viejo armazón arden como papel de seda. Pero aunque siguiera en pie no sería utilizable como vivienda, debido a los derribos. Pero a Pet y a mí nos gustaba. La falta de agua corriente hacía que el alquiler fuese bajo, y lo que antes había sido el comedor tenía una buena luz del norte para mi mesa de diseño.

El inconveniente residía en que el lugar tenía once puertas que daban al exterior. Doce, si contamos la de Pet. Yo siempre procuraba una puerta para Pet - en este caso un tablero ajustado a la ventana de un dormitorio que no se utilizaba, y en el cual había cortado una gatera justo para que pasaran los bigotes de Pet -. He pasado gran parte de mi vida abriendo puertas para gatos... Una vez calculé que, desde el comienzo de la civilización, se han empleado de esta manera novecientos setenta y ocho siglos. Puedo enseñaros los cálculos.

Pet solía utilizar su propia puerta salvo cuando conseguía que yo le abriese una de las que utilizaban las personas, lo cual era de su preferencia. Sin embargo, nunca utilizaba su puerta cuando había nieve en el suelo.

Cuando Pet era muy pequeño, todo pelusa y ronroneos, ya había adquirido una sencilla filosofía: yo me ocupaba de la vivienda, del racionamiento y del tiempo, y él se ocupaba de todo lo demás; pero me hacía especialmente responsable del tiempo.

Los inviernos de Connecticut sólo son adecuados para las tarjetas de Navidad; aquel invierno, Pet observaba regularmente su propia puerta, negándose a salir debido a aquella desagradable sustancia blanca que había en el exterior (no era ningún tonto), y luego me hostigaba para que abriese una ~e las puertas para personas. Estaba convencido de que al menos una debía conducir a un tiempo de verano. Eso significaba que en cada ocasión tenía que ir con él a cada una de las once puertas, mantenerla abierta hasta que sé convenciera de que también allí era invierno, y luego pasar a la puerta siguiente mientras sus críticas a mi mala administración crecían en acritud con cada decepción.

Luego permanecía en el interior hasta que la presión hidráulica materialmente le obligaba a salir. Cuando regresaba, el hielo de sus patas resonaba como zuecos sobre el suelo de madera, y me miraba y se negaba a ronronear hasta que se lo había arrancado todo..., después de lo cual me perdonaba hasta la próxima ocasión.

Pero nunca abandonó su búsqueda de la Puerta al Verano.

Y el 3 de diciembre yo también la estaba buscando.

Mi pesquisa era casi tan desesperada como lo había sido la de aquel invierno en Connecticut. La poca nieve que había en el sur de California la guardaban en las montañas para los esquiadores, no en Los Ángeles, donde probablemente tampoco hubiera podido pasar a través de la contaminación. Pero el tiempo invernal estaba en mi corazón.

No me encontraba enfermo (aparte de una resaca acumulativa), aún me faltaban unos cuantos días para llegar a los treinta años, y estaba lejos de no tener dinero. La policía no me buscaba, ni tampoco ningún marido, ni ninguna citación judicial. No había nada en mí que una leve amnesia no hubiera podido curar. Pero en mi corazón había invierno y estaba buscando una puerta que diese al verano.

Si les parezco un hombre que padece un caso agudo de autocompasión, están en lo cierto. Sobre el planeta debía haber dos mil millones de hombres en peor estado y, no obstante, yo estaba buscando la Puerta al Verano.

La mayoría de las puertas que he comprobado últimamente han sido basculantes, como las que tenía frente a mi: SANS SOUCI Bar-Grill, anunciaba el letrero. Entré, escogí un compartimento hacia el medio, puse cuidadosamente sobre el asiento el maletín que llevaba, me instalé junto a él, y esperé al camarero.

El maletín dijo:

-¿Uaaarrr?

-Estate quieto, Pet -dije.

-¡Miauuu!

-Tonterías, acabas de ir. Cállate, que viene el camarero.

Pet se calló. Yo levanté la mirada al acercarse el camarero y le dije:

-Un whisky doble, un vaso de agua corriente y una ginger ale.

El camarero se quedó perplejo:

-¿Ginger ale, señor? ¿Con whisky?

-¿La tiene o no la tiene?

-Sí, claro que sí, pero...

-Pues tráigala. No voy a beberla; sólo quiero reírme de ella. Y traiga también un platillo.

-Como usted diga, señor. –Dio

lustre al tablero de la mesa-. ¿Y un pequeño bistec, señor? ¿O un escalope, que están muy bien hoy?

-Mire, amigo, le daré propina por los escalopes si me promete que no me los servirá. Lo único que necesito es lo que he pedido... Y no se olvide del platillo.

Se calló y se marchó. De nuevo dije a Pet que se calmara, que había desembarcado la Infantería de Marina. El camarero regresó, satisfecho su orgullo al traer la ginger ale sobre el platillo. Hice que la abriera mientras yo mezclaba el whisky con el agua.

-¿Desea otro vaso para la ginger ale, señor?

-Soy un buen cowboy; la bebo directamente de la botella.

Se calló y dejó que pagase y le diese propina, sin olvidar la correspondiente a los escalopes. Cuando se hubo ido puse un poco de ginger ale en el platillo, y golpeé el maletín:

-La sopa está servida, Pet.

El maletín no estaba cerrado; nunca lo cerraba cuando él estaba dentro. Lo acabó de abrir con sus patas, sacó la cabeza y miró rápidamente alrededor, luego alzó su pecho y colocó las garras sobre el borde de la mesa. Yo levanté mi vaso y nos miramos el uno al otro:

-Brindemos por la raza femenina, Pet... ¡Encuéntralas y olvídalas!

Pet asintió; aquello estaba de acuerdo con su filosofía. Inclinó gentilmente la cabeza y comenzó a sorber su ginger ale.

-Si es que puedes, claro está -añadí, bebiendo un trago largo.

- Pet no respondió. Olvidar una hembra no suponía ningún esfuerzo para él; era un tipo nacido para soltero.

Frente de mí, y a través de la ventana del bar, había un anuncio luminoso que variaba constantemente. Primero se podía leer: TRABAJE MIENTRAS DUERME. Y luego: *Y* DISIPE SUS PREOCUPACIONES DURANTE EL SUEÑO. Después, en letras de doble tamaño, resplandecientes:

COMPAÑÍA DE SEGUROS MUTUOS

Leí varias veces los tres anuncios sin pensar en ellos. Sabía tanto, o tan poco, sobre la animación interrumpida, como todo el mundo.

Cuando fue anunciada por vez primera había leído un artículo divulgativo al respecto, y dos o tres veces por semana me llegaba en el correo de la mañana propaganda de una compañía de seguros, generalmente la tiraba a la papelera sin ni siquiera mirarla, pues no creía que me pudiera interesar más que la de lápices para labios.

En primer lugar, hasta hacía poco, no hubiera podido pagar un sueño en frío: era demasiado caro; en segundo lugar, ¿por qué un hombre a quien interesaba su trabajo, que ganaba dinero y esperaba ganar más, estaba enamorado y a punto de casarse, iba a querer suicidarse?

Si un hombre padecía una enfermedad incurable, o en todo caso esperaba morirse, pero creía que los doctores de una generación su siguiente serían capaces de curarle, y podía permitirse pagar el sueño frío mientras la ciencia médica buscaba solución a su caso, entonces el sueño frío era una decisión lógica. O si su ambición consistía en hacer un viaje a Marte y pensaba que suprimiendo una generación de su película personal podría conseguir un billete para el viaje, me figuro que entonces también era lógico... Se había publicado la historia de una pareja de buena sociedad que se casó y se fue directamente de la alcaldía al santuario del sueño de la Compañía de Seguros del Mundo Occidental, dejando instrucciones para que no se les despertara hasta que pudieran pasar su luna de miel en un transatlántico interplanetario..., aunque yo sospeché que se trataba de una propaganda organizada por la compañía de seguros, y que habían salido por la puerta trasera con nombres falsos. Eso de pasar la noche de bodas tan en frío, como un pescado congelado, no me parece a mí que sea muy creíble.

Además, había también la incitación directamente financiera, aquella sobre la cual las compañías hacían más hincapié: «Trabaje él mientras duerme». Estáte quieto y deja que lo que hayas ahorrado se convierta en una fortuna. Si tienes cincuenta y cinco años y tu caja de pensiones te paga doscientos al mes, ¿por qué no dejar que vayan pasando los años, despertar todavía a los cincuenta y cinco, y dejar que te paguen mil por mes? Y eso por no mencionar lo que supondría despertarse en un mundo nuevo y mejor, que probablemente te ofrezca una vida más larga y más sana durante la cual disfrutar de tus mil al mes. Este último argumento era el que

realmente utilizaban a fondo las compañías, todas las cuales probaban, con número indiscutibles, que su selección de acciones acumulaba dinero con más rapidez que las otras. «¡Trabaje mientras duerme!»

Eso nunca me había atraído. No tenía cincuenta y cinco años, no quería retirarme, y no veía nada malo en mi época.

Es decir hasta hace poco. Ahora estaba retirado, tanto si me gustaba como sino (no me gustaba): en vez de estar en mi luna de miel me encontraba en un bar de segunda clase; en vez de mujer tenía un gato con muchas cicatrices y un gusto morboso por la ginger ale; y en cuanto a lo de gustarme mi época la hubiese cambiado por un cajón de botellas de ginebra, y las hubiese roto una tras otra.

Pero no estaba arruinado.

Metí la mano en mi americana, saqué un sobre y lo abrí, había en él dos cosas. Una era un cheque certificado, por una cantidad superior a la que nunca había tenido; la otra era un certificado de acciones en Muchacha de Servicio. Los dos documentos empezaban a estar un poco arrugados, pues los había llevado encima desde que me los entregaron.

¿Y por qué no?

¿Por qué no esconderme y dejar que mis preocupaciones se desvanecieran durante el sueño? Siempre sería mejor que alistarse en la Legión Extranjera, menos sucio que el suicidio, y me disociaría por completo de las personas y de los acontecimientos que me habían amargado la vida. Así que, ¿por qué no?

No me interesaba excesivamente la posibilidad de enriquecerme. Claro que había leído *Cuando el dormido despierte* - de H. G. Wells, no sólo cuando las compañías de seguros comenzaron a regalar ejemplares, sino antes, cuando no era más que una novela clásica; sabía de lo que eran capaces el interés compuesto y la plusvalía de las acciones. Pero no estaba seguro de disponer de suficiente dinero para comprar el Sueño Largo y al mismo tiempo efectuar un depósito lo bastante importante para que mi interés valiera la pena. El otro argumento me atraía más: meterme en la cama y despertar en un mundo diferente. Quizás en un mundo mucho mejor, según las compañias de seguros querían hacernos creer..., o quizá peor, aunque, desde luego, diferente.

Sin embargo, podía tener la seguridad de una diferencia importante: podía dormir lo suficiente para tener la certeza de que sería un mundo sin Belle Darkin, y sin Miles Gentry; pero sobre todo sin ha Belle. Si Belle estaba muerta y enterrada, podría olvidarla y olvidar lo me de lo que me había hecho, en vez de amargarme pensando en que sólo se encontraba a unos cuantos kilómetros de distancia.

Veamos, ¿cuánto tiempo sería necesario para eso?

Belle tenía veintitrés años, o así. Bueno, de todos modos tendría menos de treinta. Si yo dormía setenta años, ella estaría muerta y enterrada. Digamos setenta y cinco, para estar seguros.

Luego recordé los progresos de la geriatría: se hablaba de los ciento veinte años como una duración «normal». Quizá tuviese que dormir cien años. No tenía la seguridad de que ninguna compañía de seguros llegase a ofrecer tanto.

Luego me vino una idea levemente diabólica, inspirada por el calorcillo del whisky. No hacía falta dormir hasta que Belle hubiese muerto: era más de lo necesario -y una venganza adecuada contra una hembra - ser joven cuando ella fuese vieja. Lo bastante para fastidiaría; algo así como unos treinta años.

Sentí una pata, suave como un copo de nieve, sobre mi brazo:

-¡Msss.! -anunció Pet.

- Tragón - le dije, y le serví otro platillo de ginger ale. Me dio las gracias con una cortés espera, y luego comenzó a lamerlo.

Pero había interrumpido mí placentera y perversa meditación. ¿Qué diablos iba yo a hacer con Pet?

No se puede regalar un gato lo mismo que se regala un perro; no lo soportan. A veces continúan en la casa, pero no en el caso de Pet; para él yo era la única cosa estable en un mundo cambiante desde que lo habían separado de su madre, hacía nueve años... Incluso había conseguido conservarlo junto a mí en el Ejército, y eso sí que era difícil.

Él disfrutaba de buena salud, y probablemente continuaría así a pesar de que era una masa de cicatrices. Si conseguía corregir cierta tendencia a atacar con la derecha, seguiría ganando batallas y engendrando gatitos durante otros cinco años por lo menos.

Podía pagar para que lo mantuvieran en un hogar hasta que muriese (¡ni pensarlo!), o hacer que le dieran cloroformo (igualmente inimaginable), o abandonarlo... A eso es a lo que uno se ve reducido en el caso de un gato: o bien se sigue cumpliendo con la obligación que se ha asumido, o bien se abandona al desgraciado, se le deja en estado salvaje y se destruye su fe en la justicia eterna.

Del mismo modo que Belle había destruido mi fe.

Así pues, amigo Danny, vale más que lo olvides. Tu vida puede haberse agriado tanto como unos pepinillos, pero eso no te libera en lo más mínimo de cumplir tu obligación con este gato malcriado.

Apenas llegué a esa verdad filosófica, Pet estornudó: las burbujas se le habían subido a la nariz:

- *Gesundheit!* -dije- y acostúmbrate a no beberlo tan rápido.

Pet no me hizo caso. En conjunto, sus modales eran mejores que los míos, y él lo sabía. Nuestro camarero había estado dando vueltas alrededor de la caja hablando con el cajero. Era la hora de poco trabajo después del almuerzo, y los otros clientes estaban en el bar. El camarero alzó la mirada cuando dije *Gesundheit!* y habló con el cajero. Los dos miraron hacia nosotros, el cajero levantó la portezuela del bar y se aproximó.

- Policías, Pet -dije en voz baja.

Miró alrededor y se escondió en el maletín y yo junté los bordes del cierre. El cajero se acercó y se inclinó sobre mi mesa, mirando rápidamente a los dos asientos.

-Lo siento, amigo -dijo tranquilamente-, pero tendrá que sacar ese gato.

-¿Qué gato?

-Ese al que estaba dando de comer en este platillo.

-No veo ningún gato.

Esta vez se inclinó y miró bajo la mesa.

-Lo tiene usted en ese maletín -dijo acusadoramente.

-¿Maletín? ¿Gato? -dije perplejo-. Amigo mio, supongo que estará usted empleando una figura retórica...

-¿Qué? No utilice usted palabras raras. Tiene un gato en ese maletín. Ábralo.

-¿Tiene un mandato judicial?

-¿Cómo? No diga tonterías.

-Es usted quien dice tonterías al pedirme que le enseñe el interior de mi maletín sin un mandato judicial. Enmienda cuarta. Además, hace ya años que terminó la guerra. Y ahora que nos hemos puesto de acuerdo, haga el favor de decir al camarero que traiga lo mismo. O tráigamelo usted...

Se entristeció.

-Amigo, no se trata de nada personal, pero tengo que pensar en la licencia. «Ni perros ni gatos», lo dice en la pared. Nuestro objetivo es mantener un establecimiento en condiciones higiénicas.

-Pues han fracasado. -Levanté mi vaso-. ¿Ve usted las marcas de lápiz de labios? Debería vigilar a su lavaplatos, en vez de dedicarse a registrar a sus clientes.

-No veo ninguna marca...

-Porque la he limpiado casi del todo. Pero llevémoslo al Departamento de Sanidad y que revisen la cuenta de bacterias.

-¿Tiene usted insignia? -suspiró.

-No.

-Pues estamos a la par. Yo no registro su maletín y usted no me lleva al Departamento de Sanidad. Y, si desea usted otra bebida, vaya al bar y que le sirvan... a cuenta de la casa. Pero no aquí. -Se volvió e indicó el camino.

Me encogí de hombros.

-En todo caso, ya nos marchábamos.

Cuando pasé por delante de la caja, el cajero levantó la mirada.

-¿No estará molesto, verdad?

-No. Pero tenía la intención de traer más tarde a mi caballo para que echara un trago; ahora ya no lo haré.

-Como quiera. Las ordenanzas no dicen nada acerca de caballos. Pero... otra cosa: ¿ese gato verdaderamente bebe ginger ale?

-Cuarta enmienda, ¿recuerda?

-No quiero ver al animal, sólo saberlo.

-Pues bien -adrnití-, le gusta más con un poco de angostura, pero lo bebe sin ella si no tiene más remedio.

-Le estropeará los riñones. Mire eso, amigo...

-¿Qué debo mirar?

-Echese hacia atrás, de manera que su cabeza quede cerca de la mía. Ahora mire al techo, sobre cada uno de los compartimentos... A los espejos de los decorados. Se que allí había un gato porque lo vi.

Me incliné hacia atrás y miré: el techo estaba decorado con muchos espejos; entonces vi que algunos de ellos estaban orientados de manera que permitían que el cajero los utilizase como periscopios sin moverse de su sitio.

-Necesitamos eso -dijo, como excusándose-. Le escandalizaría saber lo que pasa en esos compartimentos... Si no les tuviésemos vigilados... El mundo está perdido.

-Amén, amigo. -Y me marché.

Una vez hube salido, abrí el maletín y lo llevé colgado de un asa. Pet sacó la cabeza.

-Ya has oído lo que ha dicho ese hombre, Pet. «El mundo está perdido.» Más que perdido cuando dos amigos no pueden echar un trago juntos sin que les espíen. Esto lo prueba.

-¿Ahorrra? -preguntó Pet.

-Puesto que lo dices... Y si vamos a hacerlo no hay motivo para demorarlo.

-¡Ahorrra! -respondió Pet, enfáticamente.

-Hay unanimidad. Está aquí mismo, al otro lado de la calle.

La recepcionista de la Compañía de Seguros Mutuos era un buen ejemplo del diseño funcional. A pesar de sus formas aerodinámicas, exhibía por el frente espacios para el radar y todo cuanto se necesitaba para su misión fundamental. Me tranquilicé pensando que para cuando yo saliese ella seria ya una marmota, y le dije que quería ver a un vendedor.

-Siéntese, por favor. Veré si alguno de nuestros ejecutivos para clientes está libre. -Antes de que pudiera sentarme, añadió-: Nuestro señor Powell le verá. Por aquí, por favor.

Nuestro señor Powell ocupaba un despacho que me hizo pensar que a Seguros Mutuos no le iban mal las cosas. Me dió un húmedo apretón, me hizo sentar, me ofreció un cigarrillo e intentó coger mi maletín, pero yo me aferré a él.

-Y bien señor, ¿en qué podemos servirle?

-Deseo el Largo Sueño.

Arqueó las cejas, y sus modales se hicieron más respetuosos. Sin duda Seguros Mutuos no volvería la espalda a siete billetes, pero el Largo Sueño les permitía meter mano a todos los intereses del cliente.

-Una decisión muy acertada -dijo con reverencia-. Es lo que yo querría hacer si pudiera. Pero las responsabilidades familiares... ¿sabe? -Extendió la mano y cogió un formulario-. Los clientes para el sueño suelen tener prisa. Permítame que le ahorre tiempo y molestias llenando esto en su nombre... Haremos lo necesario para que el examen físico se haga de inmediato.

-Un momento.

-¿Qué?

-Una pregunta. ¿Están ustedes en condiciones de organizar sueño frío para un gato?

Pareció sorprendido, y luego molesto:

-¿Está bromeando? Abrí el cierre del maletín y Pet sacó la cabeza.

-Le presento a mi compañero. Le ruego que conteste a mi pregunta. Si la respuesta es «no», entonces me dirigiré a la Obligación del Valle Central. Sus oficinas están en este mismo edificio, ¿verdad?

Esta vez se horrorizó:

-Señor... ¡Oh! No entendí bien su nombre...

-Dan Davis.

-Señor Davis, cuando alguien entra por nuestra puerta está bajo la benevolente protección de la Mutua de Seguros. No podría permitir que usted se fuera a Valle Central.

-¿Y de qué manera piensa impedírmelo? ¿Judo?

-¡Por favor! -Echó una ojeada alrededor con aire preocupado-. Nuestra compañía es ética.

-¿Quiere decir que Valle Central no lo es?

-No dije eso; fue usted, señor Davis, no deje que le influya...

-No lo conseguiría.

-....pero examine usted el contrato de cada una de las compañías. Consulte con un abogado o, mejor aún, con un asesor oficial. Averigüe lo que le ofrecemos, y actualmente entregamos, y compárelo con lo que Valle Central pretende ofrecer. -Miró nuevamente a su alrededor y se inclinó hacia mí-. No debería decirlo, y confío en que usted no lo repetirá, pero ellos ni siquiera utilizan las tablas oficiales.

-Quizá tratan mejor al cliente.

-¿Cómo? Mi querido señor Davis, nosotros distribuimos todos los beneficios sobrantes. Nuestros estatutos nos lo imponen... Mientras que Valle Central es una compañía por acciones.

-Quizá debiera comprar algunas de las suyas... Mire señor Powell, estamos perdiendo el tiempo. ¿Seguros Mutuos aceptará a mi compañero aquí presente o no? Si es que no, entonces llevamos aquí demasiado rato.

-¿Quiere decir que está dispuesto a pagar para conservar viva a esa criatura en hipotermia?

-Quiero decir que deseo que los dos tomemos el Largo Sueño. Y no le llame usted «criatura»; su nombre es Petronius.

-Usted perdone. Expresaré mi pregunta de otro modo: ¿Está usted dispuesto a pagar dos cuotas de custodia, para mantener a ustedes dos, a usted y a... bueno a Petronius, en nuestro santuario?

- Si, pero no dos cuotas corrientes; algo extra sí. Pueden ustedes meternos a los dos en el mismo ataúd... Honestamente no pueden cargar lo mismo por Pet que por un hombre.

-Esto es muy poco corriente...

- Desde luego. Pero ya discutiremos el precio luego... o lo discutiré con Valle Central. De momento, lo que necesito saber es si ustedes pueden hacerlo.

- Bueno... -Tamborileó sobre su mesa-. Un momento. -Cogió el teléfono y dijo-: Opal, póngame con el doctor Berquist.

No oí el resto de la conversación, pues colocó la protección para conversación secreta. Pero, al cabo de un rato, dejó el teléfono y sonrió como si se le hubiese muerto un tío rico:

-¡Buenas noticias, señor! De momento había olvidado el hecho de que los primeros experimentos que tuvieron éxito, se efectuaron con gatos. Las técnicas y factores críticos para gatos han sido establecidos en su totalidad. Incluso hay un gato en el Laboratorio de Investigaciones Navales de Annapolis que, desde hace más de veinte años, se encuentra vivo en hipotermia.

-Yo creía que el LIN había sido destruido cuando se apoderaron de Washington.

-Solamente los edificios de superficie, señor, pero no las cámaras profundas. Lo cual es un tributo a la perfección de la técnica; el animal permaneció sin cuidados, excepto los de la maquinaria automática, durante más de dos años... Y, sin embargo, vive aún, sin alterarse ni envejecer. Lo mismo que usted vivirá, cualquier período de tiempo que decida encomendarse a nuestra compañía, señor.

Creí que iba a santiguarse.

-Está bien, está bien. Ahora discutamos el precio.

Rabia que tener el cuenta cuatro factores: primero cómo pagar por nuestros cuidados mientras estábamos hibernando; segundo, cuánto tiempo quería yo que durmiésemos; tercero, cómo quena invertir mi dinero mientras estaba en la nevera, y, finalmente, que ocurriría si estiraba la pata y no me despertaba más.

Finalmente me decidí por el año 2000, que era un número redondo y solamente a treinta años de distancia. Me temía que si lo prolongaba más me encontraría por completo fuera de contacto. Los cambios durante los últimos treinta años (mi vida) habían sido suficientes para que se le saliesen a uno los ojos de la cara - dos grandes guerras y una docena de pequeñas, el hundimiento del comunismo, el Gran Pánico, los satélites artificiales, el paso a la energía atómica...

Quizás el año 2000 me pareciese muy confuso. Pero, si no saltaba hasta allí, Belle no habría tenido tiempo de adquirir un elegante conjunto de arrugas.

A la hora de considerar cómo invertir mi dinero no tomé en consideración los valores del Estado ni otras inversiones conservadoras; nuestro sistema fiscal lleva consigo la inflación. Decidí quedarme con mis acciones de Muchacha de Servicio e invertir el efectivo en otras acciones ordinarias, poniendo especial atención en ciertas tendencias que creía subirían de valor. Era forzoso que el automatismo aumentase. Escogí también una firma de abonos de San Francisco que había experimentado con levaduras y algas comestibles: cada vez había más gente, y los filetes no iban a bajar de precio. Le dije que pusiera el saldo del dinero en el fondo administrado por la compañía.

Pero la verdadera dificultad consistía en saber qué hacer si me moría durante la hibernación. La compañía aseguraba que las probabilidades eran de más de siete a diez de que viviría los treinta años de sueño frío... y la compañía estaba dispuesta a apostar en cualquiera de los dos sentidos. Pero las apuestas no eran recíprocas, ni tampoco esperaba que lo fuesen: en todo sistema de apuestas honesto hay una comisión para la casa. Solamente los jugadores deshonestos pretenden que la víctima tiene más probabilidades. La más antigua y más respetable firma de seguros del mundo, Lloyd's de Londres, no lo disimula: los asociados de Lloyd's aceptan apostar en cualquiera de los sentidos. Pero no había que esperar mejores condiciones que en las carreras: alguien debía pagar los trajes a medida del señor Powell.

Decidí que todo lo que tenía fuese a parar al fondo administrado por la compañía en caso de fallecimiento, lo cual hizo que el señor Powell intentara besarme, y me hiciese reflexionar sobre cuán optimistas eran aquellas siete de diez probabilidades. Pero me aferré a ello porque me convertía en heredero (si vivía) de todos los demás con la misma opción (si morían), especie de ruleta rusa en la que los supervivientes recogían las fichas... mientras la compañía, como de costumbre, se quedaba con el porcentaje de la casa.

Elegí todas la alternativas que proporcionaban el mayor rendimiento posible, sin solución si me equivocaba. El señor Powell me adoraba, de la misma manera que un croupier adora al ingenuo que juega siempre al cero. Cuando terminamos de disponer mis intereses, quise mostrarme razonable con lo de Pet: fijamos el pago de un 15 por 100 de la cuota humana por la hibernación de Pet, y redactamos para él un contrato por separado

Sólo quedaba el consentimiento del tribunal y el examen físico.

El examen no me preocupaba: una vez permitido que la compañía apostase a que me moría, me aceptarían aunque estuviese en la última fase de la Peste Negra. Pero sospechaba que conseguir que lo aprobase un juez sería más difícil, pero era necesario, ya que un cliente en sueño frío estaba legalmente en custodia, vivo pero impotente.

No tenía por qué haberme preocupado. Nuestro señor Powell hizo redactar, por cuadruplicado, catorce documentos diferentes, y fui firmando hasta que noté calambres en los dedos. Un mensajero salió corriendo con ellos mientras yo pasaba mi examen físico: ni siquiera llegué a ver al juez.

El examen físico consistió en la fatigosa rutina de costumbre, salvo por una cosa. Hacia el final el doctor que me estaba examinando me miró severamente y dijo:

- Muchacho, ¿desde cuando estás empinando el codo?

-¿El codo?

- El codo.

-¿Qué le hace pensar eso, doctor? Estoy tan sobrio como usted. «El cielo está enladrillado. ¿Quién lo desenladrillará...?»

- Deje eso y contésteme.

- Pues... desde hace un par de semanas.

-¿Bebedor compulsivo? ¿Cuántas veces lo ha precisado en el pasado?

-Pues, la verdad es que ninguna. Verá usted... -Comencé a explicarle lo que Belle y Miles me habían hecho, y por qué me sentía como me sentía.

Me enseñó la palma de la mano:

-Por favor. Tengo mis propios problemas y no soy un psiquiatra. En realidad, lo único que me interesa es averiguar si su corazón puede soportar que lo pongan a cuatro grados centígrados. En general, me tiene sin cuidado que haya gente tan chiflada que quiera meterse en un agujero y cerrarlo tras ella. Sencillamente, pienso que así habrá un idiota menos en la superficie. Pero cierto residuo de conciencia profesional me impide autorizar que ningún hombre, por desdichado ejemplar que sea, se meta en uno de esos ataúdes con su cerebro empapado en alcohol. Vuélvase.

-¿Cómo?

-Vuélvase. Voy a darle una inyección en la nalga izquierda.

-Me volví y me la dió. Mientras me estaba frotando, me dijo-: Y ahora empápese de esto: dentro de veinte minutos estará más sobrio de lo que ha estado desde hace un mes. Entonces, si le queda algo de sentido común, lo cual dudo, puede revisar su posición y decidir si quiere evadirse de sus dificultades... o enfrentarse a ellas como un hombre.

Me empapé.

-Eso es todo. Ya puede vestirse. Voy a firmar sus papeles, pero le advierto que puedo poner el veto en el último momento. No más alcohol para usted. En absoluto. Una cena ligera y nada de desayuno. Vuelva mañana a las doce para el último examen.

Dio media vuelta y salió sin despedirse siquiera. Me vestí y me marché de allí muy molesto. Powell tenía todos mis papeles a punto. Cuando los cogí, me dijo:

-Puede dejarlos aquí, si quiere, y recogerlos mañana al mediodía... Es decir, la copia que irá con usted a los sótanos.

-¿Y qué se hará de las otras?

-Nosotros guardamos una, luego, después de que usted haya sido depositado, enviamos otra a los tribunales, y otra a los Archivos de Carísbad. ¡Ah! ¿Le advirtió el médico acerca del régimen?

-Desde luego -respondí, y miré fijamente los papeles para ocultar mi desagrado.

Powell alargó la mano intentando cogerlos.

-Se los guardaré esta noche.

Los retiré de su alcance:

-Puedo guardarlos yo mismo. Puede que quiera modificar algunas de las disposiciones que he elegido.

-¡Oh! Es algo tarde para eso, mi querido señor Davis.

-No se apresure. Si hago algún cambio vendré temprano.

Abrí el maletín y metí los papeles en uno de los compartimentos junto a Pet. Otras veces ya había guardado allí papeles de valor. Si bien no era un sitio tan seguro como los Archivos de Carísbad, estaban más seguros de lo que podía parecer. Una vez un ladrón intentó robar algo de aquel mismo compartimento y a esas horas aún debe de llevar cicatrices de los dientes y las garras de Pet.

2

Mi automóvil estaba aparcado en la Plaza de Pershing, donde lo había dejado temprano aquel día. Puse dinero en el contador del aparcamiento, coloqué el chisme en la arteria Oeste, saqué a Pet, lo puse en el asiento, y me relajé.

Mejor dicho, intenté relajarme. La circulación en Los Ángeles era demasiado rápida y demasiado criminal para que me sintiera verdaderamente feliz con el control automático. Hubiera querido volver a diseñar toda su instalación, pues no era verdaderamente uno de esos modernos «Falle Sin Temor».

Cuando llegamos al Oeste de la Avenida Occidental y pude volver al control manual, estaba nervioso y tenía ganas de echar un trago.

- Allí hay un oasis, Pet.

-¿Rrrrect?

- Delante mismo.

Pero mientras buscaba un sitio donde aparcar -Los Ángeles no corría peligro de invasión: los invasores nunca encontrarían aparcamiento- me acordé de la orden del médico de no tomar alcohol.

De modo que le dije enfáticamente qué podía hacer con sus órdenes.

Luego me pregunté si él sería capaz de averiguar, casi un día más tarde, si yo había bebido o no. Creía recordar cierto artículo especializado, pero no me había interesado tanto como para echarle más que una ojeada.

¡Maldita sea! Era capaz de prohibirme el sueño frío. Sería mejor que me calmase y dejara de lado la bebida.

-¿Ahorrra? -preguntó Pet.

-Luego. De momento tenemos que encontrar un restaurante para automóviles.

De pronto me di cuenta de que en realidad no quería beber; necesitaba comida y una noche de sueño. El doctor tenía razón: estaba más sobrio y me sentía mejor de lo que me había sentido desde hacia semanas. Aquel pinchazo en el trasero no había sido quizás más que B_1, pero, en tal caso, era de propulsión a chorro. Así que buscamos restaurante, pedí pollo asado para mí y un bistec ruso y un poco de leche para Pet, al que saqué a dar una vuelta mientras preparaban la comida. Pet y yo comíamos a menudo en los restaurantes porque así no tenía que meterlo de contrabando.

Media hora más tarde saqué al coche del círculo de mayor tránsito, lo paré, encendí un cigarrillo, rasqué a Pet bajo la barbilla, y pensé...

Dan, querido, el doctor tenía razón: pretendías deslizarte por el cuello de una botella, lo cual está bien para el tamaño de tu cabeza, pero era demasiado estrecho para tus hombros. Ahora estás sobrio, te has llenado la barriga de comida, y estás descansando cómodamente por vez primera desde hace días. Te sientes mejor... ¿Y qué más? ¿Tenía razón el doctor sobre lo demás? ¿Eres un niño mal criado? ¿Te falta valor para enfrentarte con un contratiempo? ¿Es el espíritu de aventura? ¿O sencillamente te escondes de ti mismo, como una de la Sección Octava que intenta volver a meterse en el seno de su madre?

Pero si quiero hacerlo, me respondí. El año 2000... ¡Muchacho!

Está bien, de acuerdo. Pero, ¿es necesario escaparse sin antes ajustar cuentas por aquí?

Bueno, bueno..., pero ¿cómo ajustarlas? No quiero otra vez a Belle, después de lo que me ha hecho. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? ¿Demandarles? No seas idiota, no tienes pruebas... Además, nadie gana un pleito sino los abogados.

Pet me miró.

Miré su cabeza llena de cicatrices. Pet no demandaría a nadie: si no le gustaban los bigotes de otro gato, sencillamente le invitaba a salir y a pelear como un gato.

-Creo que tienes razón, Pet. Voy a ir en busca de Miles, le arrancaré un brazo y le daré con él en la cabeza hasta que hable. Luego podremos tomar el Largo Sueño. Pero tenemos que saber qué es exactamente lo que nos hicieron y de quién fue la idea.

Detrás de la parada había una cabina telefónica. Llamé a Miles, le encontré en casa, le dije que se quedara allí, que iba a visitarle.

Mi padre me llamó Daniel Boone Davis, lo cual fue su manera de declararse en favor de la libertad personal y de la confianza en si mismo. Nací en 1940, año en que todo el mundo andaba diciendo que el individuo estaba en sus últimas y que el futuro pertenecía al hombre de la masa. Papá se negó a creerlo: ponerme aquel nombre fue una nota de desafío. El murió durante un lavado de cerebro en Corea del Norte, intentando probar su tesis hasta el fin.

Cuando tuvo lugar la Guerra de las Seis Semanas yo poseía un título de ingeniería mecánica y estaba en el Ejército. No había utilizado mi título para intentar conseguir un mando, pues lo que papá si me había legado era un deseo arrollador de ir por cuenta propia, sin dar órdenes, sin recibir órdenes, sin atenerme a horarios: lo único que quería era servir lo estipulado y marcharme. Cuando la Guerra Fría entró en ebullición, era sargento técnico en el Centro de Armamentos de Sandia, en Nuevo México, y me dedicaba a rellenar bombas atómicas y a pensar en lo que iba a hacer cuando terminara mi plazo. El día que Sandia desapareció yo estaba en Dallas, para recibir una nueva partida de Schrecklichkeit. La caída de aquello fue hacia Oklahoma City, de modo que viví para recibir mi paga de soldado.

Pet sobrevivió por la misma razón. Yo tenía un compañero. Miles Gentry, un veterano que había sido llamado para el servicio. Se había casado con una viuda que tenía una hija, pero su mujer había muerto por la época en que lo llamaron de nuevo. Vivía fuera del puesto con una familia en Alburquerque, para que su hijastra Federica tuviese un hogar. La pequeña Ricky (nunca la llamábamos «Federica») se cuidaba de Pet. Gracias a Bubastis, diosa de los gatos, Miles, Ricky y Pet estaban fuera aquel espantoso fin de semana. Ricky se había llevado consigo a Pet porque yo no podía llevármelo a Dallas.

A mí me sorprendió tanto como a los demás cuando resultó que teníamos divisiones almacenadas en Thule y en otros lugares que nadie había sospechado. Desde los años 30 se había sabido que era posible enfriar el cuerpo humano, retardándolo, hasta casi cero. Pero hasta la Guerra de Seis Semanas había sido un truco de laboratorio, o una terapia de última Instancia. Hay que reconocer esto a la investigación militar: si es posible hacer algo con dinero y con hombres. lo consiguen. Emiten otros mil millones, contratan a otros mil científicos e ingenieros. y entonces, de alguna manera increíblemente tortuosa e ineficiente, aparecen las respuestas. Estasis, sueño frío, invernada, hipotermia, metabolistno reducido, llámenlo como quieran, los equipos de investigación de medicina logística habían encontrado la manera de almacenar gente como leña, y de utilizarlos cuando los necesitaban. Primeramente se droga al sujeto, luego se le hipnotiza, después se le enfría y se le mantiene a precisamente cuatro grados centígrados, es decir, a la densidad máxima del agua sin cristales de hielo. Si se le necesita urgentemente se le puede reavivar con diatermia y mando posthipnótico en diez minutos (en Nome lo hicieron en siete), pero tal velocidad tiende a envejecer los tejidos y a hacer que

desde entonces en adelante sea un poco estúpido. Si no hay prisa es mejor un mínimo de un par de horas. El método rápido es lo que los soldados profesionales llaman «un riesgo calculado».

En conjunto, aquello fue un riesgo con el que el enemigo no había contado, de modo que cuando la guerra terminó me despidieron pagándome, en vez de liquidarme o de enviarme a un campamento de esclavos. Y Miles y yo comenzamos juntos un negocio hacia la época en que las compañías de seguros comenzaban a vender el sueño frío.

Fuimos al Desierto de Mojave, instalamos una pequeña fábrica en un edificio sobrante de las Fuerzas Aéreas, y comenzamos a fabricar la Muchacha de Servicio, a base de mi ingeniería y de la experiencia de Miles en leyes y en negocios. Sí, yo inventé la Muchacha de Servicio y todos sus parientes -Willie Ventanas y los demás- a pesar de que ahora no encuentren ustedes en ellos mi nombre. Mientras estaba en el servicio militar había pensado mucho sobre lo que puede hacer un ingeniero. ¿Trabajar para Standard, DuPont o General Motors? Treinta años después le dan a uno un banquete de despedida y una pensión. No le ha faltado a uno ninguna comida, se han hecho muchos viajes en los aviones de la compañía, pero nunca se ha sido su propio dueño. El otro gran mercado para ingenieros es el servicio del Estado, con buena paga inicial, buenas pensiones, pocas preocupaciones, treinta días de vacaciones anuales, beneficios generosos. Pero yo acababa de disfrutar de una larga vacación estatal y quería ser mi propio jefe.

¿Qué había que fuera lo suficientemente pequeño para un ingeniero y que no requiriera seis millones de horas-hombre antes de que apareciese el primer modelo en el mercado? Ingeniería de taller de bicicletas con cacahuetes por capital, del modo como Ford y los hermanos Wright habían comenzado: se decía que aquellos días habían terminado para siempre; yo no lo creía.

El automatismo florecía: plantas de ingeniería química que solamente requerían dos observadores de instrumentos y un vigilante, máquinas que imprimían billetes en una ciudad y marcaban el espacio «vendido» en otras ciudades distintas, topos de acero que extraían carbón mientras los muchachos del sindicato de mineros los contemplaban. Así fue que mientras estaba al pago del tío Sam me empapé de toda la electrónica, uniones y cibernética que permitía una categoría «Q».

¿Cuál fue la última cosa que se hizo automática? Respuesta: la casa de cualquier señora. No intenté diseñar una casa científicamente lógica; no era lo que querían las mujeres: sencillamente deseaban una caverna mejor tapizada. Pero las amas de casa seguían quejándose del Problema Doméstico mucho después de que los criados hubiesen seguido el camino de los mastodontes. Rara vez me había encontrado con una ama de casa que no tuviese algo de ama de esclavos; parecía como si realmente creyesen que tenía forzosamente que haber robustas muchachas campesinas que agradeciesen la oportunidad de fregar suelos catorce horas diarias y comer restos de la mesa por un sueldo que un aprendiz de lampista despreciaría.

Por eso fue que llamamos Muchacha de Servicio a aquel monstruo: evocaba el recuerdo de la muchacha emigrante semiesclava a quien la abuela abroncaba. Fundamentalmente no era sino un aspirador mejor, y teníamos la intención de venderlo a un precio competitivo de las escobas de succión ordinarias.

Lo que la Muchacha de Servicio hacía (el primer modelo, no el robot seminteligente en que lo transformé) era limpiar suelos; toda clase de suelos, todo el día y sin vigilancia. Y nunca existió un suelo que no necesitase ser limpiado.

Barría, o fregaba, o limpiaba aspirando, o pulía, consultando cintas en su memoria idiota pala decidir qué era lo que tenía que hacer. Todo lo que fuese mayor que un perdigón BB lo recogía y lo colocaba sobre una bandeja en la superficie superior, para que alguien más inteligente decidiese si había que conservarlo o tirarlo. Se pasaba todo el día buscando suciedad, moviéndose infatigablemente según curvas que no dejaban nada por barrer, pasando de largo sobre los pisos limpios, en su incansable búsqueda por los sucios. Se marchaba de las habitaciones donde hubiese gente, lo mismo que una doncella bien educada, a menos de que la señora de la casa lo alcanzase e hiciese accionar un interruptor para indicar a la pobre infeliz que era bien recibida. Hacia

la hora de comer se iba a su puesto y se tragaba una carga rápida -eso antes de que le instalásemos la carga permanente.

No había mucha diferencia entre la Muchacha de Servicio, Marca Uno, y un aspirador doméstico. Pero la diferencia -que podía limpiar sin vigilancia- fue suficiente; se vendió.

Me apropié del esquema básico de las «Tortugas Eléctricas» descritas en el Scientific American hacia fines de 105 anos cuarenta, saqué un circuito de memoria del cerebro de un proyectil dirigido (eso es lo que tienen de bueno los trastos ultrasecretos; que no los patentan) y tomé los artificios de limpieza del conjunto de una docena de otros aparatos, incluso de un pulidor de suelos que se utilizaba en los hospitales del ejército, de un suministrador de bebidas no alcohólicas, de aquellas «manos» que utilizan en las plantas atómicas para manipular todo lo que es «caliente». No había en realidad nada nuevo en ello; era solamente la manera de juntarlo. La «chispa de genio» requerida por nuestras leyes consistía en encontrar un buen abogado de patentes.

El verdadero genio se requería para la ingeniería de producción; era posible construir todo aquel trasto con partes *standard* pedidas por medio del Catálogo de S'veet, salvo por dos letras tridimensionales y un circuito impreso. El circuito lo obteníamos por subcontrato; las levas las construí yo mismo en el cobertizo que llamábamos nuestra «fábrica», utilizando herramientas automáticas procedentes de excedentes de guerra. Al principio Miles y yo éramos toda la línea de montaje, desde el principio al fin. El modelo piloto costó 4.317,09 dólares. Los primeros cien aparatos costaron justo por encima de 39 dólares cada uno y se los entregamos a una casa de ventas de Los Ángeles a 60 dólares y ellos los revendían por *85* dólares. Tuvimos que dejárselos en consignación para poderlos sacar todos, puesto que no podíamos impulsar las ventas, y casi morimos de hambre antes de empezar a recibir el importe de las ventas. Luego *Life* dedicó dos páginas a las Muchachas de Servicio... y desde entonces el único problema fue tener bastante personal para montar el monstruo.

Belle Darkin se nos unió poco después de aquello. Miles y yo habíamos estado escribiendo cartas con una Underwood de 1908; la contratamos como mecanógrafa y tenedora de libros, y alquilamos una máquina eléctrica con tipo de letra alto, jefe ejecutivo y cinta carbónica, y yo diseñé un membrete para las cartas. Todos los beneficios los invertíamos en el negocio y Pet y yo dormíamos en el taller mientras Miles y Ricky ocupaban un cobertizo próximo. Nos asociamos en defensa propia. Para asociarse son necesarios tres; dimos a Belle parte de las acciones y la nombramos secretaria-tesorera. Miles era presidente y gerente general; yo era jefe técnico y presidente del consejo de administración con un 51 por 100 de las acciones.

Quiero explicar la razón por la cual me quedé con el control. No es que fuese un tragón; sencillamente quería ser mi propio jefe. Miles trabajaba como una mula; debe hacerse justicia. Pero más del 60 por 100 de los ahorros que habían servido para lanzarnos eran míos y el 100 por 100 de la inventiva y de la ingeniería eran míos. Miles no pudo nunca haber construido la Muchacha de Servicio, mientras que yo la podía haber construido con cualquiera de entre una docena de compañeros, o posiblemente sin ninguno -si bien quizás hubiese fallado al intentar hacer dinero con ella; Miles era hombre de negocios, mientras que yo no lo soy.

Pero quería tener la seguridad de que conservaba el control del taller, y concedí a Miles una libertad igual en lo referente a la parte comercial... demasiada libertad, según pude ver luego.

La Muchacha de Servicio, Marca Uno, se vendía como pan bendito, y yo estuve ocupado durante algún tiempo mejorándola e instalando una verdadera línea de montaje, y poniendo al frente de ella un jefe de taller, y luego me dediqué alegremente a idear nuevos artefactos para el hogar. Era asombroso lo poco que se había pensado en el trabajo doméstico, a pesar de que constituye por lo menos el 50 por 100 de todo el trabajo del mundo. Las revistas para mujeres hablan de «ahorro de trabajo en el hogar» y de «cocinas funcionales», pero no es más que cháchara; sus bonitos diseños no mostraban más que unas combinaciones de trabajo y vida que esencialmente no eran mejores que los de los tiempos de Shakespeare; la revolución del caballo al avión a chorro no había alcanzado el hogar.

Seguí aferrado a mi convicción de que las amas de casa eran reaccionarias. Nada de «máquinas para vivir» - sino solamente artificios para sustituir la extinguida especie de doncellas de servicio, es decir, para cocinar, limpiar y cuidar a los niños.

Empecé a pensar en las ventanas sucias y en aquella marca alrededor del baño que tan difícil es de limpiar, pues hay que doblarse por el medio para alcanzarla. Resultó que cierto artificio electrostático podía hacer saltar la suciedad de cualquier superficie silícea pulimentada, de los cristales de las ventanas, de los baños, de las palanganas -de cualquier cosa semejante. Aquello fue Willie Ventanas, y era extraño que nadie hubiese pensado en él antes. Lo aguanté hasta que pude rebajar su precio a un nivel que la gente no podía rehusar. ¿Se acuerdan de lo que costaba la hora de limpieza de ventanas?

Contuve la producción de Willie mucho más tiempo de lo que le convenía a Miles. Quería venderlo tan pronto como fuese lo bastante barato, pero yo insistí además en otra cosa: Willie tenía que ser fácil de reparar. El gran inconveniente de la mayoría de los aparatos domésticos es que cuanto mejores eran y más cosas hacían, con más facilidad se estropeaban, precisamente en el momento en que más falta hacían; y luego necesitaban un experto a cinco dólares por hora para hacerlas funcionar de nuevo. Luego volvía a suceder lo mismo a la semana siguiente, si es que no ocurría al lavaplatos, luego al acondicionador de aire... y generalmente el sábado por la tarde en medio de una tormenta de nieve.

Lo que yo quería era que mis aparatos funcionasen y siguiesen funcionando, y no causasen úlceras a sus propietarios.

Pero todos los aparatos se estropeaban incluso los míos. Hasta que llegue el gran día en que todos los artefactos sean diseñados sin partes móviles, las máquinas continuarán averiándose.

Pero la investigación militar verdaderamente consigue resultados, y los militares habían ya resuelto este problema. No se puede perder una batalla, perder miles o millones de vidas, quizás incluso la misma guerra, solamente porque un aparato del tamaño de tu dedo pulgar se estropea. Con fines militares se utilizaron una serie de recursos: «fallo con seguridad», circuitos de reserva, «dígamelo tres veces», y lo demás. Pero uno de los que utilizaron y que era viable para utensilios domésticos era el basado en el principio del componente enchufable.

Se trata de una idea sencillamente morónica; nada de reparar, sino de sustituir. Quería hacer que todas las partes de Willie Ventanas que podían averiarse fuesen unidades enchufables, y luego incluir un juego de recambios con cada Willie. Algunos de los componentes se tirarían, pero el mismo Willie nunca estaría fuera de uso más tiempo del necesario para enchufar la parte de recambio.

Miles y yo nos peleamos por primera vez. Yo afirmaba que la decisión acerca de cuándo se debía pasar del modelo piloto a la producción correspondía al ingeniero; él afirmaba que se trataba de una decisión comercial. Si no hubiese retenido mi control Willie hubiese salido al mercado sujeto a apendicitis aguda de manera tan irritante como todos los demás artefactos para «ahorrar trabajo», enfermizos y a medio desarrollar.

Belle Darkin calmó la tormenta. Si hubiese presionado quizás hubiese permitido que Miles empezase a vender, pues yo estaba tan embobado con Belle como pueda llegar a estarlo cualquier hombre.

Belle no solamente era una perfecta secretaria y gerente de oficina, sino que tenía características personales que hubiesen deleitado a Praxiteles, y una fragancia que me afectaba de la misma manera que el olor a gata afecta a Pet. Con lo escasas que estaban las oficinistas de primer orden, cuando una de las mejores se prestaba a trabajar para una compañía de juguete, a un sueldo por debajo de lo corriente, realmente uno debía preguntarse «¿por qué?» Pero ni siquiera le preguntamos dónde había estado trabajando antes, tan contentos estábamos de que nos salvara de la inundación de papeles que había producido la puesta en el mercado de la Muchacha de Servicio.

Más tarde yo hubiese rechazado con indignación cualquier sugerencia de investigar el pasado de Belle, pues para entonces las dimensiones de su busto habían ya afectado seriamente mi juicio. Me permitió que le explicase lo solitaria que había sido mi vida hasta que había aparecido ella, y ella respondió con suavidad que tendría que conocerme mejor, pero que se sentía inclinada a pensar lo mismo.

Poco después de haber suavizado la disputa entre Miles y yo, consintió en compartir mis fortunas:

-Dan, querido, tienes lo necesario para llegar a ser un gran hombre... y creo que yo soy el tipo de mujer que puede ayudarte a serlo.

-¡Desde luego que lo eres!

-¡Calla, querido! Pero no voy a casarme contigo precisamente ahora y cargarte de chiquillos y crearte toda clase de preocupaciones. Primero voy a trabajar contigo y a establecer el negocio. Luego nos casaremos.

Yo objeté, pero se mostró firme:

-No, querido. Tú y yo iremos muy lejos. La Muchacha de Servicio será un nombre tan grande como General Electric. Pero cuando me case quiero olvidarme de los negocios y dedicarme exclusivamente a hacerte feliz, y primero tengo que dedicarme a tu bienestar y tu futuro. Ten confianza en mí, amor mío.

La tuve. No permitió que le comprase el costoso anillo de prometida que quería comprarle; en lugar de ello le transferí parte de mis acciones personales como regalo de compromiso. Continué votando por ellas, naturalmente. Cuando pienso en aquello, no estoy seguro de quién fue el que pensó en tal regalo.

Después de aquello trabajé aún más que antes, pensando en papeleras que se vaciarían solas, y en un artefacto para guardar los platos en su sitio después de terminar el lavado. Todo el mundo se sentía feliz... Es decir, todo el mundo menos Pet y Ricky. Pet no hacía caso de Belle, lo mismo que de cualquier otra cosa que no le gustaba y que no podía alterar, pero Ricky se sentía verdaderamente desgraciada.

La culpa era mía. Ricky había sido «mi chica» desde que tenía seis años, allá en Sandia, con sus lazos en el cabello y sus grandes ojos solemnes. Yo iba a «casarme con ella» cuando fuese mayor, y los dos juntos cuidaríamos de Pet. Yo me figuraba que estábamos jugando y quizá si fuese un juego, y que Ricky solamente lo tomaba en serio por lo que se refería a su eventual plena custodia de nuestro gato. Pero ¿quien puede saber lo que pasa por la cabeza de un niño?

No Soy un sentimental con los niños. La mayor parte son como monstruos que no se civilizan hasta que crecen, y a veces ni entonces.

Pero la pequeña Federica me recordaba a mi propia hermana a aquella edad y, además, quería a Pet y lo trataba bien. Creo que yo le gustaba porque nunca le hablaba solemnemente (cuando yo era pequeño me molestaba que lo hicieran conmigo) y además me tomaba en serio sus actividades de Exploradora. No podía uno quejarse de Ricky; era de una reposada dignidad y ni alborotaba, ni chillaba, ni se subía las faldas. Eramos amigos, compartiendo la responsabilidad de Pet y por lo que a mí se refería, aquello de ser «mi chica» no era sino un juego algo mundano.

Dejé de jugarlo el día que mi hermana y mi madre murieron en un bombardeo. No fue una decisión consciente, sencillamente no me sentía con ganas de bromas y nunca lo volví a empezar. Ricky tenía entonces siete años; tenía diez cuando Belle se nos unió, y probablemente unos once cuando Belle y yo nos prometimos, odiaba a Belle con una intensidad de la que creo que solamente yo me daba cuenta, puesto que sólo se manifestaba en una falta de ganas de hablarle -Belle le llamaba «timidez», y creo que Miles también lo creía así.

Pero yo sabia la verdad y traté de hacer variar de actitud a Ricky. ¿Han tratado ustedes alguna vez de hablar con un subadolescente de algo de lo cual el niño no quiere hablar? Les será más satisfactorio gritar en el Cañón de los Ecos. Yo me decía que aquello pasaría cuando Ricky se diese cuenta de lo adorable que era Belle.

Pet era otra cosa, y si no hubiese estado enamorado lo hubiese interpretado como una señal clara de que Belle y yo no nos entenderíamos nunca. A Belle «le gustaba» mi gato. ¡Oh! ¡Desde luego, desde luego! Adoraba a los gatos y le encantaba mi incipiente calva y admiraba mi elección de restaurantes, y le gustaba todo lo que tenía que ver conmigo.

Pero el gusto por los gatos es algo difícil de asimilar frente a una persona aficionada a ellos. Hay gentes de gatos, y hay otros, probablemente más que una mayoría, que «no pueden soportar un gato inofensivo y necesario». Si lo intentan sea por cortesía o por cualquier otra razón, se nota porque no comprenden cómo se debe tratar a los gatos; y el protocolo de los gatos es más rígido que el de la diplomacia.

Se basa en el respeto de sí mismo y en el mutuo respeto, y tiene el mismo matiz que la «dignidad del hombre», que solamente puede ofenderse a riesgo de la vida.

Los gatos no tienen sentido del humor, sus egos son terriblemente hinchados, y son muy susceptibles. Si alguien me preguntase por qué valía la pena que nadie perdiese el tiempo ocupándose de ellos, me vería forzado a responder que no hay ninguna razón lógica. Preferiría explicar a alguien a quien no gusten los quesos fermentados por qué «debería gustarle» el Limburger. No obstante, simpatizo con aquel mandarín que se cortó una manga llena de inestimables bordados porque sobre ella estaba durmiendo un gatito.

Belle intentaba demostrar que Pet «le gustaba» tratándolo como si fuese un perro..., de modo que recibió un arañazo. Luego, como era un gato razonable, se fue, y no volvió en mucho tiempo; y fue mejor así, pues le hubiese pegado, y a Pet yo no le he pegado nunca. Pegar a un gato es peor que inútil, la única manera de disciplinar a un gato es por medio de paciencia, nunca a fuerza de golpes.

De modo que puse yodo en las heridas de Belle, y luego traté de explicarle en qué se había equivocado.

-Siento que haya ocurrido, ¡lo siento muchísimo! Pero volverá a suceder si vuelves a hacer aquello.

-¡Pero si solamente le estaba acariciando!

-Pues, sí... pero no le acariciabas como a un gato, sino como a un perro. No debes nunca dar palmaditas a un gato, sino pasarle la mano por encima. No debes hacer movimientos repentinos cuando estés al alcance de sus garras. No debes nunca tocarle sin darle la oportunidad de que vea lo que estás haciendo... y tienes siempre que procurar que sea algo que le guste. Si no tiene ganas de que le acaricien, lo soportará un poco por cortesía, pues los gatos son muy corteses, pero es posible darse cuenta de que lo está sencillamente soportando, y hay que pararse antes de que se acabe la paciencia.

-Vacilé un momento-. ¿No te gustan los gatos, verdad?

-¿Cómo? ¡Pues claro que sí, qué tontería! -Pero añadió-: La verdad es que no los he tratado mucho. Es una gata muy susceptible, ¿verdad?

-Gato. Pet es un gato macho. No, la verdad es que no es susceptible, puesto que siempre ha sido bien tratado. Pero tienes que aprender a tratarlos. Ah, no tienes nunca que reírte de ellos.

-¿Cómo? ¿Qué razón puede haber?

-No es porque no sean divertidos; son muy cómicos. Pero no tienen sentido del humor y les ofende. Oh, un gato no te arañará porque te rías; lo único que hará es marcharse y te será difícil volver a hacerte amigo de él. No es que eso sea importante. Mucho más importante es saber cómo se tiene que levantar a un gato. Cuando Pet vuelva te enseñaré cómo debe hacerse.

Pero Pet no volvió entonces, y nunca se lo enseñé. Belle no volvió a tocarlo después de aquello. Le hablaba y se portaba como si le gustase, pero se mantenía a distancia, y lo mismo hacía Pet. Me olvidé de ello; no iba a permitir que una cosa tan trivial me hiciese dudar de la mujer que para mí representaba más que ninguna otra cosa en la vida.

Pero la cuestión de Pet casi llegó a tina crisis algo más tarde. Belle y yo estábamos discutiendo dónde íbamos a vivir. Todavía no quería fijar el día de la boda, pero pasábamos mucho tiempo con esos detalles. Yo quería un pequeño rancho cerca de la planta; ella prefería un piso en la ciudad hasta que pudiésemos permitirnos una finca en Bel-Air.

-Querida -le dije-, no es práctico; tengo que estar cerca de la planta. Y además, ¿se te ha ocurrido a ti alguna vez cuidar de un gato macho en un piso?

-¡Oh, eso! Mira, cariño, me alegro de que lo hayas mencionado. He estado estudiando gatos, de verdad... liaremos que lo modifiquen; entonces será mucho más afectuoso y estará feliz en un piso.

La miré fijamente, incapaz de creer mis oídos. ¿Convertir al viejo guerrero en un eunuco? ¿Transformarle en una decoración hogareña?

-Belle, no sabes lo que estás diciendo...

Me reprendió con el familiar «Mamá tiene razón», utilizando los argumentos corrientes de la gente que cree que los gatos son una propiedad..., que no le harían daño, que en realidad era por su propio bien, que sabía lo mucho que yo le apreciaba y que nunca se le ocurriría privarme de él, y que era en realidad algo muy sencillo e inofensivo, y lo mejor para todos.

La interrumpí:

~Y por qué no lo organizas para los dos?

-¿El qué, cariño?

-Yo también. Sería mucho más dócil y me quedaría por las noches en casa, y nunca discutiría contigo. Corno tú has dicho, no hace daño, y me sentiría probablemente mucho más feliz.

Se sofocó.

-Te pones absurdo.

-Lo mismo que tú.

No volvió nunca más a hablar de ello. Belle nunca dejaba que una diferencia de opinión degenerase en una pelea; se callaba y esperaba su momento. Pero tampoco lo dejaba nunca correr. En cierto sentido había en ella mucho de gato..., y es posible que ésa fuese la razón por la cual yo no podía resistirla.

Me alegré de dejar correr el asunto. Estaba ocupado hasta la coronilla con Frank Flexible. Willie y la Muchacha de Servicio forzosamente nos iban a hacer ganar mucho dinero, pero yo tenía la obsesión de un

autómata perfecto para todos los trabajos domésticos, un sirviente para todo. Está bien, llámenlo un robot, a pesar de que se abusa de esta palabra y de que yo no tenía intención de construir un hombre mecánico.

Lo que quería era un aparato que hiciese todo el trabajo de la casa: limpiar y guisar, naturalmente, pero al mismo tiempo también trabajos difíciles, como cambiar los pañales de un niño, o la cinta de una máquina de escribir. En lugar de tener una cuadra de Muchachas de Servicio Nani Niñeras, Harry Botones y Gus Jardinero quería que un matrimonio pudiese comprar una máquina por el precio de, bueno, digamos de un buen automóvil, la cual fuese el equivalente del sirviente chino sobre el que se leen historias, pero al cual nadie de mi generación había llegado a ver.

Si conseguía hacerlo, seria la Segunda Proclamación de Emancipación, que liberaría a las mujeres de su esclavitud atávica. Quería abolir el antiguo dicho de que «el trabajo de la mujer no se termina nunca». El trabajo doméstico es una pesadilla innecesaria y monótona; en mi capacidad de ingeniero me ofendía.

Para que el problema entrase dentro de las posibilidades de un solo ingeniero, casi todo el Frank Flexible tenía que consistir en partes standard y no debía incluir ningún principio nuevo. La investigación fundamental no es trabajo para un solo hombre; tenía que ser un desarrollo de lo ya conocido, o no podía ser.

Afortunadamente había ya mucho hecho en ingeniería y yo no había perdido el tiempo mientras esperaba mi licencia «Q». Lo que requería no era tan complicado como lo que se espera que haga un proyectil dirigido.

¿Y qué era lo que quería que hiciese Frank Flexible? Respuesta: todo el trabajo que un ser humano hace por la casa. No tenía que jugar a las cartas, hacer el amor, comer, o dormir, pero sí tenía que limpiar después de una partida de cartas, guisar, hacer camas y cuidar de niños; por lo menos tenía que vigilar la respiración de un niño y llamar a alguien si se alteraba. Decidí que no tendría que contestar al teléfono, puesto que A.T.T. ya alquilaba un aparato que lo hacía. Tampoco era necesario que atendiese la puerta, ya que la mayor parte de las casas nuevas estaban provistas de contestadores.

Pero para que hiciese la multitud de cosas que yo quería que hiciese, necesitaba manos, ojos, oídos y un cerebro... un cerebro lo bastante bueno.

Las manos podía encargárselas a las compañías de equipos de ingeniería atómica que suministraban las de la Muchacha de Servicio, si bien en este caso iba a requerir las mejores, con servos de largo alcance y con el delicado retorno que se necesita para manipulaciones para pesar isótopos radiactivos. Las mismas compañías podían suministrar ojos; si bien podrían ser más sencillos, puesto que Frank no tendría que ver y manipular desde detrás de metros de espesor de una coraza de hormigón, como ocurre en las plantas de reactores.

Los oídos podía comprarlos a cualquiera de entre una docena de firmas de TV -si bien tendría probablemente que idear un diseño para controlar sus manos por sonido, vista, y retorno de tacto, de la misma manera que pueden ser controladas las manos humanas.

Pero con transistores y circuitos impresos es posible hacer muchas cosas.

Frank no tendría que usar escaleras de mano. Haría que su cuello se estirase como el de un avestruz y que sus brazos se alargasen como unas tenacillas. ¿Debería hacerlo de manera que pudiese subir y bajar escaleras?

Pues bien, había una silla de ruedas mecánica que podía hacerlo. Podría probablemente comprar una de ellas y utilizarla como armazón, limitando así el modelo piloto a un espacio no mayor que una silla de ruedas y no más pesado que lo que tal silla puede llevar. Eso me daría un juego de parámetros. Conectaría su potencia y su dirección con el cerebro de Frank.

El cerebro era la verdadera dificultad. Es posible construir un artefacto unido como un esqueleto humano o incluso mucho mejor. Es posible proporcionarle un sistema de retorno lo bastante bueno para que clave

clavos, friegue suelos, rompa huevos -o no los rompa-. Pero a menos de que entre las orejas contenga una sustancia como la que tiene un hombre, no es hombre, ni tan sólo un cadáver.

Afortunadamente no necesitaba un cerebro humano: solamente quería un morón dócil, capaz principalmente de trabajos domésticos de repetición.

Aquí es donde entraban en juego las válvulas de memoria Thorsen. Gracias a las válvulas Thorsen habíamos provisto de pensamiento a los proyectiles intercontinentales, y los sistemas de control de tránsito en sitios como Los Ángeles utilizan una de sus formas idiotas. No es necesario entrar en la teoría de una válvula electrónica que incluso los Laboratorios Bell no acaban de comprender bien, sino que la cuestión es que se puede conectar una válvula Thorsen a un circuito de control, hacer que la máquina efectúe una operación por medio de control manual, y el tubo «recordará» lo que hizo y puede a su vez dirigir aquella operación sin vigilancia humana una segunda vez, o un número indefinido de veces. Para herramientas mecánicas automáticas basta con eso; para los proyectiles dirigidos y para Frank Flexible se añaden circuitos que dan «juicio» a la máquina. En realidad no se trata de juicio (yo opino que una máquina nunca puede tener juicio); el circuito lateral es un circuito especial cuyo programa dice: «busca tal y cual entre los límites tales y cuales; cuando lo encuentres ejecuta tus instrucciones básicas». La instrucción básica puede ser tan complicada como sea posible comprimir en una válvula de memoria Thorsen -¡limite que es en verdad muy amplio!- y se puede establecer el programa de tal manera que vuestros circuitos de «juicio» (que son en realidad conductores morónicos) pueden interrumpir las instrucciones básicas todas las veces que el ciclo no corresponda a lo originalmente impreso en la válvula Thorsen.

Eso significa que solamente es necesario hacer que Frank Flexible quite la mesa, rasque los platos y los cargue en el lavaplatos solamente una vez, pues a partir de aquel momento se las podrá entender con cuantos platos sucios se encuentre. Mejor aún, se le podría meter en la cabeza una válvula Thorsen copiada electrónicamente y podría manipular platos sucios desde la primera vez que los tuviese a su alcance... sin nunca romper ni uno.

Póngase otra válvula «memorizada» a su lado y podrá cambiar de ropa a un bebé mojado desde la primera vez, sin nunca, nunca, clavarle un alfiler.

La cuadrada cabeza de Frank podía fácilmente contener un centenar de válvulas de Thorsen, cada una de ellas con una «memoria» de una tarea doméstica diferente. Luego instalemos un circuito de protección alrededor de todos los circuitos de «juicio», circuito que le requiera que se esté quieto y pida ayuda Si se llega a encontrar con algo que no esté comprendido en sus instrucciones -de esta manera se evitará gastar bebés y platos.

Así fue que construí a Frank sobre la armazón de una silla de ruedas mecánica. Parecía un perchero haciendo el amor a un pulpo. ¡Pero hay que ver lo bien que limpiaba la plata!

Miles contempló al primer Frank, observó cómo preparaba un martini y lo servía, y luego iba dando vueltas vaciando ceniceros (sin tocar los que estaban limpios) vio cómo abría una ventana y la dejaba sujeta abierta, luego iba a mi librería y ordenaba los libros que en ella había. Miles probó su martini y dijo:

-Demasiado vermut.

-Es así como me gustan a mí. Pero podemos decirle que prepare el tuyo de una manera y el mío de otra; le quedan aún muchas válvulas en blanco. Es flexible.

Miles tomó otro sorbo:

-¿Cuándo estará a punto para entrar en producción?

-Pues me gustaría entretenerme con él otros diez años. -Y antes de que pudiese protestar añadí-: Pero quizá sea posible producir un modelo limitado antes de cinco.

-¡Tonterías! Te daremos toda la ayuda necesaria y tendremos a punto un Modelo T dentro de seis meses.

-Ni hablar. Ésta es mi *magnus Opus.* No voy a soltarla hasta que sea una obra de arte... aproximadamente un tercio de su tamaño actual, y con todas sus partes sustituibles por sencillo enchufe, salvo los Thorsen, y tan flexible que no solamente pueda sacar a paseo el gato y lavar al crío, sino que incluso pueda jugar al pingpong si el comprador está dispuesto a pagar el costo del programa extra.

Me quedé mirándole; Frank estaba tranquilamente sacando el polvo a mi mesa y dejando todos los papeles exactamente donde los había encontrado.

-Pero no sería muy divertido jugar al ping-pong con él; nunca fallaría. No; me figuro que podríamos enseñarle a fallar al azar. Sí... podríamos hacerlo. Y lo haremos. Será una buena exhibición para la venta.

-Un año, Dan, y ni un día más. Voy a tomar a alguien de Lowy para que te ayude.

-Miles, ¿cuándo vas a darte por enterado de que soy yo quien manda en la parte de ingeniería? Cuando te lo entregue, te pertenece..., pero ni una fracción de segundo antes.

Miles contestó:

-Aún le sobra mucho vermut.

Con la ayuda de los mecánicos del taller continué trabajando hasta que conseguí que Frank se pareciera menos a un triple choque de automóviles y m~ a algo de lo que uno se siente inclinado a alabar delante de los vecinos. Mientras tanto, fui resolviendo una serie de pegas de sus circuitos de control. Incluso le enseñé a acariciar a Pet y a rascarle bajo la barbilla de tal manera que a Pet le gustase, y pueden creer que eso es algo que requiere un retorno tan exacto como cualquier operación en un laboratorio de atomística. Miles no me apresuró, si bien venia de vez en cuando a observar los adelantos. Hacía de noche la mayor parte de mi trabajo, al volver después de cenar con Belle y de dejarla en su casa. Luego dormía la mayor parte del día, me retrasaba al llegar por la tarde, firmaba los papeles que Belle me tenía preparados, veía lo que habían hecho en el taller durante el día, volvía otra vez a sacar a Belle a cenar. No intentaba hacer gran cosa antes de eso, porque el trabajo de creación le hace a uno oler como una cabra. Después de una noche de trabajo intenso en el laboratorio sólo Pet podía soportarme.

Un día, precisamente cuando acabábamos de cenar, Belle me dijo:

-¿Vuelves al taller, cariño?

-Desde luego; ¿por qué?

-Bien, porque Miles va a reunirse con nosotros allí.

-¿Cómo?

-Quiere celebrar una junta de accionistas.

-¿Una junta de accionistas? ¿Para qué?

-No será larga. La verdad es, cariño, que en estos últimos tiempos no te has preocupado mucho de la parte comercial de la compañía. Miles quiere atar algunos cabos sueltos y concretar ciertas políticas.

-Me he dedicado intensamente a la ingeniería. ¿Qué otra cosa crees que tengo que hacer para la compañía?

-Nada, querido. Miles dice que no será largo.

-Pero ¿qué ocurre? ¿Es que Jack no es capaz de manejar la línea de montaje?

-Miles no dijo de qué se trataba.

Miles nos estaba esperando en la planta y me dio la mano como si no nos hubiésemos visto desde hacía un mes. Dije:

-¿Miles, de qué se trata?

-Trae el programa, ¿quieres? -le dijo a Belle.

Eso solo debería haber bastado para hacerme comprender que Belle había mentido al decirme que Miles no le había dicho de qué se trataba. Pero no se me ocurrió... Diablos, ¡me fiaba de Belle!... y mi atención fue requerida por otra cosa, pues Belle se dirigió a la caja, hizo girar el botón y la abrió.

Dije:

-Y de paso, cariño, anoche intenté abrirla, y no lo pude conseguir. ¿Has cambiado la combinación?

Estaba manipulando papeles, y no se volvió:

-¿No te lo dije? La patrulla me pidió que la modificase, después de aquella alarma de robos que hubo la semana pasada.

-Ah... Pues me tendrás que dar los números, o de lo contrario a lo mejor una de estas noches tendré que llamaros por teléfono a una hora absurda.

-Desde luego.

Cerró la caja y puso una carpeta sobre la mesa que utilizábamos para las conferencias.

Miles carraspeó:

-Empecemos.

-Está bien -contesté-. Querida, puesto que se trata de una reunión oficial, puedes empezar a tomar notas... Bueno... Miércoles, dieciocho de diciembre, 21 horas veinte minutos, presentes todos los accionistas... Pon nuestros nombres. Bajo la presidencia de D. B. Davis, presidente del consejo de administración. ¿Queda algún asunto pendiente?

No quedaba ninguno.

-Bien, Miles; es cosa tuya. ¿Algún asunto nuevo?

Miles carraspeó:

-Deseo revisar la política de la compañía, presentar un programa para el futuro, y hacer que el consejo considere una propuesta de financiación.

-¿Financiación? No digas tonterías. Tenemos excedente en efectivo, y cada mes nos va mejor. ¿Qué ocurre, Miles? ¿Es que no estás contento con lo que sacas? Podríamos aumentarlo.

-Con el nuevo programa pronto no nos quedaría efectivo sobrante. Necesitamos una estructura financiera más amplia.

-¿Qué nuevo programa?

-Por favor, Dan. Me he tomado el trabajo de escribirlo detalladamente. Deja que Belle nos lo lea.

-Bueno... Está bien.

A semejanza de todos los abogados, a Miles le gustaban las palabras polisilábicas. Miles quería tres cosas: a) Quitarme Frank

Flexible, entregárselo a un equipo de ingenieros productores, y sacarlo al mercado sin más demora; b)... Pero yo le interrumpí ahí:

-¡No!

-Espera un momento, Dan. Como presidente y gerente general tengo sin duda derecho a exponer ordenadamente mis ideas. ahórrate tus comentarios y deja que Belle acabe de leer.

-Bueno... está bien; pero la respuesta sigue siendo que no.

El punto b) trataba en realidad de que dejásemos de ser una empresa de un caballo. Teníamos algo muy grande, tan grande como lo había sido el automóvil, y habíamos entrado en el asunto al principio; por lo tanto teníamos que ampliarnos en seguida y montar una organización para la venta y distribución en el país y en el extranjero, con una producción correspondiente.

Empecé a tamborilear sobre la mesa. Podía verme jefe de ingenieros de una empresa semejante. Probablemente ni siquiera me dejarían tener un tablero de dibujo, y si agarraba una lámpara soldadora el sindicato se declararía en huelga. Tanto valdría que me hubiese quedado en el ejército y que hubiese intentado llegar a general.

Pero no interrumpí. El punto c) decía que no era posible hacer tal cosa a base de céntimos; se necesitarían millones. Empresas Mannix estaban dispuestas a aportar el capital, lo cual en realidad significaba que venderíamos cuerpo y alma y Frank Flexible a Mannix, y que nos convertiríamos en una corporación afiliada. Miles se quedaría de gerente de división y yo como ingeniero jefe de investigaciones, pero los días de libertad habrían terminado: los dos estaríamos a sueldo.

-¿Es eso todo? -dije.

-Pues sí... Discutámoslo y pongámoslo a votación.

-Debería haber ahí algo que nos concediese el derecho a sentarnos por la noche a la puerta de la cabaña y cantar canciones espirituales.

-No se trata de un chiste, Dan. Así tiene que ser.

-No me burlaba. Un esclavo necesita ciertas libertades para que esté tranquilo. Bueno, ¿me toca a mí, ahora?

-Di lo que quieras.

Hice una contrapropuesta, que hacía algún tiempo había ido formándose en mi cabeza. Quería que abandonásemos la producción. Jake Smith, nuestro jefe del taller de producción, era una persona competente; no obstante, continuamente me tenía que alejar de mi cálido centro creador para resolver dificultades de producción, lo cual era algo así como ser sacado de un lecho caliente para ser sumergido en un baño helado. Esa era la verdadera razón por la cual había estado haciendo tanto trabajo nocturno y me había mantenido alejado del taller durante el día. Ahora que estábamos montando más edificios con excedentes de guerra, y se estaba pensando en un turno de noche, veía llegar el momento cuando me faltaría paz y tranquilidad para crear, aun cuando rechazásemos ese desagradable plan de ponernos a la altura de General Motors y de Consolidated. Desde luego, yo no era un par de gemelos, y no podía ser al mismo tiempo gerente de producción e inventor.

De modo que propuse que en vez de ampliarnos nos redujésemos: otorgar licencias para Muchacha de Servicio y Willie Ventanas, y dejar que otros los construyesen y los vendiesen, mientras nosotros cobrábamos nuestro porcentaje. Cuando Frank Flexible estuviese a punto también lo otorgaríamos bajo licencia. Si Mannix quería las licencias y pagaba más que los demás, ¡magnifico! Entre tanto adoptaríamos el nombre de Corporación de Investigaciones Davis y Gentry, y la mantendríamos limitada a nosotros tres, con un mecánico o dos para ayudarme con los nuevos modelos. Miles y Belle podrían limitarse a contar el dinero a medida que iba entrando.

Miles movió lentamente la cabeza:

-No, Dan. Admito que otorgar licencias nos produciría algo de dinero, pero no tanto, ni mucho menos, como ganaríamos si lo hiciésemos nosotros mismos.

-Pero Miles, la cuestión es que no lo haríamos nosotros. Sería vender nuestra alma a los de Mannix. En cuanto a dinero, ¿cuánto quieres? Solamente se puede utilizar un yate o nadar en una sola piscina en un momento dado... y antes de terminar el año puedes tener ambas cosas, si es que las quieres.

-No las quiero.

-Pues, ¿qué es lo que quieres?

Alzó la vista:

-Dan, tu quieres inventar cosas. Este plan te deja que lo hagas, con todas las facilidades y toda la ayuda y todo el dinero del mundo. Yo, lo que quiero es dirigir un gran negocio. Una empresa verdaderamente grande. Tengo talento para ello. -Lanzó una mirada a Belle-. No tengo ganas de pasarme aquí la vida en medio del Desierto de Mojave, como gerente comercial de un inventor solitario.

Me quedé mirándole:

-No hablabas así en Sandia. ¿Quieres salirte, Pappy? Belle y yo, lamentaremos mucho que te vayas... pero si eso es lo que deseas, supongo que podría hipotecar esto, o buscar alguna otra solución, y comprar tu parte. No quisiera que nadie se sintiese atado.

Yo estaba verdaderamente asombrado, pero si Miles se sentía inquieto, no tenía derecho a sujetarle.

-No, no quiero irme. Lo que quiero es que crezcamos. Ya has oído mi propuesta. ~s una propuesta en serio para decidir por parte de la corporación Así lo propongo

Me imagino que debí poner cara de asombro.

-¿Te empeñas en hacerlo en serio? Bueno, Belle, mi voto es «no». Anótalo. Pero no voy a presentar mi contrapropuesta esta noche. Quiero que te sientas contento, Miles.

Miles dijo con testarudez:

-Hagámoslo en regla. Llama por los nombres, Belle.

-Está bien, señor. Miles Gentry, vota por las acciones, números... -Leyó los números de las series-. ¿Qué dice usted?

-En favor.

Belle lo anotó en el libro.

-Daniel D. Davis, vota por las acciones... -Nuevamente leyó una serie (le números; ni siquiera la escuché-. ¿Qué dice usted?

-En contra.

Y esto cierra la cuestión. Lo siento, Miles.

-Belle S. Darkin prosiguió-, vota por las acciones... Y volvió a recitar números-. Voto en favor.

La boca se me abrió de golpe; luego conseguí cerrarla y decir:

-Pcro, chiquilla, ¡no puedes hacer eso! Es verdad que esas acciones son tuyas, pero sabes perfectamente que...

-Anuncia el resultado- gruñó Miles.

-Los votos en favor ganan. La propuesta es aceptada.

- Hágalo constar.

- Sí, señor.

Los siguientes minutos fueron confusos. Primero le grité; luego razoné con ella, después rugí que lo que había hecho no era decente... que era cierto que le había puesto las acciones a su nombre, pero ella sabía también como yo que era siempre yo el que votaba, que nunca había tenido intención de abandonar el control de la compañía, que no era sino un regalo de compromiso, pura y sencillamente. Diablos, si hasta había pagado el impuesto a la renta el mes de abril anterior. Si era capaz de hacer una cosa así cuando estábamos prometidos, ¿qué iba a ocurrir en nuestro matrimonio?

Me miró de frente, y su cara me pareció completamente desconocida:

-Dan Davis, si después de lo que me has dicho te figuras que podemos seguir estando prometidos, es que aún eres más estúpido de lo que siempre había supuesto.

-Se volvió hacia Gentry-. ¿Querrás acompañarme a casa, Miles?

-Sin duda, cariño.

Comencé a decir algo, luego me callé y salí de allí sin sombrero. Hice bien en marcharme, pues de lo contrario hubiera probablemente matado a Miles, puesto que no podía tocar a Belle.

Naturalmente, no dormí. A eso de las cuatro de la madrugada me levanté, hice llamadas telefónicas, accedí a pagar más de lo que valía, y a las cinco y media estaba delante de la planta con un camión. Me dirigí a la verja de entrada con la intención de abrirla y de hacer entrar el camión hasta el andén de carga, a fin de poder sacar a Frank Flexible por la puerta trasera: Frank pesaba ciento ochenta kilos.

En la verja de entrada había un nuevo candado. Pasé por encima, cortándome con el alambre de espinos. Una vez estuviese dentro, la verja no me molestaría, ya que en el taller había cien herramientas capaces de entendérselas con un candado.

Pero la cerradura de la puerta delantera también había sido cambiada.

Estaba contemplándola, pensando si sería más fácil romper una ventana con uno de los hierros para los neumáticos o bien sacar el crick del camión y meterlo entre el marco de la puerta y el plomo, cuando alguien gritó:

¡Eh, ahí! ¡Manos arriba!

No levanté las manos, pero sí me volví. Un hombre de mediana edad me estaba apuntando con un armatoste lo bastante grande para bombardear una ciudad:

-¿Quién diablos es usted?

-¿Y usted, quién es?

-Soy Dan Davis, ingeniero jefe de este lugar.

-¡Ah! -se tranquilizó un poco, pero siguió apuntándome con su mortero de campaña-. Si, responde usted a la descripción. Pero si lleva usted algo que le identifique, valdrá más que me lo enseñe.

-¿Y por qué? Le he preguntado quién es usted.

-¿Yo? No soy nadie a quien usted conozca. Me llamo Joe Todd, y trabajo para la Compañía de Protección y Patrulla del Desierto. Licencia particular. Debería usted saber quiénes somos; ustedes han sido clientes nuestros desde hace meses, para la patrulla de noche. Pero esta noche estoy aquí cumpliendo un servicio de guardia especial.

-¿De veras? Entonces, si le han dado a usted una llave de este lugar, utilícela. Quiero entrar. Y deje de una vez de apuntarme con ese arcabuz.

Siguió apuntándome con él:

-No podría hacer eso, aunque quisiera, señor Davis. En primer lugar, no tengo llave. En segundo lugar, me han dado órdenes especiales respecto a usted. No puedo dejarle entrar; le abriré la verja para que salga.

-Desde luego quiero que abra la verja, pero voy a entrar.

Miré alrededor en busca de una piedra con que romper una ventana.

-Por favor, señor Davis.

¿Qué?

-Lamentaría mucho que usted insistiese. De veras que lo sentiría. Porque no podría arriesgarme a tirar a las piernas; no tengo buena puntería. Tendría que tirar a la barriga. Este trasto está cargado con balines de punta blanda; lo que sucedería seria bastante desagradable.

Supongo que fue eso lo que me hizo variar de opinión, a pesar de que me gustaría pensar que fue otra cosa, a saber, que cuando volví a mirar a través de la ventana vi que Frank Flexible no estaba donde le había dejado.

Mientras me abría la puerta de la verja para que saliese, Todd me entregó un sobre:

-Me dijeron que le entregase esto si aparecía usted por aquí. Lo leí en la cabina del camión. Decía:

18 noviembre, 1970

Querido señor Davis:

Durante la reunión ordinaria del consejo de dirección, celebrado en el día de hoy, se acordó por votación dar por terminadas todas sus relaciones con la corporación (aparte su calidad de accionista), según lo previsto en el párrafo tercero de su contrato. Se le requiere para que se mantenga fuera del recinto de la compañía. Sus documentos personales y los artículos de su propiedad le serán enviados por medio seguro.

El consejo desea agradecerle a usted los servicios y lamenta que las diferencias de opinión en cuestiones de política le hayan obligado a la presente determinación.

Le saluda atentamente,

Miles Gentry

Presidente del Consejo y Gerente General, por B. S. Darkin, Tesorero-Secretario.

Lo tuve que leer dos veces antes de recordar que con la corporación nunca había tenido ningún contrato por el cual se pudiese invocar ni el párrafo tercero ni ningún otro párrafo.

Más tarde, aquel mismo día, un mensajero entregó un paquete certificado en el hotel donde guardaba mi ropa interior limpia. Contenía mi sombrero, mi pluma de escribir, mi otra regla de cálculo, una serie de libros y correspondencia personal, así como una serie de documentos. Pero no incluía mis notas y diseños sobre Frank Flexible.

Algunos de los documentos eran muy interesantes; mi «contrato», por ejemplo. Efectivamente, el párrafo tercero permitía que me despidiesen sin previo aviso, con solamente entregarme tres meses de sueldo. Pero el párrafo siete era aún más interesante. Era el último grado de la sumisión a la esclavitud, en virtud de la cual el empleado se compromete a no aceptar ninguna ocupación competitiva durante cinco años, a base de establecer que sus patronos le pagasen en efectivo la opción a sus servicios, corno derecho de tanteo a sus servicios; es decir, podía volver a ir a trabajar siempre que quisiese, sin más que ir, sombrero en mano, y pedirles un empleo a Miles y Belle; quizá fuese por eso que me devolvían el sombrero.

Pero durante cinco largos años no podía trabajar en artículos domésticos sin antes pedirles permiso. Antes me hubiese dejado degollar.

Había copias de todas las patentes, debidamente cedidas por mi a Muchacha de Servicio, Inc., referentes a la Muchacha de Servicio y Willie Ventanas y un par de cosas más de menor importancia. (Frank Flexible, corno es natural, no había sido nunca patentado: bueno, entonces no creía que lo hubiese sido; más tarde me enteré de la verdad).

Pero yo nunca había cedido ninguna patente, ni tan siquiera había cedido licencia oficial a Muchacha de Servicio Inc., para que las utilizase; la corporación era criatura mía, y no parecía que fuese necesario apresurarse mucho.

Los últimos tres documentos eran un certificado de mis acciones (las que no había dado a Belle), un cheque certificado y una carta que explicaba cada una de las partidas del cheque-salario «acumulado» menos desembolsos de la cuenta particular, tres meses de salario como plus en lugar de previo aviso, compensación para invocar el «párrafo séptimo»... y una bonificación de mil dólares para expresar su apreciación «por los servicios prestados». Esto último si que era amable de su parte.

Mientras estaba leyendo aquella extraordinaria colección me fui dando cuenta de que quizá no había sido demasiado inteligente al firmar todo lo que Belle me había puesto enfrente. No había duda alguna de que las firmas eran mías.

Me tranquilicé lo suficiente para hablar del asunto al día siguiente con un abogado, un abogado muy inteligente y muy ansioso para ganar dinero, uno a quien no le importaba patear, arañar ni morder en la lucha. Al principio se mostraba ansioso por aceptar a base de una comisión sobre las ganancias. Pero una vez hubo terminado de mirar mis papeles y de escuchar los detalles, se echó hacia atrás en un sillón, cruzó los dedos sobre su tripa y puso cara de mal humor.

-Dan, te voy a dar un consejo que no te va a costar nada.

-¿Y bien?

-No hagas nada; no tienes ninguna posibilidad.

-Pero dijiste...

-Ya sé lo que dije. Te han estafado. ¿Pero cómo vas a demostrarlo? Fueron demasiado listos para robarte tus acciones o dejarte sin un céntimo. Te han tratado exactamente como hubiese sido razonable esperar si todo hubiese estado en regla y te hubieses marchado, o te hubiesen despedido según ellos dicen por diferencias de opinión en la política. Te han dado todo lo que te correspondía y un millar más para demostrar que no te guardan rencor.

- ¡ Pero yo nunca tuve un contrato! ¡ Y nunca firmé aquellas patentes!

-Estos documentos así lo dicen. Admites que son tus firmas. ¿Puedes probar lo que dices por otros testigos?

Lo pensé. Evidentemente, no. Ni siquiera Jake Smith sabía nada de lo que ocurría en la oficina de delante. Los únicos testigos que tenía eran... Miles y Belle.

-Y sobre la cesión de aquellas acciones -prosiguió-, ahí está la única posibilidad de deshacer el atasco. Si tú...

-Pero ésa es la única transacción entre todas que es legítima. L hice donación de las acciones a ella.

-Sí, pero, ¿por qué? Dices que se las diste como regalo de compromiso en espera de matrimonio, y que ella lo sabía cuando aceptó, puedes obligarla a que se case contigo o a que las devuelva McNulty c. Rhodes. Entonces volverás a recuperar el control podrás echarles a ellos. ¿Puedes probarlo?

-La cuestión es que no me casaría con ella ahora.

-Eso es cuestión tuya. Pero vayamos por partes. ¿Tienes algo testigo o evidencia, cartas o lo que sea, que tiendan a demostrar que las aceptó, entendiendo que se las cedías en su calidad de futura esposa?

Lo pensé. Sin duda, tenía testigos... los mismos dos de siempre< Miles y Belle...

-¿Lo ves? Sin otra cosa más que tu palabra frente a la de ello dos, más un montón de evidencia escrita no solamente no sacaría nada, si no que quizás acabases en una fábrica de Napoleones bajo< un diagnóstico de paranoia Mi consejo es que te busques trabajo en algo diferente... o todo lo más que sigas adelante y te saltes si contrato de esclavitud montando un negocio en competencia. M gustaría ver aquella fraseología en prueba, siempre que no fuese y(quien tuviese que luchar contra ella. Pero no les acuses de conspiración. Ganarían ellos y se acabarían por quedar con lo que te han dejado. -Y se levantó.

Solamente acepté parte de su consejo. En la planta baja de mismo edificio había un bar: entré y tomé un par de copas o una docena...

Tuve el tiempo preciso para ir recordando todo eso mientras conducía el coche en busca de Miles. Cuando e1npezamos a gana dinero, él se había ido con Ricky a un bonito apartamento de Sal Francisco Valley para escapar del calor atroz de Mojave, y había comenzado a ir y venir por el Slot de las Fuerzas Aéreas. Ricky no estaba entonces allí, y me alegraba recordar que estaba en el Lago Big Bear, en un campamento de Exploradoras; no tenía ganas de que estuviera presente en una bronca entre su padrastro y yo.

Estaba en medio de una masa de coches, cruzando el túnel de Sepúlveda, cuando se me ocurrió que valdría más que me sacase de encima el certificado de mis acciones de Muchacha de Servicio antes de ir a ver a Miles. No esperaba violencia (a menos que yo lo iniciase), pero de todos modos parecía una buena idea... Como un gato a quien le han cogido una vez el rabo en la puerta, me sentía permanentemente suspicaz.

¿Dejarlo en el coche? Supongamos que me detenían por agresión; no sería muy inteligente que me lo encontrasen en el coche cuando se lo llevasen a remolque y lo sellasen.

Podía dirigírmelo a mí mismo por correo, pero en los últimos tiempos había hecho' dirigir mi correspondencia a Lista de Correos, mientras iba de un hotel a otro, con tanta frecuencia como descubrían que tenía un gato.

Más valdría que se lo dirigiese a alguien en quien pudiese confiar.

Pero la lista era para eso cortísima.

Y entonces recordé a alguien en quien sí podía confiar: Ricky.

Puede parecer que mi deseo era que me apaleasen de nuevo al decidirme a confiar en una hembra después de haber sido desplumado por otra. Pero los casos no eran comparables. Había conocido a Ricky a la mitad de su vida y si es que alguna vez ha existido un ser humano verdaderamente honrado, éste era Ricky... Y Pet era de la misma opinión. Además, las características de Ricky no eran como para perturbar el juicio de nadie: su feminidad estaba solamente en su cara, no había aún afectado a su figura.

Cuando conseguí salir del atasco del túnel de Sepúlveda me aparté de la carretera principal y me metí en un *drugstore;* compré sellos, un sobre grande y uno pequeño, y papel de escribir. Y le escribí:

Querida Rikki-tikki-tavi:

Espero verte pronto, pero hasta entonces, quiero que me guardes este pequeño sobre. Es un secreto, solamente entre tú y yo.

Me detuve y pensé. Diablos... si algo me ocurría a mi, aunque solamente fuese un accidente de carretera o cualquier otra cosa que paralice la respiración... mientras Ricky tenía eso en su poder, acabaría por ir a parar a Miles y Belle. A menos de que dispusiese las cosas para evitarlo. Mientras estaba pensando en ello me di cuenta de que había llegado subconscientemente a una decisión respecto a aquello del sueño frío; no lo iba a tomar. El volver a estar sobrio, y el discurso del doctor, me había enderezado la columna vertebral; no iba a escaparme, sino que me iba a quedar y pelear, y el certificado de mis acciones era mi mejor arma. Me daba el derecho de examinar los libros: me autorizaba a meter las narices en todos los asuntos de la compañía. Si intentaban otra vez sencillamente negarme la entrada por medio de un vigilante armado podía volver con un abogado, un policía y una orden del juzgado.

Con aquello podía también llevarles al juzgado. Es posible que no ganase, pero podía armar revuelo y quizá conseguir que los de Mannix se asustasen y no comprasen. Quizá fuese mejor no enviárselo a Ricky.

No; si me ocurría algo quería que todo fuese para ella. Ricky y Pet eran toda mi «familia». Seguí escribiendo:

Si, por el motivo que fuera no te viese durante un año, deberás entender que algo me habrá ocurrido. En tal caso, cuida de Pet, si es que puedes encontrarle.. y, sin decir nada a nadie, lleva el sobre que te incluyo a una sucursal del Banco de América, entrégaselo al encargado de depósitos, y dile que lo abra.

Cariño y besos,

TÍO DANNY

Después cogí otra hoja de papel y escribí:

«3 Diciembre 1970, Los Angeles, California. -En pago de un dólar recibido y de otras diversas consideraciones de importancia, adjudico [ahí redacté una lista de la descripción legal y numeración de mis acciones de Muchacha de Servicio, Inc.] al Banco de América, en depósito para Federica Virginia Gentry, para que a su vez le sean adjudicadas a ella al cumplir los veintiún años»

Lo firmé. La intención quedaba clara, y era lo mejor que podía hacer sobre el mostrador de un *drusgstore,* con un altavoz que bramaba en mis oídos. Debía garantizar que Ricky recibiese las acciones si me ocurría algo a mí, asegurándome de que Miles y Belle no se las podrían arrebatar.

Pero, si todo iba bien, cuando volviera a ver a Ricky le pediría sencillamente que me devolviese el sobre. Al no utilizar el formulario para la adjudicación impreso al dorso del certificado, evitaba todos los trámites necesarios para que un menor de edad volviese a readjudicarme las acciones: me bastaría con destruir la hoja de papel separada.

En el sobre más pequeño puse el certificado de las acciones, junto con la nota que las adjudicaba. Lo cerré, y coloqué ese sobre y la carta para Ricky en el sobre mayor. Lo dirigí a Ricky, en el campamento de Exploradoras, le puse el sello y lo eché en el buzón del *dragstore.* Vi que sería recogido al cabo de unos cuarenta minutos y volví a subir al automóvil realmente aliviado... no porque hubiese puesto a salvo las acciones, sino porque había resuelto mis problemas más importantes.

Bueno, quizá no los había resuelto, pero había decidido enfrentarme a ellos en vez de escaparme y jugar a Rip Van Winkle... o de volverlos a disimular mediante etanol de diversos aromas. Claro que quería ver el año 2000, pero con estarme quieto lo vería... a la edad de sesenta años, lo bastante joven aún para guiñar el ojo a

las muchachas. No había prisa. Saltar de una siesta al siglo siguiente probablemente tampoco sería satisfactorio para un hombre normal; seria algo así como ver el final de una película sin haber visto lo que ocurría antes. Lo que había que hacer con los próximos treinta años era disfrutarlos a medida que iban pasando. Así cuando llegara el año 2000 lo comprendería.

Entre tanto, me las iba a entender con Miles y Belle. Quizá no ganara, pero con seguridad les haría lamentar haber tomado parte en una pelea; como las veces en que Pet había vuelto a casa sangrando.

-¡Tendrías que ver al otro!

No esperaba gran cosa de la entrevista de aquella noche. Lo único que supondría era una declaración oficial de guerra. Tenía intención de estropearle el sueño a Miles..., y él podría telefonear a Belle y estropear el de ella.

3

Yo iba silbando cuando llegué a casa de Miles. Había dejado de preocuparme aquella preciosa pareja... En los últimos quince kilómetros había planeado de memoria un par de artefactos completamente nuevos, cada uno de los cuales podría hacerme rico. Uno consistía en una máquina de dibujar que podía ser accionada como una máquina de escribir. Calculé que por lo menos debía de haber cincuenta mil ingenieros inclinados sobre los tableros de dibujo en los Estados Unidos y que odiaban el trabajo porque afecta a los riñones y daña la vista. No se trata de que no les guste diseñar, que si les gusta, pero físicamente es un trabajo demasiado duro.

Aquel aparato les permitiría permanecer sentados en un sillón mientras apretaban pulsadores y veían cómo la imagen se iba formando sobre un tablero, encima de la máquina. Oprimirían tres palancas al mismo tiempo y aparecería una línea horizontal precisa mente allá donde la quisieran; oprimirían dos palancas y luego otras dos y se dibujaría una línea con la inclinación exacta.

Y, por una pequeña cantidad extra, podría proporcionar un segundo caballete, dejar que el arquitecto dibujara isométricamente (la única manera fácil de dibujar), y consiguiera que apareciese w segundo dibujo en perfecta perspectiva sin que tuviera necesidad de comprobar. Incluso podría disponer el artefacto de manera q~ levantase planos y elevaciones partiendo del isométrico.

Lo mejor de todo era que podía hacerse casi por completo mediante piezas standard, la mayor parte de las cuales podían adquirirse en las tiendas de radio y de fotografía. Salvo, naturalmente, el tablero de control, el cual tenía la seguridad de que podía armarlo partiendo de una máquina de escribir eléctrica a la cual sacara las tripas y luego conectando las palancas para que hiciesen funcionar aquellos otros circuitos. Un mes para hacer el modelo original, seis semanas más para suprimir pegas...

Pero dejé de lado aquello relegándolo al fondo de mi memoria, pues tenía la seguridad de que podría hacerlo y de que habría un mercado para ello. Lo que verdaderamente me encantaba era haber ideado la manera de superar en flexibilidad al pobre Frank Flexible. Sabia más acerca de Frank de lo que ninguna otra persona pudiese llegar a averiguar, aunque lo estudiaran durante un año. Lo que no podrían saber, lo que ni siquiera mis notas indicaban, era que por cada elección que yo había hecho había por lo menos otra posibilidad que también podría funcionar -y que mis elecciones habían sido restringidas por el hecho de que pensaba en él como sirviente doméstico. Para empezar, podía prescindir de la restricción de que tenía que vivir en el sillón de ruedas mecánico. Partiendo de ahí, podría hacer cualquier cosa, salvo que necesitaría los tubos de memoria Thorsen, y Miles no podía impedirme usarlos; estaban en el mercado a disposición de cualquiera que quisiera diseñar una serie cibernética.

La máquina de diseñar podía esperar; me ocuparía del autómata para todo uso, capaz de ser programado para todo lo que un hombre es capaz de hacer, siempre y cuando no requiera verdadero discernimiento humano.

No; montaría primero la máquina de diseñar y la utilizaría para el proyecto de Pet Proteico.

-¿Qué te parece, Pet? Vamos a dar tu nombre al primer verdadero robot del mundo.

~¿Mrrrarrr?

-No seas suspicaz. Es un honor. Partiendo de Frank podría diseñar a Pet completamente con mi máquina de dibujar, refinarlo de veras, y además deprisa. Sería un fenómeno, una amenaza diabólica que desplazaría a Frank antes incluso de que lo pusiesen en producción. Si tenía un poco de suerte les haría quebrar y tendrían que venirme a pedir por favor que volviese a ellos. ¿Es que querían matar la gallina de los huevos de oro?

Había luces en casa de Miles y su auto estaba junto a la acera. Dejé el mío frente al suyo, y dije a Pet:

-Vale más que te quedes aquí, amigo, y protejas el coche. Grita «alto» tres veces y luego tira a matar.

-¡Nooooo!

-Si entras tendrás que quedarte en el saco.

-¿Perro?

-No discutas. Si quieres entrar métete en el maletín.

Pet se metió en el maletín.

Miles me hizo entrar. Ninguno de los dos ofreció la mano. Me condujo a la sala de estar y me indicó con la mano un sillón.

Belle estaba allí. No esperaba encontrarla, pero supongo que no debía haberme sorprendido. La miré y me reí.

-¡Qué casualidad encontrarte aquí! ¿No me digas que has venido desde Mojave solamente para tener el gusto de hablarme? ¡Ah! La verdad que soy una fiera cuando me meto con las chicas... tendríais que verme cuando me pongo los sombreros de las señoras en las fiestas de amigos...

Belle frunció el ceño.

-No te hagas el gracioso, Dan. Si tienes algo que decir, dilo y márchate.

-No te hagas el gracioso,

-No me apresures. Me encuentro cómodo aquí... Mi ex socio... Mi ex novia... Lo único que nos falta es mi antiguo negocio.

Miles dijo con ánimo tranquilizador:

-Mira, Dan, no te lo tomes así. Lo hicimos por tu propio bien... y puedes volver a trabajar con nosotros siempre que quiera Me alegraré de tenerte.

-¿Por mi propio bien? Es lo que le dijeron al ladrón de caballos cuando le ahorcaban. En cuanto a eso de volver... ¿qué tienes quieres decir, Belle? ¿Puedo volver?

Se mordió el labio.

-Si Miles lo dice, naturalmente.

-Parece que fue ayer cuando decías: «Si Dan lo dice, naturalmente. » Pero todo cambia; así es la vida. Y no voy a volver chiquillos; no tenéis por qué poneros nerviosos. Solamente he venido para averiguar algunas cosas.

Miles miró a Belle, que fue quien respondió:

-¿Como por ejemplo...?

-Pues, en primer lugar, ¿quién de vosotros dos ideó la estafa ¿O la proyectasteis los dos juntos?

-Esa palabra es muy fea, Dan -dijo Miles, lentamente-. No me gusta.

-Bueno, bueno. Vamos, no nos andemos con finuras. Si la palabra es fea, el hecho lo es diez veces más. Me refiero a los d falsificar un contrato de esclavo, falsificar adjudicaciones de patentes... Eso es un delito federal, Miles; creo que te dejan ver el sol l~ miércoles alternos. No estoy seguro, pero sin duda el FBI me podría informar. Mañana -añadí, viéndole que acusaba el golpe.

-Dan, ¿vas a ser lo suficiente necio para armar jaleo sobre todo esto?

-¿Jaleo? Pienso atacaros por todos los lados, por lo civil y por lo criminal. Estaréis tan ocupados que no tendréis tiempo ni de rascaros..., a menos de que aceptéis hacer una cosa. Pero no he citado aún vuestro tercer pecadillo: robo de mis notas y diseños de Frank Flexible... y el modelo a escala también, si bien podéis hacer me pagar por los materiales, puesto que se los cargué a la compañía.

-¿Robo...? ¡Tonterías! -interrumpió Belle-. Tú trabajabas para la compañía.

-¿De veras? La mayor parte del trabajo lo hice de noche. Y nunca fui un empleado, Belle, como bien sabéis los dos. Lo único que hice fue cobrar cantidades para ir viviendo, a cuenta de los beneficios obtenidos por mis acciones. ¿Qué dirán los de Mannix cuando presente una querella criminal, alegando que las cosas que les interesaba comprar, Muchacha de Servicio, Willie y Frank, nunca pertenecieron a la compañía, sino que me fueron robados?

Tonterías -repitió tenazmente Belle-. Trabajabas para la compañía. Tenias un contrato.

Me eché hacia atrás en el sillón y me reí.

-Mirad, chiquillos, no hace falta que mintáis ahora: podéis ahorrároslo para el juicio. Aquí no estamos más que nosotros. Lo que verdaderamente quisiera saber es esto: ¿quién lo ideó? Sé cómo se hizo. Belle, tú me4raías papeles para la firma. Cuando había que firmar más de una copia, juntabas las demás copias a la primera... Para comodidad mía, naturalmente: siempre has sido la perfecta secretaria. Y todo lo que veía de las copias de debajo era el lugar donde firmar. Ahora sé que me metiste algunas bromas entre aquellos papeles tan bien ordenados; de modo que sé que fuiste tú quien llevó a cabo la parte mecánica de la estafa. Miles no pudo haberlo hecho; Miles ni siquiera sabe escribir muy bien a máquina... Pero ¿quién redactó aquellos documentos que me hiciste firmar así? ¿Tú? No lo creo... a menos que hayas tenido una educación en leyes que nunca mencionaste. ¿Qué me dices, Miles? ¿Es que una sencilla mecanógrafa podría redactar aquella maravillosa cláusula siete de un modo tan perfecto? ¿O fue necesario un abogado? Me refiero a ti.

Hacia ya rato que el cigarrillo de Miles se había apagado. Se lo quitó de la boca, lo miró y dijo cautelosamente:

-Mi querido amigo Dan: si te figuras que puedes hacernos caer en la trampa de admitir algo, es que estás chiflado.

-Oh, ¡vamos!, estamos solos. Los dos sois culpables, sea como sea. Pero me gustaría creer que esta Dalila se dirigió a ti con el asunto ya terminado y a punto de entrega, y que luego te tentó en un momento de debilidad. Pero sé que no es cierto. A menos que Belle sea también un abogado, los dos andáis en ello, cómplices antes y después. Tú lo redactaste; ella lo escribió a máquina y me engañó para que lo firmase. ¿Cierto?

-¡No contestes, Miles!

-Claro que no voy a contestar -asintió Miles-. Quizás lleve una grabadora escondida en ese maletín.

-Debería haberla llevado -asentí-. Pero no la llevo. -Abrí la parte superior del maletín y Pet sacó la cabeza-. ¿Te vas enterando de todo, Pet? Cuidado con lo que decís, amigos. Pet tiene una memoria de elefante. No, no traje una grabadora... sigo siendo el tonto de Dan Davis, que nunca piensa por adelantado. Voy dando tropezones, fiándome de mis amigos... como me fié de vosotros dos. ¿Es Belle un abogado, Miles? ¿O fuiste tú mismo quien se sentó a sangre fría y planeó la manera de acogotarme y robarme hacer que todo pareciese legal?

-¡Miles! -intervino Belle-. Con lo hábil que es, puede haber hecho una grabadora del tamaño de un paquete de cigarrillos. Quizá no la lleve en el maletín, sino encima.

-Excelente idea, Belle. La próxima vez traeré una conmigo

-Me doy perfecta cuenta de ello, querida -respondió Miles-Y, si la lleva, estás hablando demasiado. Ten cuidado con lo q~ dices.

Belle respondió con una palabra que ignoraba que usase. Levanté las cejas:

-¿Os ladráis el uno al otro? ¿Los ladrones se pelean y~

La paciencia de Miles se iba agotando, de lo cual me alegra,

-Cuidado con lo que dices, Dan... -amenazó-, si es que quieres conservar la salud.

-Eh, eh... Soy más joven que tú, y he pasado mi curso de judo más recientemente que tú. Además, tú no pegarías un tiro a u hombre; lo que harías sería enredarle con algún documento falso:

Dije «ladrones» y quiero decir «ladrones». Ladrones y embustero< los dos. -Me volví hacia Belle-: Mi padre me enseñó a no llamar nunca embustera a una señora, cara de bombón, pero tú no eres una señora... Eres una ladrona... y una vagabunda.

Belle se sofocó y me lanzó una mirada en la que se desvaneció< toda su belleza dejando al descubierto todo lo que en ella había de un animal de presa:

-¡Miles! -dijo con voz aguda-. ¿Vas a quedarte ahí sentado y permitir...?

-¡Estate quieta! -ordenó Miles-. Su grosería es deliberada, Quiere que nos excitemos y digamos cosas de las que después tengamos que arrepentimos. Y eso es lo que ya casi estás haciendo. de modo que, estate quieta.

Belle se calló, pero su cara siguió manteniendo su expresión feroz. Miles se volvió hacia mí.

-Dan, me figuro que soy siempre persona práctica. Intenté hacerte ver las cosas claras antes de que te marchases de la compañía. Al hacer el arreglo traté que fuera de tal manera que tomases k inevitable con elegancia.

-Quieres decir que me dejase violar sin protesta.

-Como quieras. Todavía deseo llegar a un arreglo amistoso. No te sería posible ganar ninguna clase de proceso legal, pero como abogado sé que siempre vale más evitarlo que ganar, si es posible.

Dijiste hace un momento que había una cosa que yo podía hacer y que te satisfaría. Dime de qué se trata; quizá podamos entendernos.

-Oh... iba a hablar de eso. Tú no puedes hacerlo, pero quizá te sea posible arreglarlo. Es sencillo. Haz que Belle me vuelva a adjudicar las acciones que le transferí como regalo de compromiso.

-¡No! -dijo Belle.

-Te he dicho que te calles -ordenó Miles.

Yo miré a Belle y dije:

-¿Y por qué no, mi ex querida? He pedido consejo sobre este punto, según decís los abogados, y, puesto que fueron entregadas en consideración del hecho de que prometiste casarte conmigo, tienes la obligación no solamente moral sino también legal de devolverlas. No fue una «dádiva libre», según creo que se dice, sino algo entregado en virtud de algo que esperaba, y que habíamos acordado, pero que nunca recibí, a saber, tu relativamente encantadora persona. De manera que, ¿qué me dices de aflojar la pasta? ¿O es que has cambiado nuevamente de opinión y estás dispuesta a casarte conmigo?

Me respondió exactamente dónde y cómo podía esperar casarme con ella.

Miles dijo entonces con aire de cansancio:

-Belle, no haces sino empeorar las cosas. ¿No comprendes que está tratando de enfurecernos? -Se volvió hacia mí-: Dan, si eso es para lo que has venido, vale más que te vayas. Si las cosas hubiesen sido como dices, tendrías cierta razón. Pero no fueron así. Adjudicaste esas acciones a Belle por valor recibido.

-¿Cómo? ¿Qué valor? ¿Dónde está el cheque que lo pruebe?

-No es necesario que mediara un cheque. Fue por servicios a la compañía, más allá de su obligación.

Me quedé mirándole:

-¡Vaya maravilla! Mira, Miles, amigo mío, si fue por servicios a la compañía, y no a mi personalmente, entonces tú debes haber estado enterado de ello, y debiste haberte precipitado a pagarle la misma cantidad... Al fin y al cabo nos dividíamos los beneficios por la mitad, incluso si hubiese... o si me hubiese figurado que había conservado el control. ¡No me digas que diste a Belle un paquete de acciones del mismo tamaño!

Entonces vi cómo se miraban el uno al otro, y tuve una repentina inspiración:

-¡Quizá sí se lo diste! Apostaría a que fue mi encanto quien te obligó a hacerlo, o de lo contrario no hubiese jugado. ¿Es eso cierto? De ser así, ya puedes tener la seguridad de que registró transferencia inmediatamente... y las fechas demostrarán que transferí mis acciones precisamente en la fecha en que nos prometimos. ¡Diablos, si hasta apareció la noticia del compromiso en *Desert Heraid!* Mientras, tú le transferías tus acciones para q~ hiciese la jugada y me dejase plantado. ¡Y de todo esto había constancia! Quizá sí que un juez me crea, ¿verdad Miles? ¿Qué parece?

¡Los había deshecho! ¡Los había deshecho! Por la expresión d sus caras me di cuenta de que por casualidad había ido a dar con 1 única circunstancia que no podrían nunca explicar, y que yo n debía haber sabido nunca. Seguí arremetiendo... y volví a dar en blanco al azar. ¿Al azar? No; pura lógica.

-¿Y cuántas acciones, Belle? ¿Tanto como me sacaste a Sencillamente por haberte «prometido»? Hiciste más por él, así que has debido sacarle más. -Me detuve de repente-. La verdad ~ que me pareció raro que Belle hubiese venido desde tan lejos sola mente para hablarme, teniendo en cuenta lo que le molestaba viaje. Quizá no has venido desde tan lejos; quizá ya estabas aquí ¿Es que estáis ya juntos? ¿O debería quizá decir «prometidos»? C ¿estáis ya casados? -Lo pensé-. Apostaría a que lo estáis, Miles. No eres tan iluso como yo;

me apostaría hasta la última camisa que nunca, nunca le habrías adjudicado acciones a Belle solamente bajo promesa de matrimonio. Pero es posible que lo hicieses como regalo de boda, siempre y cuando recuperases el control de votos No te molestes en contestar; mañana empezaré a desenterrar lo hechos. También deben constar.

Miles miró a Belle y dijo:

-No pierdas el tiempo. Te presento a la señora Gentry.

-¿De veras? Os felicito a los dos. Os merecéis el uno al otro. ~ ahora, volvamos a lo de mis acciones. Puesto que la señora Gentry evidentemente no se puede casar conmigo...

-No seas necio, Dan. Ya he refutado tu ridícula teoría. ~ cierto que transferí ciertas acciones a Belle, de la misma manera q~ lo hiciste tú. Y por la misma razón: servicios a la compañía. Como tú mismo dices, estas cosas constan. Belle y yo nos casamos haa sólo una semana... pero encontrarás que las acciones fueron registradas a su nombre hace ya bastante tiempo, si es que te tomas l~ molestia de investigarlo. No puedes establecer relación entre las dos cosas. No; recibió acciones de los dos por su gran servicio a la compañía. Luego, después de que la hubieses abandonado y de que hubiese dejado el empleo en la compañía, nos casamos.

Aquello era un contratiempo. Miles era demasiado inteligente para decir una mentira que pudiera ser comprobada tan fácilmente. Pero había algo en ello que no era cierto, algo más de lo que ya había descubierto.

-¿Cuándo y dónde os casasteis?

-En el juzgado de Santa Bárbara, el jueves pasado. Y no es cosa que te importe.

-Quizá no. ¿Cuándo transferiste las acciones?

-No lo sé exactamente. Búscalo, si es que quieres saberlo.

La verdad era que no parecía posible que hubiese entregado acciones a Belle antes de haberla comprometido. Ese fue el farol que me tiré: no encajaba en su carácter:

-Se me ocurre una cosa, Miles. Si encargase el trabajo a un detective, ¿no encontraría quizá que vosotros dos os casasteis en otra ocasión algo antes que esta última? ¿Quizá en Yuma? ¿O en Las Vegas? ¿O a lo mejor os encontrasteis en Reno aquella vez que los dos fuisteis hacia el norte para aquel asunto de impuestos? Quién sabe si consta un matrimonio así, y podría ser que la fecha de la transferencia de las acciones y las fechas en que mis patentes fueron adjudicadas a la compañía formasen una bonita combinación de números. ¿Verdad?

Miles no se hundió: ni siquiera miró a Belle. En cuanto a Belle, el odio reflejado en su cara no podía haber ido en aumento siquiera con una certera puñalada a ciegas. No obstante, aquello parecía encajar en los hechos, y decidí continuar jugando fuerte hasta el final.

-Dan, he tenido paciencia contigo -dijo Miles, sencillamente-; he tratado de mostrarme conciliatorio, y lo único que he conseguido son insultos. De manera que me parece que ya es hora de que te vayas. De lo contrario, voy a echarte... ¡a ti y a tu piojoso gato!

-¡Olé! -contesté-. Es la primera nota de hombría que has cantado esta noche. Pero no llames «piojoso» a Pet. Entiende lo que dices, y a lo mejor te arranca un bocado. Está bien, ex compañero, me marcharé... pero quisiera hacer un pequeño discurso de despedida, muy corto. Probablemente será la última palabra que nunca te dirija. ¿De acuerdo?

-Bueno... está bien. Que sea corto.

-Miles, quiero hablarte -se apresuró a decir Belle.

Él le hizo un gesto sin mirarla, indicándole que estuviese quieta.

-Empieza, y sé breve.

-Probablemente no te gustará oir esto, Belle. Propongo que vayas - dije, volviéndome hacia ella.

Naturalmente, se quedó. Yo había querido tener la seguridad que se iba a quedar. Volví a mirarle a él:

-Miles, no estoy demasiado furioso contigo. Lo que un hombre puede llegar a hacer por una ladrona, no tiene límites. Si Sansón Marco Antonio fueron vulnerables, ¿qué derecho tengo a suponer que tú ibas a resultar inmune? En realidad, en lugar de estar dado debería agradecértelo. Y me figuro que, hasta cierto punto, estoy. Desde luego lo siento por ti. -Miré entonces hacia Belle. Ahora ya es tuya, y es problema tuyo... y todo lo que me costado es algo de dinero y, temporalmente, mi tranquilidad. ¿Pe. cuánto te costará a ti? Me engañó, incluso consiguió persuadirte a ti, amigo en quien confiaba, para que me engañases... ¿C empezará a aliarse con algún otro y comenzará a engañarte ¿La semana que viene? Con la misma seguridad con que un vuelve a su vómito...

-¡Miles! -chilló Belle.

- ¡ Sal de aquí! -dijo Miles, amenazador.

Comprendí que lo decía de veras. Me levanté.

-Precisamente nos íbamos. Lo siento por ti, amigo. Al principio los dos cometimos una equivocación y la falta fue tanto como mía. Pero ahora tú la tienes que pagar solo. Y es una verdadera lástima, porque fue un error inocente.

Su curiosidad pudo más:

-¿Qué quieres decir?

-Deberíamos habernos preguntado por qué una mujer tan elegante, hermosa y competente, estaba dispuesta a trabajar para nosotros por un sueldo de mecanógrafa. Si hubiésemos tomado huellas digitales, como se hace en las grandes compañías, y hubiésemos llevado a cabo una inspección rutinaria, quizá no la hubiésemos tomado... y tú y yo seríamos aún socios.

¡Había dado en el clavo otra vez! Miles miró de repente a mujer, y ella adoptó una actitud de... Bueno, yo diría que de acorralada, si no fuese porque las ratas no tienen una forma la de Belle.

No fui capaz de dejar las cosas como estaban, que ya estaba bien; me sentí impulsado a seguir hurgando. Me dirigí a

-¿Y bien, Belle? Si me llevase ese vaso que has dejado a tu e hiciese investigar las huellas que hay en él, ¿qué encontré?.¿Fotografías en las oficinas de correos? ¿Bigamia? ¿Quizás algo de casarse con idiotas para sacarles el dinero? ¿Es Miles legalmente tu marido? -Me incliné hacia delante y cogí el vaso.

Belle me lo arrancó de la mano.

Miles me lanzó un grito.

Finalmente había confiado demasiado en mi suerte. Había sido estúpido al meterme en la jaula de unas fieras sin llevar armas, y luego olvidar el primer principio del domador de fieras: les volví la espalda.

Miles gritó y me volví hacia él. Belle cogió su bolsa... y recuerdo haber pensado entonces que tardaba mucho en sacar un cigarrillo.

Luego sentí el pinchazo de la aguja.

Recuerdo haber pensado sólo una cosa mientras mis piernas cedían y me hundía sobre la alfombra: una inmensa sorpresa de que Belle me hiciese algo así.

En el fondo aún había confiado en ella.

4

Nunca llegué a estar del todo inconsciente.

Cuando la droga me hizo efecto, me quedé mareado y confuso y fue más rápido que el de la morfina. Pero eso fue todo. Miles gritó algo a Belle y me agarró por el pecho mientras se me doblaban las rodillas. Cuando me hubo arrastrado hasta una silla, incluso el mareo se me pasó.

Sin embargo, aunque estaba despierto, parte de mí permanecía muerta. Ahora sé qué fue lo que usaron conmigo: la droga de los «zombies»; la respuesta del Tío Sam al lavado de cerebro. Que yo sepa, nunca llegamos a utilizarla con ningún prisionero, pero los chicos la inventaron en el curso de la investigación del lavado de cerebro, y allá estaba: ilegal pero muy eficaz; la misma substancia que se utiliza en el psicoanálisis de un día, pero creo que se necesita un permiso del juzgado para que pueda utilizarla incluso un psiquiatra.

Quién sabe dónde Belle la había encontrado. Pero, por otra parte, sólo Dios sabe con qué otros tipos estaba asociada.

Pero entonces yo no pensaba en eso; no pensaba en nada. Sencillamente, permanecía allí, tan pasivo como una mosca muerto oyendo lo que se decía, viendo todo lo que ocurría frente a mis ojos; pero, aunque la misma Lady Godiva hubiese pasado por allí sin su caballo, no hubiese desplazado mi mirada ni un milímetro,

A menos que me lo hubiesen mandado.

Pet salió de su maletín, trotó hasta llegar a mi lado y preguntó qué era lo que ocurría. Al ver que no respondía, empezó a frotarme los tobillos pidiendo una explicación. Cuando vio que seguía sin responder, se subió a mis rodillas, me colocó sus patas delanteras sobre el pecho, me miró fijamente a la cara, y dijo que quería saber qué pasaba, enseguida y sin más tonterías.

Yo no respondí y él empezó a maullar.

Eso hizo que Miles y Belle le dedicaran su atención. Cuando Miles me hubo depositado sobre la silla se volvió hacia Belle y dijo amargamente:

-Ya lo has hecho... ¿Es que te has vuelto loca?

Belle respondió:

-No pierdas la cabeza, Gordito. Vamos a liquidarlo de una vez para todas.

-¿Qué? ¿Te figuras que te voy a ayudar en un asesinato...?

-¡Cállate!. Eso sería lo lógico..., pero te falta valor. Afortunadamente, no es necesario con lo que lleva dentro.

-¿Qué quieres decir?

-Ahora es nuestro criado. Hará lo que le mandemos. Ya no nos molestará más.

-Pero, por Dios, Belle, no puedes tenerlo drogado indefinidamente. Cuando salga de esto...

-Deja de hablar como un abogado. Yo sé lo que puede hacer esta droga. Cuando vuelva en sí hará lo que yo le haya dicho que haga. Le diré que nunca nos persiga legalmente, y no lo hará nunca. Le diré que deje de meter las narices en nuestro negocio y nos dejará en paz. Le diré que vaya a Tombuctú y se irá allí. Le diré que se olvide de todo esto y se olvidará... y sin embargo lo hará.

Yo la escuchaba, entendiendo lo que decía, pero sin estar en absoluto interesado. Si alguien hubiese gritado que la casa estaba ardiendo también lo hubiese entendido, pero tampoco me hubiese interesado.

-No lo creo.

-¿No? -Le miró de un modo extraño-. Pues deberías creerlo.

¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Déjalo correr. Este producto funciona bien. Pero primero tenemos que...

Fue entonces cuando Pet empezó a maullar. No se oye maullar a un gato a menudo; a veces no se le oye en toda su vida. No lo hacen cuando pelean, por mucho que les lastimen, y nunca lo hacen por contrariedad. Un gato solamente maúlla cuando está completamente fuera de sí, cuando la situación le resulta insoportable, pero fuera de su comprensión, y no le queda ya ningún otro recurso.

Le recuerda a uno algo fantasmagórico. Y, además, resulta difícil de soportar: lo hacen en una frecuencia que ataca a los nervios.

Miles se volvió y dijo:

-¡Maldito gato! Tendremos que echarlo.

-Mátalo -dijo Belle.

-¿Qué? Siempre has sido demasiado radical, Belle. Dan armaría más jaleo por este miserable animal que si le hubiésemos dejado completamente desnudo. Vamos...

Se volvió y cogió el maletín de Pet.

-¡Seré yo quien lo mate! -dijo Belle, con acento salvaje-. Hace meses que tengo ganas de matar a ese maldito.

Se volvió alrededor en busca de alguna arma, y la encontró: el atizador de la chimenea; se precipitó hacia él, y lo agarró.

Miles cogió a Pet e intentó meterlo en el maletín.

«Intentó» es la palabra exacta. Pet no desea que le coja nadie, salvo yo mismo o Ricky, y ni siquiera yo le cogería cuando estaba maullando, sin antes tomar muchas precauciones; un gato emotivamente perturbado es tan detonante como el fulminato de mercurio. Pero, aunque no hubiese estado perturbado, Pet ciertamente no hubiese permitido que le agarrasen por la piel del cogote.

Pet le alcanzó con las garras en el antebrazo y los dientes en la parte carnosa del pulgar. Miles gritó, y le dejó caer.

Belle lanzó un chillido agudo:

-¡Apártate, Gordito! -y disparó un golpe con el atizador.

Las intenciones de Belle eran lo suficientemente claras, y además de fuerza tenía el arma. Pero no tenía habilidad en el manejo del arma, mientras que Pet sí la tenía en el de las suyas. Esquivó el golpe escapándose por debajo de la trayectoria del hierro e hincó sus cuatro garras en la muchacha, dos en cada pierna.

Belle lanzó un aullido y soltó el atizador.

No vi mucho de lo que siguió. Todavía estaba mirando hacia delante y podía ver la mayor parte de la sala de estar, pero no podía ver nada fuera de aquel ángulo, porque nadie me decía que mirara en otra dirección. De modo que seguí el resto de lo que ocurrió principalmente por el sonido, salvo una vez en que pasaron a través de mi zona visual, dos personas a la caza de un gato y luego, con rapidez increíble, dos personas perseguidas por un gato. Prescindiendo de esta breve escena, me daba cuenta de la batalla por los ruidos de las caídas, carreras, gritos, maldiciones y chillidos.

Pero no creo que llegaran nunca ni a tocarle.

Lo peor que me ocurrió a mi aquella noche fue que en la hora de mayor gloria de Pet, su mayor batalla y su mayor victoria, no solamente no vi los detalles, sino que estaba completamente incapaz de apreciarlos. Vi y oí, pero carecía de sentimientos sobre todo aquello; en su supremo Momento de Verdad, yo estaba insensible.

Lo recuerdo ahora y me despierta una emoción que no pude entonces sentir. Pero no es lo mismo; me lo han robado para siempre más, como a un narcotizado en su luna de miel.

Las caídas y las maldiciones cesaron repentinamente, y pronto Miles y Belle volvieron a la sala de estar. Belle dijo con voz entrecortada:

-¿Quién dejó abierta aquella maldita persiana?

-Tú. Cállate y no hables más. Ya se ha ido.

Miles tenía sangre en la cara además de las manos; se tocó las nuevas heridas de la cara, con lo cual no las mejoró. Se debía haber caído en un momento dado, pues así lo parecía por el estado de su ropa, y su americana estaba abierta por la espalda.

-No pienso callarme. ¿Tienes una pistola en la casa?

-¿Qué?

-Voy a matar a ese maldito gato.

Belle aún estaba peor que Miles: había tenido más piel expuesta al ataque de Pet; piernas, brazos y hombros descubiertos. Era evidente que no iba a llevar vestidos con tirantes durante una temporada larga, y a menos de que se cuidara, lo probable era que le quedaran cicatrices. Parecía una arpía después de un combate de lucha libre con sus hermanos.

-¡Siéntate! ordenó Miles.

La chica respondió brevemente, y por implicación negativamente:

-Voy a matar a ese gato.

-Entonces no te sientes. Ve a lavarte. Te ayudaré a ponerte yodo y lo demás, y tú me podrás ayudar a mí. Pero olvídate del gato. Hemos tenido suerte de librarnos de él.

Belle respondió con cierta incoherencia, pero Miles la entendió.

-Y lo mismo para ti -respondió él-. Mira, Belle, si tuviese un arma, y no es que diga que la tengo, y tú salieras y empezaras a disparar, tanto si te cargabas al gato como si no, tendrías aquí a la policía antes de diez minutos, hurgándolo todo y haciendo preguntas. ¿Quieres que suceda eso mientras le tenemos a él entre manos?

-E hizo un gesto con el pulgar en dirección hacia mi-. Y si esta noche sales de casa sin un arma, aquella fiera probablemente te matará a ti. -Frunció el ceño aún más profundamente:

-Debería haber leyes que prohibiesen tener animales de esa especie. Es un peligro público. Escúchale.

Todos podíamos oír a Pet que merodeaba alrededor de la casa. Entonces no maullaba; lanzaba su grito de guerra, invitándoles a escoger sus armas y a salir, de uno en uno o todos a la vez.

Belle escuchó y se estremeció.

-No te preocupes dijo Miles-; no puede entrar. No sólo he puesto el cerrojo a la persiana que te dejaste abierta, sino que he cerrado la puerta.

-¡No fui yo quien la dejó abierta!

-Como quieras.

Miles siguió su ronda comprobando que los cerrojos de las ventanas estaban echados. Luego Belle salió de la habitación, y él después. Cuando estuvieron fuera, Pet se calló. No sé cuánto tiempo estuvieron fuera; el tiempo no significaba nada para mí.

Belle fue la primera en volver. Su maquillaje y su peinado eran perfectos; se había puesto un vestido de mangas largas y de cuello alto, y se había cambiado las desgarradas medias. Salvo por las tiras de esparadrapo en su cara, no se veían otras señales de la batalla. Si no hubiese sido por la expresión de su cara, la habría considerado, en distintas circunstancias, como una visión deliciosa.

Vino directamente hacia mí y me dijo que me levantase. Me registró rápida y expertamente, sin olvidarse del bolsillo del reloj, de los bolsillos de la camisa y de aquel bolsillo diagonal de la parte interior de la americana del que carecen la mayor parte de los trajes. El botín no fue mucho: mi cartera con una pequeña cantidad en efectivo, tarjetas de identidad, permiso de conducir, llaves, un inhalador nasal contra la huminiebla, otras cosas sin importancia, y el sobre que contenía el cheque certificado que ella misma había comprado y me había enviado. Le dio la vuelta, leyó el endose que yo había escrito, y pareció perpleja.

-¿Qué es eso, Dan? ¿Te has comprado un seguro?

-No.

Se lo hubiese contado todo, pero lo único que sabía hacer era responder a la última pregunta.

Arrugó el ceño y dejó el cheque con el resto del contenido de los bolsillos. Entonces se apercibió del maletín de Pet, y por lo vi, recordó el bolsillo interior que utilizaba como cartera, pues levan el maletín y abrió el bolsillo.

Encontró el juego en cuadruplicado de la docena y media formularios que habla firmado para la Compañía de Seguros Mutuos. Se sentó y comenzó a leerlos. Yo me quedé donde me habían dejado, como un maniquí de sastre a la espera de que lo guardase Entonces entró Miles, en bata y zapatillas, y con una cantidad bastante apreciable de gasa i esparadrapo. Parecía un boxeador de cuarta categoría cuyo entrenador hubiese permitido que le diese una paliza. Llevaba una venda sobre el cuero cabelludo, de delante a atrás de su calva cabeza; Pet le debía haber dado cuando estaba en el suelo.

Belle alzó la vista, le hizo un gesto en silencio, y le indicó con mano el montón de papeles que acababa de revisar. Él se sentó comenzó a leer. La alcanzó en la lectura y terminó el último leyendo por encima del hombro de la muchacha.

Belle dijo:

-Eso hace que las cosas varíen.

-Más que eso. La orden de depósito es para el cuatro de diciembre; es decir, mañana. ¡Belle, aquí está que arde! ¡Tenemos que sacarlo de aquí! -Miró al reloj-. Por la mañana le estarán buscando.

-Miles, a ti siempre te entra miedo cuando las cosas se ponen á presión. Esto es una suerte, quizá la mejor suerte que podía tocarnos-.

-¿Qué quieres decir?

-Esa sopa para zombies, a pesar de ser muy buena, tiene ~ fallo. Supongamos que se la das a uno y que le cargas de todo lo que quieres que haga. Está bien; lo hace. Hace lo que le has mandado porque no tiene más remedio. Pero, ¿sabes algo acerca del hipnotismo?

-No mucho.

-¿Es que sabes algo que no sea derecho, Gordito? Careces por completo de curiosidad. Un dominio posthipnótico se reduce a eso, puede estar en oposición, en realidad es casi seguro que está CII oposición, a lo que el sujeto realmente quiere hacer. Eventualmente puede hacerle ir a parar a manos de un psiquiatra. Y si el psiquiatra es medio bueno, lo más probable es que al final descubra lo que Ocurre. Cabe la posibilidad de que Dan acabe por ir a uno de ellos y que le liberen de las órdenes que yo pueda darle. De ser así, podría dar mucho trabajo.

-¡Maldita sea! Me dijiste que la droga era completamente segura.

-Por favor, Gordito; en esta vida siempre hay que arriesgarse. Eso es lo que le da aliciente. Déjame pensar.

Al cabo de un momento, dijo:

-Lo más sencillo y más seguro es dejarle que cumpla su intención de dar el salto del sueño para el que está preparado. No podría molestarnos menos si estuviese muerto, y no hace falta que nos arriesguemos. En vez de tener que darle una serie de órdenes complicadas y luego confiar en que no se libere de ellas, basta con mandarle que prosiga con su intención de tomar el sueño frío y sacarle de aquí... O sacarle de aquí y ponerle sobrio. -Se volvió hacia mí -. Dan, ¿cuándo vas a tomar el sueño?

-No lo voy a tomar.

-¿Cómo? ¿Qué es eso? -E hizo un ademán hacia los papeles que había sacado de mi maletín.

-Documentos para sueño frío. Contratos con la Compañía de Seguros Mutuos.

-Está chiflado -comentó Miles.

-Hum... claro que lo está. Me olvido de que no pueden verdaderamente pensar cuando están bajo la influencia de la droga. Pueden oír y hablar y contestar preguntas... pero han de ser precisamente preguntas adecuadas. No pueden pensar. -Se acercó y me miró detenidamente a los ojos-. Dan, quiero que me cuentes todo lo de este contrato de sueño frío. Comienza por el principio y explícamelo detalladamente. Aquí tienes todos los documentos necesarios para hacerlo; según parece, los firmaste precisamente hoy. Ahora dices que no lo quieres hacer. Cuéntamelo todo, porque quiero saber por qué lo ibas a hacer y ahora no.

Así que se lo dije. Preguntándomelo de aquella manera me era posible contestar. Tardé mucho tiempo pues hice exactamente lo que me había dicho: comencé desde el principio y con todo detalle.

-¿De modo que te sentaste en aquel restaurante y decidiste no hacerlo? ¿Decidiste venir aquí y crearnos dificultades?

-Sí.

Estaba a punto de proseguir, hablarles de mi viaje de venida, explicarles lo que había dicho a Pet y lo que él me había contestado, decirles cómo fue que me detuve en un *drugstore* y dispuse mis acciones de Muchacha de Servicio, cómo luego llegué hasta la casa de Miles, cómo Pet no quiso esperar en el coche, cómo...

Pero no me dio la oportunidad de hacerlo.

-Has vuelto a cambiar de intención, Dan -dijo-. La verdad es que quieres tomar el sueño frío. ¿Me comprendes? ¿Qué vas hacer?

-Voy a tomar el sueño frío. Quiero tomar...

Comencé a tambalearme. Había estado tieso como un palo dé bandera durante más de una hora, sin mover ni un músculo, puesto que nadie me había dicho que lo hiciese. Comencé a caerme hacia ella.

Belle saltó hacia atrás y dijo con brusquedad:

-Siéntate.

De modo que me senté. Belle se volvió hacia Miles:

-Así es como se hace. Continuaré metiéndoselo en la cabeza hasta asegurarme de que no se puede equivocar.

Miles miró el reloj.

-Dijo que el doctor quería que estuviese allí a mediodía,

-Hay tiempo de sobra. Aunque será mejor que le llevemos allá nosotros mismos, para estar seguros... Pero no... ¡maldita sea!

-¿Qué ocurre?

-No hay tiempo. Le di una dosis suficiente para un caballo, porque quería que le hiciese efecto antes de que él se pudiese volver contra mí. A mediodía estará lo bastante sobrio como para convencer a la mayoría de las personas, pero no a un médico.

-Quizá sea solamente superficial. Su examen físico está aquí y ha sido ya firmado.

-Ya oíste lo que le dijo el médico. Lo comprobará para ver si ha bebido algo. Eso significa que le probará los reflejos y medirá su tiempo de reacción y le mirará a los ojos y... Oh, precisamente todo lo que no queremos que haga. Lo que no podemos arriesgarnos a que un doctor haga. Miles, no es posible.

-¿Y al día siguiente? Llamar y decirles que ha habido una pequeña demora...

-Cállate y déjame pensar.

Enseguida comenzó a mirar los documentos que yo había llevado conmigo. Luego salió de la habitación, volvió inmediatamente con una lupa de joyero que se puso al ojo derecho como si fuese un monóculo, y procedió a examinar con el mayor cuidado cada uno de los papeles. Miles preguntó qué era lo que estaba haciendo, pero ella hizo caso omiso de la pregunta.

Al cabo de unos momentos se quitó la lupa del ojo y dijo:

-Es una suerte que todos deban usar los mismos formularios oficiales. Gordito, dame el listín telefónico de páginas amarillas.

-¿Para qué?

Dámelo, dámelo. Quiero comprobar la redacción exacta del nombre de una firma... Oh, ya lo sé, pero quiero estar segura.

Rezongando, Miles se lo fue a buscar. Belle lo ojeó y dijo:

-Sí; «Compañía de Seguros Master»... y hay espacio suficiente en cada uno de ellos. Me hubiese gustado más que hubiese sido «Motors» en lugar de «Master»; eso acabaría de facilitar las cosas. Pero no tengo ninguna conexión con «Seguros Motors» y, además, ni siquiera estoy segura de que se ocupen de hibernación. -Alzó la vista-: Gordito, vas a tener que llevarme en seguida a la planta.

-¿Y eso?

-A menos que se te ocurra otro procedimiento más rápido para hacerte con una máquina eléctrica de escribir, de ese tipo de letra y cinta de carbón. No; ve tú solo y tráemela; tengo que telefonear.

Miles frunció el ceño:

-Comienzo a comprender lo que intentas. Pero, Belle, es una locura. Es fantásticamente peligroso.

Belle se rió:

-Eso es lo que te figuras. Incluso antes de que nos asociásemos ya te dije que tenía buenas relaciones. ¿Es que tú solo hubieses podido concertar aquel acuerdo con Mannix?

-Bueno... No lo sé.

-Yo silo sé. Y quizá no sabes que Seguros Master es parte del grupo Mannix.

-Pues no; no lo sabía. No veo qué diferencia puede haber.

-Significa que mis relaciones todavía me van a servir. Mira, Gordito, la firma para la cual yo trabajaba ayudaba a las Empresas Mannix en lo referente a pérdidas por impuestos... hasta que mi jefe se fue del país. ¿Cómo te figuras que fue, que pudimos sacar tanto sin poder garantizar que el amigo Danny iba incluido en el arreglo? Sé todo lo que hay que saber de Mannix. Y ahora date prisa. Tráeme la máquina de escribir y te permitiré que observes cómo trabaja una artista. Ten cuidado con el gato.

Miles gruñó, pero empezó a marcharse; luego regresó:

-Belle. . ¿Es que Dan no aparcó su coche frente a la casa?

-¿Por qué?

-Su coche no está ahora allí. -Parecía preocupado.

-Bueno, probablemente lo habrá aparcado a la vuelta esquina. No tiene importancia. Ve a buscar la máquina de escribir ¡Date prisa!

Miles volvió a salir. Podía haberles dicho dónde había aparcado pero como no me lo preguntaron, ni siquiera pensé en ello, no pensaba en nada.

Belle se fue a otra parte de la casa y me dejó solo. A eso amanecer Miles volvió, con cara de cansancio y acarreando una pesada máquina de escribir. Luego volví a quedarme solo.

Cuando Belle volvió me dijo:

-Allí tienes un documento en el que dices á la compañía seguros que custodien tus acciones de Muchacha de Servicio, en realidad no es eso lo que quieres hacer; lo que quieres es dármela a mí.

No respondí. Pareció enojarse y dijo:

-Lo expondremos de esta manera: quieres dármelas, tú ya que quieres dármelas. ¿Lo sabes, verdad?

-Sí. Quiero dártelas.

-Bien. Quieres dármelas. Me las tienes que dar. No te sentir feliz hasta que me las hayas dado. ¿Dónde están? ¿Están en coche?

-No.

-Entonces, ¿dónde están?

-Las he enviado por correo.

-¿Qué? -empezó a chillar-. ¿Cuándo las pusiste al correo?. ¿A quién se las has enviado? ¿Por qué lo hiciste?

Si me hubiese hecho la segunda pregunta en último término, hubiese contestado. Pero contesté la última pregunta, que era único que era capaz de hacer.

-Las adjudiqué.

Miles entró:

-¿Dónde las puso?

-Dice que las echó al correo... porque las ha adjudicado... Vale más que busques su coche y lo registres. Quizá sólo se figure que ha echado al correo. Evidentemente las tenía en la compañía **<1C** seguros.

-¡Adjudicado! -repitió Miles-. ¡Dios Santo! ¿A quién?

-Se lo preguntaré; Dan, ¿a quién has adjudicado tus acciones?

-Al Banco de América.

No me preguntó la razón, pues de lo contrario le hubiese explicado lo de Ricky.

Belle no hizo sino encogerse de hombros y suspirar:

-No hay más que hablar, Gordito. Podemos olvidarnos de las acciones. No las podremos sacar fácilmente de un banco. -De repente se enderezó-: A menos que no las haya realmente echado al correo. Si no lo ha hecho borraré la adjudicación del dorso tan bien que parecerá que haya pasado por la lavandería. Y luego me las adjudicará nuevamente... a mi.

-A nosotros -corrigió Miles.

-Eso es sólo un detalle. Ve en busca de su coche.

Miles volvió al cabo de un rato y anuncio:

-No está en ningún sitio a seis manzanas de aquí. He ido dando vueltas por todas las calles y callejuelas. Debe de haber venido en taxi.

-Ya le oíste decir que había venido en su coche.

-Pues ahí fuera no está. Pregúntale cuándo y dónde echó al correo las acciones.

Belle me lo preguntó y se lo dije:

-Precisamente antes de venir aquí. Las eché al correo en el buzón de la esquina de los Bulevares Sepúlveda y Ventura.

-¿Crees que miente? -preguntó Miles.

-No puede mentir en el estado en que está. Y habla con demasiada precisión para que pueda haberse confundido. Olvídate de eso, Miles. Quizá cuando ya esté en depósito resulte que su adjudicación no es válida porque ya nos lo había vendido a nosotros... Por lo menos haré que firme algunas hojas en blanco y lo intentaré.

Efectivamente, intentó obtener mi firma y yo, por mi parte, traté de complacerla. Pero, tal como me encontraba, no podía escribir lo suficientemente bien como para satisfacerla. Por fin me arrancó una hoja de la mano y dijo con rabia:

-¡Me das asco! Puedo firmar por ti mejor que tú. -Luego se inclinó sobre mí y me dijo lentamente-: Me gustaría haber matado tu gato.

No volvieron a molestarme hasta más tarde aquel mismo día. Belle entró y dijo:

-Querido Danny, te voy a dar un pinchazo y te vas a encontrar mucho mejor. Podrás levantarte y moverte y obrar como siempre has obrado. No estarás enfadado con nadie, especialmente con Miles y conmigo. Somos tus mejores amigos. ¿Verdad que lo somos?

¿Quiénes son tus mejores amigos?

-Vosotros. Tú y Miles.

-Pero yo soy más que eso. Soy tu hermana. Dilo.

-Eres mi hermana.

-Bien; ahora vamos a dar una vuelta, y luego tú dormirás rato. Has estado enfermo, pero cuando te despiertes te encontraras bien. ¿Me comprendes?

-Si.

-¿Quién soy yo?

-Eres mi mejor amigo. Eres mi hermana.

-Buen chico. Arremángate.

No me di cuenta de la inyección, pero me dolió al sacar la Me enderecé sobre el sillón y dije:

-Hermanita... vaya pinchazo. ¿Qué era?

-Algo para hacer que te sientas mejor. Has estado

-Sí, estoy enfermo. ¿Dónde está Miles?

-Vendrá dentro de un momento. Ahora dame tu otro Súbete la manga.

-¿Para qué? ~pregunté, pero me subí la manga y dejé pinchase otra vez. Di un salto.

Belle sonrió:

-¿No te ha hecho verdaderamente daño, verdad?

-¿Cómo? No, no me ha hecho daño. ¿Para qué es?

-Te hará dormir por el camino. Cuando lleguemos despertarás.

-Está bien. Me gustaría dormir. Tengo ganas de dormir un rato. -Me sentí perplejo y miré alrededor-. ¿Dónde está ~ iba a dormirse conmigo.

-¿Pet? -respondió Belle-. Pero, querido, ¿no te acuerdas?. Enviaste a Pet a Ricky para que lo cuidase.

-¡Es verdad!

Sonreí aliviado. Había enviado a Pet a Ricky; recordaba echado al correo. Me alegraba. Ricky quería a Pet y le cuidaría mientras yo estuviese dormido.

Me llevaron en coche al Santuario Consolidado de Sawt de los que eran utilizados por muchas de las pequeñas compañías de seguros que carecen de uno propio. Dormí todo el camino, desperté inmediatamente cuando Belle me habló. Miles se quedó en el coche y ella me acompañó, haciéndome entrar. La muchacha que estaba en la recepción levantó la mirada y dijo:

-¿Davis?

-Sí -asintió Belle-. Soy su hermana. ¿Está aquí el representante de Seguros Master?

-Le encontrarán ustedes en la Sala de Tratamientos número Nueve. Están a punto y les esperan. Puede usted entregar los documentos al hombre de Master. -Me miró con interés-. ¿Ha pasado su examen físico?

-Desde luego aseguró Belle-. Mi hermano es un caso de terapia diferida, ¿sabe? Está bajo la influencia de un sedante... para el dolor.

La recepcionista murmuró con simpatía:

-Pues, apresúrense. Por aquella puerta, y luego a la izquierda. En la Sala número Nueve había un hombre en traje de calle y otro en bata blanca, y una mujer con uniforme de enfermera. Me ayudaron a desnudarme y me trataron como si fuese un chiquillo idiota, mientras Belle explicaba nuevamente que estaba bajo la influencia de un sedante a causa del dolor. Cuando me hubieron desnudado y colocado sobre la mesa el hombre de la bata blanca me hizo masaje en el estómago hundiendo profundamente sus dedos.

-No habrá dificultades -anunció-. Está vacío.

-No ha comido ni bebido nada desde ayer tarde -confirmó Belle.

-Magnífico. A veces llegan aquí embutidos como ocas. Hay gente que no tiene sentido común.

-Así es, en efecto.

-Bien, muchacho; aprieta los puños mientras clavo esta aguja. Lo hice así y empecé a ver las cosas verdaderamente turbias. De pronto recordé algo e intenté sentarme.

-¿Dónde está Pet? Quiero ver a Pet. Belle me cogió la cabeza y me besó:

-Tranquilo, tranquilo... Pet no pudo venir, ¿no te acuerdas? Pet tuvo que quedarse con Ricky. -Yo me calmé y la chica se dirigió con voz suave a los otros-: Nuestro hermano Pet tiene una niña enferma en casa...

Me deslicé hacia el sueño.

Pronto sentí frío, pero no podía moverme para taparme con las sábanas.

Yo me quejaba al camarero por el aire acondicionado: demasiado fuerte e íbamos a coger un resfriado.

-No importa -me aseguraba-. No lo sentirá cuando esté mido. Sueño.. Sueño.. Sopa de la noche, bellos sueños.- T cara de Belle.

-¿Y con una bebida caliente? -Quería saber.

- ¡ Tonterías! -respondía el doctor-. El sueño es demasiado bueno para ése... ¡Echadle!

Intenté hacer cuña con mis pies en la barra de latón para impedírselo. Pero aquel bar no tenía barra de latón, lo cual resultaba extraño, y yo estaba tumbado de espaldas, lo cual parecía aún mas extraño, a menos de que hubiesen instalado servicio de cama para gente sin pies. Yo no tenía pies, de modo que ¿cómo iba a poder engancharlos en una barra de latón? Y tampoco tenía manos:

-¡Mira, mamá, sin manos! -Pet se sentó sobre mi pecho y gemía.

Había vuelto al entrenamiento básico... básico avanzado, de ser, pues estaba en Camp Hale, en uno de aquellos estúpidos ejercicios en los cuales te meten nieve por el cogote para hacerte hombre. Tenía que ascender a la mayor montaña de Colorado, era toda de hielo, y yo no tenía pies. No obstante, sobre los hombros llevaba el mayor bulto que jamás alguien haya visto; recuerdo que trataban de averiguar si podían utilizarse soldados en lugar mulas, y me habían elegido a mi porque era sustituible. No habría conseguido si la pequeña Ricky no hubiese estado detrás mí empujando.

El sargento instructor se volvió: tenía una cara como la de Belle y estaba lívido de rabia:

-¡Vamos, tú! No puedo permitirme el lujo de esperarte. Lo mismo me da que llegues como que no..., pero no podrás dormir hasta que llegues...

Sin pies no podía continuar avanzando, y me caí en la nieve, que estaba caliente como el hielo. Me quedé dormido mientras la pequeña Ricky lloraba implorándome que no lo hiciese. Pero no tenia más remedio que dormir.

Me desperté en la cama con Belle. Me estaba sacudiendo mientras decía:

¡Despierta, Dan! No puedo esperarte treinta años; una mujer tiene que pensar en su futuro.

Intenté levantarme y entregarle los sacos de oro que tenía debajo de la cama, pero ya se había ido... Además, una Muchacha de Servicio había ya recogido todo el oro y lo había puesto en la bandeja superior, y se había marchado de la habitación. Intenté correr tras ella, pero no tenía pies, no tenía cuerpo, según comprendí entonces. El mundo consistía en sargentos instructores y mucho trabajo... de modo que, ¿qué importancia tenía dónde y cómo se trabajase? Dejó que me volviesen a poner los arneses y empecé de nuevo a escalar la helada montaña. Era muy blanca y redondeada, y con tal de que consiguiera ascender a la rosada cumbre me dejarían dormir, que era lo que yo necesitaba. Pero no lo conseguí nunca: no tenía manos, ni pies, ni nada...

Había fuego en la montaña del bosque. La nieve no se fundía, pero mientras tanto proseguía mi lucha podía sentir cómo el fuego me alcanzaba en oleadas. El sargento estaba inclinado sobre mí:

-Despierta... despierta... despierta.

Apenas acababa de despertarme y ya quería que volviera a dormirme. De lo que ocurrió luego durante un rato, no estoy seguro. Parte del tiempo estaba sobre una mesa que vibraba debajo de mi, y había luces e instrumentos como serpientes, y mucha gente. Pero cuando estaba completamente despierto me encontraba en la cama de un hospital y me sentía bien, salvo por aquella lánguida sensación, como si flotara a medias, que se siente después de un baño turco. Volvía a tener manos y pies, pero nadie me hablaba, y cada vez que quería hacer una pregunta una enfermera me metía algo en la boca. Me hacían mucho masaje.

Y luego, una mañana, me sentí perfectamente y me levanté tan pronto como hube despertado. Me sentía un poco mareado, pero eso era todo. Sabía quién era, sabía cómo había llegado allí, y sabía que todo lo demás habían sido sueños.

Sabía quién me había metido allí. Si mientras estaba bajo la influencia de las drogas Belle me había ordenado que olvidase sus andanzas, las órdenes no habían calado en mí o bien treinta años de sueño frío había desvanecido el efecto hipnótico. No recordaba con claridad algunos detalles, pero sabía cómo se las habían arreglado para llevarme allí.

No estaba excesivamente enojado por ello. Cierto que todo había ocurrido solamente «ayer», puesto que ayer es el día que precede a un sueño del día de hoy; aunque aquel sueño había sido de años... No se puede definir exactamente la sensación, puesto por completo subjetiva, pero, mientras mi memoria era clara los a los acontecimientos de «ayer», mis sentimientos respecto aquellos acontecimientos eran como los que se tienen para remotas. ¿Habéis visto por la televisión esas imágenes de un jugador proyectadas como espectros sobre otras imágenes del conjunto del campo de juego? Pues era algo así. Mi recuerdo consciente era cercano, pero mi reacción emotiva era como algo muy distante en el tiempo y en el espacio.

Mi intención de ir en busca de Miles y de Belle y de hacerla picadillo era firme, pero no tenía prisa. Lo mismo valdría pan el año próximo; de momento, lo que verdaderamente me apetecía era verle la cara al año 2000.

Pero, ¿dónde estaba Pet? Debía haber estado por allí... a que el pobre infeliz no hubiese sobrevivido al Sueño.

Entonces -y sólo entonces- recordé que mis cuidadosos para traer a Pet conmigo habían fracasado.

Saqué a Belle y Miles de mi compartimento de «Esperar» y coloqué en el de «Urgente». Habían intentado matar a mi gato, ¿no?

Habían hecho algo peor que matar a Pet: le habían echado calle y le habían convertido en salvaje... para que terminase sus merodeando por miserables callejuelas en busca de migajas, mientras sus costillas se adelgazaban y su dulce carácter se iba deformando y se hacía desconfiado hacia los animales de dos patas.

Le habían dejado morir -pues sin duda estaba muerto a estas horas-, le habían dejado morir pensando que yo le había abandonado.

Me lo iban a pagar... si es que aún estaban vivos. ¡Oh, deseaba que estuvieran vivos ! ¡Lo indecible!

Me encontré de pie junto a la cama, aguantándome a la barra para no caer, vestido solamente con mi pijama. Miré en derredor en busca de alguna manera de llamar a alguien. Las habitaciones de los hospitales no habían variado mucho. No había ventana y no ver de dónde venia la luz; la cama era alta y delgada, tal como recordaba que siempre habían sido las camas de hospital, mostraba señales de haber sido dispuesta de manera que sirviese para algo más que para dormir en ella -entre otras cosas parecía tener un sistema de tuberías por debajo, algo que sospeché era un orinal mecánico, y la mesa de noche era parte de la misma estructura de la cama. Pero, si bien en circunstancias normales hubiese estado muy interesado en todo aquello, en aquel momento lo único que quería era encontrar aquella cosa en forma de pera que sirviese para llamar a la enfermera: quería mi ropa.

No encontré el interruptor, la pera, pero en cambio descubrí en qué se había convertido: en un interruptor a presión al lado de aquella mesa que no era del todo una mesa. Al tratar de alcanzarlo lo golpeé, y en una región transparente frente adonde mi cabeza hubiese estado, si yo hubiera estado en la cama, se encendió el letrero que decía: LLAMADA AL SERVICIO. Casi inmediatamente desapareció, siendo sustituido por UN MOMENTO, POR FAVOR.

Muy pronto se corrió silenciosamente la puerta y entró la enfermera. Las enfermeras no habían variado mucho. Aquélla era de bastante buen ver, y tenía los conocidos modales de un sargento instructor, llevaba un elegante gorrito blanco sobre su cabello corto de color orquídea, e iba vestida con un uniforme blanco. El uniforme era de un corte extraño que la tapaba por un lado y la destapaba por otro de una manera diferente a la de la moda de 1970-pero los vestidos de las mujeres, incluso los uniformes de trabajo, lo estaban haciendo

siempre. Hubiese sido siempre una enfermera, en cualquier año, nada más que por sus modales inconfundibles.

-¡Vuélvase a la cama!

-¿Dónde está mi ropa?

-Vuélvase a la cama. ¡En seguida!

Respondí tratando de ser razonable:

-Mire enfermera; soy un ciudadano libre, mayor de edad, y no soy un criminal. No tengo por qué volverme a esa cama, y no lo voy a hacer. Y ahora me va usted a decir dónde está mi ropa, ¿o es que voy a tener que salir tal como estoy a buscarla?

Me miró, luego se volvió de repente y salió; la puerta se escondió a su paso.

Pero no se escondió cuando quise pasar yo. Estaba aún intentando descubrir el mecanismo, con la seguridad de que si un ingeniero Podía idearlo, Otro ingeniero podría descubrirlo, cuando se volvió a abrir y entró un hombre.

-Buenos días -dijo-. Soy el doctor Albrecht.

Su traje me pareció una especie de cruce entre un domingo Harlem y un picnic, pero sus modales decididos y sus cansados o tenían un aspecto francamente profesional: le creí.

-Buenos días, doctor. Quisiera que me entregasen mi r~

Entró justo lo suficiente para dejar que la puerta se cerrase t él, luego rebuscó por sus ropas y extrajo de ellas un paquete de cigarrillos. Sacó uno, lo sacudió al aire, lo colocó en su boa aspiró: el cigarrillo se encendió. Me ofreció la cajetilla:

-¿Quiere uno?

-Oh, no, gracias.

-Puede hacerlo; no le hará daño.

Meneé la cabeza. Siempre había trabajado con un cigarrillo encendido a mi lado; el progreso de uno de mis trabajos podía juzgado por los desbordantes ceniceros y las quemaduras en tableros de dibujo. Pero ahora me sentía algo mareado a la vista del humo, y me pregunté si durante mis años de sueño no había abandonado mi hábito de fumador.

-Gracias de todos modos.

-Está bien, señor Davis. Hace seis años que estoy aquí. Soy especialista en hipnología, resurrección y demás asuntos semejantes Aquí y en otros lugares he ayudado a ocho mil setenta y ti pacientes a volver de la hipotermia a la vida normal. Usted es número ocho mil setenta y cuatro. Les he visto hacer toda clase cosas raras al volver en sí; raras para los profanos, pero no para t Algunos de ellos quieren volverse a dormir enseguida y me gritan cuando trato de mantenerles despiertos. Algunos consiguen verdaderamente volverse a dormir y tenemos que llevarlos a otra clase institución. Otros empiezan a llorar interminablemente cuando dan

cuenta de que ha sido un billete de ida solamente y de que demasiado tarde para regresar a su punto de partida, al año del que salieron. Y algunos, como usted, piden su ropa y quieren salir corriendo a la calle.

-Bueno. ¿Y por qué no? ¿Es que estoy prisionero?

-No. Podemos darle su ropa. Me imagino que la encontra pasada de moda, pero eso es problema suyo. No obstante, mientras la envío a buscar, ¿le importaría a usted decirme qué hay que sea de una urgencia tan terrible que necesita usted atenderlo precisamente en este instante... después de que ha esperado treinta años? ~ es el tiempo que usted ha estado a baja temperatura: treinta años. ¿Es verdaderamente tan urgente? ¿O podría esperar hasta un más tarde, hoy mismo? ¿O incluso hasta mañana?

Me estaba ya precipitando a decir que sí era urgente, cuando me detuve algo avergonzado:

-Quizá no sea tan urgente.

-Entonces, y como un favor para mí, ¿Quiere usted volverse a meter en la cama, permitirme que le examine, desayunar, y quizás hablar conmigo antes de empezar a galopar en todas direcciones? Incluso tal vez pueda indicarle a usted la dirección en que debe galopar.

-Bueno, está bien, doctor. Lamento haberle causado molestias.

Volví a trepar a la cama. Se estaba bien en ella; de repente me sentía cansado y conmocionado.

-Ninguna molestia. Debería usted ver algunos de los casos que se nos presentan. Tenemos que bajarles del techo. -Arregló las cubiertas alrededor de mis hombros, y se inclinó sobre la mesa que formaba parte de la cama-. Aquí, el doctor Albrecht en el diecisiete. Envien un ayudante con el desayuno... minuta cuatro menos.

Se volvió hacia mí y dijo:

-Vuélvase y levántese la chaqueta. Quiero examinarle las costillas. Mientras le veo puede ir haciendo preguntas, si es que lo desea.

Mientras me hurgaba las costillas intenté pensar. Supongo que lo que utilizaba era un estetoscopio, pero aquello más bien parecía un aparato en miniatura para sordos. Pero había una cosa que no había variado; el micrófono que apretó contra mí era tan duro y tan frío como siempre.

¿Qué es lo que uno pregunta al cabo de treinta años? ¿Han llegado ya a las estrellas? ¿Quién está ahora preparando «La Guerra para acabar con las Guerras»? ¿Salen los niños de tubos de ensayo?

-Doctor, ¿hay todavía máquinas para vender confites en las antesalas de los cines?

-La última vez que estuve las había. Pero no dispongo de mucho tiempo para ir al cine. Y de paso sea dicho, ahora no se les llama «cines», sino «agarres».

-¿Por qué?

-Pruébelo. Ya verá por qué. Pero asegúrese de atarse bien al cinturón del asiento; hay momentos en que anulan todo el teatro. Mire, señor Davis; nos encontramos cada día con el mismo problema, de modo que hemos adoptado una rutina. Tenemos vocabularios de adaptación para cada año de entrada, así como sumarios culturales e históricos. Es verdaderamente necesario, pues la desorientación puede ser extrema, por más que hagamos para aliviar el impacto.

-Sí, supongo que así debe ser.

-Segurisimo. Especialmente en un período extremo como el de usted. Treinta anos.

-¿Son treinta años el máximo?

-Sí y no. Treinta y cinco años es el máximo que hemos experimentado, puesto que el primer cliente que fue puesto a subtemperatura lo fue en diciembre de año 1965. Usted es el Durmiente de más tiempo que yo haya despertado. Pero tenemos aquí clientes con contratos de hasta un siglo y medio. No deberían nunca haberle aceptado a usted por treinta anos; entonces no sabían lo bastante. Le arriesgaron mucho la vida. Ha tenido suerte.

-¿De veras?

-De veras. Dé la vuelta. -siguió examinándome y añadió-:

Pero con lo que ahora hemos aprendido estaría dispuesto a preparar a un hombre para un salto de mil años, si es que hubiese alguna manera de financiarlo... Le mantendría durante un año a la temperatura a que usted estaba para comprobar, y luego le haría descender a doscientos bajo cero en un milisegundo. Creo que viviría. Probemos ahora sus reflejos.

Aquel descenso de temperatura no me hacia gracia.

El doctor Albrecht prosiguió:

-Siéntese y cruce las rodillas. La cuestión del idioma no le parecerá difícil. Naturalmente, he tenido buen cuidado de utilizar el vocabulario de 1970; tengo la pretensión de poder hablar en cualquiera de los lenguajes de entrada de mis clientes; los he estudiado en hipnosis. Pero usted podrá hablar el idioma contemporáneo perfectamente dentro de una semana; en realidad solamente se trata de nuevas palabras.

Pensé decirle que por lo menos había utilizado cuatro veces palabras que no se utilizaban en 1970, o por lo menos no se utilizaban en aquel sentido, pero decidí que no seria cortés decírselo.

-Eso es todo de momento -dijo finalmente-. Y de paso, la señora Schultz ha estado tratando de entrar en contacto con usted.

-¿Quién?

-¿No la conoce? Insistió diciendo que era una antigua amiga de usted.

-Schultz -repetí yo-. Me imagino que he conocido a varias señoras Schultz en mi vida, pero la única que recuerdo con exactitud fue mi maestra de cuarto grado. Pero debe haber muerto ya.

-Quizá tomó el Sueño. Bueno, puede usted aceptar el mensaje cuando le parezca bien. Voy a firmar su libertad. Pero si es usted listo de veras se quedará aquí algunos días estudiando reorientación. Le volveré a ver más tarde. ¡Hasta la vista!, como decían en su tiempo. Aquí viene el asistente con el desayuno.

Pensé que era mejor médico que lingüista. Pero dejé de pensar en eso en cuanto vi al asistente, que entró rodando cuidadosamente y evitando chocar con el doctor Albrecht, quien salió sin desviarse y sin preocuparse por su parte de evitar el encuentro.

Se acercó, ajustó la mesa de cama, la hizo oscilar hacia mi, y sobre ella dispuso mi desayuno con gran meticulosidad.

-¿Quiere que le sirva el café?

-Sí, por favor.

Realmente no quería que me lo sirviesen, pues hubiera preferido que se hubiese conservado caliente hasta haber terminado lo demás. Pero quería ver cómo lo servía. Pues estaba deliciosamente asombrado..., era Frank Flexible.

No el modelo primitivo y deslavazado que Miles y Belle me habían robado, naturalmente. Éste se parecía al primer Frank de la misma manera que un rápido a turbinas se parece a los primeros coches sin caballos. Pero uno reconoce su propio trabajo. Rabia fijado la idea original y lo presente representaba la necesaria evolucion... era el bisnieto de Frank, perfeccionado, elegantizado, más eficiente... pero de la misma sangre.

-¿Desea algo más?

-Espera un momento.

Al parecer no debía haber dicho eso, pues el autómata rebuscó en su interior y sacó una hoja de plástico rígida que me entregó. La hoja permaneció atada a él por medio de una delgada cadena de acero. La miré y en ella vi impreso lo siguiente:

CÓDIGO VOCAL -Castor Servicial Modelo XVII-¡ADVERTENCIA IMPORTANTE! Este autómata servicial NO comprende el lenguaje humano. Como es una máquina no comprende absolutamente nada. Pero para conveniencia de ustedes ha sido diseñado de modo que responda a una lista de órdenes habladas. No hará caso de ninguna otra cosa que se diga en presencia suya, o bien (cuando alguna frase se induzca de modo incompleto o de tal modo que se cree un circuito de dilema) ofrecerá esta hoja de instrucciones. Le rogamos la lea cuidadosamente.

Gracias.

Corporación de Autoingenieria Aladino, fabricantes de CASTOR SERVICIAL, DAN DIBUJANTE, BILL CONSTRUCTOR, PULGAR VERDE y CHACHA. Diseñadores y Consultantes en Problemas de Automatismo.

¡A su Servicio!

Este lema aparecía en su marca que representaba a Aladino frotando su lámpara, y a un genio que aparecía.

Bajo aquello había una lista de órdenes sencillas: PARA, ANDA, SI, NO, MÁS DESPACIO, MÁS DE PRISA, VEN AQUÍ, BUSCA UNA ENFERMERA, etcétera. Luego había una lista de tareas corrientes en hospitales, tales como masajes de espalda, y otras de las que nunca había oído hablar. La lista se cerraba abruptamente con la sentencia: «Las rutinas 87 a 242 solamente pueden ser dispuestas por miembros del personal del hospital, por lo cual no se consigna aquí la lista de las restantes frases».

Yo no había provisto al primer Frank Flexible de un código vocal; había que oprimir botones en su tablero de control. No fue porque no hubiese pensado en ello, sino porque el analizador y la central telefónica necesarias hubiesen pesado, abultado y costado más que todo el resto de Frank el Viejo, neto. Pensé que tendría que estudiar algunas cosas de miniaturización y simplificación antes de estar en condiciones de ejercer de ingeniero allí. Pero estaba impaciente por empezar, pues por Castor Servicial podía ver que iba a ser más divertido que nunca; muchas posibilidades nuevas. La ingeniería es el arte de lo práctico y depende más del

estado general del arte que del ingeniero individualmente. Cuando llegan los tiempos del ferrocarril se pueden hacer ferrocarriles... pero no antes. Fíjense en el pobre profesor Langley, desesperándose con su máquina voladora que debió volar -aportó ingenio suficiente para ello, pero había llegado justamente unos cuantos años demasiado pronto para disfrutar de los beneficios del arte colateral que necesitaba y del que no pudo disponer-. O tomen al gran Leonardo da Vinci, tan lejos de su tiempo que sus más brillantes ideas eran por completo imposibles de construir.

Iba a ser divertido aquí - quiero decir, «ahora».

Devolví la hoja de instrucciones, salté de la cama y busqué la placa de datos. Casi había esperado ver Muchacha de Servicio al pie de la nota, y me preguntaba si Aladino sería una incorporación filial del grupo Mannix. La placa de datos no indicaba mucho más que el modelo, el número de serie, fábrica, y demás, pero en cambio daba una lista de patentes, unas cuarenta -y la primera, según vi con mucho interés, estaba fechada 1970.. casi con seguridad basada en mis dibujos y modelo originales.

Encontré sobre la mesa un lápiz y un bloque de apuntes y anoté el número de aquella primera patente, si bien mi interés era puramente intelectual. Incluso si me la habían robado (y estaba seguro de que me había sido robada), había expirado en 1987-a menos de que hubiesen modificado las leyes de patentes- y solamente serian válidas las concedidas después de 1983.

Pero quería saberlo.

Sobre el autómata se encendió una luz:

-Me llaman. ¿Puedo irme?

-¿Cómo? Claro. Ve corriendo. -Comenzó a sacar la lista de frases, y entonces dije apresuradamente-: ¡Vete!

-Gracias. Adiós. -Y pasó junto a mi.

-Gracias a ti.

-Ha sido un placer.

Quien quiera que fuese que había dictado las respuestas del artefacto, tenía una agradable voz abaritonada.

Me metí en la cama y me comí el desayuno que había dejado enfriar... con la diferencia de que resultó que no se había enfriado. El desayuno cuatro-menos era suficiente para un pájaro de tamaño mediano, pero encontré que era suficiente, a pesar de que me había sentido muy hambriento. Supongo que se me debía haber encogido el estómago. No fue sino después de haber terminado que recordé que aquel era el primer alimento que tomaba desde hacia una generación. Me di cuenta entonces por qué habían incluido una minuta - lo que habría creído ser bacon era en realidad «tiras de levadura a la parrilla, estilo campesino».

Pero a pesar de mi ayuno de treinta años, no estaba pensando en comida; con el desayuno me habían enviado un periódico; el *Times* del Gran Los Ángeles, del miércoles 13 de diciembre de 2000.

La forma de los periódicos no había cambiado mucho. Aquel era de tamaño pequeño, el papel era satinado en lugar de mate, y las ilustraciones eran o bien en color, o en blanco y negro estereoscópicas. No pude entender cómo funcionaban estas últimas. Desde que yo era pequeño había habido fotografías estéreo que se podían ver con unos visores; de niño me habían fascinado las que sé utilizaban para anunciar alimentos helados, allá hacia los años cincuenta. Pero aquéllas habían requerido un plástico transparente bastante grueso para una red de pequeños prismas: éstas estaban sencillamente impresas en papel delgado. No obstante, tenían profundidad.

Lo dejé correr y miré el resto del periódico: Castor Servicial lo había dispuesto sobre un soporte para la lectura, y al principio pareci6 como silo único que iba a leer era la primera página, pues no sabía encontrar cómo se abría aquel demonio de cosa. Parecía que las hojas se habían congelado.

Por fin toqué accidentalmente la esquina inferior de la derecha, la cual se arrolló y se quitó de delante... alguna especie de fenómeno de carga superficial que se accionaba desde aquel punto. Las otras páginas se fueron apartando limpiamente una tras otra a medida que iba tocando aquel punto.

Por lo menos la mitad del periódico era tan familiar que casi me hizo sentir nostalgia: «Horóscopo del Día, Alcalde inaugura Nuevo Embalse, Las Restricciones de Seguridad están Minando la Libertad de la Prensa, dice N. Y. Solon, Doble Victoria de los Gigantes, El Calor Desacostumbrado hace Peligrar los Deportes de Invierno, Pakistán advierte a la India», etcétera, hasta la saciedad. Todo eso me resultaba comprensible.

Algunas de las otras noticias eran nuevas, pero se explicaban por sí mismas: COMUNICACIÓN CON LA LUNA INTERRUMPIDA POR GEMINIDOS. -La estación de las veinticuatro horas sufre dos perforaciones; no hay desgracias personales; CUATRO BLANCOS LINCHADOS EN LA CIUDAD DE EL CABO. -Se pide la intervención de la ONU; LAS MADRES ADOPTIVAS SE ORGANIZAN EN DEMANDA DE MAYOR PAGA. - Piden que se declare fuera de la Ley a las aficionadas; PLANTADOR DE MISSISSIPI ACUSADO BAJO LA LEY ANTIZOMBIE- Su defensa:

«Esos muchachos no están drogados, sino que son sencillamente estúpidos».

Estaba seguro de que sabía lo que esto último significaba.. por experiencia.

Pero algunas de las noticias me resultaban completamente incomprensibles. Las «wogglies» seguían extendiéndose y se habían evacuado tres ciudades francesas más; el Rey estaba considerando la posibilidad de espolvorear el área. ¿El Rey? Claro está que de la política francesa se podía esperar cualquier cosa, pero ¿qué era aquella «Poudre Sanitaire» que pensaban utilizar contra las «wogglies»? -fuesen éstas lo que fuesen-. ¿Quizá radiactiva? Confiaba en que escogerían un día de calma... de preferencia el treinta de febrero. Una vez había yo sufrido una dosis excesiva de radiación, debido a un error de un idiota de técnico de la WAC en Sandia. No había llegado al punto de vómitos sin billete de retorno, pero no recomendaría a nadie una dieta de curies.

La división de Laguna Beach de Los Ángeles había sido equipada con Leycoils, y el jefe de la división advertía a todos los Teddies para que saliesen de la ciudad: «Mis hombres tienen órdenes de actuar primero e investigar después. Hay que terminar con esto».

Eso sólo son ejemplos. Había muchas otras noticias que empezaban bien, pero que luego acababan en lo que para mi era una jerga incomprensible.

Comenzaba a lanzar vistazos a las estadísticas vitales cuando mi mirada se fijó en algunos subtítulos nuevos. Había los ya conocidos de antiguo, de los nacimientos, muertes, matrimonios y divorcios, pero ahora había además «depósitos» y «retiradas», clasificados por Santuarios. Miré el «Sawtelle Cons. Sanct» y encontré allí mi nombre, lo cual me dio una cálida sensación de «pertenencia al lugar».

Pero lo más interesante del periódico eran los anuncios. Uno de los personales me llamó la atención: «Viuda atractiva todavía joven con deseos de viajar desea encontrar caballero de las mismas aficiones. Objeto: contrato de matrimonio para dos años». Pero fueron los anuncios comerciales lo que me absorbió.

La Muchacha de Servicio, así como sus hermanas, y sus tías podían verse por todas partes, y aún utilizaban la marca de fábrica - una muchacha morena con una escoba- que yo había dibujado originalmente para nuestro membrete. Sentí un ligero pesar de haber tenido tanta prisa en desprenderme de mis acciones de Muchacha de Servicio, Inc.: parecía que valdrían más que todo el resto de mi cartera. No, no era eso exacto: si entonces las hubiese conservado junto a mi, aquel par de ladrones se hubiesen apoderado de ellas y hubiesen falsificado

una adjudicación a su nombre. En cambio, Ricky lo tenía ahora; y si había enriquecido a Ricky, pues bien, no le podía haber sucedido a persona más simpática.

Me propuse encontrar en seguida a Ricky; lo primero de todo. Era lo único que me quedaba del mundo que había conocido y representaba mucho para mi. ¡Querida Ricky! Si hubiese tenido diez años más no hubiese ni tan sólo mirado a Belle... y no me hubiese cogido los dedos.

Veamos... ¿qué edad debería tener ahora? Cuarenta, cuarenta y uno. No era fácil pensar que Ricky tenía cuarenta y un años. Pero en fin, eso no sería mucha edad para una mujer en estos días - ni siquiera tampoco en aquellos días. A una distancia de diez metros y beberíamos en memoria del querido y divertido dieciocho.

Si era rica le permitiría que me invitase a una copa y beberíamos en memoria del querido y divertido difunto Pet.

Y si algo había ido mal y era pobre a pesar de las acciones que le había adjudicado, entonces... entonces me casaría con ella... Sí, de veras. No importaba que tuviese diez años o así más que yo; en vista de mi historia y de mi obstinación de hacer tonterías, necesitaba alguien mayor que yo que me impidiese hacerlas, y Ricky era precisamente la chica que serviría para eso. Había llevado la casa de Miles, y al mismo Miles, con una seria eficiencia de niña pequeña cuando tenia menos de diez años; a los cuarenta sería exactamente lo mismo, pero suavizada.

Por vez primera desde que me había despertado me sentía realmente confortado, y ya no perdido en un país extraño. Ricky era la solución de todo.

Pero luego una voz en mi interior me dijo:

- Estúpido, no puedes casarte con Ricky porque una muchacha tan dulce como la que iba a ser deberá hacer ya por lo menos veinte años que está casada. Tendrá cuatro críos... quizás un hijo más alto que tú... y evidentemente un marido a quien no le divertirá tu papel de buen viejo tío Danny.

La escuché y me quedé con la boca abierta. Y dije con voz débil:

- Está bien, está bien.

Se me ha vuelto a escapar el tren. Pero a pesar de eso voy a buscarla. Lo peor que pueden hacer es pegarme un tiro. Y, al fin y al cabo, es la única persona que, aparte de mí, comprendía a Pet.

Volví otra página, entristecido de repente ante la idea de haber perdido a Pet y a Ricky. Al cabo de un rato me quedé dormido sobre el periódico y dormí hasta que Castor Servicial o su hermano gemelo me trajo el almuerzo.

Mientras dormía soñé que Ricky me tenía sobre su falda y me decía:

-Todo está arreglado, Danny. Encontré a Pet y ahora nos vamos a quedar los dos. ¿No es verdad, Pet?

-Fsmmi...

Los vocabularios adicionales no fueron difíciles; necesité mucho más tiempo con los sumarios históricos. En treinta años pueden pasar muchas cosas, pero ¿para qué hablar de ellas si todo el mundo las conoce mejor que yo? No me sorprendió enterarme de que la Gran República de Asia nos estaba desplazando del comercio con Sudamérica; desde el tratado de Formosa era algo que se podía prever. Tampoco me sorprendió encontrar a la India más balcanizada que nunca. La idea de que Inglaterra era una provincia de Canadá me hizo reflexionar un momento. ¿Quién era el rabo, y quién el perro? Leí rápidamente lo del pánico del 87; el oro es un

maravilloso material para ciertos usos de ingeniería; no podía considerar una tragedia el hecho de que ahora era barato y había dejado de ser una base para el dinero, prescindiendo de cuantos perdieron hasta la camisa en el cambio.

Dejé de leer y pensé en las cosas que se podían hacer con oro barato, con su elevada densidad, buena conductividad, ductilidad extrema... y dejé de pensar cuando me di cuenta de que primeramente tendría que leer la bibliografía técnica. En atómica solamente, seria inapreciable. La manera en que podía ser trabajado, mucho mejor que cualquier otro metal, si se le podía utilizar para miniaturizar, y me detuve nuevamente, moralmente cierto de que Castor Servicial tenía la cabeza atiborrada de oro. Tendría que apresurarme para averiguar qué habían estado haciendo los muchachos de los «cuartos de atrás» mientras yo había estado ausente.

El Sawtelle Sanctuary no disponía de medios que me permitiesen estudiar ingeniería, de modo que le dije al doctor Albrecht que estaba ya dispuesto a salir. Se encogió de hombros, me dijo que era un idiota, y lo aprobó. Pero me quedé aún otra noche: descubrí que estaba agotado sólo con permanecer echado contemplando cómo desfilaban las palabras en un explorador de libros.

Al día siguiente, después del desayuno, me trajeron ropa moderna... y me tuvieron que ayudar a vestir. No es que fuesen muy extrañas en sí mismas (si bien nunca había llevado pantalones de color cereza con extremos acampanados), pero no conseguí utilizar los cierres sin previa instrucción. Me imagino que mi abuelo hubiese tenido la misma dificultad con los cierres cremallera, si no hubiesen sido introducidos progresivamente. Se trataba, naturalmente, de las costuras de cierre Juntafuerte -llegué a creer que tendría que contratar un muchacho para que me ayudase a ir al lavabo, antes de que me hubiera entrado en la cabeza que la adherencia sensible a la presión estaba polarizada axialmente.

Luego casi perdí los pantalones cuando traté de aflojar la cintura. Nadie se rió de mí.

El doctor Albrecht preguntó:

-¿Qué va usted a hacer?

-¿Yo? Primeramente voy a buscar un mapa de la ciudad. Luego voy a buscar un lugar donde dormir. Después no voy a hacer nada durante un tiempo, salvo lectura profesional... quizá durante un año. Doctor, soy un ingeniero atrasado, y no quiero continuar siéndolo.

-Bueno. Pues... buena suerte. No dude en llamarme si le puedo ayudar.

Le ofrecí la mano:

-Gracias, doctor. Ha sido usted espléndido conmigo, aunque quizá no debería hablar de eso hasta que haya consultado la oficina de cuentas de mi compañía de seguros y vea exactamente de qué dispongo. Pero mi intención es no dejarlo solamente en palabras. Las gracias por lo que usted ha hecho por mí deben tener una forma más substancial. ¿Me comprende?

Meneó la cabeza:

-Le agradezco su intención. Pero mis honorarios están cubiertos por mi contrato con el santuario.

-Pero...

-No. No puedo aceptarlo, de modo que le ruego no lo discutamos. -Me dio la mano y añadió-: Adiós. Si se queda en esta pendiente, le llevará a usted a las oficinas principales. -Dudó un momento-: Si al principio las cosas le resultan un poco cansadas, tiene usted derecho a cuatro días más de recuperación y reorientación sin

carga adicional, según el contrato de custodia. Está pagado, y tanto vale que lo use usted. Puede usted entrar y salir cuando le plazca.

Sonreí ampliamente:

-Gracias, doctor. Pero ya puede usted asegurar que no pienso volver, salvo para saludarle a usted algún día.

Me bajé y al llegar a la oficina principal le dije quién era a la recepcionista que estaba allí. Me entregó un sobre, el cual vi era una nueva llamada telefónica de la señora Schultz. Aún no la había llamado porque no sabía quién era, y el santuario no permitía ni llamadas telefónicas ni visitas a clientes revividos hasta que ellos mismos las permitían. No hice sino lanzarle una ojeada y meterlo en mi blusa, mientras pensaba que quizás había cometido un error al hacer a Frank Flexible demasiado flexible. Antes las recepcionistas eran muchachas bonitas y no máquinas.

La recepcionista dijo:

-Por aquí, por favor. Nuestro tesorero desea verle.

Pues bien, yo también tenía ganas de verle, de modo que seguí la indicación. Me preguntaba cuánto dinero habría ganado y me felicitaba por haber escogido valores corrientes en vez de jugar sobre «seguro». Sin duda mis acciones habrían bajado durante el pánico del 87, pero ahora deberían haber vuelto a subir -en realidad sabía que un par de ellas valían ahora mucho dinero; había estado leyendo la sección financiera del *Times.* Todavia llevaba conmigo el periódico, pues me imaginaba que me iba a interesar hacer otras consultas.

El tesorero era un ser humano, a pesar de que realmente parecía un tesorero. Me estrechó rápidamente la mano:

-¿Cómo está usted, señor Davis? Soy el señor Doughty. Siéntese, por favor.

Yo repliqué:

-¿Cómo está, señor Dougty? Probablemente no le entenderé mucho. Dígame solamente lo siguiente: ¿Es que mi compañía de seguros liquida sus contratos a través de esta oficina? ¿O bien debo ir a su oficina principal?

- Por favor, siéntese. Tengo que explicarle algunas cosas.

Me senté. Su ayudante de oficina (otra vez el bueno de Frank) le alcanzó una carpeta, y el señor Doughty dijo:

-Estos son los contratos originales. ¿Le gustaría verlos?

Tenía verdaderas ganas de verlos, pues desde que me había despertado por completo me había estado preguntando si Belle habría encontrado la manera de dar un mordisco a aquel cheque certificado. Un cheque certificado es mucho más difícil de alterar que un cheque personal, pero Belle era una chica muy lista.

Me tranquilizó mucho ver que había dejado inalterados mis depósitos salvo naturalmente por el contrato colateral referente a Pet, que faltaba, así como el que se refería a mis acciones de Muchacha de Servicio. Me imagino que los habría quemado para evitarse preguntas. Examiné con cuidado la docena o más de lugares donde había cambiado Compañía de Seguros Mutuos convirtiéndolo en Compañía de Seguros Master de California.

Sin duda ninguna, aquella muchacha era una verdadera artista. Me imagino que un criminólogo científico armado de un microscopio y de un estéreo comparador y de ensayos químicos, y así sucesivamente, podría haber demostrado que todos aquellos documentos habían sido alterados, pero yo no lo hubiese podido probar.

Me preguntaba cómo se las habría arreglado con el dorso del cheque certificado, puesto que los cheques certificados son siempre sobre un papel garantizado indeleble. Pues lo más probable seria que no hubiese intentado borrarlo: lo que una persona puede idear otra puede resolver... y Belle era ciertamente muy ingeniosa.

El señor Dougthy carraspeó. Yo levanté la mirada

-¿Saldamos mi cuenta aquí?

-Sí.

-Entonces lo preguntaré con una palabra: ¿Cuánto?

-Pues... señor Davis, antes de que entremos en esta cuestión, deseo invitarle a que ponga toda su atención en un documento adicional... y en una circunstancia. Aquí está el contrato entre este santuario y la Compañía de Seguros Master de California, respecto a su hipotermia, custodia y revivificación. Observará usted que la totalidad se paga por adelantado. Esto es tanto para protegernos a nosotros, como para protegerle a usted, puesto que garantiza su bienestar mientras está incapacitado. Esos fondos, su totalidad, se ponen en pica en la división del tribunal supremo que entiende en estas cuestiones, y se nos van pagando trimestralmente a medida que las debitamos.

-Bien. Parece un sistema racional.

-Lo es. Protege a los incapacitados. Ahora bien, debe usted comprender con toda claridad que este santuario es una corporación distinta de su compañía de seguros; el contrato de custodia con nosotros era un contrato completamente independiente del de la administración de su patrimonio.

-Señor Doughty. ¿Adónde va usted a parar?

-¿Tiene usted otros valores además de los que confió a la Compañía de Seguros Master?

Lo pensé bien. Había tenido un auto en otros tiempos... pero Dios sabe lo que había sido de él. Al principio del jaleo había cerrado mi cuenta corriente en Mojave, y en aquel atareado día en que terminé en casa de Miles -y en la sopa- había comenzado con quizá treinta o cuarenta dólares en efectivo. Libros , ropas, regla de cálculo -nunca había almacenado trastos- todo aquello había desaparecido.

-Ni tan sólo un billete de autobús, señor Doughty.

-Entonces... lamento mucho tenérselo que decir, pero no tiene usted propiedad de ninguna clase.

Me mantuve quieto mientras mi cabeza daba vueltas y finalmente aterrizaba violentamente.

-¿Qué quiere usted decir? ¡Si algunas de las acciones que adquirí están muy bien! Lo sé; aquí lo dice. -Y le mostré mi ejemplar del *Times.*

Meneó la cabeza:

-Lo lamento, señor Davis, pero no es propietario de ninguna clase de acciones. Seguros Master quebró.

Me alegré de que me hubiese hecho sentar; me sentía débil:

-¿Cómo ocurrió? ¿Fué durante el Pánico?

-No, no. Fue parte del hundimiento del Grupo Mannix... pero, naturalmente, usted no sabe nada de esto. Sucedió después del Pánico. Pero Seguros Master no se hubiese perdido sino hubiese sido sistemáticamente pillada... destripada, «ordeñada» es la expresión vulgar. Si hubiese sido una sindicatura corriente, algo hubiera podido salvarse. Pero no lo era. Cuando por fin se descubrió ya no quedaba nada más de la compañía sino una cáscara hueca... y los hombres culpables estaban fuera del alcance de la extradición. Ah, si le ha de consolar en algo saberlo, le diré que bajo las leyes actuales aquello no hubiese podido suceder.

No, no me consolaba, y además no lo creía. Mi padre acostumbraba a decir que cuanto más complicada era la ley más oportunidades tenía el estafador.

Pero también decía que una persona prudente debía estar preparada a abandonar el equipaje en cualquier momento. Yo me preguntaba cuántas veces tendría que hacerlo para merecer el calificativo de «prudente»:

-Ah, señor Doughty. Solamente por curiosidad: ¿qué tal le fue a Seguros Mutuos?

-¿La Compañía de Seguros Mutuos? Una firma muy buena. Desde luego, recibieron un buen palo durante el Pánico, lo mismo que todo el mundo. Pero capearon el temporal. ¿Quizá tiene usted una póliza con ellos?

-No.

No ofrecí ninguna explicación; no hubiese servido de nada. No podía dirigirme a Seguros Mutuos, no había llegado nunca a cumplimentar mi contrato con ellos. Tampoco podía demandar a Seguros Master, ya que de nada sirve demandar a un cadáver.

Podia demandar a Belle y a Miles si es que todavía andaban por ahí, pero, ¿para qué hacer el tonto? No tenía absolutamente ninguna prueba.

Y además, no quería demandar a Belle. Valdría más tatuaría de pies a cabeza con la inscripción «Cancelada»... utilizando una aguja despuntada. Luego me referiría a lo que había hecho con Pet. Aún no había pensado el castigo adecuado para eso.

Recordé entonces de repente que era el grupo Mannix a quien Belle y Miles habían estado a punto de vender Muchacha de Servicio Inc., cuando me dieron la patada.

- Señor Doughty - dije-, ¿está usted seguro de que los de Mannix no tienen activo ninguno? ¿No son propietarios de Muchacha de Servicio?

-¿Muchacha de Servicio? ¿Quiere usted decir la firma que se dedica a aparatos automáticos domésticos?

-Si; naturalmente.

-No me parece apenas posible. La verdad es que no es posible en absoluto, puesto que el imperio Mannix, como tal, ya no existe. Naturalmente, no puedo afirmar que no haya habido nunca relación entre los de Mannix y la Corporación de Muchacha de Servicio. Pero aun siendo así, no creo que haya sido gran cosa, pues de lo contrario me figuro que me hubiese enterado.

Dejé correr el asunto. Si Belle y Miles habían sido cogidos en el hundimiento de Mannix, tanto mejor. Pero, por otra parte, si Mannix había poseído y ordeñado a Muchacha de Servicio Inc., había perjudicado tanto a Ricky como a ellos. Y no quería que Ricky saliese perjudicada, cualesquiera que fuesen las demás consecuencias.

-Bueno, gracias por habérmelo dicho por etapas, señor Doughty. Es hora de que me marche.

-No se vaya todavía, señor Davis... aquí, en esta institución, sentimos una responsabilidad para con los nuestros que va más allá de la sencilla letra del contrato. Ya puede usted suponer que su caso no es el primero que se presenta. Nuestro consejo de administración ha puesto un pequeño fondo discrecional a mi disposición para aliviar casos como el presente...

-Nada de limosnas, señor Doughty. De todos modos se lo agradezco.

-No se trata de limosnas, señor Davis. Se trata de un préstamo. Un préstamo personal, podríamos decir. Y créame que nuestras pérdidas en tales préstamos han sido despreciables... y no queremos que salga usted de aquí con los bolsillos vacíos...

Volví a pensarlo. No tenía ni tan sólo lo suficiente para un corte de cabello. Por otra parte, pedir prestado dinero es algo así como tratar de nadar con un ladrillo en cada mano... y un pequeño préstamo es más difícil de devolver que un millón.

Señor Doughty -dije lentamente-. El señor Albrecht me dijo que tenía derecho a cuatro días más de mantenimiento aquí.

-Creo que es cierto, tendría que consultar su ficha. A pesar de que de todos modos no echamos a la gente aunque haya expirado su contrato, si no están preparados.

-Me lo figuro. Pero, dígame ¿qué precio tiene la habitación que ocupaba, como habitación de hospital y pensión?

-¿Cómo? Nuestras habitaciones no se alquilan de esa forma. No somos un hospital; no hacemos sino mantener una enfermería para la recuperación de nuestros clientes.

-Sin duda. Pero lo debe tener usted calculado, aunque no sea más que por razones de contabilidad.

-Mmm... pues si y no. No hacemos nuestros cálculos a base de eso. Hay que tener en cuenta la depreciación, los gastos generales, mantenimiento, reservas, cocina de régimen, personal y demás. Me figuro que seria posible hacer una estimación.

-No se preocupe. ¿A cuánto ascendería una habitación y pensión semejantes en un hospital?

-Es algo un poco fuera de mi ocupación... pero, en fin, me figuro que podríamos decir que alrededor de unos cien dólares por día.

-Me quedaban cuatro días. ¿Quiere usted prestarme cuatrocientos dólares?

No respondió, sino que habló en un código numérico a su asistente mecánico. Luego, ocho billetes de cincuenta dólares pasaron a mi mano.

-Gracias -dije sinceramente mientras me los embolsaba-. Haré todo lo que pueda para que eso no se quede en los libros demasiado tiempo. ¿Al seis por ciento? ¿O está escaso el dinero?

El señor Doughty meneó la cabeza:

-No se trata de un préstamo. En vista de la forma en que lo planteó usted, lo he cargado al tiempo que no ha utilizado.

-¿Cómo? Mire, señor Doughty, no tuve la intención de forzarle. Naturalmente, voy a...

-Por favor. Cuando usted dijo a mi asistente que le entregase esa cantidad le ordené la cargase en cuenta. ¿Quiere usted que nuestros censores de cuentas tengan dolores de cabeza por unos miserables cuatrocientos dólares? Estaba dispuesto a prestarle mucho más.

-Bueno; no puedo discutirlo ahora. Dígame, señor Doughty ¿cuánto dinero representa eso? ¿Cuál es el nivel actual de precios?

-Pues... es una pregunta muy compleja.

-Déme una idea. ¿Qué cuesta comer?

-La comida es bastante razonable. Por diez dólares se puede conseguir un almuerzo muy satisfactorio... si procura elegir restaurantes de precios moderados.

Le di las gracias y salí de allí realmente confortado. El señor Doughty me rercordaba a un pagador del Ejército. Hay dos clases distintas de pagadores: una te enseña el lugar donde el libro dice que no puedes cobrar lo que te corresponde; la otra rebusca en el libro hasta que encuentra un párrafo que te concede lo que necesitas aunque no te corresponda.

Dougthy pertenecía a la segunda clase.

El santuario estaba frente a Los Caminos de Wilshire. Delante había unos bancos y unos macizos de arbustos y flores. Me senté en uno de los bancos para reflexionar y decidir si iba hacia el este o hacia el oeste. Doughty había aparentado indiferencia pero la verdad es que estaba bastante quebrantado, a pesar de que en mis pantalones tenía para las comidas de una semana.

Pero el sol calentaba, y el zumbido de Los Caminos era agradable. Yo era joven (al menos biológicamente) y tenía un par de manos y mi cerebro. Me puse a silbar *Hallelujah, Im a bum* y abrí el *Times* por la página de «demandas de personal».

Resistí el impulso de examinar la de «Profesionales Ingenieros» y me dirigí directamente a la de «Varios».

Esa clasificación era muy breve; tanto que por poco no la encuentro.

6

Conseguí un empleo al segundo día, viernes, 15 de diciembre. Tuve también un pequeño choque con la ley y diversos líos con las nuevas modas de hacer las cosas, decirlas y reaccionar ante ellas. Descubrí que la «reorientación» mediante un libro es algo así como leer sobre sexo: no es lo mismo

Me figuro que habría tenido menos dificultades si me hubiesen depositado en Omsk, en Santiago o en Yakarta. Cuando se va a una ciudad desconocida de un país desconocido ya se sabe que las costumbres van a ser diferentes, pero en el Gran Los Ángeles confiaba en que las cosas no hubiesen cambiado, a pesar de que podía ver que sí habían cambiado. Claro está que treinta años no son nada; todo el mundo puede encajar ese cambio, y mucho más en el curso de una vida. Pero tenerlo que encajar de golpe, es diferente.

Así, por ejemplo, una palabra que utilicé con toda inocencia. Una dama que estaba presente se ofendió, y solamente el hecho de que yo era un durmiente -cosa que me apresuré a explicar- evitó que su marido me largase una bofetada. No voy a utilizar aquí la palabra en cuestión... aunque si: voy a usarla, ¿por qué no? La utilizo para explicar algo. Podéis tener la seguridad de que la palabra tenía un uso discreto cuando yo era niño, y nadie la escribía con tiza por las paredes cuando yo era muchacho.

La palabra era «manía»

Había otras palabras, que todavía no utilizo correctamente a no ser que me detenga a pensarlo. No son palabras tabú precisamente, sino palabras que han cambiado de sentido. Así, por ejemplo, «huésped», cuyo significado entonces no tenía nada que ver con el coeficiente' de natalidad.

Pero me las arreglé. El empleo que encontré consistía en aplastar nuevas limusinas terrestres para poder enviarlas a Pittsburgh como chatarra. Cadillacs, Chryslers, Eisenhowers, Lincolhs... toda clase de grandes y potentes vehículos que no habían recorrido ni un solo kilómetro. Los conducía hasta las fauces y luego *crac, crac, crac:* chatarra para los altos hornos.

Al principio me molestaba hacerlo, ya que tenía que acudir al trabajo por Los Caminos y ni siquiera disponía de un saltagravedad. Dije lo que me parecía, y por poco pierdo mi empleo... hasta que el encargado recordó que era un durmiente y que realmente no lo comprendía.

-Se trata de una cuestión de sencilla economía, hijo mío. Son vehículos excedentes que el gobierno ha aceptado en garantía a cambio de préstamos para mantener los precios. Ahora tienen dos años y ya nunca podrán ser vendidos... De modo que el gobierno los desguaza y los vende como chatarra a la industria del acero. No es posible hacer funcionar un alto horno solamente con mineral de hierro; también es necesario tener chatarra. Eso debes saberlo aunque seas un durmiente. En realidad, con la actual escasez de mineral de buena calidad, la demanda de chatarra es cada día mayor. La industria del acero necesita estos coches.

-Pero ¿para qué construirlos, si no pueden ser vendidos? Parece una pérdida inútil.

-Solamente lo parece. ¿Quieres que la gente se quede sin empleo? ¿Quieres que descienda el nivel de vida?

-¿Y por qué no los envían al extranjero? Me parece a mí que SE podría obtener más por ellos en el mercado libre extranjero que como chatarra.

-¿Y arruinar el mercado de exportación? Además, si comenzásemos el dumping de automóviles en el extranjero Pospondríamos a malas con todo el mundo: con Japón, Francia, Alemania, Asía Grande... Con todo el mundo. ¿Qué te propones? ¿Armar una guerra? -Suspiró, y prosiguió en un tono paternal-: Ve a l~

Biblioteca pública y saca algunos libros. No tienes derecho a opina sobre estas cosas hasta que sepas algo de ellas.

De modo que me callé. No le dije que pasaba todo mi tiempo libre en la biblioteca pública o en la biblioteca de la UCLA. Había evitado admitir que era, o que había sido, un ingeniero. Pretender que era ahora un ingeniero hubiese sido algo así como dirigirse a Du Pont y decirles: «Caballeros, soy un alquimista ¿necesitan ustedes mis servicios?».

Volví a plantear la cuestión solamente otra vez más, porque observé que muy pocos de los coches para el mantenimiento de precios estaban verdaderamente a punto de circular. El trabajo era basto y con frecuencia carecían de partes esenciales, tales como instrumentos indicadores o de acondicionadores de aire. Pero cuando un día pude observar por la manera como los dientes de la máquina de aplastar mordían uno de los coches, que incluso les faltaba el motor, volví a hablar del asunto.

El jefe de turno me miró asombrado.

-¡Vaya, muchacho! ¿No esperarás realmente que se esmeren con coches que no son sino excedentes? Estos coches ya iban apoyados por préstamos para control de precios antes de salir de la línea de montaje.

Esta vez me callé, y me quedé callado. Más valdría que me dedicase exclusivamente a la ingeniería; la economía era demasiado esotérica para mi.

Pero tenía tiempo de sobras para pensar. El empleo que tenía no era verdaderamente un empleo para mi; todo el trabajo lo hacía Frank Flexible en sus diversos disfraces. Frank y sus hermano~ hacían funcionar la prensa, llevaban los autos a su sitio, desplazaban la chatarra, contaban y pesaban las cargas; mi trabajo consistía en estar de pie en una pequeña plataforma (no me permitían que me sentase), asido de un interruptor que podía detener toda la operación si algo funcionaba mal. Nunca nada falló, pero pronto descubrí que se esperaba de mí que descubriese por lo menos un fallo en los autómatas a cada turno, que detuviese el proceso, y que enviase a buscar un equipo de socorro.

Bueno, el caso era que me pagaban veinte dólares diarios, lo cual me permitía seguir comiendo. Lo primero es lo primero.

Descontada la seguridad social, la cuota al gremio, el impuesto a la renta, el impuesto de defensa, el plan médico y la mutua del bienestar, me quedaban unos dieciséis dólares para llevarme a casa. Doughty se había equivocado al decir que una comida costaba diez dólares; era posible conseguir una comida muy decente por tres si no se insistía en pedir verdadera carne, y yo desafío a cualquiera a que me diga si un bistec ruso había empezado su vida en un tanque o al aire libre. Y con las historias que circulaban sobre la carne del mercado negro que podía causar envenenamiento por radiación, me sentía perfectamente feliz con sustitutos.

Dónde vivir había sido un problema. Como Los Ángeles no había disfrutado de la limpieza instantánea de barracas del plan de Guerra de Seis Semanas, habían ido a parar allí un número asombroso de refugiados (supongo que yo era uno de ellos, si bien entonces no se me había ocurrido pensarlo) y al parecer ninguno de ellos había vuelto nunca a su casa, ni siquiera de entre aquellos a quienes les quedaba casa adonde volver. La ciudad -si es que se puede llamar ciudad al Gran Los Ángeles, que es más bien un estado de cosas- había estado ahogada cuando yo me fui a dormir; ahora estaba llena a rebosar. Quizá fue un error suprimir la huminiebla; allá por los 60 algunos se marchaban cada año debido a la sinusitis.

Ahora por lo visto nunca se iba nadie.

El día que había salido del santuario me preocupaban varias cosas, principalmente: 1, encontrar un empleo; 2, encontrar sitio donde dormir; 3, ponerme al día en ingeniería; 4, encontrar a Ricky; 5, volver a la ingeniería -por mi cuenta, si es que resultaba humanamente posible-; 6, encontrar a Belle y a Miles y ajustaríes las cuentas- sin por ello ir a la cárcel-, y 7, varias otras cosas, tales como investigar la patente original de Castor

Servicial y comprobar mi presunción de que en realidad era Frank Flexible (no es que ahora fuese eso importante, sino sencilla curiosidad), y examinar la historia corporativa de Muchacha de Servicio, Inc., etcétera.

He indicado lo precedente en orden de prioridad, pues había ya comprobado hacía años (gracias a casi haber perdido mi primer año de ingeniería) que si no se utilizan prioridades, cuando cesa la música uno se encuentra de pie. Naturalmente, algunas de aquellas prioridades iban juntas; tenía la esperanza de buscar a Ricky, así como a Belle y Cía., al mismo tiempo que empollaba ingeniería. Pero lo primero es lo primero, y lo segundo, lo segundo; encontrar un empleo venía antes que buscar un saco, porque los dólares son la llave para todo lo demás... cuando no se tienen.

Después de haber sido rechazado seis veces en la ciudad, había ido tras un anuncio al Distrito de San Bernardino, pero llegué allí diez minutos demasiado tarde; debía haber alquilado un cuarto enseguida, pero en cambio lo que hice fue volver a la ciudad, con la intención de encontrar una habitación, de levantarme muy temprano y de ser el primero en la cola para algún empleo que apareciese en la primera edición.

¿Cómo pude haberlo sabido? Dejé mi nombre en cuatro listas para casas de cuartos, y acabé en el parque. Allá me quedé, paseando para conservar el calor, hasta casi medianoche y luego lo dejé correr. Los inviernos del Gran Los Angeles son solamente subtropicales si se acentúa lo de «sub». Me refugié en una estación de los Caminos de Wilshire... y hacia las dos de la madrugada me cazaron en una redada con el resto de los vagabundos.

Las cárceles han mejorado. Aquélla era caliente, y me parece que exigían a las cucarachas que se enjugasen los pies.

Me acusaron de barraquear. El Juez era un joven que ni siquiera levantó la vista de su periódico, sino que dijo solamente:

-¿Todos ellos por vez primera?

-Sí, señor juez.

-Treinta días, o bien bajo palabra a una compañía de trabajo. Los siguientes.

Comenzaron a hacernos salir, pero yo no me movía.

-Un momento, juez.

-¿Cómo? ¿Tiene algo que decir? ¿Culpable o inocente?

-Pues, la verdad es que no lo sé, pues ignoro qué es lo que he hecho. Verá usted...

-¿Quiere usted un defensor público? Si es así, le pueden encerrar hasta que haya uno que pueda ocuparse de su caso. Me parece que en este caso van con seis días de retraso... pero es su derecho.

-Pues sigo sin saberlo. Quizá lo que quiero es palabra con una compañía de trabajo, a pesar de que no sé lo que es. Lo que realmente deseo es consejo del Tribunal, si el Tribunal está de acuerdo.

El juez dijo al alguacil:

-Saque a los demás. -Y se volvió nuevamente hacia mí-. Hable, pero le advierto que no le va a gustar mi consejo. He estado en este sitio desde hace tiempo, el suficiente para haber oído todas las historias fantásticas posibles y para haber adquirido un profundo desprecio para la mayoría.

-Sí, señor. Pero la mía no es fantástica; puede ser comprobada fácilmente. Verá usted, acabo de salir ayer del Sueño Largo y...

Pero la verdad es que puso cara de desprecio.

-¿De modo que uno de ésos? Con frecuencia me he preguntado qué era lo que les permitía pensar a nuestros abuelos que tenían derecho a legarnos su purria. La última cosa que se necesita en esta ciudad es más gente... especialmente de los que no podían desenvolverse en su propio tiempo. Me gustaría poderle enviar de una patada de vuelta al año que sea de donde vino, con un mensaje para todos los demás de que el futuro en que están pensando no está, repito, no está, alfombrado de oro. -Suspiró-. Pero estoy seguro de que no serviría de nada. Bueno, ¿qué espera usted que haga? ¿Darle otra oportunidad? ¿Para que vuelva a aparecer por aquí dentro de una semana?

-Señor juez, no me parece probable. Tengo suficiente dinero para vivir hasta que encuentre un empleo, y...

-¿Cómo? Si tiene dinero, ¿por qué está barraqueando?

-Señor juez, ni siquiera sé lo que significa esa palabra.

Esa vez permitió que me explicara. Cuando llegué a la forma en que me había estafado la Compañía de seguros Master su actitud cambió radicalmente.

-¡Aquellos cerdos! A mi madre la estafaron después de haberles estado pagando cuotas durante veinte años. ¿Por qué no me lo dijo al principio? -Sacó una tarjeta, escribió algo en ella, y dijo-:

Lléveselo a la oficina de empleos de la Autoridad de Excedentes y Recuperación. Si no consigue un empleo, vuelva a verme esta tarde. Pero no barraquee más. No sólo engendra crimen y vicio sino que corre el terrible peligro de encontrarse con un recluta de zombíes.

Y así fue cómo conseguí el empleo de aplastar automóviles totalmente nuevos. Pero sigo creyendo que no cometí un error de lógica al dedicarme en primer lugar en buscar empleo. Un hombre que tiene un buen saldo en el banco se encuentra como en su casa en todas partes: la policía le deja en paz.

También encontré una habitación decente, adecuada a mi presupuesto, en una parte del Oeste de Los Angeles que aún no había entrado en el Nuevo Plan. Creo que antes había servido de guardarropa.

No querría que nadie piense que no me gustaba el año 2000, comparado con 1970. Me gustaba, así como me gustó el 2001 cuando apareció unas dos semanas después de que me hubieran despertado. A pesar de ciertos espasmos de añoranza casi insoportables, me pareció que el Gran Los Ángeles a la entrada del Tercer Milenio era sin duda el lugar más maravilloso que había visto en mi vida. Era agitado y limpio y muy estimulante, a pesar de que estuviera excesivamente lleno de gente... E incluso eso era algo con lo que se estaban enfrentando a escala gigantesca. Las nuevas partes de la ciudad correspondientes al Nuevo Plan eran como para alegrar el corazón de cualquier ingeniero. Si el gobierno de la ciudad hubiese tenido autoridad soberana para impedir la inmigración durante diez años, hubiesen conseguido vencer el problema de la vivienda. Pero como carecían de tal autoridad, tenían que hacer lo que mejor podían con los enjambres que venían a través de las Sierras -y lo que mejor podían era especular más allá de lo imaginable, e incluso los fracasos eran colosales.

Valía la pena dormir treinta años solamente para despertar en un tiempo donde no existía el resfriado común, y a nadie le goteaba la nariz. Para mi eso era más importante que la colonia experimental en Venus.

Dos cosas fueron las que más me importaron, una de ellas grande y la otra pequeña. La grande era, naturalmente, la Grave-Cero. Allá en 1970 ya me había enterado de las investigaciones sobre gravedad del

Babson Institute, pero no había creído que condujeran a nada, como en efecto ocurrió; la teoría básica del campo fue desarrollada en la Universidad de Edimburgo. Pero en la escuela me habían enseñado que la gravitación era algo sobre lo cual nadie podía hacer nada, puesto que era inherente a la estructura misma del espacio.

De modo que lo que hicieron fue, naturalmente, alterar la estructura del espacio. Desde luego que solamente de una manera local y transitoria, pero eso era lo único que se necesitaba para desplazar un objeto pesado. Debe siempre permanecer en relación de campo con la Madre Tierra, de modo que no sirve para naves especiales

-por lo menos en 2001-; ya he dejado de hacer profecías. Me enteré que para levantar algo seguía siendo necesario consumir potencia a fin de superar el potencial gravitatorio, y al revés, para hacer descender algo era necesario disponer de un acumulador de potencia para almacenar todos aquellos kilográmetros, pues de lo contrario algo haría *¡Ffffff.. ¡pam!* Pero para transportar algo horizontalmente, por ejemplo de San Francisco al Gran Los Angeles, bastaba con levantarlo, luego hacerlo flotar, sin ninguna energía, como un patinador sobre el hielo.

¡ Magnífico!

Intenté estudiar la teoría de aquello, pero sus matemáticas empiezan donde el cálculo de tensores termina: no es cosa para mi. Un ingeniero no acostumbra a ser físico matemático, y no tiene necesidad de serlo; tiene sencillamente que aprender la esencia de una cosa para saber qué es lo que podrá hacer en la práctica -tiene que saber los parámetros de trabajo-. Eso podía aprenderlo yo.

La «cosa pequeña» que he mencionado eran los cambios en el estilo de los vestidos de las chicas que los materiales Juntafuerte hicieron posibles. No me asombró ver la piel y nada más en las playas; era algo que se veía venir en 1970. Pero las cosas extrañas que las damas eran capaces de hacer con Juntafuertes me dejaban boquiabierto.

Mi abuelo había nacido en 1890 y supongo que algunas de las cosas que podían verse en 1970 le hubiesen afectado de la misma manera.

Pero aquel nuevo mundo rápido me gustaba y me hubiese sentido feliz en él si no me hubiese hallado tan solitario la mayor parte del tiempo. Me encontraba desplazado. Había ocasiones (generalmente en medio de la noche) en que lo hubiese cambiado todo por un apaleado gato, o por la posibilidad de pasar una tarde llevando a la pequeña Ricky al Zoo... o por la compañía que Miles y yo habíamos compartido cuando todo lo que teníamos era trabajo y esperanzas.

Era todavía a principios de 2001 y no me había puesto aún ni a medias al corriente, cuando comencé a sentirme impaciente por dejar mi seguro empleo y volver a mi tablero de dibujo. Había tantas cosas que eran posibles con el arte actual y que habían sido imposibles en 1970; quería empezar a trabajar y diseñar una docena de ellas.

Por ejemplo, había supuesto que ya habría secretarios automáticos; me refiero a una máquina a la que se pudiera dictar una carta comercial y que la escribiese con ortografía, puntuación y formato perfectos, sin que interviniese en ella una sola persona. Pero no los había. Era cierto que alguien había inventado una máquina que podía escribir, pero solamente era adecuada para un idioma fonético como el Esperanto, y no servia de nada con un idioma como el inglés que no lo es.

La gente no está dispuesta a abandonar lo que el inglés tiene de ilógico para satisfacer la conveniencia de un inventor. Mahoma tiene que ir a la montaña.

Puesto que una estudiante de bachillerato puede arreglárselas con la absurda ortografía del inglés, y generalmente escribe la palabra exacta, ¿no habría manera de enseñárselo a hacer a una máquina?

«Imposible» era la respuesta corriente. Se creía que eran necesarios un discernimiento y una comprensión humanas.

Pero un invento es precisamente algo «imposible» hasta el momento de la invención, es por eso que los gobiernos conceden patentes.

Dados los tubos de memoria y con la miniaturización ahora posible, había tenido razón sobre la importancia del oro como material para ingeniería, con esas dos cosas debería ser fácil comprimir unos cien mil sonidos en unos decímetros cúbicos... En otras palabras, ordenar por su sonido todas las palabras del Diccionario de Webster. Pero eso no sería necesario: con diez mil palabras habría bastante. No haría ninguna falta incluir palabras muy complicadas que se podrían dictar por letras cuando fuese necesario. De modo que disponemos la máquina a fin de que pueda admitir esos dictados. Aplicamos el código de sonido a la puntuación... así como para varios formatos diferentes.. .y para buscar direcciones en un fichero... y para el número de copias... y dejamos por lo menos mil códigos en blanco para el vocabulario especial utilizado en un negocio o profesión determinados; de tal manera que el mismo cliente pueda incluir esas palabras, es decir, dictar de una vez por todas hasta las más complicadas palabras.

Todo aquello era sencillo. No había que hacer sino unir dispositivos ya que se encontraban en el mercado y armonizarlos formando un modelo susceptible de producción.

La verdadera dificultad eran los homónimos, es decir, palabras que se pronuncian de la misma manera pero que tienen distinto significado.

¿Tendría la Biblioteca Pública un diccionario de homónimos ingleses? Sí que lo tenía... de modo que comencé a contar los pares de homónimos inevitables, y a intentar calcular cuántos de entre ellos podrían resolverse por medio de la teoría de información de la estadística de contextos, y cuántos requerirían una codificación especial.

Empecé a ponerme nervioso ante los fracasos. No solamente estaba perdiendo treinta horas semanales en un trabajo completamente inútil, sino que era imposible efectuar un verdadero trabajo de ingeniería en una biblioteca pública. Necesitaba una sala de dibujo, un taller donde poder solucionar problemas prácticos, catálogos de la industria, revistas profesionales, máquinas de calcular y todo lo demás.

Decidí que tendría que conseguir un empleo que, por lo menos, fuese subprofesional. No era lo bastante necio para figurarme que volvía a ser ingeniero; todavía había mucho que no había absorbido, varias veces había pensado en las maneras de hacer alguna cosa, utilizando algo nuevo que acababa de aprender, y me había encontrado en la biblioteca con que alguien había ya resuelto aquel mismo problema mejor, y de modo más sencillo, económico y elegante que mi primer intento, y eso hacía ya diez o quince años.

Necesitaba ingresar en una oficina de ingeniería y dejar que todas aquellas cosas se me fuesen metiendo por los poros. Tenía esperanzas de conseguir un empleo como auxiliar diseñador.

Sabía que ahora utilizaban máquinas de dibujar semiautomáticas; había visto fotografías de ellas, si bien nunca había tenido una en las manos. Pero tenía la impresión de que sería capaz de aprender a utilizar una en veinte minutos si se me presentaba la oportunidad, pues se parecían a una idea que yo había tenido una vez: una máquina que estaba en la misma relación respecto al antiguo sistema del tablero de dibujo que la máquina de escribir a la escritura a mano. Lo había resuelto todo en la cabeza, es decir, la manera de poner líneas o curvas sobre el tablero con sólo apretar una tecla.

No obstante, en este caso estaba tan seguro de que no me habían robado la idea, como de que sí me la habían robado en el caso de Frank Flexible, puesto que mi máquina de dibujar no había existido nunca salvo en mi cabeza. Algún otro había tenido la misma idea y la había desarrollado lógicamente de la misma manera. Cuando llega la hora del ferrocarril todo el mundo empieza a hacer ferrocarriles.

La casa Aladino, los mismos que hacían el Castor Servicial, fabricaba una de las mejores máquinas de dibujar, la Dan Dibujante. Eché mano a mis ahorros, me compré un traje mejor y una cartera de segunda mano, la llené de periódicos y me presenté en los salones de venta de Aladino con la intención de «comprar» una. Pedí una demostración.

Y entonces, cuando me acerqué a un modelo de Dan Dibujante, experimenté una sensación muy perturbadora. *Déja' vu,* según dicen los psicólogos: *«Ya* he estado aquí antes». Aquel maldito trasto había sido desarrollado exactamente de la misma manera en que yo lo hubiese desarrollado si hubiese tenido tiempo para hacerlo... en lugar de haber sido forzado a tomar el Largo Sueño.

No me pregunten exactamente qué es lo que sentía. Uno conoce su propio estilo de trabajo. Un crítico de arte dirá que un cuadro es de Rubens o de Rembrandt por las pinceladas, por la manera de tratar las luces, la elección del pigmento, una docena de cosas. La ingeniería no es una ciencia, es un arte, y siempre hay la posibilidad de numerosas elecciones en la resolución de un problema de ingeniería. Un diseñador ingeniero «firma» su trabajo por medio de aquellas elecciones de la misma manera que un pintor firma el suyo.

Dan Dibujante olía tanto a mi propia técnica que me sentí verdaderamente perturbado. Comencé a preguntarme si habría realmente algo de cierto en la telepatía.

Tuve el cuidado de anotar el número de su primera patente. Tal como me sentía no me sorprendió ver que la fecha de la primera era 1970. Decidí enterarme de quién era el que lo había inventado. Quizás hubiese sido alguno de mis propios profesores, de quien había yo adquirido algo de mi estilo. O quizá fuese de algún ingeniero con quien yo hubiese trabajado.

A lo mejor el inventor vivía aún. De ser así, le iría a ver un día... iría a conocer al hombre cuya mente funcionaba igual que la mía.

Pero conseguí reponerme y dejé que el vendedor me explicase el funcionamiento. Apenas si hubiese tenido necesidad de molestarse; Dan Dibujante y yo habíamos sido hechos el uno para el otro. *M* cabo de diez minutos podía hacerlo funcionar mejor que él . Finalmente, y con pesar, dejé de hacer bonitos dibujos, pedí la lista de precios, pregunté sobre descuentos, arreglos para el servicio y demás, y luego me fui diciéndole al vendedor que ya le llamaría, precisamente cuando estaba ya dispuesto a poner mi firma en el lugar apropiado. Fue un truco poco elegante, pero todo lo que le costó fue una hora de su trabajo.

De allí me fui a la fábrica de Muchacha de Servicio y solicité un empleo.

Sabía que Miles y Belle no estaban ya con Muchacha de Servicio, Inc. En el tiempo que me había sobrado después de mi empleo y de la imperiosa necesidad de ponerme al día en ingeniería, había estado buscando a Belle y a Miles, y en especial a Ricky. Sabía que ninguno de los tres estaba en la lista de teléfonos del Gran Los Ángeles, ni tampoco en ningún otro lugar de los Estados Unidos, pues había pagado para que hiciesen una «investigación» en la oficina nacional de Cleveland. Había tenido que pagar por cuatro, puesto que hice que buscasen a Belle bajo «Gentry» y «Darkin».

La misma suerte tuve con el Registro de Votantes del Condado de Los Angeles.

Muchacha de Servicio, Inc., en una carta del decimoséptimo presidente encargado de cuestiones necias admitió prudentemente que hacía treinta años habían tenido personal con aquel nombre, pero que ahora no podían hacer nada por mí.

Buscar una pista que lleva treinta años enfriándose no es empresa para un aficionado con poco tiempo disponible y menos dinero aún. No tenía sus huellas digitales, o de lo contrario hubiese probado el F.B.I. Ignoraba sus números de seguridad social. Mi país nunca había sucumbido a la necesidad del estado policial, de modo que no había ninguna oficina que con seguridad tuviese una ficha de todos los ciudadanos, y aunque tal oficina hubiese existido, yo no estaba en situación de utilizarla.

Quizás alguna agencia de detectives espléndidamente subvencionada podía haberse dedicado a explorar los ficheros de impuestos, de periódicos, y Dios sabe qué más, y hubiese acabado por encontrarles. Pero no disponía con qué subvencionar espléndidamente, y por otra parte carecía del talento y del tiempo para hacerlo yo mismo.

Finalmente, acabé por abandonar a Belle y a Miles, pero me prometí a mí mismo que, tan pronto como me fuese posible, encargaría a unos profesionales que buscasen a Ricky. Ya había averiguado que no poseía acciones de Muchacha de Servicio, y había escrito al Banco de América para averiguar si tenían o habían tenido algún depósito a su nombre. Recibí como respuesta una carta circular informándome que esas cuestiones eran confidenciales, de modo que había vuelto a escribir, diciendo que yo era Durmiente y que ella era mi único pariente en vida. Esta vez recibí una cortés carta, firmada por uno de los altos empleados de depósitos diciendo que lo lamentaba, que no era posible transmitir información sobre los beneficiarios de depósitos ni siquiera a una persona en circunstancias excepcionales, como era yo, pero que se creía justificado en darme la información negativa de que el Banco nunca había tenido, a través de ninguna de sus sucursales, ningún depósito a nombre de Federica Virginia Gentry.

Eso parecía dejar aclarada por lo menos una cosa: sea como fuese, aquellos pajarracos habían conseguido arrebatarle las acciones a la pequeña Ricky. Tal como había redactado mi adjudicación de las acciones, debería haber tenido que pasar por el Banco de América, pero no había pasado. ¡Pobre Ricky! Nos habían robado a los dos.

Intenté aún otra cosa más. El archivo del Superintendente de Instrucción de Mojave si que tenía información acerca de una estudiante llamada Federica Virginia Gentry. . pero tal alumno había sido transferido en 1971, perdiéndose allí la pista.

Por lo menos era un consuelo saber que alguien admitía que Ricky había como mínimo, existido. Pero podía haber ido a parar a cualquiera de los millares de escuelas públicas de los Estados Unidos. ¿Cuánto se tardaría en escribir a cada una de ellas? Y, aun suponiendo que accedieran a ello, ¿podrían sus archivos contestar a mi pregunta?

Entre doscientos cincuenta millones de personas, una muchachita puede perderse de vista como un guijarro en el océano.

Pero el fracaso de mi búsqueda me dejó en libertad para buscar empleo en Muchacha de Servicio Inc., ahora que Miles y Belle no lo dirigían. Podía haber probado cualquiera entre un centenar de firmas de autómatas, pero Muchacha de Servicio y Aladino eran las más importantes, tan importantes en su campo como Ford y General Motors lo habían sido en los buenos tiempos de los automóviles terrestres. Escogí Muchacha de Servicio en parte por razones sentimentales; quería ver en qué se había convertido mi antigua propiedad.

El lunes, 5 de marzo de 2001, fui a su oficina de personal, me puse en la cola de auxiliares intelectuales, llené una docena de formularios que no tenían nada que ver con ingeniería y uno que sí que tenía que ver... y me dijeron «no nos llame, ya le llamaremos nosotros».

Me quedé por allí y conseguí envalentonarme lo bastante para dirigirme a su subalterno, quien levantó la vista del formulario que tenía algo que ver con la ingeniería y me dijo que mi título no quería decir nada, puesto que había un intervalo de treinta años durante el cual no había utilizado mi talento.

Le hice observar que era un Durmiente.

-Eso es aún peor. En todo caso, no tomamos a nadie de más de cuarenta y cinco años.

-Pero yo no tengo cuarenta y cinco; tengo treinta.

-Usted nació en 1940; lo siento.

-¿Y qué debo hacer? ¿Pegarme un tiro?

Se encogió de hombros:

-Si yo fuese usted, solicitaría mi pensión de retiro.

Me marché apresuradamente, sin darle ningún consejo. Luego caminé un kilómetro dando vueltas frente a la entrada, y entré de nuevo. El gerente general se llamaba Curtis. Pregunté por él.

Pasé a través de las dos primeras capas diciendo sencillamente que tenía que verle. Muchacha de Servicio, Inc., no utilizaba sus propios autómatas como recepcionistas; las usaba de carne y hueso. Finalmente, llegué a un punto que estaba a unos ocho pisos de altura y, según me pareció, a unas dos puertas del jefe, y allí me encontré con una del tipo minucioso que insistió en saber qué es lo que quería.

Miré en derredor. Era una oficina más bien grande, donde había unas cuarenta personas de verdad, y además muchas máquinas. La muchacha dijo muy secamente:

-¿Bueno? Diga qué desea, y hablaré con la secretaria de citaciones del señor Curtis.

Entonces yo le dije en voz alta, asegurándome que todos lo oirían:

-¡Quiero saber qué piensa hacer con mi mujer!

Sesenta segundos después me encontraba en su oficina particular. Y levantó la vista:

-¿Bueno? ¿Qué son esas tonterías?

Se necesitó media hora y además algunos antiguos documentos para convencerle de que yo no estaba casado, y de que era el fundador de la casa. Después de eso, las cosas mejoraron mientras tomábamos unas copas y fumábamos unos cigarros, y me presentó al jefe de ventas y al ingeniero-jefe y a otros jefes.

-Creíamos que usted había muerto -me dijo Curtis-. En realidad, así lo dice la historia oficial de la Compañía.

-Se trata solamente de un rumor; debe ser algún otro D.B. Davis.

El jefe de ventas, Jack Galloway, dijo de repente:

-¿Qué hace usted ahora, señor Davis?

- No hago gran cosa. He estado, bueno... en el negocio de automóviles. Pero voy a dimitir. ¿Por qué?

-¿Por qué? ¿Es que no es obvio? - Se volvió al ingeniero jefe, el señor McBee -. ¿Ha oído, Mac? Todos ustedes, los ingenieros, son lo mismo; no son capaces de ver un aspecto comercial aunque se les ponga delante de las narices «¿Por qué?». Señor Davis, pues porque usted tiene un gran valor de propaganda, ¡por eso! Porque usted representa lo romántico. «El Fundador de la Firma Regresa de la Sepultura para Visitar al Hijo de su Cerebro. El Inventor del Primer Servidor Robot Contempla los Frutos de su Ingenio.»

Yo me apresuré a decir:

-Un momento, por favor... No soy ni un modelo anunciante ni una estrella codiciosa. Me gusta conservar mi vida privada. No vine aquí para eso. Vine en busca de un empleo... como ingeniero.

El señor McBee arqueó las cejas, pero no dijo nada.

Discutimos durante un rato. Galloway intentó convencerme de que se lo debía a la firma que había fundado. McBee dijo poco, pero era evidente que no creía que fuese a servir en su departamento; en un momento dado me preguntó qué sabía acerca del diseño de circuitos macizos. Tuve que admitir que lo único que sabía de ellos era a través de la lectura de algunas publicaciones no clasificadas.

Finalmente, Curtis propuso un acuerdo de compromiso:

-Señor Davis, es evidente que usted ocupa una posición muy especial. Puede decirse que usted fundó, no solamente esta firma, sino toda la industria. No obstante y según ha dicho el señor McBee, la industria ha adelantado desde el año en que usted entró en el Gran Sueño. Supongamos que le ponemos en nuestra plantilla con el título de «Ingeniero Investigador Emérito».

Vacilé un poco:

-¿Qué querría decir?

-Lo que usted quisiese. Pero debo decirle con franqueza que confiaríamos en que usted colaborase con el señor Galloway. No solamente fabricamos estos trastos, sino que tenemos que venderlos.

-Ah... ¿y tendría alguna oportunidad de hacer ingeniería?

-Depende de usted. Tendría usted facilidades para hacerlo, y podría hacer lo que quisiese.

-¿Facilidades para uso del taller?

Curtis miró a McBee... El ingeniero jefe respondió:

-Sin duda, sin duda... dentro de ciertos límites, naturalmente.

Galloway dijo entonces alegremente:

-De acuerdo, pues. ¿Me excusa, B.J.? No se vaya, señor Davis, vamos a hacer una foto de usted con el primer modelo de Muchachas de Servicio.

Así lo hizo.

Me alegré de verla: el primer modelo que yo había montado con mis propias manos y el sudor de mi frente. Quise ver si todavía funcionaba, pero McBee no me dejó ponerla en marcha. Pienso que no estaba convencido de que supiera hacerla funcionar.

Durante todo marzo y abril lo pasé muy bien en Muchacha de Servicio. Disponía de todas las herramientas profesionales que pudiera desear, revistas técnicas, los catálogos comerciales indispensables, una biblioteca práctica, un Dan Dibujante (Muchacha de Servicio no construía máquinas de dibujar, de modo que utilizaban la mejor del mercado, que era la de Aladino), y la charla con los de mi profesión... ¡Música para mis oídos!

Hice especial amistad con Chuck Freudenberg, Ingeniero Segundo Jefe de componentes. En mi opinión, Chuck era el único ingeniero verdadero que había allí. Los demás no eran sino mecánicos demasiado

educados, incluido McBee... El ingeniero jefe parecía una prueba de que se necesitaba más que un titulo y un acento escocés para hacer a un ingeniero. Cuando llegamos a conocernos mejor, Chuck admitió que ésa era tambien su opinion.

-En realidad, a Mac no le gusta nada nuevo; prefiere hacer las cosas de la misma manera que las hacía su abuelito a orillas del Clyde.

-¿Y qué hace en este empleo?

Freudenberg ignoraba los detalles, pero al parecer la firma actual había sido una compañía manufacturera que no había hecho sino contratar las patentes (mis patentes) a Muchacha de Servicio, Inc. Luego, hacia veinte años, había habido una de aquellas fusiones para ahorrar impuestos, a consecuencia de la cual Muchacha de Servicio había cambiado sus acciones por acciones de la firma manufacturera, y la nueva firma adoptó el nombre de la que yo había fundado. Chuck creía que McBee había sido contratado en aquella época:

-Creo que tiene participación -dijo.

Chuck y yo acostumbrábamos a pasar largas horas por las noches enfrente de nuestras cervezas discutiendo ingeniería, lo que la compañía necesitaba, y esto, lo otro y lo de más allá. Al principio su interés por mí se debió a que yo había sido un Durmiente. Me había podido percatar de que había demasiados que tenían un malsano interés en los Durmientes (como si fueran fenómenos) y en general evitaba hacérselo saber a las gentes. Pero a Chuck le fascinaba este salto en el tiempo, y su interés era real por saber cómo era el mundo antes de haber nacido él, según una persona que lo recordaba como si literalmente «fuese ayer»

En compensación estaba dispuesto a criticar los nuevos dispositivos que siempre bullían en mi cabeza, y me rectificaba cuando yo (cosa que ocurría con frecuencia) comenzaba a esbozar algo que ya era viejo... en 2001. Bajo su amistosa tutela me estaba convirtiendo en un ingeniero moderno, poniéndome al día rápidamente.

Pero cuando una tarde de abril le esbocé mi idea del autosecretario, me dijo lentamente:

-Dan, ¿has estado trabajando en eso en el tiempo de la compañía?

-¿Qué? Pues, la verdad es que no. ¿Por qué?

-¿Qué dice tu contrato?

-¿Cómo? No tengo contrato. Curtis me puso en la nómina, y Galloway me hizo fotografías y me envió a un escritor para que me hiciese preguntas estúpidas; nada más.

-Hum... camarada, si yo fuese tú no seguiría con eso hasta estar seguro del terreno que piso.

-No me había preocupado desde este punto de vista.

-Déjalo una temporada. Ya sabes cómo está la compañía. Gana dinero y hemos producido algunos buenos productos. Pero los únicos artículos que hemos puesto en el mercado desde hace cinco años han sido adquiridos por licencias. No puedo hacer que McBee me apruebe nada; en cambio, a ti te es posible pasar por encima de McBee y llevar eso al gran jefe. De modo que no lo hagas... a menos que estés dispuesto a regalárselo a la compañía por el importe de tu salario.

Seguí su consejo. Continué diseñando, pero quemé todos los dibujos que me parecieron buenos; una vez los tenía en la cabeza ya no me eran necesarios. No me sentí culpable por ello; no me habían contratado como ingeniero, sino que me pagaban para que sirviese a Galloway de maniquí para su escaparate. Cuando mi valor de anuncio se hubiese agotado, me darían un mes de paga y un voto de gracias y me soltarían.

Pero para entonces ya volvería a ser un verdadero ingeniero capaz de abrir mi propia oficina. Si Chuck estaba dispuesto a arriesgarse me lo llevaría conmigo.

En vez de entregar mi historia a los diarios, Jack Galloway se decidió a hacerlo lentamente a través de las revistas; quería que *Lije* le dedicase un gran artículo, combinado con el que habían publicado hacía ya un tercio de siglo sobre el primer modelo de producción de Muchacha de Servicio. *Lije* no mordió el anzuelo, pero sí consiguió colocarlo durante aquella primavera en otros varios sitios, unido a anuncios de propaganda.

Tuve la intención de dejarme crecer la barba. Pero luego pensé que nadie me reconocería, y que no me hubiese importado aunque hubiese ocurrido lo contrario.

Recibí cierta cantidad de correo de chiflados, incluso una carta de un hombre que me prometía que iba a arder eternamente en el infierno por haber contravenido el plan de Dios para mi vida. La tiré a la papelera, pensando que si realmente Dios se hubiese opuesto a lo que me había ocurrido, nunca hubiera permitido que el sueño frío fuese posible. Por lo demás, no me molestaron.

Pero sí recibí una llamada telefónica, el jueves, 3 de mayo de 2001:

-La señora Schultz al aparato, señor. ¿Acepta la comunicación?

¿Schultz? Había prometido a Doughty, la última vez que había hablado con él, que me ocuparía de aquel asunto. Pero lo había ido dejando porque no deseaba hacerlo; tenía casi la seguridad de que se trataba de una de aquellas chifladas que se dedicaban a perseguir a los Durmientes y hacerles preguntas de tipo personal.

Pero Doughty me había dicho que desde que yo había salido, en diciembre, aquella mujer me había llamado varias veces. Siguiendo la política del Santuario, se habían negado a darle mi dirección, accediendo sólo a transmitir los mensajes.

-Pase la comunicación.

-¿Es usted Danny Davis?

El teléfono de mi oficina no tenía pantalla, así que no podía verme.

-Al habla. ¿Es usted Schultz?

-Oh... Danny, querido, ¡cuánto me alegro de oír tu voz!

De momento no respondí.

-¿Es que no me reconoces? -prosiguió la voz.

Claro que la reconocí: era Belle Gentry.

7

Quedamos citados.

Mi primer impulso fue enviarla al infierno y cortar la comunicación. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que la venganza es algo infantil; la venganza no iba a devolverme a Pet, y una venganza adecuada sin duda me hubiese llevado a la cárcel. Apenas había pensado en Belle y Miles desde que había dejado de buscarles.

Pero sin duda Belle sabía dónde estaba Ricky. De modo que concerté una cita.

Belle quería que la llevara a cenar, pero yo no lo deseaba. No es que sea muy estricto en cuestiones de etiqueta, pero cenar es algo que sólo se hace con amigos. La vería, pero no tenía intención de beber con ella. Le pedí su dirección y le dije que iría aquella noche, a las ocho.

Se trataba de un piso económico, en una parte de la ciudad (La Brea Inferior) no convertida aún por el Nuevo Plan. Antes de llamar a la puerta ya sabia yo que no había conservado lo que me había robado; de lo contrario no hubiera vivido allí.

Cuando la vi comprendí que la venganza llegaría demasiado tarde; ella misma y los años lo habían hecho por mí.

Según la edad que ella siempre había admitido, Belle tendría por lo menos cincuenta y tres años, aunque probablemente estaba más próxima a los sesenta. Entre la geriatría y la endocrinologia una mujer que se cuidara podía continuar aparentando treinta durante por lo menos otros treinta, y muchas mujeres lo conseguían. Había estrellas que se jactaban de ser abuelas y continuaban desempeñando papeles de ingenuas.

Belle no se había cuidado.

Era gorda, chillona y felina. Resultaba evidente que aún consideraba que su punto fuerte era su cuerpo, pues iba vestida con un *negligé* de Juntafuerte que, al mismo tiempo que enseñaba demasiado de su persona, mostraba también que era una hembra, mamífera, sobrealimentada y falta de ejercicio.

Ella no se daba cuenta de eso. Aquel cerebro antes tan agudo ahora estaba algo turbio; lo único que le quedaba eran sus pretensiones y su avasalladora confianza en sí misma. Se lanzó sobre mí dando chillidos de alegría y casi llegó a besarme antes de que consiguiera desprenderme de ella.

La empujé hacia atrás, sujetándole las muñecas.

-Cálmate, Belle.

-Pero, querido... ¡Estoy tan contenta, tan entusiasmada de verte!

-Ya me lo figuro. -Había ido allí resuelto a no perder la calma..., solamente a averiguar lo que quería saber, y marcharme; pero ya me iba pareciendo difícil-. ¿Te acuerdas de la última vez que me viste? Drogado hasta las narices, para que pudieseis meterme en el sueño frío.

Pareció perpleja y ofendida.

-¡Pero, querido! Lo hicimos por tu propio bien. ¡Estabas muy enfermo!

Creo que hasta lo creía así.

-Está bien, está bien. ¿Dónde está Miles? ¿Eres la señora Schultz ahora?

Sus ojos se dilataron.

-¿No lo sabias?

-Saber ¿qué?

-Pobre Miles... Pobre querido Miles. Vivió menos de dos años, querido Danny, después de que tú nos dejaras. -Su expresión se alteró-. ¡El sinvergüenza me engañó!

-Mala suerte.

Me preguntaba cómo habría muerto. ¿Se cayó o le empujaron? ¿Sopa de arsénico? Decidí ceñirme a lo principal antes de que Belle se saliera de los carriles.

-¿Qué ha sido de Ricky?

-¿Ricky?

-La niña de Miles, Federica.

-Oh... Aquella horrible criatura... ¿Cómo quieres que lo sepa? Se fue a vivir con su abuela.

-¿Dónde? ¿Y cómo se llamaba su abuela?

-¿Dónde? Tucson, o Yuma, o uno de esos lugares aburridos; quizá fuera Indio... Pero, querido, no tengo ganas de hablar de aquella criatura imposible... Prefiero que hablemos de nosotros.

-En seguida. ¿Cómo se llamaba su abuela?

-Querido Danny, te estás poniendo muy pesado. ¿Cómo quieres que me acuerde de una cosa así?

-¿Cómo se llamaba?

-Oh... Hanalon... o Haney... o Heinz. O quizá fuese Hinckley. Pero no seas plomo, cariño. Vamos a echar un trago. Bebamos por nuestra feliz reunión.

Meneé la cabeza:

-No bebo.

Eso era casi cierto. Después de haber descubierto que la bebida era un amigo en quien no se podía confiar en caso de crisis, generalmente me limitaba a una cerveza con Chuck Freudenberg.

-Qué aburrido, cariño. Supongo que no te importa si yo bebo.

-Se lo estaba ya sirviendo, ginebra pura, el amigo de las chicas solitarias. Pero antes de bebérselo cogió una botella de plástico y se sirvió dos cápsulas sobre la palma de la mano-. ¿Quieres una?

Reconocí la envoltura de la cápsula; era euforión. Se decía que no era tóxico y no formaba hábito, pero las opiniones diferían. Había una campaña para incluirla en la misma clase de la morfina y los barbitúricos.

-Gracias; ahora soy feliz.

-Qué bien.

Se tomó las dos cápsulas, haciéndolas pasar con ginebra. Pensé que si quería averiguar algo tenía que apresurarme; dentro de poco no habría sino estúpidas risas.

La cogí del brazo y la senté en el sofá, y luego también me senté yo.

-Belle, cuéntame algo de ti. Ponme al corriente. ¿Cómo os entendisteis, Miles y tú con los Mannix?

-¿Eh? No nos entendimos. -De repente se inflamó -. ¡Fue culpa tuya!

-¿Cómo? ¿Culpa mía? ¡Si ni siquiera estaba allí!

-Claro que fue culpa tuya. Aquel monstruo que construiste partiendo de una silla de ruedas... aquello era precisamente lo que querían. Y desapareció.

-¿Desapareció? ¿Dónde estaba?

Me miró fijamente con ojos suspicaces y porcinos.

-Tú deberías saberlo. Fuiste tú quien se lo llevó.

-¿Yo? Belle, estás loca. Yo no podía haberme llevado nada. Estaba helado como un carámbano, en sueño frío. ¿Dónde estaba? ¿Y cuándo desapareció?

Aquello coincidía con mis sospechas de que alguien se debía haber llevado a Frank Flexible, si es que Belle y Miles no habían hecho uso de él. Pero de entre todos los miles de millones de seres del globo, yo era precisamente quien sin duda no se lo había llevado. No había visto a Frank desde aquella calamitosa noche en que me habían derrotado en votación.

Cuéntamelo, Belle ¿Dónde estaba? ¿Y qué os hizo creer que era yo quien se lo había llevado?

-Tenias que ser tú. Nadie más sabía que era importante. ¡Aquel montón de chatarra! Ya le había dicho a Miles de no ponerlo en el garaje.

-Pero aunque alguien se lo hubiese llevado, dudo de que lo hubiesen podido hacer funcionar. Vosotros seguiais teniendo todas las notas, instrucciones y dibujos.

-No; tampoco las teníamos. Miles, el muy idiota, las había metido dentro de él la noche que tuvimos que desplazarlo para protegerlo.

No hice comentario alguno sobre la palabra «proteger». Pero estaba a punto de decir que no podía haber metido varios kilos de papel dentro de Frank Flexible, estaba ya relleno como un pavo, cuando recordé que había construido un estante provisional a través de la parte baja de la silla de ruedas, para guardar las herramientas mientras trabajaba en él. Alguien que tuviese prisa bien podía haber metido mis notas de trabajo en aquel espacio.

No importaba. El crimen, o los crímenes habían sido cometidos hacía treinta años. Quería averiguar cómo Muchacha de Servicio, Inc., se les había escapado de las manos.

-Después de haber fracasado los tratos con el grupo Mannix, ¿qué hicisteis con la compañía?

- Continuarla, como es natural. Luego, cuando Jake nos dejó,

Miles dijo que teníamos que cerrar. Miles era débil... y aquel Jake Smith nunca me acabó de gustar. Rastrero. Siempre preguntando por qué te habías ido... ¡Como si lo hubiésemos podido evitar!

Debería haber encontrado a un buen capataz y seguir trabajando.

La compañía hubiese valido más. Pero Miles insistió.

-¿Y entonces qué ocurrió?

-Pues que entonces cedimos las licencias a Geary Manufacturing, claro está. Eso ya lo sabes; ahora trabajas allí.

En efecto, ya lo sabía; el nombre completo de la corporación de Muchacha de Servicio era ahora Aparatos Muchacha de Servicio y Geary Manufacturing Inc., si bien los distintivos solamente decían Muchacha de Servicio. Me pareció que ya había averiguado todo lo que aquella vieja y fofa ruina me podía decir.

Pero sentía curiosidad respecto a otro punto.

-¿Tú vendiste tus acciones después que hubisteis cedido las licencias a Geary?

-¿Cómo? ¿Qué te ha hecho creer eso? -Su expresión se alteró y comenzó a gimotear, rebuscando torpemente un pañuelo, y luego abandonando la búsqueda y dejando correr las lágrimas -: ¡Me engañó! ¡ Me engañó! Aquel puerco estafador me engañó... me echó de allí. -Hizo unos pucheros y añadió pensativa -: Todos me engañasteis... y tú fuiste el peor de todos, querido Danny. Después que fui tan buena para contigo. -Y comenzó nuevamente a berrear.

Pensé que el euforión no valía lo que costaba, por poco que fuese. O quizá le divertía llorar.

-¿Cómo te engañó, Belle?

-¿Qué? Si tú ya lo sabes. Se lo dejó todo a aquel piojoso crío suyo... después de todo lo que me había prometido... después de que la cuidé cuando se hizo tanto daño. Y ni siquiera era su hija. Eso lo prueba.

Era la primera buena noticia que había tenido durante toda la noche. Por lo visto Ricky había sido bien tratada en algo, aunque antes le hubiesen quitado mis acciones. De modo que volví al asunto principal:

-Belle, ¿cómo se llamaba la abuela de Ricky? ¿Y dónde vivían?

-¿Dónde vivían, quiénes?

-La abuela de Ricky.

-¿Quién es Ricky?

-La hija de Miles. Trata de recordarlo, Belle. Es importante.

Aquello la disparó. Me señaló con el dedo y chilló:

-Te conozco. Tú estabas enamorado de ella; eso es lo que pasa. Aquella cochina criatura... ella y su horrible gato.

Sentí un acceso de furia al mencionar a Pet. Pero intenté reprimirlo. No hice sino agarrarla por los hombros y sacudirla un poco.

-Vamos, Belle. Solamente quiero saber una cosa. ¿Dónde vivían? ¿Cómo dirigía las cartas Miles cuando les escribía?

Me dio unas patadas.

-¡No quiero ni hablarte! Te has portado abominablemente desde que entraste aquí. -Luego pareció tranquilizarse casi instantáneamente y dijo con calma-.

-No lo sé. El nombre de la abuela era Haneker, o algo así. Solamente la vi una vez en el juicio, cuando vinieron por lo del testamento.

-¿Cuándo ocurrió eso?

- Después de morir Miles, naturalmente.

- ¿Cuándo murió Miles, Belle?

Se alteró otra vez.

-Quieres saber demasiado. Eres tan malo como los jueces... preguntas, preguntas, preguntas... -Luego se levantó, y dijo con tono implorante-: Olvidémoslo todo, y seamos sencillamente nosotros. Ahora ya sólo quedamos tú y yo, querido... y aún tenemos nuestras vidas por delante. Una mujer no es vieja a los treinta y nueve... Schultzie decía que yo era la cosa más joven que nunca había visto; y aquel viejo carnero había visto muchas, puedes creerlo... Seriamos tan felices. Nosotros...

No pude soportarlo más.

-Tengo que irme, Belle.

-¿Cómo, cariño? Si es temprano... y tenemos toda la noche por delante. Me figuraba...

-No me importa lo que te hayas figurado. Ahora tengo que irme.

-Oh, cariño, ¡qué lástima! ¿Cuándo volveré a verte? ¿Mañana? Estoy ocupadísima, pero anularé mis compromisos...

-No te volveré a ver, Belle. -Y me fui.

Y nunca más volví a verla.

Tan pronto como llegué a casa tomé un baño caliente, y me froté bien. Luego me senté y traté de hacer el balance de lo que había averiguado, si es que había averiguado algo. Belle parecía creer que el apellido de la abuela de Ricky comenzaba con «H», si es que las divagaciones de Belle tenían algún significado, lo cual era

muy dudoso y que habían vivido en una de las ciudades del desierto de Arizona, o quizás en California. Bueno, quizá los investigadores profesionales pudieran deducir algo de todo aquello.

O quizá no pudieran deducir nada. En todo caso, sería lento y caro; tendría que esperar hasta que pudiera permitírmelo.

¿Sabia algo más que tuviera importancia?

Miles había muerto (según decía Belle) hacia 1972. Si había muerto en este condado, debería encontrar la fecha sólo con buscarla un par de horas, luego debería ser posible encontrar la pista de su testamento... si es que lo había, como Belle parecía haber querido indicar. A través del testamento podría averiguar dónde había vivido entonces Ricky, si es que los tribunales conservaban tales datos (yo no lo sabía). Si es que en definitiva ganaba algo con reducir el lapso de tiempo a veintiocho años y localizar la ciudad en que había vivido entonces. Todo ello suponiendo que tuviera sentido ir en busca de una mujer que debería tener cuarenta y un años y casi con seguridad estaría casada y con hijos.

La ruina de lo que en un tiempo había sido Belle Darkin me había turbado: empezaba a darme cuenta de lo que podían representar treinta años. No porque temiera que una Ricky ya mayor pudiera no ser buena y amable... pero, ¿se acordaría de mi? Oh, no creía que se hubiese olvidado por completo de mí, pero ¿no en probable que yo fuese para ella sencillamente una persona sin facciones, aquel a quien llamaba «Tío Danny» y que tenía un hermoso gato?

¿Quizá no estaría yo viviendo en una fantasía del pasado, lo mismo que Belle?

Pero, al fin y al cabo, intentar buscarla no podía hacer daño a nadie. Por lo menos podríamos enviarnos tarjetas de Navidad todos los años. Su marido no tendría nada que objetar al respecto.

8

La mañana siguiente era viernes, 4 de mayo. En vez de ir a la oficina fui a la Sala de Archivos del condado. Estaban haciendo reformas, por lo que me dijeron que volviera al cabo de un mes. Así que me fui a la oficina del *Times,* donde cogí tortícolis a consecuencia de usar un microexplorador. Pero lo que pude averiguar fue que si Miles había fallecido entre los doce y los treinta y seis meses después de que me hubiera metido en la heladera, no había muerto en el Condado de Los Ángeles, si las noticias necrológicas eran correctas.

Claro que no había ninguna ley que le obligara a morirse en el Condado de Los Ángeles. Uno puede morirse en cualquier parte. Todavía no han logrado reglamentar eso.

Probablemente en Sacramento hubiera archivos del estado; pensé que tendría que ir a investigar algún día. Di las gracias al bibliotecario del *Times,* me fui a almorzar, y finalmente volví a Muchacha de Servicio.

Había dos llamadas telefónicas y una nota, todo ello de Belle. De la nota leí hasta «Queridísimo Dan», la rompí y advertí a recepción que no aceptaran llamadas para mí de parte de la señora Schulz. De allí me fui al departamento de contabilidad y pregunté al contable si había alguna forma de comprobar la antigua propiedad de acciones retiradas de la circulación. Dijo que lo intentaría, y le di, de memoria, los números de las acciones de Muchacha de Servicio que me habían pertenecido originalmente. Para ello no fue necesario ningún alarde de memoria; al principio habíamos emitido exactamente mil acciones, de las cuales había conservado las primeras quinientas diez, y el «regalo de compromiso» a Belle procedía del principio.

Regresé a mi madriguera y encontré que McBee me estaba esperando.

-¿Dónde ha estado? -preguntó.

-Por ahí. ¿Por qué?

-Eso no es contestación suficiente. El señor Galloway ha estado hoy aquí dos veces preguntando por usted. Me vi obligado a decirle que no sabía dónde estaba.

-¡Qué tontería! Si Galloway me necesita, acabará por encontrarme. Si emplease en tratar de vender su mercancía anunciando sus verdaderos méritos la mitad del tiempo que se pasa pensando en algo nuevo, la casa se beneficiaría más.

Galloway empezaba a molestarme. Estaba encargado de las ventas, pero a mí me parecía que en realidad se ocupaba más de hacer propaganda de la agencia anunciadora que se encargaba de nuestros intereses. Pero soy persona de prejuicios; lo único que a mí me interesa es la ingeniería. Todo lo demás me parece puro papeleo, generalidades.

Conocía el motivo por el cual me buscaba Galloway, y la verdad era que me había estado haciendo el remolón. Quería vestirme en traje del 1900 y sacar fotografías. Le había dicho que podía hacerme todas las fotografías que quisiese en trajes del 1970, pero que 1900 era doce años antes de haber nacido mi padre. Contestó que nadie se daría cuenta de la diferencia, y le mandé a paseo.

Esas gentes que se dedican a fantasear para engañar al público se imaginan que nadie más que ellos sabe leer ni escribir.

-Su actitud no es correcta, señor Davis -dijo McBee.

-¿De veras? Lo siento.

-Su situación es algo rara. Está usted a cargo de mi departamento, pero tengo que prestarle a usted a los departamentos de ventas y de propaganda cuando le necesitan. Desde ahora en adelante valdrá más que utilice el reloj para registrar su entrada, como todos los demás... y valdrá más que me comunique cuando salga de la oficina durante las horas de trabajo. Haga el favor de tenerlo ~ cuenta.

Conté lentamente hasta diez.

-Mac, ¿usted utiliza el reloj registrador?

-¿Eh? Naturalmente que no. Soy el ingeniero jefe.

-Desde luego. Así lo dice encima de la puerta. Pero fijese, Mác en que yo era ingeniero jefe de este lugar antes de que usted hubiera empezado a afeitarse. ¿Es que ha creído usted en serio que voy inclinarme ante un reloj registrador?

Mac se sofocó.

-Es posible que no. Pero lo que puedo decirle es esto: si no hace, no cobrará su paga.

-¿De veras? No fue usted quien me contrató, de modo que puede despedirme.

-Mmmm... ya lo veremos. Por lo menos puedo transferirle mi departamento al de propaganda, al que usted pertenece. Si que usted pertenece a alguna parte. -Echó una ojeada a mi máquina de dibujar-. Y evidentemente usted aquí no produce nada. No me interesa tener ocupada más tiempo esa máquina tan cara. -Hizo una rápida inclinación de cabeza y dijo-: Buenas tardes.

Salí tras él. Un Chico oficinista entró rodando y colocó en **1** cesta un gran sobre, pero no esperé a ver lo que era, sino que b~ furioso al café-bar de los empleados. Lo mismo que muchos otros cabezotas, Mac se figuraba que el trabajo creador podía ser efectuado por la masa. No era sorprendente que la firma no hubiera producido nada nuevo desde hacía años.

Bueno, que se vaya al diablo. Tampoco yo había tenido la intención de quedarme mucho tiempo más.

Más o menos una hora más tarde regresé y encontré un sobre d correo interno de la oficina en mi cesta. Lo abrí, pensando que Mac habría decidido sacudírseme de encima enseguida.

Pero era del servicio de contaduría, y decía:

Querido señor Davis:

Referencia: acciones sobre las que nos ha consultado

Los dividendos correspondientes al paquete mayor fueron abonados desde el primer trimestre de 1971 al segundo trimestre de 1980 a cargo de las acciones primitivas, a un depósito mantenido a favor de un interesado llamado Heinecke. Nuestra reorganización se produjo en 1980, y el resumen de q disponemos es algo confuso, pero parece ser que las acciones equivalentes (después de la reorganización) fueron vendidas al Grupo de Seguros Cosmopolita, quienes las conservan aún. Por lo que se refiere al paquete de acciones menor, estaba a nombre (según usted presumía) de Belle D. Gentry hasta 1972, fecha en que fue atribuido a Corporación Financiera Sierra, quienes lo fragmentaron y lo vendieron separadamente. La historia subsiguiente exacta de cada una de las acciones y de su equivalente después de la reorganización podría ser trazada, pero para ello se necesitaría más tiempo.

Si este departamento puede serle útil en alguna otra cosa, le rogamos se dirija a nosotros sin ningún reparo.

Y. E. Reuther, Contable.

Llamé a Reuther, le di las gracias y le dije que aquello era todo cuanto necesitaba. Sabia entonces que mi adjudicación a Ricky no había sido nunca efectiva. Puesto que la transferencia de mis acciones que figuraba en el archivo era evidentemente fraudulenta, aquello me olía a Belle, y los terceros podían haber sido o bien sus hombres de paja o quizás una persona ficticia; probablemente ya entonces estaba proyectando estafar a Miles.

Por lo visto, después de la muerte de Miles se había vendido la partida pequeña. Pero no me importaba lo que hubiese podido ocurrir con ninguna de las acciones una vez habían salido del control de Belle. Me había olvidado de pedir a Reuther que me siguiese la pista del paquete de Miles... podría conducirnos a Ricky, aunque ya no lo tuviese en su poder. Pero era ya la tarde del viernes; se lo pediría el lunes. Lo que de momento me interesaba hacer era abrir aquel gran sobre que me esperaba, pues había visto el membrete.

A principios de marzo había escrito a la oficina de patentes sobre las patentes originales de Castor Servicial y de Dan Dibujante. Mi convicción de que el primitivo Castor Servicial no era sino otro nombre de Frank Flexible había quedado algo quebrantada después de mi primera y perturbadora experiencia con Dan Dibujante. Se me había ocurrido la posibilidad de que el mismo genio desconocido que había concebido a Dan Dibujante de una manera tan semejante a la que yo había imaginado, podía también haber desarrollado un equivalente paralelo de Frank Flexible. Esa teoría venía apoyada por el hecho de que ambas patentes habían sido sacadas el mismo año y ambas patentes estaban en manos de (o habían estado hasta que expiraron) la misma compañía, Aladino.

Pero quería saberlo. Y si aquel inventor vivía aún, quería conocerlo. Me podría enseñar algunas cosas.

Primeramente había escrito a la oficina de patentes de donde recibí como respuesta un impreso diciendo que todos los archivos de las patentes que habían expirado se conservaban en los Archivos Nacionales de las Cavernas de Carísbad. Así pues escribí a los Archivos, quienes respondieron con una lista de precios. De modo que escribí por tercera vez remitiendo un giro postal (se ruega no envíen cheques personales) solicitando copias de todo el mecanismo de las dos patentes: descripciones, títulos, dibujos, historias.

Aquel grueso sobre parecía ser la respuesta.

La de encima era la de 4.307.909, la patente básica de Castor Servicial. Me puse a mirar los dibujos, dejando de lado momentáneamente tanto los títulos como las descripciones. Los títulos carecen de importancia, salvo ante los tribunales; la idea principal al redactar los títulos justificativos al solicitar una patente consiste en reclamar todo el universo en los términos más amplios posibles, ya que luego los examinadores de patentes reducen las pretensiones de uno; para eso están los abogados de patentes. Las descripciones tienen que ser exactas, pero a mí me es más rápido ver dibujos que leer.

Tengo que admitir que no se parecía mucho a Frank Flexible. Era mejor que Frank Flexible; podía hacer más cosas, y algunas de las conexiones eran más sencillas. La noción fundamental era la misma -pero eso era forzoso, puesto que una máquina controlada por medio de los tubos de Thorsen y anterior a Castor Servicial tenía que estar basada en los mismos principios que yo había utilizado en Frank Flexible.

Casi podía imaginarme a mí mismo desarrollando un artefacto de aquel tipo... algo así como la segunda etapa de un modelo de Frank. Una vez había pensado en ello -un Frank sin las limitaciones domésticas de Frank.

Por fin llegué a lo de mirar el nombre del inventor en la relación de títulos y hojas de descripciones.

Lo reconocí sin dificultad. Era D. B. Davis.

Me quedé mirándolo durante un rato mientras silbaba «El Tiempo en Mis Manos», lentamente y desafinando. De modo que Belle había mentido una vez más. Me pregunté si habría algo de cierto en todo aquel torrente de palabras que me había lanzado. Sin duda, Belle era una embustera patológica, pero yo había leído en algún lugar que los embusteros patológicos acostumbran a seguir un plan, comenzando por la verdad y embelleciéndola, más bien que gozarse en una fantasía absoluta. Era evidente que mi modelo Frank no había sido nunca «robado», sino que lo habían pasado a algún otro ingeniero para que lo afinase, y luego habían solicitado la patente en mi nombre.

No obstante, el convenio de Mannix nunca se había llegado a concretar; eso era cierto, puesto que ya sabía por la historia de la compañía misma. Pero Belle había dicho que la imposibilidad de presentar Frank Flexible era lo que había hecho fracasar el convenio.

¿Sería que Miles se había apropiado de Frank haciendo creer a Belle que había sido robado? O, mejor dicho, vuelto a robar.

En tal caso... dejé de intentar adivinar, pues me pareció algo imposible, más imposible aún que mi búsqueda de Ricky. Quizá tendría que aceptar un empleo en Aladino para poder llegar a averiguar dónde había adquirido la patente básica y quién se había beneficiado con la transacción. Probablemente no valía la pena puesto que la patente había expirado, Miles había muerto, y Belle, si es que había ganado algo con ello, hacía ya tiempo que lo había perdido. Me había satisfecho acerca del único punto que me importaba, lo que había querido demostrar; es decir, que el inventor original era yo mismo. Mi orgullo profesional estaba a salvo, ¿y quién se preocupa por el dinero, cuando el problema de las tres comidas diarias está resuelto? Yo no, desde luego.

De modo que me volví a la patente 4.307.910, Dan Dibujante.

Los diseños eran una verdadera delicia. Ni yo mismo lo hubiese podido proyectar mejor; aquel individuo verdaderamente sabía lo que se hacía. Admiré la economía de las conexiones y la ingeniosa manera en que se habían utilizado los circuitos para reducir las partes móviles a un mínimo. Las partes móviles son algo así como el apéndice vermicular; una fuente de perturbaciones que deben ser suprimidas en cuanto es posible.

Incluso había utilizado una máquina de escribir eléctrica para el armazón del teclado, atribuyéndolo en el dibujo a una serie de patentes de IBM. Aquello si que era ingenioso, verdadera ingeniería: no inventar nunca nada que se pueda comprar en el mercado corriente.

Quise saber quién había sido aquel chico tan cabezota: miré los papeles.

Era D. B. Davis.

Al cabo de un rato telefoneé al doctor Albrecht. Fueron a buscarle y le dijeron quién era yo, puesto que el teléfono de mi oficina no tenía visual.

-Reconocí su voz -respondió-. Hola, muchacho; ¿cómo le v en su nuevo empleo?

-No del todo mal. Todavía no me han ofrecido parte en c negocio.

-Deles tiempo. Por lo demás, ¿está contento? ¿Encuentra que encaja?

-Sin duda. Si hubiese sabido qué gran sitio es éste ahora, hubiese tomado el Sueño antes. No me podrían convencer para que volviese a 1970.

-¡Vamos, vamos! Recuerdo aquel año bastante bien. Era entonces un muchacho en una granja de Nebraska. Cazaba y pescaba. M< divertía. Más de lo que me divierto ahora.

-Bueno; a cada cual lo suyo. A mí me gusta ahora. Pero mire Doctor; no le llamé solamente para hablar filosofías; tengo UE pequeño problema.

-Pues veámoslo; será un descanso; la mayor parte de la gente tienen grandes problemas.

-Doctor: ¿es posible que el Gran Sueño cause amnesia?

Vaciló antes de responder.

-Es concebible. No puedo decir que haya visto nunca un case como tal. Quiero decir, independientemente de otras cosas.

-¿Cuáles son las cosas que ocasionan amnesia?

-Muchas cosas. La más corriente es, probablemente, el propio deseo subconsciente del paciente. Se olvida de una serie de acontecimientos, o los modifica a su manera, porque los hechos le resultan insoportables. Eso es una amnesia funcional cruda. Luego hay la amnesia debida al antiguo método del golpe en la cabeza, amnesia debida a un trauma. También puede tratarse de amnesia debida a sugestión... bajo la acción de drogas o de hipnosis. ¿Qué le ocurre amigo? ¿Es que no encuentra su talonario de cheques?

-No se trata de eso. Al contrario, me parece que me voy desenvolviendo muy bien ahora. Pero no acabo de recordar algunas cosas que ocurrieron antes de que tomase el Sueño... y eso me preocupa.

-Mmmm, ¿alguna posibilidad de las causas que he citado?

- Sí - dije lentamente -. Sí, todas ellas, salvo quizá la del golpe en la cabeza, y aun eso pudo haber ocurrido cuando estaba borracho.

-Me olvidé de citar -dijo secamente-, la amnesia temporal más corriente... correr una cortina bajo la influencia del alcohol. Chico, ¿por qué no viene a verme y hablaremos de todo eso con detalle? Si no consigo averiguar qué es lo que ocurre, ya sabe que no soy psiquiatra, puedo ponerle en manos de un hipnoanalista que le pelará la memoria lo mismo que si fuese una cebolla, y le dirá por qué llegó usted tarde a la escuela el 4 de febrero del año de su segundo grado. Pero es bastante caro, de modo que ¿por qué no me da primero una oportunidad?

-La verdad doctor, ya le he molestado bastante; y le molesta tanto aceptar dinero...

-Chico, mi gente siempre me interesa: no tengo otra familia.

Le dejé diciendo que si no lo había solucionado, le llamaría a principios de semana. En todo caso, querría pensar yo mismo sobre ello.

La mayor parte de las luces se habían apagado, salvo en mi oficina; una Muchacha de Servicio, del tipo de la mujer de hacer faenas, entró, registró que la habitación estaba todavía ocupada y salió rodando silenciosamente. Yo seguí allí sentado.

Al cabo de un rato Chuck Freudenberg metió la cabeza y dijo:

-Creía que te habías ido hace rato. Despierta y acaba tu sueño en casa.

Levanté la mirada.

-Chuck, tengo una idea estupenda. Comprémonos un barril de cerveza y dos pajas.

Lo pensó unos instantes:

-Bueno, es viernes... y siempre me gusta que me duela la cabeza los lunes; así sé qué día de la semana es.

-Aprobado, y por lo tanto ordenado. Espera un segundo mientras meto algunas cosas en esta cartera.

Bebimos unas cuantas cervezas, luego comimos algo, después bebimos otras cervezas en un sitio donde la música era buena, de allí nos fuimos a otro sitio donde no había música y donde los compartimentos tenían paredes revestidas de material amortiguador de sonido, y donde no le molestaban a uno mientras pidiese alguna cosa aproximadamente cada hora. Hablamos y le enseñé las copias de las patentes.

Chuck examinó el prototipo del Castor Servicial.

-Bonito trabajo, Dan. Me siento orgulloso de ti, muchacho. Me gustaría tener tu autógrafo.

-Pero fíjate en éste. -Y le di los documentos de la patente de la máquina de diseñar.

-En cierto sentido éste es aún mejor. Dan ¿te das cuenta de que probablemente has tenido más influencia en el estado actual del arte de la que... bueno, de la que Edison tuvo en su época? Eso ya lo sabes, ¿verdad, muchacho?

- Déjalo correr, Chuck; eso es serio. - Señalé abruptamente e montón de fotóstatos -. Está bien. De modo que soy el autor d uno de ellos; pero no puedo serlo del otro. No lo hice yo... a menos de que me haya armado un completo lío sobre mi vida antes de que tomase el Sueño. A no ser que padezca amnesia.

-Has estado diciendo esto durante los últimos veinte minutos Pero no me parece que tengas ningún circuito abierto. No estás más loco de lo que es corriente en un ingeniero.

Di un puñetazo en la mesa haciendo bailar los vasos.

-¡Es preciso que lo sepa!

-Cálmate ¿Qué piensas hacer?

-¿Cómo? -Lo pensé-. Voy a pagar a un psiquiatra para que me lo extraiga.

Chuck suspiró:

-Ya me imaginaba que dirías eso. Mira, Dan; supongamos que pagas a ese mecánico del cerebro para que lo haga y que te dice que no hay nada que funcione mal, que tu memoria está bien, y que todas tus conexiones están en buen estado. ¿Entonces, qué?

-Es imposible.

-Eso es lo que dijeron a Colón. Ni siquiera has mencionado la explicación más probable.

-¿Cuál?

Sin responderme hizo una seña al camarero y le pidió que trajese la guía de teléfonos de todo el distrito. Yo dije:

-¿Qué ocurre? ¿Vas a pedir que me vengan a buscar con la vagoneta?

-Aún no. -Rebuscó por el enorme libro, se detuvo y dijo-: Dan, mira eso.

Miré. Tenía su dedo en los «Davis». Había columnas enteras de Davis. Pero allá donde tenía el dedo había una docena de «D. B. Davis», desde »Dabney» a «Duncan».

Había tres «Daniel B. Davis». Uno de ellos era yo.

- Eso es entre siete millones de personas - prosiguió diciendo -. ¿Quieres que probemos suerte entre doscientos cincuenta millones?

-Eso no prueba nada -dije débilmente.

-No -asintió-, no lo prueba. Desde luego estoy de acuerdo en que sería una coincidencia que dos ingenieros de talento semejante estuviesen trabajando sobre la misma cosa al mismo tiempo, y que diese la casualidad de que su nombre y sus iniciales fuesen los mismos. Por las leyes estadísticas podríamos calcular exactamente cuán improbable es que tal cosa ocurra. Pero las gentes se olvidan, especialmente las que deberían saberlo, como tú, de que mientras que las leyes estadísticas indican precisamente lo improbable que es que se presente determinada coincidencia, también indican con igual precisión que tales coincidencias se presentan en efecto. Me parece que aquí nos encontramos con una de ellas. Prefiero mucho más eso que la teoría de que mi compañero de cervezas ha descarrilado. No se encuentran con facilidad buenos compañeros de cervezas.

-¿Qué crees que debería hacer?

-Lo primero, no malgastar tu tiempo y tu dinero en un psiquiatra hasta que hayas intentado lo segundo. Lo segundo es averiguar el primer nombre de ese «Daniel B. Davis» que presentó esta patente. Debe haber alguna manera fácil de hacerlo. Lo más probable es que su primer nombre sea «Dexter» o quizá «Doroty». Pero no te alarmes si es «Daniel», porque el nombre de enmedio puede ser «Berzowski» y tener un número de seguridad social diferente del tuyo. Y lo tercero que hay que hacer, y que en realidad es lo primero, es olvidarlo por ahora y pedir otra ronda.

Así lo hicimos y hablamos de otras cosas, especialmente de mujeres. Chuck tenía una teoría de que las mujeres eran muy semejantes a las máquinas, pero por completo impredecibles lógicamente. Para probar su teoría dibujó con cerveza unos esquemas sobre la mesa.

Algo más tarde dije de repente:

-Si realmente existiese el viajar por el tiempo, yo ya sé lo que haría.

-¿Eh? ¿De qué estás hablando?

-Me refiero a mi problema. Mira, Chuck, llegué hasta aquí, llegué hasta «ahora», quiero decir, gracias a una especie de viaje por el tiempo primitivo. Pero la dificultad es que no puedo regresar. Todas las cosas que me preocupan sucedieron hace treinta años. Volvería y averiguaría la verdad... si existiese algo semejante al verdadero viaje por el tiempo.

Chuck se quedó mirándome:

-¡Pues sí que existe!

-¿Qué?

Se calmó instantáneamente:

-No debía haber dicho eso.

Respondí:

-Quizá no, pero ya lo has dicho. Y ahora valdrá más que me expliques lo que has querido decir antes de que te vacíe este vaso e la cabeza.

- Olvídate, Dan. Me escurrí.

-¡Habla!

-Eso es precisamente lo que no puedo hacer. -Miró en rededor. No había nadie cerca de nosotros-. Está clasificado.

-¿Clasificado, el viajar por el tiempo? Pero... ¿y por que?.

-¡Hombre! ¿Es que no has trabajado nunca para el Gobierno Si pudiesen clasificarían hasta el sexo. No es necesario que exista una razón; se trata de una política. Pero está clasificado, y yo estoy ligado por ello. De modo que déjalo correr.

-Mira... Deja de decir tonterías, Chuck; eso es muy importan para mí. Terriblemente importante -dije-. Me lo puedes decir mi. Yo tenía una categoría «Q». Y nunca me la suspendieron. L único que ocurre es que ya no estoy con el Gobierno.

-¿Qué es la categoría «Q»?

Se lo expliqué y acabó por asentir:

- Quieres decir, una situación «Alfa». Debes haber sido algo serio, muchacho; yo solamente llegué a ser «Beta».

- Entonces, ¿por qué no me lo puedes decir?

-¿Eh? Ya lo sabes. Prescindiendo de tu categoría, no esta calificado con la requerida «Necesidad de Saberlo».

-¡Cómo que no! «Necesidad de Saberlo» es precisamente lo que más tengo.

Pero no quería variar de criterio, hasta que dije, molesto.

-No creo que exista tal cosa. Creo que lo que te ocurrió fue que te tragaste un eructo.

Me miró solemnemente durante un momento, y luego dijo

-Danny.

-¿Eh?

-Te lo voy a decir. Pero recuerda tu categoría «Alfa» chico. Ti lo voy a decir porque no puede hacer ningún daño, y quiero que ti des cuenta de que no te serviría de nada en tu problema. Es e~ realidad viajar por el tiempo, pero no es práctico. No puede utilizarlo.

-¿Por qué no?

-Déjame hablar ¿quieres? Nunca acabaron de perfeccionarlo, no es ni tan sólo teóricamente posible que lo consigan nunca. No tiene ningún valor práctico, ni siquiera para investigación. Se trata sencillamente de un producto secundario de Gravicero, y es por eso que lo clasificaron.

-Pero, ¡diablos!, la Gravicero está desclasificada...

-¿Y eso qué tiene que ver? Si lo otro fuese comercial, quizá sí que lo soltasen. Pero cállate.

Me temo que no me callé, pero valdrá más que esto lo cuente como si efectivamente me hubiese callado. Durante el último año de Chuck en la Universidad de Colorado, es decir, de Boulder, había ganado dinero suplementario como ayudante de laboratorio. Tenían un gran laboratorio criogénico y al principio había trabajado allí. Pero la universidad disfrutaba de un suculento contrato de defensa relacionado con la teoría de Edimburgo sobre el campo, y habían construido un gran laboratorio nuevo de física en las montañas de los alrededores de la ciudad. A Chuck lo destinaron allí, bajo el profesor Twitchell, el doctor Hubert Twitchell, al que poco le faltó para obtener el Premio Nobel, y que se lo tomó tan mal.

Twitchell pensó que si polarizaba alrededor de otro eje podría invertir el campo gravitatorio en lugar de solamente nivelarlo, pero no ocurrió nada. Luego conectó lo que había hecho en dirección inversa, hacia el contador, y se quedó asombrado de los resultados. Naturalmente, nunca me los enseñó. Puso dos dólares de plata en la jaula de ensayos, todavía usaban dinero sólido por allí en aquellos tiempos, después de hacérmelos marcar. Oprimió el botón del solenoide, y desaparecieron.

-Pues bien, eso no es gran cosa -prosiguió Chuck-. Lo que debía haber hecho entonces era hacerlos volver a aparecer bajo la nariz de uno de los niños que se prestan a subir al escenario. Pero él pareció satisfecho con el resultado, y yo también lo estuve; me pagaban por horas.

»Una semana después desapareció una de aquellas ruedas de carro. Solamente una. Pero antes, una tarde, mientras estaba limpiando el laboratorio después de que él se hubiese ido a su casa, apareció un conejo de indias en la jaula. No pertenecía al laboratorio de biología. Contaron los suyos y vieron que no les faltaba ninguno, si bien siempre es difícil asegurarlo cuando se trata de conejos de indias, de modo que me lo llevé a casa y me lo quedé.

»Después de aquel dólar de plata solitario volvió, Twitchell se puso tan frenético que dejó de afeitarse. La vez siguiente utilizó dos conejos de indias del laboratorio de biología. Uno de ellos me pareció un antiguo conocido, pero no lo vi mucho rato, porque el profesor oprimió el botón y los dos desaparecieron.

»Cuando uno de ellos volvió al cabo de diez días, el que no se parecía al mío, Twitchell tuvo la seguridad de que había dado en el clavo. Entonces vino el Comandante en jefe Presidente del departamento de defensa, un coronel del tipo de los de butaca, que a su vi había sido profesor de botánica. Un tipo muy militar... a Twitchel no le gustaba nada. El coronel me hizo jurar el secreto más absoluto, mucho más solemne que el juramento correspondiente a nuestra «categoría». Parecía creer que había encontrado lo más sensacional en logística militar desde que Cesar inventó el papel carbónico. Su idea era que sería posible enviar divisiones hacia delante hacia atrás a una batalla que ya estuviese perdida, o a punto perderla, y ganarla. El enemigo

nunca se daría cuenta de qué era que había ocurrido. Estaba completamente loco, como es natural, y no consiguió nunca la estrella que perseguía. Pero la clasificación de «Críticamente Secreto» que te dio ha quedado desde entonces, subsiste, según creo, hasta la fecha. Nunca he leído nada sobre ello.

-Quizá tenga alguna utilidad militar -argúí-, me parece, fuese posible disponer la manera de llevar una división de soldados cada vez. No; espera un momento. Ya veo la objeción; se necesitarían dos divisiones, una para ir hacia delante, y la otra para ir hacia atrás. Se perdería por completo una divis ión... Me imagino q~ sería más práctico tener una división en el lugar y al tiempo oportuno desde un principio.

-Tienes razón, pero tus argumentos son erróneos. No es necesario utilizar dos divisiones, ni dos conejos de indias, ni dos cosas nada. Lo único que tienes que hacer es equilibrar las masas. Podría utilizar una división y un montón de piedras que pesase lo mismo Es una cuestión de acción y reacción, corolario de la Tercera Ley c Newton. -Y comenzó de nuevo a dibujar con las chorreaduras de cerveza-. MV igual a mv... la fórmula básica de las naves cohete La fórmula análoga para el viaje por el tiempo es MT igual a mt.

-Sigo sin ver la objeción. Las piedras son baratas.

-Usa la cabeza, Danny. En el caso de una nave cohete es posible apuntarla. ¿Pero en qué dirección está la semana pasada? Apunta hacia allá... inténtalo. No tienes ni la más remota idea de cuál de las masas va hacia delante y cuál hacia atrás. No hay manera d orientar los dispositivos.

Me callé. Hubiese sido algo embarazoso para un general esperar una división de tropas de choque de refresco y no recibir sino un cargamento de gravilla. No es sorprendente que el viejo profesor no llegase a general de brigada. Pero Chuck seguía hablando:

-Se tratan las dos masas como si fuesen las placas de un condensador, llevándolas al mismo potencial temporal. Luego se la descarga según una curva amortiguadora que es efectivamente vertical. ¡Y ya está! Una de ellas se dirige hacia la mitad del año que viene, mientras que la otra es historia. Pero nunca sabes cuál de las dos será. Pero eso no es lo peor; lo peor es que no puedes volver.

-¿Eh? ¿Quién quiere volver?

-Bueno, ¿y de qué sirve como investigación si no puedes regresar? En cualquier dirección que vayas, no te sirve de nada, y no hay manera de que vuelvas a entrar en contacto con el punto de partida. No hay equipos... y créeme que se necesitan equipos y potencia. Utilizamos la potencia de los reactores de Arco. Y es caro... eso es otro inconveniente.

-Sería posible regresar -observé- por medio del sueño frío.

-¿Eh? Si es que ibas hacia el pasado. Pero a lo mejor ibas en la otra dirección; nunca se sabe. Si es que solamente ibas muy poco hacia el pasado, de modo que allá conociesen el sueño frío... no a un tiempo anterior a la guerra. Pero ¿para qué serviría eso? Si quieres saber algo sobre 1980, por ejemplo, se lo preguntas a alguien, o lo buscas en los periódicos. Ahora bien, si hubiese alguna manera de fotografiar la Crucifixión... pero no la hay. No es posible. No solamente no podrías volver, sino que no hay bastante potencia en el Globo. También interviene una ley según la inversa del cuadrado.

-No obstante, no faltaría quién lo intentase sólo por diversión. ¿Lo probó alguien?

Chuck volvió a mirar en derredor:

-Ya he hablado demasiado.

-Un poco más no hará ningún daño.

-Creo que tres personas lo probaron. Uno de ellos era un instructor. Yo estaba en el laboratorio cuando entraron Twitchell y aquel pájaro, Leo Vincent; Twitchell me dijo que podía irme a casa. Pero me quedé fuera. Al cabo de un rato Twitchell salió pero Vincent no. Que yo sepa, aún está allá. Desde luego, después de aquello no volvió a enseñar en Boulder.

-¿Y los Otros dos?

-Estudiantes. Entraron los tres, pero solamente Twitchell salió. Pero uno de ellos estaba en clase al día siguiente, mientras el otro estuvo ausente una semana. Calcúlalo tú mismo.

-¿No te sentiste tentado nunca?

-¿Yo? ¿Es que tengo cara de tonto? Twitchell sugirió casi que era mi deber, en interés de la ciencia, prestarse como voluntario. Le dije que no, que buenas... pero en cambio me complacería en apretar el interruptor en su lugar. Pero no aceptó mi oferta.

-Yo me arriesgaría. Podría indagar lo que me está preocupando... y luego volver por medio del sueño frío. Valdría la pena.

Chuck suspiró profundamente:

-No más cerveza para ti, amigo mío; estás borracho. No me has estado escuchando. Primero -y comenzó a hacer marcas sobre la mesa-, no tienes manera de saber que irías hacia atrás; lo mismo podría suceder que fueses hacia delante.

-Me arriesgaría. Me gusta ahora mucho más de lo que me gustaba antes; quizá me gustaría más aún dentro de treinta años.

-Bueno. Pues entonces vuelve a tomar el Sueño Frío; es más seguro. O bien quédate tranquilamente sentado y espera a que llegue, que es lo que voy a hacer yo. Segundo: incluso si fueses hacia atrás podrías equivocarte y fallar 1970 por un margen considerable. Por lo que sé, Twitchell no hacia sino disparar al azar; no creo que aquello estuviese calibrado. Aunque, naturalmente, yo no era sino el lacayo. Tercero: aquel laboratorio estaba en un bosque de pinos y fue construido en 1980. Supongamos que sales diez años antes de que se construyese y que apareces en medio de un pino amarillo... Sería una buena explosión, ¿verdad? Algo así como una bomba de cobalto... Lo único es que tú no te enterarías.

-Pero... la verdad es que no veo por qué tendrías que aparecer en ningún lugar cercano al laboratorio. ¿Por qué no en el lugar del espacio externo correspondiente adonde el laboratorio estaba...? Quiero decir ¿dónde se encontraba cuando...? Mejor dicho...

-No quieres decir nada. Sigues en la línea universal en que estabas. No te preocupes por las matemáticas; recuerda solamente lo que hizo en la práctica el conejo de indias. Pero si volvieses antes de la construcción del laboratorio, quizá sí que acabases en la copa de un pino. Cuarto; ¿cómo podrías regresar al ahora, incluso con el sueño frío, incluso si fueses en la dirección adecuada, si llegases en el momento exacto y lo sobrevivieses todo?

-¿Cómo? Si lo hice una vez, bien podré hacerlo dos.

-Sin duda. Pero, ¿qué te propones utilizar como dinero?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Aquello si que me hizo sentir tonto. Antes había tenido el dinero necesario, pero ahora no lo tenía. Incluso lo que había ahorrado (que no era ni con mucho suficiente) no lo podía llevar conmigo; la verdad es que aunque robase un banco (arte del cual no sabía nada) y me llevase conmigo un

millón de la mejor calidad, no lo podría gastar en 1970. Lo único que conseguiría seria acabar en la cárcel por tratar de pasar moneda falsa. Habían incluso cambiado la forma, por no citar los números de las series, las fechas, los colores y los dibujos.

-Quizá tendré que ahorrarlo.

-Buen chico. Y mientras lo estás ahorrando, probablemente acabarías aquí y ahora otra vez, sin poner nada por tu parte... pero al menos con tu cabello y todos tus dientes.

-Bueno, bueno. Pero volvamos a nuestro último punto. ¿Ocurrió alguna vez una explosión en aquel lugar donde estaba el laboratorio?

-No; creo que no.

-Pues entonces no acabaría en la copa de un pino... porque no fue así. ¿Me entiendes?

-Desde luego; voy muy por delante de ti. Es Otra vez la vieja paradoja del tiempo, pero no me convence. He pensado mucho sobre la teoría del tiempo, probablemente más que tú. No hubo ninguna explosión, y tú no vas a acabar en la copa de un pino, por la sencilla razón de que no vas a dar el salto. ¿Me entiendes?

-Pero supongamos que si que lo doy...

-No lo darás. Y la razón es mi quinto punto. Es definitivo, de manera que escúchame bien. No estás a punto de dar ningún salto de esa especie porque todo ello está clasificado, y no puedes hacerlo. No te lo permitirán. De modo que, olvidémoslo, Danny. Ha sido una velada intelectual muy interesante, y sin duda los del FBI estarán buscándome mañana por la mañana. Bebámonos otra ronda, y si el lunes por la mañana todavía estoy fuera de la cárcel llamaré al ingeniero jefe de Aladino y le preguntaré el nombre propio de aquel otro «D. B. Davis», y quién es o quién era. Quizás incluso esté trabajando allí, y de ser así, nos iremos a almorzar juntos y hablaremos de nuestras cosas. Tengo ganas de que conozcas a Springer, el jefe de Aladino; es buen muchacho. Y olvídate de esta tontería del viaje por el tiempo; nunca conseguirán allanar todas las dificultades. Nunca debí haberlo mencionado... y si alguna vez dices que te he hablado de ello, te miraré a la cara y te llamaré embustero. Quizás algún día vuelva a necesitar mi categoría clasificada.

Nos bebimos otra cerveza. Cuando llegué a casa, y después de ducharme y de eliminar de mi sistema parte de la cerveza, me di cuenta de que tenía razón. Viajar por el tiempo no era más solución de mis dificultades que el cortarse la cabeza para curarse una jaqueca. Y más importante aún, Chuck averiguaría por el señor Springer lo que yo deseaba saber, sencillamente, frente a unas costillas y una ensalada, sin esfuerzo, gasto ni riesgo. Y el año en que estaba viviendo me gustaba.

Al meterme en la cama extendí la mano y cogí el montón de diarios de la semana. Ahora que era un ciudadano substancial, el *Times* me llegaba cada mañana por tubo. No lo leía mucho, porque cuando tenía la cabeza saturada de algún problema de ingeniería, que era lo que acostumbraba a suceder, las necesidades diarias que uno encontraba en las noticias no hacían sino perturbarme, bien aburriéndome o, peor aún, por ser lo bastante interesante, distrayéndome de mi propio trabajo.

No obstante, nunca tiraba un diario sin antes haber por lo menos echado una ojeada a los titulares y revisado las columnas de estadísticas vitales, esto último no por los nacimientos, muertes y matrimonios, sino sencillamente por las «salidas», gentes que salían del sueño frío. Tenía la intuición de que algún día vería el nombre de alguien a quien había conocido antes, y entonces le iría a saludar y ver si podía serle útil en algo. Claro está que las posibilidades eran escasas, pero continuaba haciéndolo y me producía una sensación de satisfacción.

Creo que de un modo subconsciente pensaba en todos los demás Durmientes como en «parientes» míos, algo así como cualquiera que haya hecho el servicio militar con uno es un compañero, por lo menos lo bastante para ofrecerle una bebida.

No había gran cosa en los diarios, excepto sobre la nave que aún faltaba entre aquí y Marte, y eso no era precisamente una noticia sino precisamente una triste falta de noticias. Tampoco encontré ningún antiguo amigo entre los Durmientes recientemente despertados. De modo que me acosté y esperé que se apagase la luz.

A eso de las tres de la madrugada me senté de repente, completamente despierto. Se encendió la luz, haciéndome parpadear. Acababa de tener un sueño muy extraño, no del todo una pesadilla, pero casi, el haber dejado de encontrar a la pequeña Ricky en las estadísticas vitales.

Sabía que no había sido así. Pero a pesar de ello cuando eché una ojeada y vi que aún estaba allí toda la pila de los diarios de la semana, me sentí aliviado.

Los volví a arrastrar hasta la cama y comencé a leer de nuevo las estadísticas vitales. Esta vez leí todas las categorías; nacimientos, muertes, matrimonios, divorcios, adopciones, cambios de nombre, depósitos y salidas, pues se me ocurrió que quizá mientras miraba la columna bajo el único encabezamiento en que estaba interesado, mi vista había captado el nombre de Ricky sin percibirlo conscientemente; a lo mejor Ricky se había casado o tenido un niño, o algo así.

Casi se me escapó lo que debió ser la causa de mi perturbador sueño. Estaba en el *Times* del 2 de mayo de 2001, entre las salidas del martes publicadas en el diario del miércoles: «Santuario de Riverside... F. V. Heinecke».

Heinecke era el nombre de la abuela de Ricky... lo sabia... estaba seguro de ello. No sabía cómo era que lo sabía. Pero tenía la sensación de que había estado metido en mi cabeza y de que no había salido a la superficie hasta que lo había vuelto a leer. Probablemente lo había visto o se lo había oído a Ricky o a Miles, o incluso era posible que hubiera conocido a la buena señora en Sandia. Sea como fuere, el caso era que al leer aquel nombre en el *Times* había encajado en una olvidada información almacenada en mi cerebro, y era entonces cuando lo había sabido.

Pero me faltaba aún probarlo. Tenía que asegurarme de que «F. V. Heinecke» quería decir realmente «Federica Virginia Heinecke».

Estaba temblando de excitación, ansia y miedo. A pesar de las nuevas costumbres ya bien establecidas, intenté cerrar mis ropas con cremallera en lugar de juntar los bordes, y me armé un lío al vestirme. Pero pocos minutos más tarde estaba ya en la entrada, donde se encontraba el teléfono, ya que en mi habitación no había aparato, pues de lo contrario lo hubiese utilizado; lo que tenía era sencillamente una extensión del teléfono de la casa. Y luego tuve que volver corriendo porque descubrí que me había olvidado mi tarjeta de crédito telefónico; la verdad es que estaba desatinado.

Cuando ya la tuve conmigo, temblaba de tal manera que apenas si pude meterla por la hendidura. Pero lo conseguí al fin y marqué «Servicio».

-¿Qué circuito desea?

-Ah... quiero el Santuario de Riverside. Está en el distrito de Riverside.

-Busco... tengo... circuito libre. Estamos llamando.

La pantalla se encendió al fin y un hombre me miró malhumorado.

-Se ha debido equivocar de línea. Aquí es el Santuario Riverside, y estamos cerrados por toda la noche.

Dije:

-No corte, por favor. Si es el Santuario Riverside, es precisamente lo que busco.

-Bueno, ¿qué desea a estas horas?

-Tienen ustedes ahí a un cliente, F. V. Heinecke, una salida reciente. Deseo saber...

El hombre meneó la cabeza.

-No damos información por teléfono acerca de nuestros clientes. Y desde luego en absoluto a medianoche. Valdrá más que llame después de las diez, o mejor aún que venga.

-Ya iré, ya iré. Pero quiero saber solamente una cosa. ¿Qué significan las iniciales F. V.?

-Ya le he dicho...

-¿Quiere hacer el favor de escucharme? No es que me esté entremetiendo; yo también soy un durmiente. De Sawtelle. He salido hace poco. De modo que ya conozco todo eso de la «relación confidencial» y lo que es correcto. Pero ustedes ya han publicado en el diario el nombre de este cliente. Usted y yo sabemos que los santuarios siempre dan a los diarios el nombre completo de los clientes depositados y salidos... pero los diarios los reducen a las iniciales para ahorrar espacio, ¿no es cierto?

Lo pensó un momento.

-Podría ser así.

-Entonces, ¿qué hay de malo en decirme qué significan las iniciales F. V.?

Todavía vaciló unos instantes.

-Supongo que ninguno, si eso es todo lo que desea. Es todo cuanto voy a decirle. Aguarde.

Salió de la pantalla, estuvo ausente un rato, que a mí me pareció una hora, y regresó con una tarjeta en la mano.

-Hay poca luz -dijo mirándola-. Francisca, no Federica. Federica Virginia.

Mis oídos zumbaron y casi me desmayé.

-¡Gracias a Dios!

-¿Se encuentra bien?

-Sí, gracias. Gracias, de todo corazón. Sí. Me encuentro bien.

-Bueno. Imagino que no hay nada malo en decirle otra cosa más. Quizá le ahorre un viaje. Ella ya se ha ido.

9

Pude haber ahorrado tiempo tomando un taxi para ir a Riverside, pero me perjudicaba la falta de efectivo. Yo vivía en West Hollywood; el banco más cercano que permaneciese abierto toda la noche estaba en la ciudad, en el Gran Círculo de los Caminos. De modo que primero fui a la ciudad en los Caminos y al banco en busca de dinero. Una ventaja que hasta entonces no había apreciado era el sistema de talonario de cheques universal; con una sola central cibernética de banco para toda la ciudad y un código radiactivo en mi talonario de cheques conseguí efectivo tan rápidamente como lo hubiera podido obtener de mi propio banco frente a Muchacha de Servicio, Inc.

Luego tomé el exprés para Riverside. Cuando llegué al Santuario, estaba amaneciendo.

Allí no había nadie más que el técnico nocturno con quien había estado hablando y su mujer, que era la enfermera de noche. Pienso que no causé buena impresión. No me había afeitado, tenía los ojos fuera de las órbitas probablemente me olía el aliento, y no había preparado una serie de mentiras plausibles.

No obstante, la señora Larrigan, la enfermera de noche, se mostró dispuesta a colaborar. Sacó una fotografía del archivador y dijo:

-¿Es ésta su prima, señor Davis?

Era Ricky. No había duda alguna. ¡Era Ricky! Oh, no la Ricky que yo había conocido tiempo atrás pues allí no había una niña, sino una joven madura de unos veinte años o algo más, con el peinado de una persona mayor y una cara muy bonita. Estaba sonriendo.

Sus ojos no habían cambiado, y aquella expresión de duendecillo en su rostro que la había hecho tan deliciosa cuando era niña, seguía estando allí. Era la misma cara madura, llena, hermosa, pero inconfundible.

La estéreo se nubló: mis ojos habían conseguido llenarla de lágrimas..,

-Sí -conseguí articular-. Sí, es Ricky.

-Nancy, no debiste habérselo mostrado -dijo preocupado el señor Larrigan.

-Vamos a ver, Hank, ¿qué hay de malo en enseñar una fotografía?

-Ya conoces el reglamento. -Se volvió hacia mí-. Señor; ya le dije por teléfono que no proporcionamos información sobre los clientes. Vuelva a las diez, que es cuando se abre la oficina de la administración.

-O bien podría usted volver a las ocho -añadió su mujer-. El doctor Bernstein estará entonces aquí.

-Mira, Nancy, haz el favor de estarte quieta. Si desea información, la persona a quien tiene que ver es el director. Bernstein tampoco tiene por qué contestar preguntas. Además, ni siquiera fue dienta del doctor Bernstein.

-Hank, eres demasiado quisquilloso. Vosotros los hombres hacéis reglamentos solamente por el gusto de hacerlos. Si tiene prisa por verla, podría estar en Brawley a las ocho. -Se volvió hacia mi-: Vuelva usted a las ocho; es lo mejor. De todos modos ni mi esposo ni yo podemos decirle a usted nada.

-¿Qué es esto de Brawley? ¿Es que fue a Brawley?

Si su marido no hubiese estado allí creo que me hubiese dicho más. Pero vaciló y él la miró con severidad. La mujer respondió:

-Vaya usted a ver al doctor Bernstein. Si no ha desayunado aún hay un sitio que está muy bien un poco más abajo, en esta misma calle.

Fui a aquel sitio que «estaba muy bien» (realmente lo estaba), comí y utilicé el lavabo y me compré un tubo de *Sacabarba* de una máquina y una camisa de otra máquina y tiré la que había estado llevando. Cuando volví estaba bastante respetable.

Pero Larrigan ya debía haber hablado de mi al doctor Bernstein. Era un hombre muy inflexible:

-Señor Davis, usted dice que también ha sido un Durmiente. Sin duda debe usted saber que hay criminales que se dedican a explotar la credulidad y la falta de orientación de los Durmientes recién despertados. La mayoría de los Durmientes tienen capitales considerables, todos ellos se encuentran desorientados en el mundo en que se encuentran, y generalmente están solos y un poco asustados, una combinación perfecta para los que abusan de la confianza ajena.

-¡Pero si lo único que quiero es saber adónde fue! Soy su primo. Pero yo tomé el sueño antes que ella, de modo que no sabía que ella también lo iba a hacer.

-Generalmente dicen que son parientes. -Me miró detenidamente-. ¿No le he visto a usted antes?

-Lo dudo mucho. A menos de que se haya cruzado conmigo en los Caminos yendo a la ciudad, todo el mundo se figura que me ha visto antes; tengo una de las Doce Caras Standard, tan difícil de identificar como un cacahuete en un saco lleno. Doctor, ¿y si telefonease al doctor Albrecht del Santuario de Sawtelle?

El doctor Bernstein asumió un aire judicial:

-Vuelva y vea al director. El podrá llamar al Santuario Sawtelíe... o a la policía, según le parezca mejor.

De modo que me marché. Entonces cometí un error. En lugar de volver y quizá seguir exactamente la información que necesitaba (con la ayuda de Albrecht que respondiese de mi), alquilé un taxi y me fui directamente a Brawley.

Tardé tres días en encontrar trazas de Ricky en Brawley. Sí, había vivido allí, lo mismo que su abuela; y eso lo averigüé pronto. Pero la abuela había muerto hacía veinte años y Ricky había tomado el Sueño. Brawley solamente tiene cien mil habitaciones, en lugar de los siete millones del Gran Los Ángeles; los archivos de hacía veinte anos no fueron difíciles de encontrar. Era la pista de hacía menos de una semana la que presentaba dificultades.

Parte de la dificultad era que estaba con alguien: había estado buscando una muchacha que viajaba sola. Cuando descubrí que había un hombre con ella pensé con ansiedad en los estafadores que acechan a los Durmientes, sobre los que había estado hablando Bernstein, y me afané más que nunca.

Seguí una falsa pista hasta Calexico, luego volví a Brawley, comencé de nuevo, volví a cogerla, y la seguí hasta Yuma.

En Yuma abandoné la persecución, pues Ricky se había casado. Lo vi allí en el registro de la oficina del condado. Me asombró tanto que lo dejé todo y salí corriendo hacia Denver, deteniéndome tan sólo para escribir una postal a Chuck diciéndole que vaciara mi escritorio y que pusiera todos los chismes en mi habitación.

En Denver me detuve sólo el tiempo necesario para visitar una casa de artículos dentales. No había estado en Denver desde que se había convertido en la capital -después de la Gu erra de Seis Semanas, Miles y yo nos habíamos ido directamente a California-, y aquel sitio me dejó estupefacto. ¡Si ni siquiera pude encontrar la Avenida Colfax! Tenía entendido que todo lo esencial para el Gobierno había sido enterrado en las Rockies. Si eso era cierto, entonces todavía debían quedar muchas cosas no esenciales en la superficie. Aquel sitio me pareció aún más congestionado que el Gran Los Ángeles.

En la casa de suministros dentales compré diez kilogramos d< oro, isótopo 197, en forma de alambre número catorce. Pagué por él 86,10 dólares por kilogramo, lo cual era manifiestamente excesivo, puesto que el oro de calidad para la ingeniería se vendía alrededor de 70 dólares por kilogramo, y aquella transacción lesionó mortalmente mi único billete de mil dólares. Pero el oro de ingenie ría viene en aleaciones que no se encuentran nunca en la naturaleza o bien con isótopos 196 y 198, o bien ambas cosas a la vez, según su aplicación. Para mi objeto necesitaba oro puro, que no pudiese ser distinguido del oro obtenido por refinación de mineral natural y no quería oro que me pudiese quemar los calzoncillos si me 1< acercaba demasiado; la excesiva dosis que recibí en Sandia me había inculcado un saludable respeto al envenenamiento por radiación

Me arrollé el alambre alrededor de la cintura y me fui a Boulder Diez kilogramos es aproximadamente el peso de un maletín lleno para un fin de semana, y esa cantidad de oro abulta casi lo mismo que un litro de leche. Pero en forma de alambre parecía abultar más que si hubiese estado compacto; no puedo recomendarlo como cinturón. Pero en forma de lingotes hubiese sido aún más difícil di transportar, y de aquella manera lo tenía siempre encima de mi

El doctor Twitchell vivía todavía allí, si bien ya no trabajaba; en profesor emérito y pasaba la mayor parte de las horas en que estaba' despierto en el bar del club de la Facultad. Tardé cuatro días en poderle encontrar en otro bar, ya que el club de la Facultad estaba cerrado para extraños como yo. Pero cuando le encontré resultó fácil invitarle a tomar algo.

Era un personaje trágico, en el sentido clásico griego, era u' gran hombre, verdaderamente un muy gran hombre, deshecho. Debía haber estado ahí arriba como Einstein, Bohr y Newton; pero, en vez de eso, solamente algunos especialistas en la teoría del campo conocían verdaderamente la magnitud de su obra. Y entonces, cuan do le conocí, su brillante inteligencia estaba agriada por la desilusión, nublada por la edad y empapada de alcohol. Era algo as como visitar las ruinas de lo que había sido un magnífico templo después de que se hubiese hundido el techo, la mitad de las columnas estuviesen rotas y la maleza lo hubiese cubierto todo.

No obstante, aun así tenía más talento del que yo he tenido en el mejor de los casos. Soy lo suficientemente inteligente para apreciar al verdadero genio cuando me encuentro con él.

La primera vez que le vi alzó la vista, me miró fijamente y dijo:

-Otra vez usted.

-¿Perdón?

-Usted había sido uno de mis estudiantes, ¿verdad?

-Pues, no, señor; nunca tuve ese honor. -En general, cuando alguien me dice que ya me ha visto antes, no hago ningún caso, pero esta vez decidí explotarlo si era posible-. Quizás estaba usted pensando en mi primo, doctor, de la promoción del 86. Estudió un tiempo con usted.

-Es posible ¿cuál fue su sujeto principal?

-Tuvo que dejarlo sin haber alcanzado un título, señor. Pero era un gran admirador de usted. Nunca dejaba pasar la oportunidad de decir que había estudiado con usted.

No se puede ser un enemigo diciéndole a una madre que su hijo es hermoso. El doctor Twitchell me hizo sentar y pronto permitió que le invitase a una copa. La mayor debilidad de aquella gloriosa ruina era su vanidad. Yo había empleado parte de los cuatro días transcurridos antes de que consiguiese hacer amistad con él en aprenderme de memoria todo lo que sobre él había en la biblioteca de la universidad, de modo que sabía los trabajos que había escrito, dónde los había presentado, qué títulos profesionales y honoríficos tenía y qué libros había escrito. Había intentado leer uno de estos últimos, pero me había perdido ya al llegar a la página nueve, si bien conseguí adquirir allí algo de la jerga.

Le hice saber que yo también era un seguidor de las ciencias; en aquel preciso momento estaba investigando para escribir un libro:

Genios Olvidados.

-¿De qué va a tratar?

Admití con cierto reparo que me parecía adecuado comenzar el libro con una relación popular de su vida y sus trabajos... siempre y cuando estuviese dispuesto a abandonar un poco su bien conocida costumbre de evadir toda publicidad. Naturalmente, tendría que obtener de él mismo buena parte del material que necesitaba.

Dijo que pensaba que era necedad y que no haría tal cosa. Pero le hice observar que tenía ciertos deberes para con la posterioridad y accedió a reconsiderarlo. Al día siguiente sencillamente dio por sentado que yo iba a escribir su biografía, no solamente un capítulo sino todo un libro. A partir de aquel momento habló y habló y habló, y yo fui tomando notas... verdaderas notas. No intenté engañarle haciendo trampas, pues a veces me pedía que le leyese lo que había escrito.

Pero no habló para nada del viaje por el tiempo.

Por fin, dije:

-Doctor, ¿no es cierto que de no haber sido por cierto coronel que estuvo destinado aquí no le hubiese sido a usted difícil conseguir el Premio Nobel?

Durante tres minutos estuvo echando maldiciones con magnífico estilo:

-¿Quién le habló a usted de eso?

-Ah, doctor, cuando estaba haciendo investigaciones para el Departamento de Defensa... ¿ya lo he mencionado, verdad?

-No.

-Pues bien, cuando estaba allí, oí toda esa historia de boca de un joven, Ph. D., que trabajaba en otra sección. Había leído el informe, y dijo que era evidente que usted sería el hombre más famoso de la física contemporánea... si le hubiesen permitido publicar su trabajo.

-Hum... Eso es cierto.

-Pero deduje que estaba clasificado... por orden de ese coronel, ah... coronel Plushbottom.

-Thrushbotham, Thrushbotham... amigo. Un gordo, fatuo, flatulento, besapiés, necio, incapaz de encontrar su propio sombrero aunque lo tuviese clavado en la cabeza. Y así debería haber sido.

-Parece una lástima muy grande.

-¿Qué es una gran lástima, señor mío? ¿Que Thrushbotham fuese un mentecato? Eso era culpa de la naturaleza, no mía.

- Parece una lástima que el mundo sea privado de esa historia. Tengo entendido que no le permiten a usted hablar de ella.

-¿Quién se lo ha dicho? ¡Yo hablo de lo que me da la gana!

- Eso fue lo que yo entendí, señor... según mi amigo del Departamento de Defensa.

- Hum...

Eso fue todo lo que le saqué aquella noche. Le costó una semana decidirse a enseñarme su laboratorio.

La mayor parte del edificio era entonces utilizada por otros investigadores, pero su laboratorio del tiempo era cosa a la que no había renunciado nunca, si bien entonces no lo usaba; se amparaba en su caridad de clasificado y se negaba a que nadie más lo tocase, y tampoco había permitido que desmontasen los aparatos. Cuando me hizo entrar, aquel lugar olía como una cripta que no hubiese sido abierta desde hacía años.

Había bebido lo suficiente para que no le importase nada, pero no demasiado para no estar equilibrado. Su capacidad de bebida era considerable. Me dio una conferencia sobre las matemáticas de la teoría del tiempo y del desplazamiento temporal (no lo llamaba «viaje por el tiempo»), pero me advirtió que no tomase notas. No hubiese servido de nada que las hubiese tomado, pues acostumbraba a comenzar un párrafo con un «Es por lo tanto evidente...» y proseguir hablando de materias que podían haber sido obvias para él y para Dios, pero para nadie más.

Cuando se hubo sosegado algo, dije:

-Por lo que me dijo mi amigo deduje que lo único que no había usted conseguido fue calibrarlo. Que no le era a usted posible conocer exactamente la magnitud exacta del desplazamiento temporal.

-¿Cómo? ¡Estupideces! Joven... si no se puede medir, no es ciencia: -Murmuró unos instantes como una caldereta y prosiguió-: Mire, se lo voy a enseñar.

Se volvió y comenzó a hacer ajustes. Todo lo que se veía de su instalación era lo que él llamaba la «plataforma del locus temporal»: una sencilla plataforma con una jaula en derredor, y un tablero de control que podría haber servido para unas plantas de presión o para una cámara de bajas presiones. Estoy casi seguro de que hubiese podido averiguar cómo manejar los controles si me hubiese dejado solo para examinarlos, pero había advertido con dureza que me mantuviese alejado de ellos. Podía ver un registrador de Brown de ocho puntos, con interruptores muy macizos operados con solenoides, y una docena más de componentes igualmente familiares, pero que no significaban nada sin los diagramas del circuito.

-¿Tiene cambio en el bolsillo? -me preguntó.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué un puñado de monedas. Les echó una ojeada y escogió dos piezas de cinco dólares, nuevas de cuño. Aquellos hexágonos de plástico verde que acababan de ser puestos en circulación aquel año. Me habría gustado más que hubiese escogido piezas de dos y medio, pues no andaba muy bien de fondos.

-¿Tiene usted un cuchillo?

-Sí, señor.

-Grabe sus iniciales en una de ellas.

Así lo hice. Entonces me las hizo poner en el escenario, una junto a otra:

-Observe el instante exacto. He calibrado el desplazamiento para exactamente una semana, más o menos seis segundos.

Miré mi reloj. El doctor Twitchell dijo:

-Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡ahora!

Alcé la vista de mi reloj. Las monedas habían desaparecido. tuve que pretender que los ojos se me salían de la cabeza. Chuck había hablado de una demostración semejante, pero verla en re dad era otra cosa.

El doctor Twitchell dijo animadamente:

-Volveremos dentro de una semana a contar desde esta noche esperaremos que reaparezca una de ellas. En cuanto a la otra ¿usted mismo las vio a las dos en la plataforma? ¿Usted mismo puso allí?

-Sí, señor.

-¿Dónde estaba yo?

-Junto al tablero de control, señor.

Había estado a por lo menos cinco metros de la parte II próxima de la jaula y no se había acercado a ella desde entonces.

-Muy bien. Venga aquí. -Así lo hice; él se metió la mano su bolsillo-. Aquí tiene una de sus piezas. Tendrá la otra dentro una semana. -Y me entregó una moneda verde de cinco dólar sobre ella estaban grabadas mis iniciales.

No dije nada porque la verdad es que no puedo hablar muy bien cuando la mandíbula me cuelga. Prosiguió.

-Sus observaciones de la semana pasada me perturbaron. ~ fue que visité este lugar el miércoles, algo que no había hecho des hacía... bueno, más de un año. Encontré esta moneda en la plataforma, de modo que supe que había estado usando... que iba a usar nuevamente la instalación. Hasta esta noche no me decidí a hace funcionar para usted.

Miré la moneda, y la toqué:

-¿Esto estaba en su bolsillo cuando vinimos aquí esta noche?.

-Desde luego.

-¿Pero cómo podía haber estado en su bolsillo y en el mío mismo tiempo?

-¡Vaya por Dios! ¿Es que no tiene ojos para ver, ni cerebro para pensar? ¿No puede usted absorber un sencillo hecho solamente porque se encuentra fuera de su monótona experiencia? Usted trajo aquí esta noche, y lo enviamos a la semana pasada. Usted vio. Hace unos días lo encontré aquí, y me lo metí en el bolsillo. Lo traje conmigo esta noche. La misma moneda... o, para ser exacto un segmento posterior de su estructura del espacio-tiempo, usa< una semana más, un poco más gastado... pero lo que el vulgo llamaría la «misma» moneda. Si bien no es en realidad más idéntica de lo que un bebé es idéntico al hombre en que aquel bebé se convierte. Más viejo.

Le miré:

Doctor... hágame retroceder una semana... Me miró con enojo:

- ¡ímposible!

¿Por qué no? ¿Es que eso no funciona con personas?

-¿Cómo? ¡Pues claro que funciona con personas!

-Entonces, ¿por qué no hacerlo? No tengo miedo. Imagínese qué cosa más maravillosa sería para el libro... que yo pudiese testificar por experiencia propia que el desplazamiento en el tiempo de Twitchell es una realidad.

-Ya puede usted informar por experiencia propia. Usted lo vio.

-Sí -admití lentamente-, pero no lo creerán. Esa historia de las monedas... y lo vi y lo admito. Pero cualquiera que no haga más que leer una descripción de ello deducirá que soy muy crédulo, y que usted se burló de mí gracias a un sencillo juego de manos.

-Maldita sea...

-Eso es lo que los demás dirán. No serían capaces de creer que yo verdaderamente vi lo que describí. Pero si usted me enviase al pasado, solamente una semana, entonces podría informar por experiencia propia...

-Siéntese y escúcheme. -El se sentó, pero no había sitio bastante para que yo pudiese sentarme, de lo cual él no pareció darse cuenta-. Hace tiempo experimenté con seres humanos y es por esa razón que resolví no volverlo a hacer nunca más.

-¿Por qué? ¿Es que los mató?

-¿Cómo? No diga tonterías. -Me miró fijamente y añadió-:

Esto no debe ponerlo en su libro.

-Como usted diga, señor.

-Ciertos pequeños experimentos demostraron que los sujetos vivos podían efectuar desplazamientos temporales sin sufrir daños. Había confiado en un colega, un joven que enseñaba dibujo y otras asignaturas en la escuela de arquitectura. Era en realidad más bien un ingeniero que un científico, pero a mí me gustaba: era de viva inteligencia. Ese joven, no puede hacer ningún daño decirle su nombre: Leonardo Vincent, estaba loco por probarlo... por probarlo en serio; quería sufrir un desplazamiento de gran alcance, de quinientos años. Fui débil y se lo permití.

-¿Y entonces qué ocurrió?

-¿Cómo puedo saberlo? ¡Quinientos años, amigo mio! No viviré para saberlo.

-¿Pero usted cree que está a quinientos años en el futuro?

-O en el pasado. Quizás haya ido a parar al siglo quince; o al veinticinco. La probabilidad es exactamente la misma. Hay una indeterminación; ecuaciones simétricas. A veces se me ha ocurrido... pero no, es solamente una semejanza de nombres.

No le pregunté lo que quería decir porque yo también me di cuenta de repente y se me pusieron los pelos de punta. Lo desplacé de mi mente; tenía otros problemas. Además, no podía ser sino una casualidad, no era posible que un hombre fuese de Colorado a Italia; no en el siglo XV.

-Pero resolví que no iba a ser tanteado otra vez. No era ciencia; no añadía nada a los datos conocidos. Si era desplazado hacia delante, bueno. Pero si era desplazado hacia atrás... entonces probablemente enviaba a mi amigo a ser asesinado por los salvajes. O a ser comido por las fieras.

O incluso, quizá, pensé yo, a convertirse en un «Gran Dios Blanco» Me guardé esa idea para mi.

-Pero conmigo no necesitaría usted utilizar un desplazamiento tan largo.

-No hablemos más del asunto, por favor. Pierde usted completamente el tiempo.

-Como usted quiera, doctor. -Pero no lo podía dejar correr-. Ah, ¿me permite hacer una sugerencia?

-Bueno. Hable.

-Podríamos obtener casi el mismo resultado sencillamente por medio de un ensayo.

-¿Qué quiere usted decir?

-Un ensayo en vacío, haciéndolo todo exactamente como si intentase usted desplazar un sujeto vivo; yo me prestaré a desempeñar el papel. Haremos todo exactamente lo mismo como si usted tuviese intención de desplazarme, hasta el punto en que usted apriete el botón. Entonces me haré cargo del proceso... que es lo que hasta ahora no he conseguido.

Gruñó un poco, pero la verdad es que tenía ganas de enseñar su juguete. Me pesó, y puso aparte pesos metálicos que igualaban exactamente mis setenta y seis kilos.

-Estas son las mismas balanzas que utilicé con el pobre Vincent.

-Entre los dos las colocamos a un lado de la plataforma.

-¿Qué ajuste temporal vamos a hacer? Se trata del experimento de usted.

-Ah... ¿usted dijo que se podría calibrar exactamente?

-Así lo dije, señor mío. ¿Es que lo duda?

-Oh, no, no... Bueno, veamos, hoy es el día 24 de mayo; supongamos que... ¿qué le parecería treinta y un años, tres semanas, un día, siete horas, trece minutos y veinticinco segundos?

-Una broma bien poco graciosa, señor. Cuando dije «exactamente» quise decir «con exactitud mayor que una parte de cien mil». No he tenido la oportunidad de calibrar a una parte en novecientos millones.

-Ah... Se ve, doctor, lo importante que es para mí un ensayo exacto, puesto que sé tan poco de todo esto. Bueno, digamos treinta y un años y tres semanas. ¿O eso es todavía demasiado preciso?

-En modo alguno. El error máximo no deberá exceder a dos horas. -Efectuó algunos ajustes-. Puede usted colocarse en su lugar en la plataforma.

-¿Es esto todo?

-Sí. Todo menos la energía. En realidad no me sería posible efectuar este desplazamiento con la línea de voltaje que utilicé para aquellas monedas. Pero puesto que no vamos a hacerlo en realidad, esto no importa.

Me sentí decepcionado.

-¿Entonces usted no dispone de lo que es realmente necesario para producir tal desplazamiento? ¿Hablaba usted en teoría?

-Maldita sea, señor. No hablaba en teoría.

-¿Pero si carece usted de energía...?

-Puedo obtener la energía si es que insiste. Espere.

Se fue a un rincón del laboratorio y cogió un teléfono. Debieron haberlo instalado cuando el laboratorio era nuevo; no había visto uno como aquél desde que me había despertado. Siguió una animada conversación con el superintendente nocturno de la central energética de la universidad. El doctor Twitchell no tenía necesidad de utilizar un lenguaje indecente; podía prescindir por completo de ello, y ser más incisivo que la mayoría de los verdaderos artistas pueden serlo utilizando palabras más expresivas.

-No me interesan lo más mínimo sus opiniones, señor mío. Lea sus instrucciones. Tengo derecho a toda clase de facilidades siempre que las solicite. ¿O es que no sabe usted leer? ¿Quiere usted que nos entrevistemos con el presidente mañana por la mañana a las diez, para que se las lea? ¡Ah! ¿De modo que sí que sabe usted leer? ¿Y sabe usted escribir también? ¿O hemos ya agotado sus aptitudes? Entonces escriba: Toda la potencia de emergencia a través de las barras del Laboratorio Conmemorativo Thornton exactamente dentro de ocho minutos. Repítalo.

Colgó el teléfono:

-¡Vaya gente!

Se dirigió al cuadro de control, efectuó diversas alteraciones y esperó. Pronto, incluso desde donde estaba yo, de pie en el interior de la jaula, pude ver las largas agujas de tres instrumentos dé medida que se desplazaban a través de sus esferas, y una luz roja que aparecía sobre la parte alta del cuadro.

-Energía -dijo.

-¿Y ahora qué sucede?

-Nada.

-Es lo que suponía.

-¿Qué quiere decir?

-Lo que dije. Que no iba a pasar nada.

-Me temo que no le comprendo. Confío en que sea así. Lo que quiero decir es que nada iba a pasar, a menos que cerrara el interruptor piloto. Si lo hiciese, usted sería desplazado exactamente treinta y un años y tres semanas.

-Y yo sigo diciendo que no sucedería nada.

-Me parece, señor mío, que trata usted de ofenderme deliberadamente -dijo, un tanto hosco.

-Llámelo como quiera, doctor. Vine aquí a investigar un notable rumor; pues bien, ya lo he investigado. He visto un tablero de control con unas bonitas luces, que parece una especie de escenario para un científico loco en un táctil espectacular. He visto un juego de manos realizado con dos monedas. Y, de paso, no se trata de un juego de manos puesto que usted mismo escogió las monedas y me indicó la manera de marcarías; cualquier mago de salón pudo haberlo hecho mejor. He oído muchas palabras, pero las palabras cuestan poco. Lo que usted pretende haber descubierto es imposible. Y, de paso, allá en el departamento ya lo saben. No es que eliminaran su informe; lo que hicieron fue sencillamente archivarlo entre los de los chiflados. De vez en cuando lo sacan y lo hacen circular, para reírse un rato...

Pensé que en aquel mismo instante el pobre viejo iba a sufrir un ataque de apoplejía. Pero no tenía más remedio que estimularle mediante el único reflejo que le quedaba: su vanidad.

Váyase de aquí, señor. ¡Váyase o le daré de bofetadas! Le castigaré con mis propias manos.

Con la furia que le dominaba quizá lo hubiera conseguido a pesar de su edad, su peso y su estado físico. Pero respondí:

-No me asustas, abuelo. Y ese botón de pacotilla tampoco me asusta. Apriétalo si te atreves.

Me miró y miró al botón, pero siguió sin decidirse. Me reí con sarcasmo.

-Es un embolado, como me dijeron. Twitch, eres un pomposo farsante, con una camisa rellena. El Coronel Thrushbotham tenía razón.

Aquello le decidió.

10

Incluso en el mismo instante en que pulsó el botón intenté gritarle para que no lo hiciese. Pero ya era demasiado tarde: estaba cayendo. Mi último pensamiento fue de terror; no quería hacerlo. Lo había echado todo a perder y había atormentado casi mortalmente a un pobre hombre que no me había hecho daño alguno; ni siquiera sabía en qué dirección iba. Y, peor aún, tampoco sabía si llegaría.

Sentí un golpe, pero no creí haber caído de más de un metro y medio, no estaba preparado para el golpe. Me sentí algo mareado y me hundí como un trapo.

-¿De dónde diablos ha salido usted? -oí que decían. Era un hombre de unos cuarenta años, calvo, pero delgado y con buena figura. Estaba de pie ante mi, con los puños apoyados en las caderas. Tenía un aire competente y astuto, y el aspecto de su cara no era desagradable, salvo que en aquel momento me estaba mirando con enojo.

Me senté en el suelo y descubrí que estaba sobre gravilla de granito y agujas de pino. Junto al hombre había una mujer: una mujer bonita, de aspecto agradable, algo más joven que él. Me miraba con los ojos muy abiertos, pero no decía nada.

-¿Dónde estoy? -pregunté tontamente.

Lo mismo podía haber preguntado: ¿Cuándo estoy?, pero eso hubiese parecido todavía más absurdo, y además no se me ocurrió Con sólo mirarles me di cuenta de cuándo no estaba. Tenía la seguridad de que no era en 1970. Ni tampoco seguía siendo 2001 en 2001 dejaban aquello para playas solamente. De manera que debía haberme desplazado en sentido opuesto...

Porque ninguno de los dos llevaba encima más que una lisa capa de bronceado. Ni siquiera Juntafuerte. Pero parecía que les bastaba. Desde luego no se sentían embarazados por ello.

-Vamos por partes -objetó-. Le he preguntado cómo llegó hasta aquí. Y en todo caso ¿qué está usted haciendo aquí? Esto ~ propiedad particular; ha infringido usted los límites. ¿Y qué hace usted en este disfraz de Carnaval?

No me pareció que mis ropas estuviesen nada mal, especialmente en vista de la manera en que ellos estaban vestidos. Pero no respondí. Otros tiempos, otras costumbres. Me di cuenta de que iba a tener dificultades.

La mujer tocó al hombre del brazo:

-No, John -dijo con gentileza-. Me parece que está herido. El hombre la miró, luego se volvió hacia mi:

-¿Está usted herido?

Intenté levantarme y lo conseguí.

-No creo. Unos rasguños quizás. Ah, ¿qué día es hoy?

-¿Cómo?... Pues es el primer domingo de mayo. Creo que es el tres de mayo. ¿Es cierto Jenny?

-Si, cariño.

-Mire -dije apresuradamente-. He recibido un terrible golpe en la cabeza. Estoy confuso. ¿Qué fecha es? La fecha completa.

-¿Qué?

Debía haberme callado hasta que lo hubiese podido averiguar por medio de algo así como un calendario o un diario. Pero necesitaba saberlo en seguida. No podía esperar.

-¿Qué año?

- Pues sí que te han dado, amigo. Estamos en 1970.

Me di cuenta de que estaba nuevamente mirando mis ropas. Mi alivio fue mayor de lo que podía soportar. Lo había conseguido. ¡Lo había conseguido! No era demasiado tarde.

- Gracias – dije -. Muchísimas gracias.

Parecía como si aquel hombre aún siguiese teniendo ganas de llamar a las reservas, de modo que añadí nerviosamente:

- Padezco de ataques repentinos de amnesia. Una vez perdí... cinco años completos.

- Me imagino que eso debería ser muy desagradable - dijo lentamente -. ¿Se siente usted lo bastante bien para responder a mis preguntas?

- No le acoses, cariño - dijo la mujer con suavidad -. Parece una buena persona. Creo que sencillamente se ha equivocado.

- Ya lo veremos. ¿Bueno?

- Me encuentro bien ahora... Pero por un momento me sentí bastante confuso.

- Está bien. ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Y por qué va usted vestido de esta manera?

- Si quiere que le diga la verdad, no estoy seguro de cómo llegué hasta aquí. Y desde luego no sé dónde estoy. Estos ataques me dan de repente. Y en cuanto a la manera de ir vestido... me figuro que podría usted llamarlo una excentricidad personal. Algo así como la manera en que usted precisamente va vestido... o no vestido.

Se miró a si mismo y sonrío.

-¡Ah, sí! Me doy perfecta cuenta de que la manera en que mi mujer y yo vamos vestidos... o no vestidos... debería ser explicada, si las circunstancias fueran diferentes. Pero preferimos que sean los que nos invaden los que se expliquen. La verdad es que usted no encaja aquí; ni vestido de esa manera ni de ninguna otra. En cambio, nosotros sí encajamos tal como vamos. Estos terrenos pertenecen al Club Solar de Denver.

John y Jenny Sutton pertenecían a esas gentes sofisticadas que no se escandalizan por nada, capaces de invitar a un terremoto a tomar el té.

Era evidente que a John no le satisfacían mis turbias explicaciones y que quería volver a interrogarme, pero Jenny se lo impidió. Me aferré a mi historia de los «ataques de mareo» y dije que lo último que recordaba era ayer por la tarde, y que había estado en Denver, en el New Brown Palace. Por fin dijo:

-Bueno, pues es bastante interesante, hasta apasionante, y me figuro que alguien que vaya a Boulder podrá dejarle allí, y podía tomar un autobús hasta Denver. -Me volvió a mirar-. Pero si le llevo conmigo a la caseta del club, la gente sentirá mucha, muchísima curiosidad.

Me miré. Me había sentido vagamente incómodo por el hecho de que yo iba vestido y ellos no; quiero decir que me parecía que era yo quien estaba en falta y no ellos.

- John... ¿Sería más sencillo si yo también me quitara la ropa?.

La idea no me turbaba; nunca había estado en uno de aquello campamentos de nudistas; no veía su objeto. Pero Chuck y yo habíamos pasado un par de fines de semana en Santa Bárbara y uno en Laguna Beach, y en las playas lo único que verdaderamente queda bien es la piel.

- Desde luego - asintió John.

-Cariño -dijo Jenny -, podría ser nuestro invitado.

-Pues... sí. Mira, querida, lo mejor que puedes hacer es volver a la caseta. Mézclate con la gente y procura que se enteren de que estamos esperando a un invitado de... ¿De dónde será, Dan

-Pues... de California; Los Ángeles. La verdad es que soy de allí

Casi dije «Gran Los Ángeles», y me di cuenta de que tendría que ir con cuidado con lo que decía. El «cine» ya no era los «táctiles»

-De Los Angeles. Eso y «Danny» es todo lo que hace falta; no utilizamos los apellidos, a menos de que se ofrezcan. De modo que amor mío, hazlo correr, como si fuera algo que ya sabía todo e mundo. Y dentro de media hora nos vas a buscar a la entrada. Pero en lugar de ir allí vienes aquí. Y tráeme mi maletín.

-¿Para qué el maletín, querido?

-Para esconder este disfraz. Es demasiado llamativo, incluso para alguien tan excéntrico como Danny dice que es.

Me levanté y me fui en seguida detrás de unos arbustos a desnudarme, puesto que una vez que se hubiese ido Jenny no hubiese tenido ya razón para sentir el pudor del vestido. Me era necesario hacerlo; no podía desnudarme y mostrar que llevaba veinte mil dólares en oro, al precio estándar de 1970 (sesenta dólares por onza) arrollados alrededor de mi cintura. No tardé mucho, pues con aquel oro me había hecho un cinturón, el lugar de un sencillo aro, y la primera vez que tuve dificultades con éste fue al sacármelo y ponérmelo para bañarme.

Cuando me hube quitado mis ropas envolví en ellas el oro e hice lo posible por pretender que todo aquello pesaba solamente lo que deberían haber pesado las ropas. John Sutton echó una ojeada al paquete, pero no dijo nada. Me ofreció un cigarrillo; los llevaba sujetos al tobillo. Eran una marca que ya creía que no iba a ver nunca más.

Lo agité, pero no se encendió. Luego dejé que me lo encendiese.

-Y ahora -dijo reposadamente-, que estamos solos, ¿hay algo que quieras decirme? Si tengo que responder por ti en el club, tengo que tener la seguridad, por lo menos, de que no crearás dificultades.

-John, no voy a crear dificultades. Es lo último que deseo.

-Hum... probablemente. Así pues, ¿solamente «ataques de mareo»?

Lo pensé. Era una situación imposible. Aquel hombre tenía derecho a saberlo. Pero era evidente que no creería la verdad... por lo menos, yo en su lugar no la hubiese creído. Pero sería peor si me creía; se armaría precisamente el jaleo que yo quería evitar. Me imagino que si hubiese sido un verdadero, honrado y legítimo viajero del tiempo, ocupado en investigación científica, hubiese buscado la publicidad, proporcionando pruebas indiscutibles, e invitando a los científicos a que efectuasen ensayos.

Pero no lo era; era un ciudadano particular y algo turbio, ocupado en un asunto sobre el cual no quería llamar la atención. No hacía sino buscar mi Puerta al Verano lo más discretamente posible.

-John... si te lo dijese no lo creerías.

-Hum... quizá. Pero en fin, vi caer a un hombre del espacio vacío... a pesar de lo cual no dio con suficiente fuerza en el suelo como para hacerse daño. Lleva unas ropas extrañas. Parece no saber dónde está, ni qué día es. Danny, he leído a Charles Fort, lo mismo que la mayoría de las personas. Pero nunca había esperado encontrarme con un caso. Y ahora que me lo he encontrado espero que la explicación sea tan sencilla como la de un juego de manos. ¿Así pues?

- John, algo que dijiste antes, la manera en que expresaste una cosa, me hace pensar que eres abogado.

-Sí, lo soy. ¿Por qué?

-¿Puedo hacerte una comunicación privada?

-Hum... ¿es que pides que te acepte como cliente?

-Si es que quieres expresarlo así, pues si. Es probable que necesite consejo.

-Venga, pues. Privado.

-De acuerdo. Vengo del futuro. Viajé por el tiempo.

No dijo nada durante unos instantes. Estábamos echados al sol. Yo lo hacía para mantenerme caliente; en mayo, Colorado es soleado pero fresco. John Sutton parecía estar acostumbrado, y no hacía sino pasar el rato, mordiendo una aguja de pino.

-Tienes razón -respondió-. No lo creo. Dejémoslo en lo de «ataques de mareo».

-Ya te dije que no lo creerías.

Suspiró:

-Digamos que no quiero creerlo. No quiero creer en fantasmas ni en la reencarnación y en nada de toda esa magia ESP. Me gustan las cosas sencillas que puedo comprender. Me parece que a la mayoría de la gente le ocurre lo mismo. De modo que mi primer consejo es que lo sigas considerando una comunicación privada. ~ lo hagas correr.

-Eso es lo que me conviene.

Dio la vuelta.

-Pero me parece que seria una buena idea quemar esas ropas Ya encontraré algo que te puedas poner. ¿Arderán?

-Pues no muy fácilmente. Se fundirán.

-Valdrá más que te vuelvas a poner los zapatos. Aquí acostumbramos a llevarlos, y ésos servirán. Si alguien te hace pregunta sobre ellos, di que han sido hechos a medida y que son ortopédicos

-Es precisamente lo que son.

-Está bien. -Empezó a desenvolver mis ropas antes de que pudiese detenerle-. ¡ Qué diablos!

Era demasiado tarde, de manera que dejé que lo destapase

-Danny -dijo con voz extraña-, ¿es lo que parece?

-¿Qué es lo que parece?

-Oro.

-Sí.

-¿De dónde lo sacaste?

-Lo compré.

Lo tocó, probó la suavidad de aquella sustancia, sensual como la masilla, y lo sopesó.

-¡Diablos, Danny!... Escúchame con atención. Voy a hacerte una pregunta, y ten muchísimo cuidado en la manera de contestar la. Porque a mí no me sirve un cliente que no me diga la verdad Lo dejo. Y no me hago cómplice de un crimen. ¿Adquiriste legal mente esta sustancia?

-Si.

-¿Acaso no has oído hablar de la Ley de Reserva del Oro de 1968?

-He oído hablar de ella. Lo he adquirido legalmente, y tengo IE intención de venderlo a la Casa de la Moneda en Denver, a cambio de dólares.

-¿Acaso tienes licencia de joyero?

-No, John. Sencillamente, he dicho la verdad, tanto si me crees

como si no. Allá de donde vengo lo compré en la tienda, tan legalmente como lo es respirar. Ahora quiero convertirlo en dólares, en cuanto me sea posible. Sé que conservarlo es contrario a la ley. ¿Qué pueden hacerme silo pongo sobre el mostrador de la Casa de la Moneda y les digo que lo pesen?

-Nada, a la larga..., si te aferras a lo de los «ataques de mareo». Pero entre tanto te pueden molestar de lo lindo. -Lo miró-. Será mejor que lo ensucies un poco.

-¿Enterrarlo?

-No hace falta ir tan lejos. Pero, si lo que me dices es cierto, encontraste este oro en las montañas; es allí donde los mineros acostumbran a encontrar oro...

-Bueno... como tú digas. No me importan algunas mentiras inocentes, puesto que en todo caso me pertenece legítimamente.

-Pero, ¿es que es una mentira? ¿en qué fecha viste por primera vez este oro? ¿Cuándo entró en tu posesión por vez primera?

Intenté pensarlo. Fue el mismo día que salí de Yuma, o sea, un día de mayo de 2001. Hacía unas dos semanas...

-Pues, ya que lo preguntas así, John... La fecha en que vi por vez primera este oro fue... hoy, tres de mayo de 1970.

Asintió con la cabeza.

-De modo que lo encontraste en las montañas...

Como los Suttons se quedaban hasta el lunes por la mañana, yo también me quedé. Los demás miembros del club eran corteses, pero notablemente discretos en lo que respecta a los asuntos personales de uno, mucho más que ningún otro grupo en el que yo hubiese estado antes. Desde entonces me he enterado de que eso es costumbre corriente de los clubs de piel, pero entonces hizo que me pareciesen las gentes más discretas y más corteses que nunca haya conocido.

John y Jenny tenían su propia cabina, y yo dormí en una litera en el dormitorio de la caseta del club. Hacía un fresco excesivo. A la mañana siguiente, John me dio una camisa y un par de pantalones azules. Envolvimos mis propias ropas alrededor del oro y las pusimos dentro de una bolsa en la caja de su coche, que era un Jaguar Imperator, lo cual era suficiente para indicar que no se trataba de un insignificante abogado. Yo ya me había dado cuenta de eso por sus modales.

Me quedé con ellos por la noche, y el martes ya tenía algo de dinero. Nunca volví a ver aquel oro, pero en el curso de las siguientes semanas John me entregó su valor exacto como lingote en 1' Casa de la Moneda, menos la comisión corriente de los comprado res de oro autorizados. Sé que no se entendió directamente con I¡ Casa de la Moneda, pues siempre me entregaba talones de lo compradores de oro. Nunca dedujo nada por sus servicios, ni ~ prestó a darme detalles.

No me importaba. En cuanto volví a tener dinero comencé actuar. Aquel primer martes, 5 de mayo de 1970, Jenny me acompañó, y alquilé un pequeño ático en el viejo distrito comercial. L amueblé con una mesa de dibujo, otra de trabajo, una litera di ejército y bien poca cosa más; ya tenía 120, 240, gas, agua corriente y un retrete que se atrancaba con facilidad. No necesitaba más, tenía que vigilar cada uno de mis céntimos.

Tener que dibujar por medio del viejo método del compás y d la T resultaba aburrido y lento, y no tenía ni un minuto que perder de manera que construí a Dan Dibujante antes de volver a montar a Frank Flexible. Con la diferencia de que esta vez Frank Flexíble se convirtió en Pet Proteico, el autómata para todo uso, conectado de tal manera que podría hacer casi todo lo que un hombre puede hacer, siempre y cuando se instruyese adecuadamente a sus tubo Thorsen. Sabía que Pet Proteico no quedaría así, sino que en sus descendientes se desarrollarían una multitud de dispositivos especializados, pero quería establecer mis derechos de la manera más amplia posible.

Para las patentes no se necesitan mo delos que funcionen, sino sencillamente dibujos y descripciones. Pero yo necesitaba buenos modelos, modelos que funcionasen perfectamente y que cualquiera pudiese maniobrar, puesto que esos modelos tendrían que venderse a si mismos, demostrar lo prácticos que eran y que habían

sido diseñados con una economía tan evidente en su eventual producción en ingeniería, que no solamente funcionaban, sino que representarían una buena inversión; la oficina de patentes está atiborrada de cosas que funcionan, pero que carecen de valor comercial.

El trabajo avanzaba lenta y rápidamente al mismo tiempo: rápidamente porque sabía con exactitud lo que hacía, y lentamente porque carecía de taller adecuado y de ayuda. Por fin, y con gran pesar, eché mano de mi preciosa reserva en efectivo para alquilar algunas herramientas, y a partir de entonces las cosas fueron mejor. Trabajaba desde el desayuno hasta quedar agotado, siete días por semana, salvo por cosa así como un fin de semana por mes con John y Jenny en el club del trasero-al-aire cercano a Boulder. A principios de septiembre tenía ya los dos modelos en funcionamiento satisfactorio y estaba a punto de comenzar con los dibujos y las descripciones. Diseñé, y encargué la fabricación de bonitas placas de cobertura para ambos, e hice que me cromasen las partes externas movibles; ésos fueron los únicos trabajos que di a hacer fuera y me dolió gastar el dinero, pero me pareció necesario. Desde luego, había utilizado en todo lo posible los componentes estándar que podían conseguirse; de otro modo no hubiese podido construir los modelos, ni hubiesen sido comerciales al ser terminados. Pero no me gustaba gastarme el dinero en embelecamientos hechos por encargo.

No tuve tiempo de salir, y fue mejor así. Una vez, cuando estaba comprando un servomotor, me encontré con un tipo a quien había conocido en California. Me habló, y le contesté antes de haberlo pensado.

-¡Hola, Dan! ¡Danny Davis! ¡Qué casualidad encontrarte aquí! Creía que estabas en Mojave.

Nos dimos la mano.

-Es solamente un breve viaje de negocios. Vuelvo dentro de pocos días.

-Yo vuelvo esta tarde. Llamaré a Miles y le diré que te he visto.

Puse cara de preocupado, y la verdad es que lo estaba.

-Por favor, no hagas eso.

-¿Por qué no? ¿Es que Miles y tú no sois ya aquellos amigos entrañables de siempre?

-Pues... mira, Mort, Miles no sabe que estoy aquí. Debería estar en Alburquerque en asuntos de la Compañía. Pero en vez de ir allí me vine aquí en avión para un asunto estrictamente personal. ¿Comprendes? No tiene nada que ver con la Compañía. Y no tengo ganas de discutirlo con Miles.

Puso cara de enterado.

-¿Cosa de mujeres?

-Pues... sí.

-¿Casada?

-Algo así.

Me dio un codazo en las costillas y guiñó el ojo.

-Comprendo. El viejo Miles es un puritano, ¿verdad? bueno, esta vez te haré de pantalla, y otra vez lo podrás hacer tú por mi. ¿Está buena?

Lo que sí estaría bueno seria darte en la cabeza, asqueroso sinvergüenza... Mort era uno de esos vendedores a comisión que se pasan más tiempo intentando seducir camareras que cuidándose de sus clientes, y, además, los géneros que llevaba eran siempre de la peor especie.

Pero le invité a una copa y le llené los oídos de fantástica¡ historias sobre la «mujer casada» que había inventado, mientras ¿1 se jactaba de una serie de proezas sin duda igualmente ficticias, Luego me lo quité de delante.

En otra ocasión intenté invitar a una copa al doctor Twitchefl$_1$ pero fracasé.

Me había sentado junto a él en el mostrador del restaurante de un *drugstore* en la calle Champa, cuando vi su cara reflejada en el espejo. Mi primer impulso fue meterme debajo del mostrador a esconderme.

Pero luego me vi a mí mismo en el espejo y me di cuenta de que$_1$ de entre todas las personas que vivían en 1970, él era de quien menos tenía que preocuparme. No podía suceder nada malo, por. que nada había... quiero decir «nada habría». No... Por fin desistí de ponerlo en palabras, y me di cuenta de que si el viajar por e tiempo llegaba a extenderse, a la gramática inglesa tendría que añadirse toda una serie de nuevos tiempos para describir situaciones reflexivas conjugaciones que harían que los tiempos literarios franceses y los tiempos latinos pareciesen sencillos.

Pero de todos modos, pasado o futuro, o lo que fuese, Twitcheli no tenía por qué preocuparme ahora. Podía estar tranquilo.

Estudié su cara en el espejo, preguntándome si sería solamente un parecido casual. Pero no lo era. Twitchell no tenía una cara tan corriente como la mía; sus rasgos eran severos, confiados, algo arrogantes y elegantes, y se hubiesen encontrado en Zeus como en su casa. Solamente recordaba aquella cara en ruinas, pero no habla duda; me retorcí por dentro cuando pensé en el viejo y en lo m~ que le había tratado. Me preguntaba cómo le podría compensar

Twitchell se dio cuenta de que le estaba mirando.

-¿Ocurre algo?

-No... Ah, usted es el doctor Twitchell, ¿verdad? ¿De la Universidad?

-Sí, Universidad de Denver. ¿Nos conocemos?

Por poco hago una plancha, pues me había olvidado de que aquel año enseñaba en la Universidad de la ciudad. Recordar en dos direcciones es difícil.

-No, doctor, pero le he oído en alguna de sus conferencias. Podría decir que soy uno de sus admiradores.

Su boca se curvó en una media sonrisa, que no acabó de formarse. Por aquello, y por otros detalles me di cuenta de que no había adquirido aún el voraz deseo de ser adulado; a aquella edad estaba seguro de si mismo y solamente necesitaba su propia aprobación.

-¿Está usted seguro de que no me ha confundido?

-Oh, no..., usted es el doctor Hubert Twitchell. .. el gran físico.

-Digamos sencillamente que soy un físico. O que procuro serlo - dijo desmañadamente.

Charlamos durante un rato, e intenté quedarme con él cuando hubo acabado su bocadillo. Le dije que seria para mí un honor si me permitía que le invitase a una copa. Pero él meneó la cabeza:

- Apenas bebo, y desde luego nunca después que ha anochecido. De todos modos, muchas gracias. Me he alegrado de conocerle. Si va usted por la Universidad, venga a verme algún día al laboratorio.

Le dije que lo haría.

Pero no cometí muchos errores en 1970 (la segunda vez que llegué allí) porque lo comprendía, y, además, la mayor parte de los que podrían haberme reconocido estaban en California. Tomé la resolución de que si me encontraba con alguna otra cara conocida haría ver que no sabía quiénes eran, y pasaría de largo; no me arriesgaría.

Pero hay cosas de poca importancia que también pueden ocasionar dificultades. Como aquella vez en que me enredé con un cierre cremallera, sencillamente porque me había acostumbrado a los cierres Juntafuerte, tanto más cómodos y seguros. Había otras muchas cosas por el estilo que eché mucho de menos después de haberme acostumbrado en solamente seis meses a aceptarlas como cosa natural. Y afeitarme... ¡tener que volver a afeitarse! Una vez incluso me resfrié. Aquel horrendo espectro del pasado se debió a haberme olvidado de que las ropas pueden llegar a empaparse bajo la lluvia. Me hubiese gustado que esos preciosos estetas que se ríen del progreso y que hablan de la superior belleza del pasado pudiesen haber estado conmigo: platos que dejan que la comida se enfríe, camisas que hay que lavar en la colada, espejos de los cuartos de baño que se empañan con el vapor, precisamente cuando se necesitan, narices que gotean, suciedad por el suelo y suciedad en los pulmones; me había acostumbrado a una vida mejor y 1970 fue una sucesión de pequeñas frustraciones hasta que volví a adaptarme.

Pero un perro se acostumbra a sus pulgas, y lo mismo me ocurrió a mi. Denver en 1970 era un lugar muy extraño, con un delicioso sabor pasado de moda; llegó a gustarme mucho. No era nada parecido al estilizado laberinto que el Nuevo Plan había sido (o seria) cuando había llegado (o llegaría) desde Yuma; tenía todavía menos de dos millones de habitantes, había aún autobuses y otros vehículos por las calles, todavía había calles; no me fue difícil encontrar la Avenida Colfax.

Denver estaba todavía acostumbrándose a ser la sede del gobiemo nacional, y el papel no le acababa de satisfacer, lo mismo que un muchacho en su primer traje de etiqueta. Su espíritu suspiraba todavía por las botas de altos tacones y su sabor del oeste, a pesar de que sabía que tenía que crecer y ser una metrópoli internacional, con embajadas y espías y restaurantes famosos para *gourmets.* Por todas partes en la ciudad estaban construyendo viviendas para alojar a burócratas, intermediarios, mecanógrafas y lacayos; los edificios se alzaban con tanta rapidez que en cada uno de ellos se corría el peligro de encerrar una vaca entre sus paredes. A pesar de todo[1] la ciudad solamente se había extendido unos cuantos kilómetros más allá de Aurora por el Este, hasta Henderson por el Norte, y Littleton por el Sur; había todavía campo abierto antes de llegar á la Academia del Aire. Y hacia el Oeste, naturalmente, la ciudad se extendía hasta el campo y las oficinas federales estaban perforando túneles en las montañas.

Me gustaba Denver durante la expansión federal. No obstante, tenía unas ganas desesperadas de volver a mi propio tiempo.

Siempre se trataba de pequeñeces. Me había hecho arreglar completamente los dientes poco después de haber entrado a trabajar en Muchacha de Servicio, en cuanto pude permitírmelo. No creía que nunca más fuera a tener que ver a un dentista. No obstante, en 1970 no tenía píldoras anticaries, de modo que se me produjo un agujero en un diente, y, además, doloroso, pues de lo contrario no hubiese hecho caso. De modo que fui a un dentista. La verdad era que me había olvidado de lo que él vería cuando me mirase la boca. Parpadeó, hizo girar su espejo, y dijo:

-¡Por todos los...! ¿Quién era su dentista?

-¿Ka hu hank?

Quitó las manos de mi boca.

-¿Quién lo hizo? ¿Y cómo?

-¡Ah! ¿Quiere usted decir mis dientes? Es un trabajo experimental que están haciendo en... India.

-¿Cómo lo hacen?

-¿Y cómo quiere que lo sepa?

-Hummm... espere un momento. Tengo que hacer unas cuantas fotos de eso. -Y comenzó a manipular su aparato de rayos X.

-Ah, no... -objeté yo-. No haga más que limpiar esa bicúspide, llenarla de cualquier cosa y dejarme salir de aquí.

-Pero...

-Lo siento, doctor, pero tengo muchísima prisa.

Hizo lo que le indicaba, deteniéndose de vez en cuando para mirarme los dientes. Pagué al contado y no dejé mi nombre. Me imagino que podría haberle dejado hacer las fotos; pero escabullirme se me había convertido en un reflejo. No podía haber perjudicado a nadie dejárselas hacer. Ni tampoco hubiese servido de nada, pues los rayos *X* no le hubiesen mostrado cómo se llevaba a cabo la regeneración, ni tampoco se lo hubiese podido explicar yo.

No hay tiempo como el pasado para hacer cosas. Mientras estaba sudando dieciséis horas al día con Dan Dibujante y Pet Proteico, con mi mano izquierda estaba haciendo otra cosa. Anónimamente y a través de la oficina legal de John, contraté a una agencia de detectives con sucursales nacionales para que esclareciese el pasado de Belle. Les di su dirección y su número de matrícula y modelo de su coche (puesto que los volantes son sitios adecuados donde encontrar huellas digitales) y sugerí que quizá se había casado algunas veces y que es posible que tuviese una historia criminal. Tuve que limitar mucho mi presupuesto; no me fue posible contratar el tipo de información de que a veces se oye hablar. Cuando al cabo de diez días no hube percibido contestación, me despedí de mi dinero. Pero unos cuantos días después llegó un grueso sobre a la oficina de John.

BeIle había sido una muchacha muy atareada. Nacida seis años antes de lo que afirmaba, se había casado dos veces antes de los dieciocho. Una de las veces no contaba, porque el hombre ya tenía esposa; si se había divorciado del segundo, era algo que la agencia no había averiguado.

Desde entonces, al parecer se había casado cuatro veces, si bien una de ellas era dudosa; quizás era el timo de la «viuda de guerra» con ayuda de un hombre que había muerto y que no podía objetar. La habían divorciado una vez (culpable) y uno de sus maridos había muerto. Podía todavía estar «casada» con los demás.

Su historial policiaco era largo e interesante, pero solamente había sido condenada una vez, en Nebraska, y puesta en libertad condicional. Todo había sido averiguado mediante sus huellas digitales, ya que había desaparecido durante su libertad condicional,

había cambiado su nombre y adquirido un número nuevo de seguridad social.

La agencia preguntaba si debían notificarlo a las autoridades de Nebraska.

Les dije que no se preocuparan: hacía nueve años que habla desaparecido y la condena había sido sólo por servir de gancho en los juegos prohibidos. No sé lo que habría hecho yo si hubiese sido por traficar en drogas. Las decisiones excesivamente sopesadas tienen sus complicaciones.

Me atrasé con los dibujos y me encontré en octubre sin darme cuenta.

Tenía las descripciones a medio redactar, puesto que debían encajar con los dibujos, y no había hecho nada acerca de las reivindicaciones. Peor aún, no había hecho nada para organizar la transacción de manera que fuese válida; no podía hacerlo hasta tener el trabajo completado. Tampoco había tenido tiempo de establecer contactos. Comencé a pensar que había cometido un error al no pedir al doctor Twitchell que ajustase los controles para por lG menos treinta y dos años en lugar de treinta y un año y unas miserables tres semanas; había estimado en menos el tiempo que necesitaba y estimado en más mi capacidad.

No había enseñado mis juguetes a mis amigos, los Sutton, porque quisiera ocultárselos, sino porque no quería mucha cháchara y consejos inútiles antes de terminarlos. Había quedado en ir con ellos al campamento del club el último sábado de septiembre. Como estaba atrasado con mi trabajo, había estado trabajando hasta tarde la noche anterior y luego el ruido del despertador me había despertado temprano para tener tiempo de afeitarme y estar a punto de salir cuando llegasen. Paré aquel sadístico aparato y di gracias a Dios de que en 2001 se habían librado de tales horrendos artefactos; luego, medio mareado, bajé a la tienda de la esquina para llamarles y decirles que no podía ir, que tenía trabajo.

-Danny, estás trabajando demasiado. Un fin de semana en el campo te haría bien -respondió Jenny.

-No puedo evitarlo, Jenny. No me queda otro remedio. Lo siento.

John se entrometió en la conversación.

-¿Qué son esas tonterías?

-Tengo que trabajar John. Tengo que hacerlo por fuerza. Saluda a los amigos de mi parte.

Volví a casa, quemé unas tostadas y vulcanicé unos huevos, y volví a mi trabajo con Dan Dibujante.

Una hora más tarde estaban llamando mis amigos.

Ninguno de nosotros fue a la montaña aquel fin de semana. En vez de eso les estuve demostrando mis aparatos. A Jenny no le impresionó mucho Dan Dibujante (no es cosa para mujeres, a menos de que también sean ingenieros>, pero abrió un palmo los ojos ante Pet Proteico. A ella le ayudaba en la casa una Muchacha de Servicio Tipo II, y podía darse cuenta de cuánto más podía hacer aquella otra máquina.

Pero John pudo apreciar la importancia de Dan Dibujante. Cuando le enseñé cómo podía escribir mi firma, identificable con la mía propia, solamente con oprimir teclas, confieso que había estado ensayando; sus cejas se quedaron clavadas en lo alto.

-Amigo, vas a dejar a miles de dibujantes cesantes.

-No. La escasez de ingenieros es cada día mayor en este país; este aparato sencillamente contribuirá a suplir la deficiencia. Dentro de una generación verás este aparato en todas las oficinas de arquitectura y de ingenieros de la nación. Sin él se encontrarán tan perdidos como lo estaría un mecánico de hoy sin las herramientas.

-Hablas como si lo supieras.

-Lo sé.

John examinó a Pet Proteico -le había encargado que limpiase mi mesa de trabajo- y luego a Dan Dibujante.

-Danny... a veces creo que quizá sí que decías la verdad, aquel día en que nos encontramos por vez primera.

Me encogí de hombros:

-Llámalo clarividencia... pero el caso es que sí que lo sé. Tengo la seguridad de ello. ¿Es que tiene alguna importancia?

-Posiblemente, no. ¿Qué planes tienes para esas cosas?

Fruncí el ceño.

-Ahí está la dificultad, John. Soy un buen ingeniero y un mecánico aceptable, cuando me veo obligado a serlo, pero no soy

-hombre de negocios; ya lo he demostrado. ¿Te has ocupado alguna vez de las leyes patentes?

-Ya te he dicho antes que eso es trabajo para un especialista.

--¿Conoces a alguno que sea honrado, y además agudo como una navaja? He llegado al punto en que necesito uno. También tengo que establecer una corporación para manejar el negocio. Y ocuparme de la financiación. Pero no tengo mucho tiempo; tengo una prisa verdaderamente terrible.

-¿Por qué?

-Vuelvo al lugar de donde vine.

John se sentó y no habló durante un buen rato. Por fin dije

-Pues, dentro de nueve semanas. Nueve semanas a partir de próximo jueves, para ser exacto.

Miró a las dos máquinas y luego volvió a mirarme:

-Más valdrá que revises tu programa. Yo diría que más bien ti quedan nueve meses de trabajo. Incluso para entonces no estaría en producción; si tienes suerte, estarás justo a punto de empezar moverte.

-John, ¡no me es posible!

-Desde luego que no te es posible.

-Quiero decir que no puedo alterar mi programa. Ahora, eso está fuera de mi alcance.

Hundí la cara entre las manos. Estaba muerto de cansancio, después de haber dormido menos de cinco horas, desde hacía días. Tal como entonces me encontraba, estaba dispuesto a creer que había algo de razón en eso de la «fatalidad», se podía luchar contra ella, pero nunca vencerla.

Alcé la vista.

-¿Quieres tú ocuparte?

-¿Cómo? ¿De qué parte?

-De todo. Yo ya he hecho todo lo que sé hacer.

-Es un encargo muy importante, Dan. Podría robarte el placer. Lo sabes, ¿verdad? Y es posible que esto sea una mina de oro.

-Sé que lo será.

-Entonces, ¿por qué fiarte de mí? Te valdría más conservarme de abogado, pagándome por la consulta.

Intenté pensar, mientras la cabeza me dolía. Otra vez, antes, había tomado un socio; pero, la verdad es que por muchas veces que se te quemen los dedos, no tienes más remedio que fiarte de la gente. De lo contrario te conviertes en un ermitaño que habita en una cueva, y que duerme con un ojo abierto. No había manera alguna de estar seguro; solamente estar vivo era ya algo terriblemente peligroso... fatal, al fin.

-Bueno. John, ya sabes mi respuesta a eso. Tú te fiaste de mi una vez. Ahora vuelvo a necesitar tu ayuda. ¿Quieres ayudarme?

-Claro que te ayudará -dijo Jenny con suavidad-, a pesar de que no he oído de qué estabais hablando. Danny, ¿puede lavar los platos? todos los platos que tienes están sucios.

~ ¿Cómo, Jenny? Pues sí, supongo que puede hacerlo. Sí, claro que sí.

Entonces dile que lo haga, por favor. Quiero verlo.

-Oh... nunca le he programado para que lo haga. Lo haré si quieres. Pero se tardará varias horas en hacerlo bien. Claro está que después ya será siempre capaz de hacerlo. Pero la primera vez... Verás, el lavado de platos incluye una serie de elecciones alternativas. Es un trabajo de «discernimiento», no es un trabajo rutinario relativamente sencillo como el poner ladrillos o conducir un camión.

-¡Cuánto me alegro de encontrar por lo menos un hombre que entiende lo que es el trabajo doméstico! ¿Oíste lo que dijo, querido? Pero no te entretengas en enseñarlo ahora, Danny. Yo misma lo haré. -Miró alrededor-. Danny, has estado viviendo como un cerdo, y eso es decir poco.

La sencilla verdad era que no se me había ocurrido que Pet Proteico pudiese trabajar para mí. Había estado preocupado planteando la manera de que trabajase para otros en tareas comerciales, y enseñándoselas a hacer, mientras que yo por mi parte me había contentado con barrer la porquería hacia los rincones, o sencillamente, sin preocuparme por ella. Entonces comencé a enseñarle las tareas domésticas que Frank Flexible había aprendido: tenía capacidad más que suficiente ya que había instalado en él tres veces más tubos Thorsen que en Frank.

Tuve tiempo para hacerlo puesto que John se hizo cargo de lo demás.

Jenny escribió a máquina las descripciones; John contrató un abogado de patentes para que me ayudase en lo de las reivindicaciones. No sé si John le pagó al contado o le dio participación; nunca le pregunté. Se lo dejé todo a él, incluso lo que deberían ser nuestras partes; eso no solamente me dejó en libertad para mi propio trabajo, sino que me imaginé que si le dejaba esas cosas a él no se podría nunca ver tentado de la manera que lo fue Miles. Y la verdad era que no me importaba; el dinero como tal no es importante. O bien John y Jenny era lo que creía que eran, o más valdría que fuese en busca de aquella cueva y me hiciese ermitaño.

Solamente insistí en dos cosas.

-John, creo que deberíamos llamar a la compañía Corporación de Autoingeniería Aladino.

-Suena un poco a fantasía. ¿Por qué no Davis y Sutton?

-Tiene que ser de aquel modo, John.

-¿Sí? ¿Es tu clarividencia que te lo indica?

-Bien pudiera ser. Usaremos un dibujo de Aladino frotando ~ lámpara como marca de fábrica, con el genio saliendo de la lámpara. Yo haré un dibujo esquemático. Y otra cosa: valdrá más que la casa central esté en Los Angeles.

-¿Cómo? Eso es ir ya demasiado lejos. Es decir, si es que si esperas que yo me ocupe de ello. ¿Qué tiene de malo Denver.

-Denver no tiene nada malo; es una bonita ciudad. Pero no sitio donde instalar la fábrica. Podrías escoger aquí un buen sitio y encontrarte una buena mañana al despertar con que el recinto federal se ha extendido por encima de ti, y que te quedas sin poder trabajar hasta que has podido volver a establecerte en otro sitio. Por lo además, la mano de obra escasea, las materias primas vienen por tierra, los materiales de construcción son todos carecimos. Mientras que en Los Ángeles hay una cantera inagotable de mano de obra especializada, y cada vez hay más... Los Ángeles es un puerto de mar, Los Ángeles es...

-¿Y la huminiebla? No vale la pena.

- Pronto habrán vencido la huminiebla... ¿Y es que no te has dado cuenta de que Denver se va haciendo la suya propia?

- Espera un momento, Dan. Has dicho claramente que yo tendré que ocuparme de este asunto mientras tú te vas por tu cuenta ~ algún asunto particular. Está bien, lo he aceptado. Pero bien debería tener cierta elección en las condiciones de trabajo.

-Es necesario, John.

-Dan, nadie que esté en sus cabales y que viva en Colorado se iría a vivir a California. Estuve destinado allí durante la guerra; y sé lo que es. Fíjate en Jenny; es natural de California, de lo cual esta secretamente avergonzada. No la podrías convencer para que volviese. Aquí tenemos inviernos, estaciones cambiantes, un aire fino de montaña, magníficas...

- Oh, no me arriesgaría a decir que nunca más volvería allí. - dijo Jenny, alzando la vista.

-¿Cómo, querida?

Jenny había estado tejiendo calladamente; nunca decía nada a menos de que realmente tuviese algo que decir. Pero entonces dejó su labor; señal segura.

- Si nos trasladáramos allí, querido, podríamos hacernos del Oakdale Club; tienen natación todo el año. Precisamente estaba pensando en eso el otro día, cuando vi hielo en la piscina de Boulder.

Me quedé hasta la tarde del 2 de diciembre de 1970, hasta el último minuto posible. Me vi obligado a pedir prestados tres mil dólares a John, los precios que había tenido que pagar por componentes eran escandalosos, pero le ofrecí valores en hipoteca. Me dejó firmar, luego lo rasgó y lo tiró a la papelera.

Págame cuando vuelvas.

- Serán treinta años, John.

¿Tanto tiempo?

Reflexioné unos instantes. John nunca me había invitado a que le contara toda la historia desde aquella tarde, seis meses antes, en que me había dicho con franqueza que no creía la parte esencial, pero que de todos modos respondería de mí ante el club.

Le dije que creía que había llegado la hora de contárselo.

-¿Despertamos a Jenny? tiene derecho a oírlo.

- Pues... no. Déjala dormir hasta que estés a punto de marcharte. Jenny es una persona poco complicada, Dan. No le importa quién seas ni de dónde vengas mientras le caigas simpático. Si me parece buena idea, se lo haré saber luego.

- Como quieras.

Dejó que se lo explicase todo, deteniéndome solamente para llenar los vasos. El mío con ginger ale; tenía mis razones para no tomar alcohol. Cuando llegué al punto de mi aterrizaje sobre una ladera de boulder, terminé diciendo:

- Y ésa es la historia. Aunque me confundí por un momento, luego estuve mirando el perfil y no creo que mi caída fuera desde una altura mayor de medio metro. Si hubiesen, quiero decir «si fueran a» excavar más profundamente el solar para el laboratorio, habría sido enterrado. vivo. Probablemente también os hubiese matado a vosotros dos. No sé lo que ocurre exactamente cuando una forma de onda plana se convierte en una masa en un punto donde ya hay otra masa.

John siguió fumando.

-¿Y bien? – dije -. ¿Qué opinas?

- Danny, me has contado muchas cosas acerca de lo que será Los Ángeles, quiero decir el «Gran Los Angeles». Cuando vea hasta qué punto has acertado, te daré mi parecer.

- Es exacto. Salvo por los posibles pequeños errores de memoria.

- Bueno... la verdad es que me hiciste que pareciera lógico. Pero, entre tanto, creo que eres el chiflado más simpático que he conocido; lo cual no te perjudica como ingeniero, ni como amigo.

- Te aprecio, amigo. Como regalo de Navidad te compraré una camisa de fuerza.

- Haz lo que quieras.

- No me queda otro remedio. La alternativa sería que soy y quien está loco de remate, y eso sería un problema muy grave para Jenny. - Miró el reloj -. Más vale que la despertemos; me arranca ría la piel si te dejara marchar sin despedirte de ella.

- No se me ocurriría una cosa así.

Me llevaron con su coche al Aeropuerto Internacional de Denver y Jenny me dio un beso de despedida a la entrada. Cogí el jet de la once para Los Angeles.

11

La tarde siguiente, 3 de diciembre de 1970, hice que un taxista me dejase a una manzana de la casa de Miles con suficiente antelación, pues no sabía exactamente a qué hora había llegado allí por primera vez.

Al acercarme a la casa había anochecido ya, pero sólo vi si automóvil junto a la acera, así que retrocedí unos cien metros, hasta un punto desde donde pudiera vigilar aquella porción de acera, aguardé.

Tras fumar unos cigarrillos vi cómo se detenía allí otro automóvil, y cómo se apagaban sus luces. Esperé otros dos minutos, y me apresuré a caminar hacia él. Era mi propio coche.

Yo no tenía la llave, pero eso no ofrecía dificultades: con frecuencia me ocurría que, al estar abstraído en algún problema de ingeniería, me olvidaba las llaves. Desde hacia tiempo había adquirido la costumbre de guardar otra copia en el maletero. La saqué me metí en el coche. Lo había dejado en una suave pendiente, di modo que, sin encender las luces ni poner en marcha el motor, deje que se deslizase hasta la esquina. Allí di la vuelta y puse en marcha el motor, pero sin encender las luces. Volví a dejarlo en la callejuela de la parte trasera de la casa de Miles, frente a la cual se encontraba su garaje.

El garaje estaba cerrado.

Miré a través de una sucia ventana y descubrí una forma cubierta con una sábana. Por su contorno me di cuenta de que se trataba de mi viejo amigo Frank Flexible.

Las puertas de los garajes no han sido construidas para resistir a un hombre decidido, armado con un hierro para neumáticos; por lo menos en la California de 1970. Sólo tardé unos segundos. Dividir a Frank en piezas transportables y meterlo en mi coche fue algo que llevó mucho más tiempo. Pero primero comprobé que los dibujos y las notas estaban donde había sospechado que estarían, y efectivamente, allí estaban, de modo que las saqué y las tiré al interior del coche, y después me ocupé del propio Frank. Nadie mejor que yo sabía cómo había sido montado, y facilitó enormemente las cosas el hecho de que no importaba si lo averiaba; a pesar de todo, tuve trabajo para casi una hora.

Acababa de guardar la última pieza, el armazón del sillón de ruedas, en la maleta del coche, y había bajado la tapa todo lo posible, cuando oí que Pet empezaba a maullar. Maldije el tiempo que había tardado en desmenuzar a Frank, y me apresuré a dar la vuelta al garaje y entrar en el patio trasero. Entonces comenzó el jaleo.

Me había prometido a mí mismo que iba a disfrutar de cada segundo del triunfo de Pet. Pero no lo pude ver. La puerta trasera estaba abierta, pero, si bien podía oir ruido de carreras, golpes, caídas, el terrible grito de guerra de Pet, y los chillidos de Belle, nunca tuvieron la delicadeza de presentarse ante mi campo de visión. De modo que me acerqué a la puerta de persianas, esperando ver algo de la carnicería.

¡ Pero aquella maldita persiana estaba cerrada! Era lo único que no había seguido el programa. Metí frenéticamente la mano en mi bolsillo, me rompí una uña intentando abrir el cortaplumas, y con él conseguí abrirla justo a tiempo para apartarme de en medio en el mismo instante en que Pet chocaba contra la persiana como un motociclista de circo que salta a través de una barrera.

Me caí sobre un rosal. No sé si Belle y Miles intentaron seguirle. Lo dudo; en su lugar no me hubiese arriesgado. Pero estaba demasiado ocupado desenredándome para poderlo ver.

Una vez me hube levantado me quedé detrás de los matorrales y di la vuelta hacia un lado de la casa; quería apartarme de aquella puerta abierta y de la luz que salía de ella. Luego se trataba solamente de esperar a que Pet se tranquilizase. Lo que es entonces no lo iba a tocar, y desde luego no le iba a levantar.

Pero cada vez que pasaba junto a mí, intentando encontrar una entrada y lanzando su desafío, le llamaba en voz baja:

-Pet, ven aquí Pet. Cálmate, chico. Todo va bien.

Sabía que yo estaba allí y por dos veces me miró, por lo demás no me hizo ningún caso. Los gatos, cada cosa a su tiempo; en aquel momento le ocupaban negocios urgentes y no tenía tiempo de hace cariños a su papá. Pero yo sabia que se me acercaría en cuanto si emoción se hubiese calmado.

Mientras estaba allí acurrucado esperando, oí correr el agua en sus cuartos de baño, y adiviné que habían ido a lavarse, dejándome en la sala de estar. Se me ocurrió entonces una idea horrible: ¿qué sucedería si entraba y cortaba el cuello de mi propio cuerpo indefenso? Pero me contuve; mi curiosidad no llegaba a tanto y e suicidio es un experimento demasiado definitivo, incluso cuando la circunstancias son, desde un punto de vista matemático, intrigantes

Pero nunca lo he acabado de resolver.

Además, por ninguna razón quería entrar. A lo mejor me encontraba con Miles -y no quería comunicación ninguna con un muerto.

Pet finalmente se detuvo frente a mí, a un metro de distancia

-¿Mrrrourr? - dijo, queriendo decir-: Volvamos y echémoslo a la calle. Tú les das por arriba y yo por abajo.

- No muchacho. La función ha terminado.

-¡Auuu, mauuu!...

- Es hora de irse a casa, Pet. Ven con Danny.

Se sentó y empezó a lavarse. Cuando alzó la vista yo extendí los brazos y saltó a ellos.

-¿Miauuu? (¿Dónde diablos estabas tú cuando empezó el jaleo?)

Le llevé al coche y le dejé en el sitio del conductor, que era todo lo que quedaba libre. Olfateó la chatarra que había en su lugar de costumbre y miró en derredor disgustado.

- Tendrás que sentarte encima de mí -dije- No seas exigente.

Encendí las luces del coche y emprendimos la marcha por la calle. Luego volví hacia el Este y me encaminé hacia Big Bear y el Campamento de las Muchachas Exploradoras. Durante los diez primeros minutos tiré lo suficiente de Frank como para permitir que Pet volviese a su lugar de costumbre, lo cual nos iba mejor a los dos. Unos cuantos kilómetros más tarde, cuando hube despejado el suelo, me detuve y metí las notas y los dibujos en un desguace de la carretera. El armazón de la silla de ruedas no me lo quité de encima hasta que llegamos a las montañas, donde lo tiré a un arroyo profundo, produciendo un bonito efecto sonoro.

A eso de las tres de la madrugada me detuve en un parque automóvil al lado de la carretera, un poco más allá del desvío para el campamento de Muchachas Exploradoras, y pagué excesivamente por una cabina. Pet casi se puso a discutir, sacando la cabeza y haciendo comentarios cuando salió el dueño.

-¿A qué hora - le pregunté- llega el correo de la mañana de Los Ángeles?

- El helicóptero llega a las siete trece, puntualmente.

- Magnifico. Hará el favor de llamarme a las siete, ¿verdad?

- Si es usted capaz de dormir hasta las siete, es que es usted más hombre que yo. Pero lo anotaré.

A las ocho Pet y yo ya habíamos desayunado, y yo me había duchado y afeitado. Miré a Pet a la luz del día y llegué a la conclusión de que había salido de la batalla ileso, salvo quizá con uno o dos rasguños. Registramos nuestra salida y avancé por la carretera particular del campamento. El camión del Tío Sam apareció justamente por delante de nosotros; llegué a la conclusión de que aquel día estaba de suerte.

Nunca había visto tantas niñas juntas. Se revolvían como gatitos y en sus uniformes verdes parecían todas iguales. Aquéllas frente a quienes pasaba querían mirar a Pet, pero la mayoría no hicieron sino lanzar una mirada un poco vergonzosa y no se acercaron. Me dirigí a una cabina que llevaba la indicación de «Cuartel General», donde hablé a otra exploradora que sin lugar a dudas no era una niña.

Tenía razón para sospechar de mi; hombres desconocidos que piden permiso para visitar a niñas pequeñas que se están precisamente convirtiendo en muchachas mayores deben parecer siempre sospechosos.

Expliqué que era el tío de la niña, de nombre Daniel B. Davis, y que tenía para ella un mensaje que afectaba a la familia. Me respondió que los visitantes que no fuesen padres eran solamente permitidos cuando iban acompañados de los padres y las horas de visita no eran sino a partir de las cuatro.

- No quiero visitar a Federica, pero tengo que darle este mensaje. Es un caso de urgencia.

- En tal caso, puede usted escribirlo, y yo se lo daré en cuanto termine los juegos de rítmica.

Puse cara de preocupación (y estaba en realidad preocupado) y dije:

- No quiero hacer eso. Será mucho más prudente que se lo diga personalmente a la niña.

-¿Desgracia de familia?

- No precisamente. Dificultades en la familia, eso sí. Lo siento señora, pero no tengo libertad para decírselo a nadie más. Se refiere a la madre de mi sobrina.

Se estaba ablandando, pero seguía sin decidirse. Entonces Pe intervino en la discusión. Lo había estado llevando en mis brazos su trasero apoyado en el izquierdo, y aguantando su pecho con la mano derecha; no había querido dejarlo en el automóvil y sabía que Ricky lo habría querido ver. Pet tolera que le lleven así durante un rato, pero ya se estaba aburriendo.

-¿Krruarr?

La señora le miró y dijo:

- Éste sí que es un chico guapo. Tengo uno en casa que podría haber salido de la misma camada.

Entonces dije con solemnidad:

- Es el gato de Federica. Tuve que traerle conmigo porque... pues, porque era necesario. No había nadie para cuidarse de él.

- ¡Pobrecito!

Le acarició debajo de la barbilla tal como debe hacerse, afortunadamente, y Pet lo aceptó, también afortunadamente, estirando el cuello, cerrando los ojos, y poniendo cara de indecorosamente complacido. A veces se porta muy mal con los extraños, si no le son simpáticos.

El guardián de la juventud me hizo sentar junto a una mesa bajo los árboles, en el exterior del cuartel general. Era lo bastante lejos como para permitir una visita privada, pero todavía bajo su vigilante mirada. Le di las gracias y esperé.

No vi llegar a Ricky. De repente oí un grito:

-¡Tío Danny! -Y luego otro al volverme- ¡Oh, has traído a Pet... es maravilloso!

Pet soltó un prolongado *bl¡¡rtt* y saltó de mis brazos a los suyos. La chica lo cogió, lo acomodó en la posición que a él más le gusta, y ellos dos prescindieron de mí durante unos cuantos segundos mientras cambiaban los saludos del protocolo gatuno. Luego Ricky alzó la mirada y dijo brevemente:

- Tío Danny, me alegro mucho de que hayas venido.

No la besé; no la toqué en absoluto. Nunca me ha gustado sobar a los niños y Ricky era de la clase de niñas que solamente lo soportan cuando no tienen más remedio. Nuestra relación original, cuando tenía seis años, se había basado en un decente respeto mutuo por la individualidad y la dignidad personal de cada uno de nosotros dos.

Pero si que la miré. Rodillas huesudas, delgada, en crecimiento rápido, no llena todavía, no era tan bonita como había sido cuando era pequeña. Los pantalones cortos y la camisa deportiva que llevaba, junto a las quemaduras del sol, arañazos, golpes, y una cantidad de porquería comprensible, no contribuían a su atractivo femenino. Era un esquema en palillos de la mujer en que se convertiría, con su desgarbo de potro suavizado únicamente por sus enormes y solemnes ojos y la belleza alada de sus finas facciones tiznadas.

Estaba adorable.

Yo dije:

- Y yo me alegro mucho de haber venido, Ricky.

Mientras trataba de sostener a Pet con un brazo, con la otra mano empezó a rebuscar en un repleto bolsillo de sus pantalones cortos.

- Y al mismo tiempo estoy sorprendida. En este mismo momento acabo de recibir una carta tuya, me han tenido ocupada desde que llegó y ni siquiera he tenido tiempo de abrirla. ¿Dice que ibas a venir hoy?

La sacó arrugada por haber estado metida en un bolsillo demasiado pequeño.

- No, no dice eso, Ricky. Dice que me marcho. Pero después de haberla echado al correo decidí venir a despedirme personalmente.

Se quedó sorprendida y bajó los ojos.

-¿Te vas?

- Sí. Te lo explicaré, Ricky, pero es largo. Sentémonos y te lo contaré todo.

Nos sentamos a los extremos de la mesa, bajo las sombras, y empecé a hablar. Pet se quedó echado sobre la mesa, entre nosotros dos, parecido a un león de biblioteca, con su pata delantera sobre la arrugada carta, cantando en voz baja, como abejas sobre el trébol, mientras que al mismo tiempo contraía los ojos de satisfacción.

Me alegré mucho de enterarme que Ricky ya sabia que Miles se había casado con Belle; no me hubiera gustado habérselo tenido que decir. Alzó la vista, volvió en seguida a bajar los ojos, y dijo sin expresión ninguna:

- Sí, ya lo sé. Papá me escribió sobre eso.

- Ah; comprendo.

De repente se puso seria y no pareció ya una niña.

- No voy a volver allá, Danny. No quiero volver.

- Pero... mira, Rikki-tikki-tavi; ya comprendo lo que sientes. Lo que es yo desde luego no quiero que vuelvas allá, yo mismo te sacaría de allí si pudiese. Pero ¿cómo lo vas a evitar? Es tu padre y tú solamente tienes once años.

- No tengo por qué volver. No es mi verdadero padre. Y mi abuela viene a buscarme.

-¿Cómo? ¿Cuándo viene?

- Mañana. Tiene que venir en coche desde Brawley. Le escribí preguntándole si podía ir a vivir con ella porque no quería vivir con papá, ahora que *la otra* estaba allí. - Consiguió poner más desprecio en esas palabras de lo que un adulto hubiese podido conseguí con un insulto -. Mi abuela contestó que no tenía que vivir allí 5 no quería, porque Miles nunca me había adoptado, y era ella e tutor - Levantó ansiosamente la mirada -. ¿Es cierto, verdad? ¿No me pueden obligar?

Me sentí inmensamente aliviado. Lo único que no había podido resolver, el problema que me había preocupado durante meses, era cómo evitar que Ricky estuviese expuesta a la ponzoñosa influencia de Belle durante... bueno, durante años; parecía seguro que debería ser durante un par de años.

- Si nunca te adoptó, Ricky, estoy seguro de que tu abuela lo conseguirá si las dos os empeñáis. - Pero entonces me ensombree y me mordí el labio.- Pero quizá tendréis dificultades mañana. Es posible que objeten a dejarte salir con ella.

-¿Y cómo pueden impedírmelo? Me meteré en el coche y me marcharé.

- No es tan sencillo como eso, Ricky. Estas personas que dirigen el campamento tienen que seguir ciertas reglas. Tu padre, quiero decir Miles, te confió a ellas y no estarán dispuestas a entregarte a nadie más que a él.

Ricky sacó fuera el labio inferior.

- No iré. Me voy con mi abuela.

- Sí, quizá pueda decirte cómo lograrás conseguirlo más fácilmente. Si fuese tú, no les diría que me voy del campamento; les diría sencillamente que tu abuela quiere llevarte de paseo, y luego no vuelves.

Su inquietud se desvaneció en parte.

- Está bien.

- Ah... no hagas tu equipaje ni nada, pues se imaginarían lo que ibas a hacer. No intentes sacar más ropas que las que lleves puestas entonces. Pon en tus bolsillos tu dinero y lo que realmente quieras sacar. ¿Supongo que no debes tener aquí gran cosa que realmente te importe perder, verdad?

- Me imagino que no. - Pero se quedó pensativa -. Tengo un traje de baño completamente nuevo.

¿Cómo explicar a una niña que hay veces en que es preciso abandonar el equipaje? No es posible, son capaces de volver a un edificio en llamas para salvar una muñeca y un elefante de juguete.

- Pues... Ricky, haz que tu abuela les diga que te lleva a Arrowhead para que te bañes con ella... y quizá te lleve a cenar allí, pero que volverá contigo antes de la hora de acostarse. Así te podrás llevar tu traje de baño y una toalla. Pero nada más. ¿Crees que tu abuela dirá esa mentira por ti?

- Me imagino que sí. Sí, estoy segura. Dice que la gente tiene que decir mentirijillas inofensivas, pues de lo contrario no se podrían soportar los unos a los otros. Pero dice que las mentiras son para ser utilizadas sin abusar.

- Parece ser persona sensata. ¿Lo harás así?

- Lo haré exactamente así, Danny.

Bien. - Cogí la arrugada carta -. Ricky, te dije que tenía que marcharme. Tengo que irme por mucho tiempo.

-¿Cuánto?

- Treinta años.

Sus ojos se abrieron aún más, si es que era posible.

A los once años, treinta no es mucho tiempo; es para siempre.

Añadí:

- Lo siento Ricky, pero no tengo más remedio.

-¿Por qué?

Eso no pude contestarlo. La verdad era increíble, y una mentira no era posible.

- Ricky, es demasiado difícil de explicar. Pero tengo que hacerlo; no me queda otro remedio. - Vacilé y luego añadí -: Voy a tomar el Sueño Largo. El sueño frío, ya sabes lo que quiero decir.

Lo sabía. Los niños se adaptan a las nuevas ideas con más facilidad que los adultos; el sueño frío era uno de los temas favoritos de las historias de dibujos. Pareció horrorizarse y protestó:

- Pero, Danny, ¡no te volveré a ver nunca más!

- Sí que me volverás a ver. Es mucho tiempo, pero te volveré a ver. Y a Pet también. Porque Pet se viene conmigo; también va tomar el sueño frío.

Echó una mirada a Pet, y pareció más desconsolada que nunca.

- Pero... Danny, ¿por qué Pet y tú no os venís a Brawley a vivir con nosotras? Eso seria mucho mejor. A mi abuela le gustaría Pet. Y también le gustarás tú, dice que es mucho mejor que haya u hombre en la casa.

- Ricky... querida Ricky... no tengo más remedio... Por favor no me atormentes. - Y empecé a abrir el sobre.

Pareció enfadada, y su barbilla comenzó a temblar.

-¡Me parece que *ella* tiene algo que ver con todo esto!

-¿Cómo? Si te refieres a Belle, te equivocas. Por lo menos no es del todo exacto.

-¿No va a tomar el sueño frío contigo?

Me estremecí.

-¡Dios mío, no! ¡Me escaparía a kilómetros de distancia par no verla!

Ricky pareció ablandarse algo:

- Sabes, estaba tan furiosa contigo a causa de ella. Verdadera mente indignada.

- Lo siento, Ricky. Lo siento de veras. Tú tenias razón, y yo estaba equivocado. Pero no tiene nada que ver con esto. He terminado con ella para siempre jamás, amén. Y ahora veamos esto

- Le enseñé el certificado por todo lo que poseía de Muchacha de Servicio, Inc-. ¿Sabes lo que es esto?

- No.

Se lo expliqué:

- Te lo doy a ti, Ricky. Porque voy a estar ausente tanto tiempo que quiero que lo tengas tú.

Cogí el papel en que se lo había adjudicado a ella, lo rasgué, y me metí los pedazos en el bolsillo; no podía arriesgarme a hacerlo de aquella manera, seria demasiado fácil para Belle arrancar una hoja aparte, y no habíamos acabado con nuestras dificultades. Di la vuelta al certificado y estudié la fórmula estándar de adjudicación, intentando determinar cómo iba a llenar los espacios en blanco allí previstos. Finalmente conseguí hacer entrar una adjudicación al Banco de América en depósito para...

- Ricky, ¿cuál es tu nombre completo?

- Federica Virginia. Federica Virginia Gentry; ya lo sabes.

-¿Es realmente Gentry? Creí que habías dicho que Miles no te había llegado a adoptar nunca.

-¡Oh! Me he llamado Ricky Gentry desde que puedo recordar. Pero si te refieres a mi verdadero nombre... es el mismo de mi abuela... el mismo de mi verdadero papá: Heinicke. Pero nunca nadie me llama así.

- Ahora sí que te llamarán así.

Y escribí Federica Virginia Heinicke y añadí: «Para serle readjudicado a ella a sus veintiún cumpleaños», mientras que al mismo tiempo sentía que me corría un escalofrío por la columna vertebral; en todo caso, mi adjudicación primitiva quizás hubiese sido nula.

Comencé a firmarlo, y en aquel momento me di cuenta de que nuestro perro vigilante sacaba la cabeza de la oficina. Miré mi reloj, y vi que habíamos estado hablando durante una hora. Se me escapaban los minutos.

- ¡ Señora!

-¿Sí?

-¿Hay por casualidad algún notario por las cercanías? ¿O tengo que ir al pueblo en busca de uno?

- Yo misma soy notario. ¿Qué desea?

- Oh, bien. ¡Maravilloso! ¿Tiene usted su sello?

- No voy nunca a ninguna parte sin él.

Y así fue que firmé mientras ella lo miraba, e incluso fue más lejos de lo que esperaba (después de que Ricky hubo asegurado que me conocía y de que Pet hubiese testimoniado con su silencio mi respetabilidad como miembro de la fraternidad de amigos de los gatos) y utilizó la fórmula completa: «...a quien conozco personalmente como Daniel D. Davis...». Cuando hubo puesto su sello sobre mi firma y la suya, suspiré aliviado. ¡Me gustaría ver cómo se las arreglaba Belle para retorcer eso!

La señora lo miró con curiosidad, pero no dijo nada.

Y yo dije solamente:

- Las tragedias no se pueden borrar, pero esto servirá de alivio. La educación de la muchacha, sabe.

Se negó a aceptar pago alguno y retornó a su oficina. Yo me volví a Ricky y dije:

- Da esto a tu abuela. Dile que lo lleve a una sucursal del Banco de América en Brawley. Ellos harán todo lo demás. - Y lo puse delante de ella.

Ricky no lo tocó:

- Esto vale mucho dinero, ¿verdad?

- Bastante. Y valdrá más.

- No lo quiero.

- Pero Ricky; yo quiero que lo tengas tú.

- No lo quiero. No lo tomaré. - Sus ojos se llenaron de lágrimas, y se le quebró la voz -. Te vas para siempre y... y yo no te importo nada.- Lloriqueó -. Lo mismo que cuando te prometiste con *ella*

Cuando te sería tan fácil traer a Pet y venirte a vivir con la abuela y conmigo. ¡No quiero tu dinero!

- Ricky, escúchame: Es demasiado tarde. No podría ya volvérmelo a quedar, aunque quisiese. Ya es tuyo.

- No importa. Jamás lo tocaré. - Extendió la mano y acarició a Pet. Pet no se iría, dejándome... pero tú le obligas. Ni siquiera tendré a Pet.

-¡Ricky! ¡Riikki-tikki-tavi! ¿Quieres volvernos a ver, a Pet... y a mí?

Casi no podía oírla:

- Pues claro que si. Pero no os veré mas.

- Pues sí que puedes volvernos a ver.

-¿Eh? ¿Cómo? Dijiste que ibas a tomar el Sueño Largo... treinta años, dijiste.

- Y así es. No tengo más remedio. Pero Ricky, voy a decirte que es lo que puedes hacer. Sé buena chica, ve a vivir con tu abuela, ve a la escuela y deja que se vaya acumulando este dinero. Cuando tengas veintiún años, si todavía tienes ganas de vernos tendrás suficiente dinero para tomar el Sueño Largo. Cuando te despiertes estaré allí esperándote. Pet y yo, los dos, estaremos esperándote. Esto es una promesa solemne.

Su expresión se alteró, pero no sonrió. Lo pensó largo rato, y luego dijo:

-¿De verdad que estarás allí?

- Sí. Pero tenemos que fijar una fecha. Si lo haces hazlo exactamente como te voy a decir. Entiéndete con la Compañía de Seguros Cosmopolita y asegúrate de que tomas el Sueño en el Santuario Riverside, de Riverside . . y asegúrate muchísimo de que tienen órdenes de despertarte el día primero de mayo de 2001. Aquel día estaré allí esperándote. Si quieres que esté allí cuando abras los ojos tienes que hacerlo constar, pues de lo contrario no me permitirán que pase de la sala de espera. Conozco ese sanatorio; son muy estrictos. - Saqué un sobre que había preparado antes de salir de Denver -. No es necesario que recuerdes esto: está todo escrito aquí. Guárdatelo, y el día que cumplas los veintiún años puedes decidirte. Pero puedes tener la seguridad de que Pet y yo estaremos allí esperándote tanto si te presentas como si no.

Y puse las instrucciones sobre el certificado de las acciones.

Pensé que la había convencido pero no tocó ninguna de las dos cosas. Las miró y al cabo de un instante dijo:

-¿Danny?

-¿Si, Ricky?

No quería levantar la mirada y su voz era tan baja que apenas la podía oír. Pero sí la oí.

- Si me presento, ¿te casarás conmigo?

Mis oídos me zumbaron y las luces parpadearon. Pero respondí con seguridad y con voz mucho más fuerte que la suya:

- Sí, Ricky. Eso es lo que quiero. Es por lo que estoy haciendo todo esto.

Aún tenía otra cosa que dejarle: un sobre preparado con la inscripción «Para ser abierto en caso de fallecimiento de Miles Gentry». No se lo expliqué a Ricky; sólo le dije que lo guardara. Contenía pruebas de la abigarrada carrera matrimonial y demás de Belle. En manos de un abogado, sabía que una demanda sobre el testamento de Miles no pudiera siquiera discutirse.

Luego le di mi anillo de clase del Técnico (era todo lo que tenía, y le dije que era para ella): estábamos prometidos.

- Es demasiado grande para ti, pero puedes guardarlo. Tendré otro para cuando despiertes.

Lo sujetó con fuerza en su puño.

- No querré a ningún otro.

- Bueno. Ahora es mejor que te despidas de Pet, Ricky. Debo marcharme; no tengo ni un minuto que perder.

Abrazó a Pet y me lo devolvió, me miró fijamente a pesar de que las lágrimas le corrían por la nariz dejando unas marcas claras.

- Adiós, Danny.

- No me digas «adiós», Ricky, sino «hasta luego». Te estaremos esperando.

Eran las diez menos cuarto cuando regresé al pueblo. Un helicopterobús salía para el centro de la ciudad dentro de veinticinco minutos, de modo que fui en busca del único almacén de automóviles usados y realicé una de las transacciones más rápidas de la historia, vendiendo mi coche por la mitad de su valor a cambio de dinero en efectivo. Me quedó solamente tiempo para meter a Pet de contrabando en el autobús (no quieren a que gatos que se marean en el aire) y llegamos a la oficina de Powell poco después de las once.

Powell estaba muy molesto porque yo había anulado mis disposiciones para que la Compañía de Seguros Mutuos administrase mi patrimonio, y se mostraba particularmente dispuesto a sermoneame por haber perdido mis papeles.

- No resulta muy fácil pedir al mismo Juez que apruebe su depósito dos veces durante las veinticuatro horas. Es de lo más irregular.

Le enseñé unos billetes, dinero resplandeciente, con unos números muy bonitos.

- Déjese de broncas Sargento. ¿Quiere usted mi asunto o no? es que no, dígalo, y se lo llevaré a Valle Central. Porque yo quiero ir hoy.

Siguió furioso, pero accedió. Luego gruñó sobre lo de añadir seis meses al período de sueño frío y no quería garantizar una fecha exacta para el despertar.

- Los contratos generalmente se extienden por «más o menos de un mes», a fin de tener en cuenta posibles incidentes administrativos.

- Pues este contrato no. Este contrato dice 27 de abril de 2001. Lo que no me importa es si pone arriba Mutuos o Valle Central. Señor Powell, yo compro y usted vende. Si usted no vende lo que quiero comprar, me iré donde me lo vendan.

Modificó el contrato y ambos pusimos nuestras firmas.

A las doce en punto estaba de vuelta para mi examen final ante ~ el médico. Me miró.

-¿Ha permanecido sobrio?

- Sobrio como un juez.

- Eso no es una recomendación banal. Ya veremos. - Me examinó casi con tanto cuidado como lo había hecho «ayer». Por fin dejó su martillo de goma y dijo -: Me sorprende. Está usted en mucho mejor estado que ayer. Es algo sorprendente...

- Doctor, no lo sabe usted bien.

Cogí a Pet y lo tranquilicé mientras le daban el primer sedante. Luego me tumbé y les dejé que se ocuparan de mí. Imagino que podía haber esperado otro día, o incluso más, pero la verdad es que estaba desesperadamente impaciente por regresar al 200l.

A eso de las cuatro de la tarde, con la cabeza de Pet descansando sobre mi pecho, y sintiéndome muy feliz, me deslicé de nuevo hacia el sueño.

12

En esta ocasión mis sueños fueron más agradables. El único desagradable que recuerdo no fue muy malo, sencillamente frustrante. Era un sueño frío, en el que me encontraba perdido por pasillos que se ramificaban, probando todas las puertas que encontraba, pensando que la siguiente sería la Puerta al Verano, donde Ricky me estaría esperando al otro lado. Pet entorpecía mi marcha «siguiéndome» por delante, con esa exasperante costumbre que tienen los gatos de pasar y pasar entre las piernas de quienes tienen la seguridad de que no les van a pisar o dar una patada.

A cada nueva puerta Pet pasaba por entre mis piernas, miraba, descubría que afuera todavía era invierno, y daba la vuelta, casi atropellándome.

Pero ninguno de los dos abandonó su convencimiento de que la puerta siguiente sería la que buscábamos.

Esta vez me desperté con facilidad, sin sentirme desorientado. La verdad era que el médico se sintió algo molesto de que lo único que yo quisiera fuese el desayuno, el *Times* del Gran Los Angeles, y nada de charla. No creí que valiera la pena decirle que aquella era mi segunda vez. No me hubiese creído.

Había una nota aguardándome, fechada una semana antes: era de John.

Querido Dan, Está bien, me rindo. ¿Cómo te las arreglaste?

Contra los deseos de Jenny accedo a tu demanda de no irte a esperar. Ella te envía su cariño, y confía en que no tardarás mucho en venir a vernos... He intentado explicarle que esperas estar ocupado durante algún tiempo. Los dos estamos bien, aunque yo tengo cierta tendencia a andar en ocasiones en que antes corría. Jenny es aún más hermosa de lo que era antes.

Hasta la vista, amigo,

JOHN

Posdata: Si lo que incluyo no es suficiente, llámame por teléfono; hay mucho en el mismo sitio. Creo que no nos ha ido mal.

Pensé en llamar a John, para saludarle y plantearle una idea colosal que se me había ocurrido mientras dormía: un dispositivo para que el baño dejara de ser una tarea para convertirse en un placer sibarítico. Pero por fin decidí no hacerlo; tenía que pensar en otras cosas. De modo que hice unos apuntes mientras la idea aún estaba fresca, y me dormí un rato, con la cabeza de Pet metida en mi sobaco. Me gustaría poderle curar esa costumbre: resulta halagador, pero muy pesado.

El lunes, 30 de abril, salí y fui a Riverside, donde tomé un cuarto en la vieja Posada de la Misión. Como era de esperar, pusieron reparos a que llevase un gato a mi cuarto, y un botones automático no se deja ablandar por las propinas, lo cual no es una ventaja. Pero el ayudante de la gerencia se mostró más flexible; estaba dispuesto a escuchar razones, siempre que fueran crujientes. No dormí bien, estaba demasiado excitado.

La mañana siguiente, a las diez, me presenté al director del Santuario de Riverside.

- Doctor Rumsey, me llamo Daniel B. Davis. ¿Tienen ustedes aquí en depósito a un cliente llamado Federica Heinicke?

- Me imagino que puede usted identificarse.

Le enseñé un permiso de conducir emitido en Denver, y mi certificado del Santuario de Forest Lawn. Los miró y luego me miró a mí.

- Creo que debe salir hoy. - Pregunté con ansiedad -: ¿Por casualidad hay alguna cláusula que me permita estar presente? No me refiero a la rutina del proceso, sino en el último momento, cuando esté a punto para el estimulante final y vuelta a la conciencia.

- Las instrucciones de la cliente no dicen que le despertemos hoy - dijo seriamente.

-¿No? - Me sentí decepcionado y ofendido.

- No. Sus deseos son exactamente los siguientes: En lugar de ser despertada irremisiblemente hoy, deseaba que no se la despertase hasta que usted se presentase. - Me miró de arriba abajo y se sonrió -: Debe usted tener un corazón de oro. Lo que es por su hermosura no me lo podría explicar.

Suspiré:

- Gracias, doctor.

- Puede usted esperar en el salón de entrada, o volver. No lo necesitamos hasta dentro de un par de horas.

Volví a la entrada, saqué a Pet, y me lo llevé de paseo. Le había dejado allí en su nuevo maletín de viaje, que no le gustaba demasiado, a pesar de que lo había comprado tan parecido como me fue posible, y de haber instalado en él la noche antes una ventanilla de una sola dirección. Es probable que todavía no oliese bien.

Pasamos por delante de «el sitio que estaba muy bien», pero no tenía hambre a pesar de que no había podido desayunar mucho: Pet se había comido los huevos y había hecho ascos a la levadura de cerveza. A las once y media estaba de vuelta en el santuario. Por fin me dejaron que entrase a verla.

Todo lo que podía ver era su cara; su cuerpo estaba cubierto. Pero era mi Ricky, que había crecido hasta hacerse mujer, y que parecía un ángel dormido.

- Está bajo instrucción poshipnótica - dijo en voz baja el doctor Rumsey -. Si quiere usted quedarse aquí, la despertaré. Pero me parece que valdrá más que haga salir al gato.

- No, doctor.

Comenzó a hablar, pero se encogió de hombros y se volvió a su paciente:

- Despierta, Federica. Despierta. Ahora tienes que despertarte.

Ricky parpadeó y abrió los ojos. Miró en derredor durante unos instantes, luego nos vio y se sonrió soñolienta.

- Danny... y Pet.

Alzó los dos brazos y pude ver que en su pulgar izquierdo llevaba mi anillo del Técnico.

Pet hizo un ruidito, saltó sobre la cama, y comenzó a precipitarse una y otra vez sobre ella en un verdadero éxtasis de bienvenida.

El doctor Rumsey quería que Ricky se quedara allí aquella noche, pero ella no quiso ni oír hablar de ello. Así pues, envié a buscar un taxi y nos fuimos a Brawley. Su abuela había muerto en 1980, y sus demás relaciones sociales habían desaparecido por puro desgaste, pero allí había dejado algunas cosas, principalmente libros. Di instrucciones para que los enviasen a Aladino, dirigidos a John Sutton. Ricky estaba un poco deslumbrada por las alteraciones de su población natal, y no soltaba mi brazo, pero nunca sucumbió a aquella terrible nostalgia que es el gran peligro del Sueño. Lo único que quería era salir de Brawley lo antes posible.

Alquilé otro taxi y nos fuimos a Yuma. Allí firmé con letra elegante el libro oficial del condado utilizando mi nombre completo «Daniel Boone Davis» para que no hubiese duda acerca de qué D. Davis era el que había firmado esa *magnus Opus.* Unos minutos más tarde estaba de pie, con su manita en la mía, casi ahogado de emoción.

- Yo, Daniel, te tomo, Federica... hasta que la muerte nos separe.

Pet fue mi padrino. Los testigos los proporcionó el mismo juzgado.

Salimos en seguida de Yuma y nos fuimos a un rancho cerca de Tucson, donde tuvimos una cabina alejada de la caseta principal, equipada con nuestro propio Castor Servicial para que nos fuese a buscar las cosas, de modo que no teníamos necesidad de ver a nadie. Pet libró una descomunal batalla con el gato que hasta entonces había sido el amo del rancho, después de lo cual tuvimos que tenerle encerrado, o vigilarle. Ese fue el único inconveniente que recuerdo. A Ricky le gustaba el matrimonio como si fuese algo que hubiese inventado ella, y yo, pues bien, yo tenía a Ricky.

No queda mucho más que contar. Gracias al voto del paquete de acciones de Muchacha de Servicio propiedad de Ricky, que seguía siendo mayor, hice que McBee ascendiera a Ingeniero Investigador Emérito, y nombré a Chuck Ingeniero Jefe. John es el jefe de Aladino, pero me está amenazando siempre con retirarse, una amenaza vana. El y Jenny dominan la compañía, puesto que tuvo la precaución de emitir acciones preferentes y obligaciones antes que perder el dominio. Yo no estoy en el consejo de ninguna de las dos corporaciones; no las dirijo, y compiten entre sí. La competencia es una buena idea, Darwin tenía buena opinión de ella.

Yo no soy sino la Compañía de Ingeniería Davis, una sala de dibujo, un pequeño taller y un viejo maquinista que cree que estoy loco, pero que sigue mis dibujos con una tolerancia exacta. Cuando terminamos algo, lo entrego bajo licencia.

Recuperé mis notas sobre Twitchell. Luego le escribí y le dije que había ido y vuelto por medio del sueño frío... y me excusaba abyectamente por haber «dudado» de él. Le pregunté si deseaba ver el manuscrito cuando lo hubiese terminado. No me contestó nunca, de modo que me imagino que está aún furioso conmigo.

Pero de veras lo estoy escribiendo, y lo pondré a la venta en todas las librerías de importancia, incluso si me veo obligado a publicarlo por mi cuenta. Es lo menos que le debo. Le debo mucho más; le debo a Ricky. Y le debo a Pet. Lo voy a titular *Genio Olvidado.*

Jenny y John parecen como si fuesen a durar eternamente. Gracias a la geriatría, al aire libre, al sol, al ejercicio, y a no preocuparse nunca, Jenny está más bonita que nunca a los... bueno me imagino que son sesenta y tres. John cree que no soy «más que adivino» y no quiere examinar la evidencia. Y bien, ¿cómo fue que lo hice? Intenté explicárselo a Ricky, pero se alteró tanto cuando le dije que mientras estábamos de luna de miel yo también estaba en Boulder, y que mientras la estaba visitando en el campamento de Muchachas Exploradoras también estaba yaciendo drogado en el Valle de San Fernando...

Palideció. De modo que dije:

- Consideremos en hipótesis. Cuando piensas en ello desde un punto de vista matemático todo aparece perfectamente lógico. Supongamos que tomamos un conejillo de indias, blanco con manchas castañas. Lo ponemos en una jaula de tiempo y lo lanzamos a una semana hacia atrás. Pero una semana antes ya lo habíamos encontrado allí, de modo que entonces lo habíamos puesto en una conejera consigo mismo. Tenemos por lo tanto dos conejos de indias... aunque en realidad no es más que un conejillo, puesto que uno de ellos es el otro, una semana más viejo. De modo que cuando cogimos a uno de ellos y lo lanzamos una semana atrás y...

-¡Espera un momento! ¿Cuál de los dos?

-¿Cuál? Nunca hubo más que uno. Como es natural cogiste el que tenía una semana menos, porque hay que tener en cuenta que...

- Dijiste que no había más que uno. Luego dijiste que había dos. Luego dijiste que los dos eran uno. Pero ibas a coger uno de los dos... cuando no había más que uno.

- Estoy intentando explicarte cómo es posible que dos sean solamente uno. Si tomas el más joven...

-¿Y cómo puedes saber cuál de los dos es más joven cuando los dos parecen iguales?

Pues bien, podrías cortar el rabo del que vas a enviar atrás. Entonces cuando volviese podrías...

-¡Pero qué crueldad, Danny! Y además, los conejos de indias no tienen rabo.

Se figuraba que probaba algo. No debía nunca haber intentado explicárselo.

Pero Ricky no es persona que se preocupe de cosas que carecen de importancia. Como vio que yo me disgustaba, me dijo dulcemente:

- Ven aquí, cariño. - Y me enmarañó el poco pelo que me quedaba y me besó -. Solamente necesito uno como tú. Dos sería más de lo que podría manejar. Dime una cosa, ¿estás contento de haber esperado a que creciera?

Hice todo lo que pude para convencerla de que sí lo estaba.

Pero la explicación que intenté proporcionar no lo explica todo. Hay una cosa de la que no me di cuenta, a pesar de que era yo mismo quien iba en el tiovivo y de que contaba las vueltas. ¿Por qué no vi la reseña de mi propia salida? Quiero decir la segunda, la de abril 2001, no la de diciembre 2000. Debería haberla visto; estaba allí, y tenía por costumbre revisar aquellas listas. Me desperté (por segunda vez) el viernes 27 de abril de 2001; debería haber estado en el *Times* de la mañana siguiente. Pero no lo vi. Después lo he buscado y allí está: «D. 15. Davis», en el *Times* del sábado, 28 de abril de 2001.

Desde un punto de vista filosófico, una sola línea de tinta puede originar un nuevo universo con la misma certidumbre como ocurriría si llegase a faltar el continente de Europa. ¿Es correcta la antigua idea de las «corrientes de tiempo ramificados» y de los «universos múltiples»? ¿Me encontré de un salto en un universo distinto, distinto porque había interferido con su estructura? ¿A pesar de que me encontré allí a Ricky y Pet? ¿Existe otro universo en algún sitio (o en algún tiempo) donde Pet maulló hasta desaparecer y luego salió a arreglárselas por sí solo, abandonado? ¿Y en el cual Ricky nunca consiguió huir con su abuela y tuvo que sufrir la ira vengadora de Belle?

Una línea de letra impresa no es suficiente. Probablemente aquella noche me dormí y se me escapó leer mi propio nombre; luego, a la mañana siguiente, tiré el diario por la caída, pensando que había acabado con él. La verdad es que soy distraído, especialmente cuando estoy pensando en algún trabajo.

¿Pero qué hubiese hecho si efectivamente lo hubiese visto? ¿Ir ~ allí, encontrarme conmigo mismo, y volverme loco, furioso? No; pues si en efecto lo hubiese visto, no hubiera hecho las cosas que hice después, «después» para mí, que condujeron a ello. Por lo tanto, nunca pudo haber sucedido así. El control es del tipo de retorno negativo, e incluye un «seguro de fracaso», puesto que la existencia misma de aquella línea de letra impresa dependía de que yo no la viese; la aparente posibilidad de que hubiese podido verla es una de las «no posibles» excluidas de la estructura fundamental del circuito.

Hay una divinidad que forma nuestros fines, por más que nosotros tratemos de moldeamos a nuestro antojo. » Libre albedrío y predestinación en una sentencia, y ambas cosas ciertas. Hay solamente un mundo real, con un pasado y un futuro. «Como fue en un principio, ahora y siempre, por siempre más, amén. » Solamente uno... pero lo bastante grande y lo bastante complicado para poder incluir el libre albedrío y el viaje por el tiempo y todo lo demás en sus uniones y sus retornos y circuitos de protección. Se te permite hacer lo que quieras dentro de las reglas... pero vuelves a tu propia puerta.

No soy la única persona que haya viajado por el tiempo. Fort dio una lista de demasiados casos que no pueden ser explicados de otra manera, y lo mismo Ambrose Bierce. Y hubo aquellas dos damas de los jardines del Trianón. Y tengo el presentimiento de que también el doctor Twitchell cerró aquel interruptor más veces de las que quiso admitir... sin decir nada de otros que pudieron haberlo aprendido en el pasado o en el futuro. Pero dudo que tenga grandes consecuencias. En mi caso solamente lo saben tres personas, y dos de ellas no lo creen. No se puede hacer mucho si se viaja por el tiempo. Como dijo Fort, solamente se hacen ferrocarriles cuando ha llegado la hora de los ferrocarriles.

Pero no me es posible sacarme a Leonard Vincent de la cabeza. ¿Fue Leonardo da Vinci? ¿Se las arregló para pasar a través del continente y regresó con Colón? La enciclopedia dice que su vida fue de tal manera, pero a lo mejor la había revisado. Yo sé como son esas cosas: he tenido que hacerlo un poco yo mismo. En la Italia del siglo XV no tenían números de seguridad social, cartas de identidad ni huellas digitales: podía haberlo conseguido.

Pero pensando en él, apartado de todo aquello a que estaba acostumbrado, consciente del vuelo, de la potencia, de un millón de cosas más, intentando desesperadamente representarlas para que pudiesen hacerlas; pero condenado al fracaso sencillamente porque no es posible hacer las cosas que hacemos hoy sin siglos de arte anterior en los cuales basarnos.

Fue más fácil para Tántalo.

He estado pensando en lo que podría hacerse con el viaje por el tiempo, si fuese desclasificado, haciendo pequeños saltos, montando maquinaria para regresar, llevándose consigo los componentes. Pero algún día saltaría uno una vez en exceso, y no podría regresar porque no era la hora del «ferrocarril». Algo muy sencillo, como una aleación especial, te haría fracasar. Y es verdaderamente un riesgo espantoso no saber en qué dirección se va. Imaginemos que sería ir a parar a la corte de Enrique VIII con un cargamento de cajas subflexoras destinadas al siglo XXV. Más valdría quedarse encalmado en las latitudes de calma chicha.

No; no se debe nunca poner en el mercado un aparato hasta que se han superado todas las dificultades.

Pero no me preocupan las «paradojas» ni «determinar anacronismos»: si un ingeniero del siglo XIII soluciona en realidad las dificultades y consigue instalar estaciones de transferencia y comercio, será porque el Arquitecto lía diseñado así el universo. Nos dio ojos, dos manos, un cerebro; cualquier cosa que hagamos con ellos no puede ser una «paradoja». No necesita entremetidos que «impongan» sus leyes; se imponen por sí mismas. No existen los milagros, y la palabra «anacronismo» no es sino un vacío semántico. ~

Pero la filosofía no me preocupa a mi más de lo que preocupa a

Pet. Este mundo me gusta, sea cual fuere la verdad acerca de él. He encontrado mi Puerta al Verano, y no volvería a viajar por el tiempo por miedo a equivocarme de estación. Quizá mi hijo viaje, pero en tal caso le

instaré para que vaya hacia delante, y no hacia - atrás. «Atrás» es para casos de apuro; el futuro es mejor que el pasado; a pesar de los lloraduelos, los románticos y los antiintelectuales, el mundo se hace cada vez mejor porque la mente humana, aplicándose, lo mejora. Con manos... con herramientas... con intuición, ciencia e ingeniería.

La mayor parte de ésos que quitan importancia a todo son incapaces de clavar un clavo y de utilizar la regla de cálculo. Me gustaría invitarles a la jaula del doctor Twitchell y devolverlos al siglo XII y dejarles que lo disfrutasen.

Pero no estoy furioso con nadie, y me gusta el ahora. Salvo que Pet se está haciendo viejo y engordando algo, y que no se siente inclinado a elegir oponentes más jóvenes; muy pronto tendrá que tomar el Sueño Demasiado largo. Deseo de todo corazón que su pequeña alma valiente encuentre su Puerta al Verano, donde abunden los campos de calentamiento y las gatas sean complacientes, y los competidores robot estén diseñados de modo que peleen furiosamente pero pierdan siempre, y las gentes tengan regazos y manos - cariñosas contra los cuales rascarse, pero nunca pies que den patadas.

Ricky también está engordando, pero es por una razón temporal y más feliz. No ha hecho sino embellecerla todavía más, y su dulce y eterno ¡sí! no ha variado; aunque no le resulta cómodo.

He estado trabajando con dispositivos que le faciliten las cosas. No resulta muy cómodo ser mujer; se debería hacer algo, y estoy convencido de que pueden hacerse algunas cosas. Hay la cuestión del agacharse, y también los dolores de espalda -estoy trabajando en ello, y le he construido una cama hidráulica que pienso patentar. También debería ser más fácil entrar y salir de una bañera. Pero no he resuelto eso todavía...

Para el viejo Pet he construido un «Cuarto de baño gatuno» automático, que se llena por si solo, sanitario e inodoro, para uso durante el mal tiempo. No obstante, Pet, como es un gato de verdad, prefiere salir afuera, y no ha abandonado nunca su convicción de que si pruebas todas las puertas, por fuerza tiene que haber una que sea la Puerta al Verano.

Y la verdad es que creo que tiene razón.

FIN

De Obras Estelares de la Ciencia Ficcion

Serie Andrómeda

Editorial Edisan, S. A. 1987

Escaneado por diaspar en 1998